

María Iglesias
El granado
de Lesbos



Galaxia Gutenberg

EL GRANADO DE LESBOS

MARÍA IGLESIAS

Galaxia Gutenberg



© José Antonio de Lamadrid

MARÍA IGLESIAS

(Sevilla, 1976)

Es periodista y escritora. Autora de la novela *Lazos de humo* y coautora del documental *Contramarea* y del álbum ilustrado *Vaho*. Publica desde 2013 en *eldiario.es* y en *Público* desde 2017. En sus veinte años de trayectoria ha trabajado en la Agencia EFE, *Diario de Sevilla*, Paramount Comedy Channel y Canal Sur TV. También ha colaborado en programas franceses y alemanes del canal ARTE. Por su tarea de reportera durante la emergencia humanitaria de los refugiados en la isla griega de Lesbos en 2016 fue reconocida con el XXV Premio de la Comunicación de la Asociación de la Prensa de Sevilla. Regresa en 2018 a Lesbos, desde donde informa, para prensa y la Cadena SER, tanto del juicio a los bomberos españoles acusados de tráfico de seres humanos como de la situación en los campamentos de refugiados.

Fruto de esa experiencia a lo largo de esos últimos tres años escribe este su segundo libro.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2019

© María Iglesias, 2019
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Imagen de cubierta: *Hiperbòlic*, Miquel Barceló, 2018
Técnica mixta sobre lienzo. 218 × 269 cm
Fotografía: © Cortesía Galería Elvira González
© Miquel Barceló, VEGAP, Barcelona, 2018

Conversión a formato digital: gama sl
ISBN: 978-84-17747-78-7

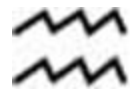
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a
CEDRO

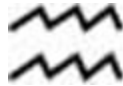
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A quienes hacen luces en la oscuridad.
A quienes las buscan.
A ti, Mohammed Jjo, donde estés.*

¿No es extraño que la mayoría esté de acuerdo en que hay algo que va tremendamente mal, pero a la hora de la verdad, no quieren que se produzca cambio alguno?

TORBORG NEDREAAS,
Nada crece a la luz de la luna.





«Despierta, *Mery*, ha avisado Onio.» Oí mi nombre, en inglés, dicho por esa voz masculina, nueva, pero ya conocida. Incluso medio dormida supe que él seguía acostado. Su voz llegaba firme y templada. Cerca pero no tanto. Desde el otro cuarto. Abrí los ojos, todo estaba apagado, no reconocí el espacio. Hasta que al fin me ubiqué y entendí: «Carlos». Salté con el corazón palpitando. Seguí los pasos acordados antes de acostarnos. Supe que él y Jaime se levantaban por los chirridos del somier. Hablaban bajo. Yo, sentada en el sofá cama del salón, llamé al taxi. «Marcando», les avisé. Mientras, me fui vistiendo. Miré el reloj: las cinco. Tiritaba. Había pasado frío toda la madrugada. Incluso acurrucada, en el saco de dormir, bajo las sábanas, con calcetines y guantes, y en posición fetal. Helada. No descuelgan. «Nada», digo. «Vamos, vamos», me impaciento. Me abrocho las botas. Al fin, oigo la frase en griego. Se me atraganta la respuesta, en inglés.

«Buenas noches. Necesitamos un taxi», logro decir. «Estamos en Pyrgus Thermis.»

«¿Dónde en Pyrgus?», pregunta la operadora. ¿Cómo explicarlo? Anoche, los faros iluminaron unos contenedores a la izquierda, giramos y, a partir de entonces, el carril de tierra. No sé mucho más. Pero me escucho: «Carretera principal. Frente al minimarket». Al colgar advierto: «Está viniendo». Uno de los dos da al interruptor. La luz duele. Les escucho repasar el material sobre la mesa: «una cámara», «y la otra», «triple», «monopié», «baterías», «flash», «grabadora». Yo compruebo que en la mochila van el cuaderno, bolis, el portátil, los permisos y documentos, la cartera. «Ras, ras» suenan, amplificadas por el silencio, las cremalleras. Antes de volver a ponerme los guantes recuerdo los animalitos de plástico de mis hijos que he traído. Rebusco en la maleta, cojo un puñado -el cuello de la jirafa, la melena del

león, se me clavan en la palma- y los echo al bolsillo del plumífero. Me calo el gorro de lana y me cuelgo, bien visible, la acreditación internacional de prensa. La falsa. «¿Quién lleva las llaves?» El manajo vuela, tintineante. «Cierra y tú las guardas.»

La noche empapa. Crepita la escarcha bajo las pisadas. Hay un zumbido en el campo de insectos que ni en invierno callan. Salvo eso, todo en calma. Ni una luz tras las contraventanas cerradas. Extraña que todos los vecinos sigan durmiendo. Como si nada. Nosotros llegamos ayer, pero ellos llevan ocho meses viviéndolo. Al final del camino, alcanzamos el asfalto. Ya de lejos dos faros vienen guiñando. Corremos y subimos. «To Camp Fire, please», indica Carlos. Arrancamos. Vamos los cuatro callados. «¿Vienen por los refugiados?», pregunta el taxista. «Exacto.» Pegada a la ventanilla, anticipo qué hacer al llegar. Temo qué veremos. Hace mucho que mi presente no es tan intenso. Tres años, mi último parto. La realidad es de una plenitud brutal. De pronto veo la señal de anoche cuando llegamos: A MORIA CAMP.

Ayer, el coordinador de rescatadores que nos recogió en el aeropuerto de Mitilene, José Antonio Reina, Onio, nos metió por allí. «Un vistazo rápido y os llevo al apartamento.» Bajamos en la antigua cárcel que se usa de campamento y centro de registro de refugiados. *No one is illegal*, se leía en el muro rematado de alambradas. Aunque fuera un grafiti-protesta me recordó el siniestro *El trabajo os hará libresque* en Auschwitz recibía a los judíos porque era igualmente contradictorio con lo que la verja escondía. Allí dentro, a esas horas, tres mil personas estarían durmiendo. Intentándolo al menos. El Gobierno impedía el acceso a periodistas hacía semanas. En España la prensa tiene prohibida la entrada a los centros de internamiento de extranjeros. «Venid», nos guió Onio hacia una parcela aledaña. «Aquí, el monte de los olivos», barrió la loma con el brazo. «Habrá cuatrocientos», calculó por las tiendas militares blancas. «Los últimos de los últimos: pakistaníes, afganos, bangladesíes, eritreos, argelinos, marroquíes y hasta dominicanos. Como los campamentos oficiales les cerraron las puertas, se quedaron cerca, vagando, durmiendo al raso. La lluvia convirtió esto en un lodazal. Pero llegaron voluntarios de todos lados, abrieron estos canales y crearon las mínimas condiciones de higiene y dignidad.»

«¿Podemos entrar?», pregunté. No había puerta que lo impidiera.

«Vamos, pero no grabéis.»

Cinco muchachos, menores quizá, estaban a la entrada de una tienda, hablando en susurros, sombras tan rectas que parecían centinelas. «Good night», «Good night». Casi notábamos, al avanzar callados, el respirar de quienes dormían bajo las lonas. Para mí era importante comprobar, en primera persona, que eso estaba ocurriendo y, al mismo tiempo, consideraba inmoral violar la sagrada intimidad del sueño. Pero quería poder transmitir, luego y de la forma más directa, lo que estábamos viviendo. Que la gente, en sus casas, sintiera lo que sentíamos. Por eso, cuando volvimos al coche, pregunté al bombero Reina: «¿Crees que de día podríamos grabar?». «Tendréis que hablar con los coordinadores. Supongo que, mientras respetéis a quienes no quieran salir, no habrá problemas.»

En marcha de nuevo, seguimos cinco kilómetros y, al dejar atrás una curva cerrada, leímos el letrero de Pyrgus. La carretera atravesaba el municipio como una columna vertebral y, a izquierda y derecha, salían carriles como costillas hacia los campos del interior o el mar. Me recordaba a El Palmar gaditano de los años 80. El último colmado bajaba la persiana a nuestro paso, pero quedaba una venta abierta. A la altura de los contenedores Onio giró. Las luces y el motor asustaron a unos gatos. Dos sombras, desde lejos, vinieron a buscarnos. Una llevaba otra sudadera naranja de la ONG de Onio, Proem-Aid. «Es Ángela Hidalgo, la única mujer del retén 6» nos dijo él. «Bombrera, de Málaga», completó ella y presentó al hombre a su lado. «Thanasis, voluntario griego. Él os ha conseguido el apartamento.» «Gracias de corazón», le dijimos. «De verdad.» Insistimos porque el joven, atractivo, parecía muerto de cansancio o emocionalmente afectado.

Eso fue ayer. Ahora, el taxi nos acerca a la hoguera donde voluntarios y bomberos esperan de madrugada las señales de los refugiados en las balsas. Me daba vértigo ver lo que la mirada de Thanasis reflejaba. La calle del barrio de palacetes del XIX era un túnel cerrado por copas de árboles centenarios. Abajo, dejamos el puerto a la izquierda, y allí volvió a sorprendernos el enorme crucero, *Venizelos*, desproporcionado hasta en las letras del casco, azules sobre blanco. El paseo marítimo, el *harbour*, con sus veleros y fragatas militares, era el corazón de la ciudad portuaria. Todo lleno de bares, tiendas de *souvenirs* y edificios oficiales, ahora cerrados. Justo detrás, dominaba el perfil, la cúpula de la iglesia. Todavía tuvimos que cruzar otro elegante barrio de chalets decadentes antes de reconocer el litoral frente

al aeropuerto, la zona de bungalows donde vivían los bomberos. Ahí estaba el Hotel Lasia, a pie de playa. Y, en frente, al fin, Camp Fire, nuestro destino, creado, entre otros, por la agente turística chipriota Rebecca Michaelides. Fue una noche de septiembre, sin premeditación, sólo arrastrando un bidón de lata y prendiendo en él una candela para que los rescatadores no se helaran mientras aguardaban.

Paramos, pagamos y oímos alejarse el taxi, mientras nos acercábamos al fuego, en la playa de guijarros, bajo un olivo frente al mar. Alrededor de la mesa de camping, apoyada en su tronco, jóvenes embozados preparaban café y té. Nos saludaban en inglés, bajando los párpados o cabeceando. Debían reconocer que era nuestra primera vez porque transmitían solidaridad anticipada ante la noche iniciática.

«Aquí», levantó la mano Onio. «Esto es lo que os ha traído», murmuró mirando al mar. «La historia que contar».

A distancia, los pies en el agua, enfundados en neoprenos, nos saludaron los compañeros que la víspera nos presentó en los bungalows: el sevillano que parecía un surfista californiano, el Hulk de La Rioja, y el veterano malagueño de melena y barba canas. Aún no se me había grabado que eran Jorge James, Javi Murillo y Paco Ráez.

«¿Se confirma la llegada?», pregunté escrutando el Egeo, negro y plano.

«Van a llegar.»

«Pero, ¿los ves?», apunté a sus prismáticos.

«Con esto es casi imposible. Si tuviéramos un radar...»

«Entonces, ¿cómo sabes que vienen?»

«Seguro a cien por cien.»

Apenas le conocíamos. Una hora la noche previa. Pero inspiraba confianza. Además, estábamos en Lesbos por ellos, por la ONG que empezó con ocho bomberos y llevaba ya tres meses, desde diciembre de 2015, dándose relevos cada dos semanas, rescatando. El 14 de enero de 2016, la guardia costera griega detuvo a tres de ellos: Manuel Blanco, José Enrique Rodríguez y Julio Latorre, acusados de tráfico de personas. Tras días con dos cooperantes daneses, en un calabozo con váter turco, vieron detrás del ventanuco enrejado la sonrisa de la pecosa, con gafas de John Lennon, Efi Latsoudi.

«¿Que has pagado la provisión de la fianza?», «¿Tres mil de los quince mil

euros?», «¿Por qué?».

«Soy del campamento PIKPA. Os conocemos», respondió. «Trabajamos en equipo, de hecho», les desconcertó. «Si vosotros no les salváis en el mar, no les podemos ayudar.»

De vuelta a España, en Sevilla, cuando pasó la vorágine de entrevistas y atención mediática, el sargento de bomberos Manuel Blanco fue, con su mujer embarazada y su hijo de cinco años, a un hipermercado. Avanzaba mareado por reencontrarse con el exceso de productos en los estantes, hasta chocar, carro con carro, con una compañera de recursos humanos de la Diputación, la institución de quien depende su parque provincial. Reyes Ortega le preguntó por lo vivido. Él, más que hablarle del juicio, aún sin fecha, o de la condena a diez años de cárcel por cada rescatado que pedía la Fiscalía, intentó transmitirle «el drama humano», así lo repetía. Tras despedirse, la mujer volvió a donde estaba su marido, al fondo del pasillo, sin contener las lágrimas. «¿Qué pasa, Yeyes? ¿Qué te ha dicho ese tío?» Ese tío fue, con José Pastor y Onio Reina, uno de los tres bomberos que crearon la ONG de rescate en Lesbos Proem-Aid. Si yo estaba con Onio, ahora en esta playa, era porque el hombre a mi otro costado era el profesor universitario Carlos Escaño que, tras escuchar a su mujer, buscó a Manolo Blanco por el supermercado. Quien, un mes después, marcó mi teléfono dando continuidad a lo que Blanco llama el *Efecto Lesbos*: «una sinergia que hace que desconocidos, al descubrir esta tragedia, se unan como eslabones de la cadena de ayuda humanitaria».

«Mirad», señaló Onio, «un punto negro. Y, dentro, luces de las pantallas verdes».

Busqué en el Egeo que parecía quieto, a veintiún kilómetros de una Turquía que se veía nítida. Pero de quieto nada, venía una ola, y enseguida otra, y otra más. A nuestros pies, rompían suaves, sin espuma. Pero mar adentro, subían y bajaban lo bastante para ocultar lo que avanzaba. El cielo estaba cuajado de destellos. Abajo, en cambio, yo no veía más que agua. Ni rastro del *dinghy*, como llaman a las balsas. Oí movimiento a mi espalda y me volví. Las treinta personas dispersas por la playa se apiñaban. Llegaron coches derrapando y salió gente de los aparcados. Descargaban cajas de cartón de los maleteros. Yo saqué de la mochila cuaderno y bolígrafo. Me metí el móvil en el bolsillo. Seguía sin ver la hinchable.

«Mira, ahí», susurró Onio. «Se aprecian ya hasta las cabezas» y, al fin, la

distinguí. El punto era todavía una barca mínima. Creció a un ritmo que me retumbaba dentro. Onio se quitó el chaquetón, dejó los prismáticos y se unió, en la orilla, a rescatadores de otras organizaciones. Cinco o seis se metieron con el agua al pecho. Oí inglés y árabe:

«Assalamu alaikum», «La paz sea contigo».

«Apagad el motor, por favor», «Bienvenidos», «Bienvenidos a Europa».

«Tranquilos, seguid sentados», «Ya está. Habéis llegado».

Las caras se perfilaron. Hombres jóvenes que sonriendo lloraban. Nos buscaban la mirada y decían: «Thank you, European people», «Thanks, Europe, for existing, you, land of human rights», «We are safe now», «You will save us». Los rescatadores, aún con el agua por las pantorrillas, contaron «Un, dos, tres» y, con un bufido, arrastraron afuera, el dinghy lleno de familias. Seguían un protocolo de desembarco. Dos semanas antes, hubo un tumulto al bajar y un niño fue aplastado. La falta de oxígeno le causó parálisis cerebral. Javi Murillo, Paco Ráez y, sobre todo, Jorge James espantaban la imagen de su mente. James sacó al chiquillo del amasijo de brazos y piernas. Tenía año y medio, como su hijo Eneko. Aún se arrepentía de no haberle reanimado él. Pero tenía que seguir rescatando y dejar su tarea a los sanitarios. Tras el perímetro de varones, sentados a horcajadas en el borde de la balsa, aparecieron adolescentes, niñas, niños, mujeres con bebés, embarazadas, abuelos. Los voluntarios de retaguardia se acercaban ya a la orilla con mantas desplegadas, para secar y abrigar. Las mantas se usaban como toallas antes de ser volteadas. Todo lo empapado se lanzaba bajo el olivo y, ahí, se apilaba. Escuché gritos como si acabaran de destaponarse mis oídos: «Need a blanket!, need a sweater!». «Bigger!», «Smaller!», «For this man!», «Here, this woman!», «Now, the baby!». Había tantos voluntarios como refugiados. Casi competían por atenderlos. Pero nadie sobraba. Cogían a bebés y críos porque las madres, agarrotadas, de pavor y frío, eran incapaces de secarles y cambiarles. Yo con las manos ocupadas, boli y cuaderno, no hacía nada. Cogí el móvil para sacar vídeos y fotos. Salieron desenfocados, oscuros. Algunos desembarcados iban directos a los cámaras: «Prensa, prensa», «Iraqúes. De Irak». «Contad esto, cómo estamos viniendo.» «El peligro, ¡nuestro y para los hijos!» «Temimos ahogarnos.» «Pero Irak destruido.» «Guerra.» «Daesh.» «Terrorismo.» «¿Entendéis?» «Lo tenéis que parar.» «Europa puede.» «Democracia.» «Libertad.» Los gráficos no parecían escucharles. Giraban, sin

apartar el ojo del visor, alrededor de la temblorosa montaña de gente sentada. Jirones plata y oro volaron. Eran las mantas térmicas que los voluntarios mordían y rasgaban a distintas medidas. «¡La parte dorada hacia dentro!», gritó Ángela Hidalgo, a la legión de voluntarios con más corazón que conocimientos, mientras enrollaba con precisión los pies de una niña. Cada parte del cuerpo, una vez secada, se recubría, pies, piernas, tronco, manos, antes de poner los calcetines, pantalones, chalecos, guantes. Ropa, demasiado ancha o estrecha, disfraz grotesco para huidos que parecían llegar, por una grieta, de un universo paralelo. Los ya cambiados quedaron sentados en el suelo. Les dieron barritas energéticas y briks de zumo. Mordisqueaban y sorbían, lentos. Los niños lamían los chupachups, el chocolate de bollos industriales. Como hipnotizados o sonámbulos. Mirando al mar. Los bomberos aún sacaban embarcados. Un hombre vino hacia mí, me estrechó la mano y me agradeció no entendí qué, sólo estar allí. «So sorry», logré decir. «So ashamed», añadí y él negó, en gesto de perdón, como diciendo: «No es culpa tuya». Pero yo sí sentía mi cuota.

Entonces, justo detrás, apareció él, sus ojos tan verdes bajo el recio pelo negro y el oscuro bigote espeso. Me miró ya al borde de la balsa. Bajó y de un movimiento agrupó a tres niños y los trajo. Supe que no sabía inglés por su repetir: «Press, press» y llevarse la palma al pecho repitiendo: «Ayad, Ayad Toman, Irak». Apoyó su mano en las cabezas de los hijos. El mayor, «Mustafa», quince años. «Mariam», once y «Ali», seis. Paró y sumando ocho con la palma izquierda abierta y tres dedos de la derecha repitió otro nombre: «Muse». Insistió en los ocho años y para asegurarse de que le entendía, hizo el recuento de los chiquillos marcando el vacío entre la niña y el menor. «Muse», repitió, el nombre de su tercer hijo, y se agarró de los pelos con una mano, mientras la otra fingía degollar. Pensé: *Para. Los niños*. Pero quizá hubieran sido testigos. «Yo madre», ralenticé el inglés. Y por gestos añadí: «Tres. Yo tres». Y aunque no me entendiera: «Comprendo tu dolor».

En ese instante me vino a la mente el 11-S. Yo era becaria, con veinticinco años. Aún vivía con mi madre, ya viuda, y mi hermano. Ese día, sentados a la mesa, empezando a almorzar, vimos, en directo, como tantos, el avión chocando contra las Torres Gemelas, la explosión. Sería una masacre, anticipamos. Allí ya lo estaba siendo, veíamos a la gente saltar por las ventanas. Pero, pronto, también lejos: en Afganistán, Irak, Palestina... aunque

la mayoría de implicados, incluso ese Bin Laden tan famoso enseguida, fueran de Arabia Saudita. Inocentes pagarían. Lo supimos. Bush usaría el legítimo dolor de las víctimas para justificar una violencia que perseguía oscuros intereses ajenos a la gente. ¿El mundo estudia cómo Estados Unidos empezó el siglo XX hundiendo su acorazado *Maine* y acusando a España de los doscientos cincuenta muertos? Incluso en nuestro país, donde la guerra de Cuba apuntilló el fin del imperio colonial, se estudia poco y mal. Pero es hasta burdo empezar dos siglos seguidos de modo tan similar. Una mentira por otra. Aznar, Blair y Durao Barroso jalearon el invento de las armas de destrucción masiva para entrar en Irak a sangre y fuego. Creo estar viendo la pantomima de Collin Powell en la ONU y los vanos intentos de frenar la matanza del ministro de Exteriores francés Dominique de Villepin, apelando a los valores de la civilización y la humanidad. Pero lo que tengo delante, ahora, son cuatro víctimas concretas de la macropolítica, un hombre y tres niños, una familia. Puedo tocarles. De hecho, sus miradas se me clavan. El 11-S pasa de la tele, artículos y ensayos, a los Toman, temblando, en Lesbos, este 3 de marzo de 2016. *Lo sabíamos, salimos a la calle, creedme, gritábamos: «No a la guerra», os lo juro, pensé. En primera fila estrellas de cine a los que todavía, por eso, les castigan.* Pero, ¿qué podía importarles? «Hypothermia!», se aulló cerca. Un chaleco rojo, de Médicos Sin Fronteras, llegó hasta esa mujer como muerta. El rechinar de frenos del autobús de ACNUR creó un tumulto en que Ayad y los niños desaparecieron. El personal de la ONU, con distintivos celeste, palmeó como pastoreando un rebaño para llevar a todos a Moria y registrarlos. Muchos siguieron sentados, mirando al Egeo. Pensé que aún no creían la suerte de llegar, que daban gracias al cielo. Quizá buscaban el rastro de las balsas que zarparon a la vez que ellos.

«Llegan más», avisó Onio. «Pero al sur. Vamos.» Quise despedirme de los Toman. Encontré a Ayad y el pequeño Ali. «The mother, *Almania*», dijo el padre. Ví a Carlos y Jaime correr hacia el coche abierto, llegar. Agarré las manos del iraquí deseando transmitirle mi ánimo para el camino por fronteras, como Idomeni, donde les apaleaban y gaseaban. Nos abrazamos. Ali nos miraba. Le acaricé el pelo, rizado y negro. Sus ojos tan abiertos nunca podría olvidarlos. Las caras de sus hermanos ya se me habían desdibujado. Alcancé el coche y una vez dentro pensé que debía haberle dado a Ali los animales de juguete de mis niños que llevaba en el bolsillo. Tarde para ese gesto de mala

conciencia y cariño.



Sólo seis meses antes de Lesbos, a finales de agosto, en un acantilado, me asomé a otro mar, el Cantábrico. Estaba en calma. El sol se ponía a mi espalda tras la montaña. Mi hija mayor correteaba a los chicos. Les oía reír, tropezar en el prado, volver a levantarse. Oía los *Te he pillado*, los *No, no vale, trampa*. «Voy por una cerveza, ¿te traigo?», me abrazó Marcos. «Ya voy yo contigo», asentí. «No tardo.» «Tómame tu tiempo», me gustó la calidez de su beso en mi cuello. Sola de nuevo, miré la luz espejear en las olas de ritmo lento y continuo. El mar se veía tan orgánico como un enorme animal. Un dragón, respirando. En veranos anteriores ese último instante de vacaciones había diluviado. Recordé el agua gris reflejando las nubes en su descarga. La espuma blanca del oleaje estallando en las rocas. La rebaba, en la arena, de *oclas* moradas. Nunca viví, aunque me gusta figurármelas, las noches de galerna con salvas eléctricas en que los vecinos fuerzan a los caballos a bajar carros por la cuesta para cosechar las algas que la industria, alimenticia y farmacéutica, tan bien pagaba. Esa tarde yo me llenaba de paz al despedirme de mi tierra. Con la punzada nostálgica herencia de emigrante. En mi caso, del bisabuelo, pelirrojo y terco, que con diez años cruzó el país del norte montañoso al sur andaluz, al final del siglo XIX. Él, al que convertí en protagonista de mi primera novela, *Lazos de humo*, publicada en 2011. Este octubre de 2015 haría cuatro años. Yo acababa de cumplir treinta y nueve, en julio. Antes, cerré otra etapa al entregar a mi agente literaria mi segunda novela, *La carta del iglú*. El libro contaba cómo en un momento sagrado para la protagonista, mientras batallaba por quedarse embarazada, dos hombres irrumpieron en su vida, no sólo frustrando su maternidad tardía, sino llevándola a un desequilibrio casi mortal. Para mí, la escritura nace de vivencias. Siempre. Lo que no implica que escriba por interés testimonial, en

plan diario. Es una búsqueda. Así que sí, la segunda novela la concebí en mi embarazo de los mellizos. Y, sí, yo había conocido a dos tipos siniestros y a partir del lodo en que chapoteamos moldeé tres personajes. Pero éstos se insubordinaron, reclamaron su libertad e identidad, viajaron a lugares y épocas donde conocieron a una monja y un psiquiatra más seductores que cualquiera de los tres y a mí me llevaron desde un urbano laberinto subterráneo a una travesía polar. Allí acabé encontrando secretos de mi infancia que habían quedado sepultados por el alud de los años.

Dediqué tres cursos a escribir la historia. Primero en la biblioteca pública a orillas del río porque vivía cruzando el puente. Después, al mudarnos al barrio de mi niñez, El Porvenir, seguí en la de la facultad de Educación, cuyas ventanas daban a la guardería donde inscribimos a los niños. La facultad me recibía con citas que forraban su patio en bandeloras enormes: «*Resérvate el derecho a pensar. Incluso equivocarse es mejor que no pensar nada*», aconsejaba Hipatia y «*Decir la palabra verdadera es transformar el mundo*», Paulo Freire, entre el ilustrado Rousseau, la ilustradora iraní Marjane Satrapi, María Montessori y Zambrano, Rosa Luxemburgo o Virginia Woolf. Mi preferida era «*Ignoramos nuestra estatura hasta que nos ponemos en pie*» de Emily Dickinson. Pero el lugar presidencial lo ocupaba la Nobel de la Paz 2014, la pakistaní Malala Yousafzai: «*Sólo quiero educación. Y no temo a nadie*». Las enaras libertarias eran una instalación del departamento de Didáctica de las Artes Plástica al que pertenecía Carlos Escaño. Pero yo tardaría todavía año y medio en conocer ese nombre. La gran virtud del sitio para mí era que, tan cerca de la guardería y del colegio de mi hija mayor, me permitía apurar la mañana para escribir. Un mediodía en que embebida se me hizo tarde, uno de tantos que empujé el carro doble a la carrera, sin resuello, azuzada por la sirena de la escuela de Paula, al fin juntos los cuatro rumbo al piso, fue cuando nos topamos con esa alfombra de frutos en pedazos. Habían caído del árbol de esa casa en venta, abandonada, de la calle Cruz, hermosa y desconchada, salpicada de cristales que los gatos sorteaban.

«Esas frutas, mamá...»

«Son granadas.»

«¿Están ricas? ¿A qué saben?»

«A mi abuelo le encantaban», recordé. «Pero a mí me raspaban. No las he vuelto a...»

«¿Sabes mal? Si son preciosas. ¿Coges una, mamá? Como tú dices hay que probar.» Su petición me sorprendió. También mi tentación. Eché un vistazo a la calle. Y con el placer de un Tom Sawyer o una Pipi Lamstrum, subí a la cancela como al estribo de un caballo y arranqué una fruta madura.

«Veamos», le hincó la llave e hice de mis dedos pico de pájaro hurgando.

«No raspa, está dulce», sonrió Paula. «¿Cómo salen de un árbol seco?», me leyó el pensamiento.

«Yo tampoco lo entiendo», admití.

«Será magia», fue su lógica fantástica.

«Pues sí, debe ser», acepté. Y nos marchamos, aligerando el paso, porque los niños, tan pequeños, se estaban adormilando.

Hicimos ese trayecto dos veces al día todo el curso y no me pesó la rutina porque me llenaba vaciarme al escribir. Marcos y Palmira, mi marido y agente, los primeros en leerme, celebraron mi oscura historia erótica, la rareza de su forma y me transmitieron su convencimiento de que, sin ser para masas, encontraría sin duda editor y lectores entusiastas. Pero aquello había sido en primavera. Al verano llegamos sin noticias que apoyaran las expectativas. Por eso ahora inspiraba hondo. Por la ansiedad frente al otoño pendiente del sí de un editor. Un otoño donde, por otro lado, el trabajo periodístico seguiría siendo, como desde hacía dos años, raquítico. Mi único compromiso fijo era una columna quincenal. Eso sí, en la edición regional de un periódico nuevo al que me enorgullecía pertenecer y que se consolidaba: eldiario.es. Luego, a veces, proponía un reportaje o una entrevista y me la compraban. O me caía algún encargo. Pero yo sentía que la energía me desbordaba. Quería hacer y vivir más. Complicado con Paula de nueve años y Bruno y Mateo con los tres recién cumplidos. Cuando Marcos y yo empezamos, casi dos décadas atrás, la periodista doblaba al ingeniero el sueldo y el horario. Pero, sibilino, el patriarcado capitalista cambió el rumbo que seguíamos para ponernos a cada uno en nuestro sitio. Gracias a la crisis-estafa del 2008, él ya no llegaba a casa a las tres, sino a las siete y yo, entretanto, pasé de periodista en plantilla a *freelance*. Incluso ahora que se ha normalizado denunciar al «patriarcado», el término suena rimbombante. Es a propósito, creo, para que cueste responsabilizarlo. Así que más me regodeo en pronunciarlo. Disfruto casi con lascivia la fricción de la lengua en mi paladar cuando lo desenmascaro. Porque lo tengo claro, del estancamiento profesional era culpable él y no mis

hijos. Yo no soy una madre arrepentida. Los niños devoran energía y tiempo, sí. Exasperan, como todos lo hacemos, en la convivencia. Pero la claustrofobia que ciñe la garganta, la limitación de perro atado a la caseta no me la provocan ellos que me dan tanta ternura, con quienes tanto me divierten. Sino este sistema que me ha ido empujando a lo doméstico, intentando encerrarme dentro del hogar, quitarme de en medio.

Ese verano de 2015, por la Ruta de la Plata de Pechón a Sevilla, repasé mentalmente temas para el primer artículo: estaba la llamada «crisis de los refugiados», pero también las primeras elecciones generales con Podemos y el enfrentamiento de Rusia con la Ucrania que quería entrar en la UE. Justo el periódico del día informaba de la condena a veinte años, por terrorismo, del cineasta Oleg Sentsov, que como clamaban Almodóvar, Wim Wenders o Ken Loach, sólo era un disidente político de la estrategia anexionista de la Rusia de Putin. La alusión a sus hijos Alina y Vladislav, de trece y once años, él con autismo, me devolvió a la noche del 23-F cuando era yo la niña sobresaltada por ese aporrear la puerta para llevarse al padre. «No te preocupes», intentó calmarme mamá. «Son compañeros del partido que van a esconderle.» Pero eso significaba que los militares vendrían a buscarle y yo sabía que ella también era del PTE. En cuanto papá nos besó y se fue, ella me llevó al cuarto donde ya dormía mi hermano, de dos años. Los chisporroteos del transistor llegaban desde el salón mezclados con voces, gritos y disparos de la retransmisión del golpe de Estado. La intentona fracasó, mi padre volvió ileso y cuando la democracia se consolidó, dejó la primera línea que le había llevado incluso a ser candidato, por ese Partido de los Trabajadores de España, a alcalde de Sevilla. Pero la política le siguió apasionando siempre tanto como su trabajo de laboralista. Y el periodismo. La voz de Iñaki Gabilondo en su *Hoy por hoy* sonaba en casa cada mañana, sobre la maquinilla eléctrica mientras él se afeitaba. De noche, cuando se acostaban, nos adormecíamos con la inconfundible ráfaga muelle del *Hora 25*. Había ejemplares de *Diario 16* y *Cambio 16*, *El País*, *Tiempo* por todas partes. Ahora veo muy ingenuo haber creído que elegí periodismo por un impulso mío y ajeno a su influencia. Igual que no darme cuenta de que el heroísmo del periodismo era un magma que todo lo impregnaba desde ese final de los 70 en que nací -con series como *Lou Grant* y películas como *Todos los hombres del presidente* o incluso *Superman*- al principio de los 90 en que entré en la

facultad. Fue en plena campaña de proselitismo periodístico, con la épica del corresponsal de la I Guerra de Irak, el *boom* de la CNN, los bombardeos-videojuego, el cormorán empapado en petróleo agonizando, la adolescente kuwaití, un mar de lágrimas, relatando la destrucción de incubadoras que ordenó Sadam Husein, Ángela Rodicio, veinteañera, con su chaleco antibalas, en el Telediario de la 1, en Oriente Próximo y luego ya, en los Balcanes. Los presentadores de TVE cantaban «Que no se acabe el mundo que aún quedamos gente para darle vida/bendita sea la Tierra yo no tengo ganas de una despedida». El decano Gómez y Méndez sintetizaba en la orden «¡Manshaaar!» su magisterio, que traducido era: «El periodismo consiste en llenar páginas de tinta, sin que importe el contenido porque el periódico, bajo el disfraz de información al servicio de la sociedad, es mero soporte de publicidad». Los profesores estimulantes solían ser de Historia, Estética, Lengua o Literatura, como Vázquez Medel que en su *Integristas y comunicación* desmontó las manipulaciones integristas occidentales -incluidas esas falsedades de incubadoras y cormoranes- por los que esperábamos de su seminario un decálogo para el corresponsal del mundo libre que quisiera trabajar en países árabes.

Al menos la mitad de los alumnos estábamos en la facultad por deseo de «Escribir», con pomposa mayúscula, o sea, literatura. Pero aún era mayor la proporción de quienes compartíamos el idealismo que luego leímos en *Los cínicos no sirven para este oficio* de Kapuscinski. Por eso nos chocó la presentación por Pérez-Reverte de su *Territorio comanche*. Él estaba en el apogeo de su descubrimiento como estrella bicéfala, periodista y novelista, y ese libro justo se vendía como ficción a partir de su experiencia de corresponsal de guerra en Yugoslavia. En el turno del público, una muy combativa delegada de alumnos, de último curso, irreconocible de lo arrobada que estaba, le formuló una pregunta casi declaración de amor: «¿Qué consejo puede darnos un profesional como usted para, llegado el momento, seguir cumpliendo con el deber de informar cuando la tendencia natural es parar y ayudar?». Eso dijo más o menos. La respuesta es literal: «Para ayudar, métete a monja de la Caridad. Aquí somos mercenarios. Nos pagan por contarlo». Jamás la he olvidado porque ni entonces, ni ahora me he querido soldado a sueldo de intereses ajenos. Por no hablar de que la industria no paga ni lo que vale el más sencillo trabajo manual, ¡como para sacrificarle criterio propio y

humanidad! Nos remuneraba un empresario -o el Estado, como a Reverte esos años- pero para estar al servicio de los ciudadanos. ¿Idealismo suicida? Sin duda se castiga. Lo comprobé cuando, tras un año en prácticas en EFE y tres en un diario local cobrando setenta mil pesetas al mes, cuatrocientos veinte euros, me echaron por promover elecciones sindicales y ser elegida delegada en el Comité de empresa por CCOO. Denuncié y gané el pleito. Defendida por Carlos Crisóstomo, llegué al Supremo porque los dueños recurrieron. La indemnización fue cuantiosa y pude reincorporarme, aunque opté por otra oferta, de Paramount Comedy Channel. Fue una buena elección pues esos años en Madrid y, de vuelta a Andalucía, los que trabajé en el programa de literatura de Canal Sur TV, fueron los más estimulantes y mejor pagados. El escarmiento queda grabado, ¿para qué negarlo? -tengo el sueño recurrente de seguir trabajando en aquella redacción de periódico-. Pero también llevo a fuego un tatuaje, invisible y ardiente: el orgullo y la deuda de ganar aquel pleito, sobre todo, gracias a un joven abogado que, cuando la democracia española daba sus primeros pasos, logró que el recién creado Tribunal Supremo, en su sentencia 38, dictara la «nulidad radical del despido cuando se lesiona un derecho fundamental». Como mi derecho a la libertad sindical. Ese abogado, Tomás, no podía imaginar que veinte años después, cuando él llevara seis meses de cáncer, aún seguiría protegiéndome a mí, su hija. Recordándome que los ideales no son mera utopía, como él tuvo que oír tantas veces en sus cuarenta y siete años de vida. Que, trabajando por ellos, a veces, se consolidan como conquistas bien precisas.

Todo tema para un artículo de opinión, incluso toda información quedó eclipsada a los dos días de ese septiembre de 2015. Marcos ya estaba en su oficina, los niños saltaban por el piso porque al colegio le quedaba una semana, cuando la imagen del chiquillo ahogado en la playa ocupó todas las pantallas. Aylan Kurdi se convirtió en símbolo del éxodo sirio. Un temblor sacudió las conciencias europeas y los gobernantes, atentos a sus votos, acordaron tras meses estériles acoger a ciento sesenta mil personas en el continente de quinientos millones de habitantes. En España serían diecisiete mil seiscientos ochenta, dos por municipio. A mí me dio hasta coraje que necesitáramos ese muerto concreto para salir del letargo. Que fuera además un cadáver tan bello, tan púdicamente boca abajo. Un horror estético, apto. ¿Por qué no enseñaban el interior de ese camión frigorífico noticia en la página

ocho de *El País*? ¿Por qué no dejaban que el fotógrafo nos asomara dentro de la cámara de la que el personal de escafandras blancas sacaría a los setenta y un sirios asfixiados en la cuneta de la autopista austriaca? Era información de EFE, en cuya delegación vienesa trabaja mi amigo del alma Antonio Sánchez.

«¿Has hecho tú lo de la furgoneta?», le solté en cuanto descolgó.

«Hola, *mejoramiga*, ¿qué tal el verano? Yo genial, gracias por llamar», respondió irónico.

«Ehhh, perdón», rectificué. «Recién aterrizada, engullida por la casa, ¿oyes a los niños exigiendo ver dibujitos? Y horrorizada por lo de los refugiados. Es de Segunda Guerra Mundial...»

«O de la Civil española. Piensa en Machado huyendo por los Pirineos andando...»

El vehículo, me explicó, había circulado horas, adelantando y cruzándose con otros: turismos de vuelta de los lagos para retomar el trabajo, tráilers de mercancías. Nadie podía sospechar el nerviosismo de esos tres -dos búlgaros, uno de origen libanés, y un húngaro- sin saber qué hacer, dónde parar, cómo arreglar lo sin remedio. Que no les pillaran por lo menos. La cámara hasta arriba de muertos. Cincuenta y nueve hombres, ocho mujeres, cuatro niños. A repostar pararon, eso se ha comprobado. Quizá era el momento de abrir una rendija, pero la Operación Retorno lo volvió complicado. De uno o dos muertos se habrían deshecho, quizá ya lo habían hecho otras veces en esos trayectos desde Hungría o Bulgaria. Sólo que ahora, al llegar a destino, no quedaba un sirio vivo. «El portavoz de la Policía, un tipo accesible, le gusta el periodismo, dijo que, cuando los detuvieron, ellos mismos parecían en *shock*, uno se había vomitado.» Debieron ponerse histéricos, empezaron a dar vueltas por circunvalaciones, a cambiar de sentido en la Autopista 4, hasta que el conductor paró. Se hartó y paró. No había más que una opción: correr campo a través. Alejarse de la fosa que iban remolcando. Dejarla en el arcén, ahí a cincuenta kilómetros de Viena. Un empleado de mantenimiento de autopistas vio raro que ese camión con el letrero HYZA, con la i griega en forma de gallina, no tuviera luces de emergencia, ni nadie cerca. El lema, asqueroso en el contexto, *Tengo buen sabor porque me alimentan tan bien*, al ser en eslovaco, no se entendió. El hombre llamó a la Policía, ésta a los bomberos que forzaron las puertas. «Lo típico, punto acordonado, desvío del tráfico, prensa tras el precinto. Se mascaba la tragedia. Aquí vemos cada día a huidos

de Oriente Próximo caminando hacia Alemania o Dinamarca...»

«O Francia, Calais, para cruzar a Inglaterra. ¿Nadie tiene imágenes?», pregunté.

«¿Fotos, vídeo, dices? Se ha filtrado algo para gran escándalo.»

«Si estamos consintiendo semejante atrocidad, deberíamos ser capaces de verla.»

«Eso de consentir... Ni todos los países, ni todos los ciudadanos están reaccionando igual. Aquí, gente corriente madruga para recoger refugiados en la frontera antes de ir al trabajo. ¿Qué movilización tenéis ahí abajo?»

«Ya conoces la respuesta», concedí. «No hacemos nada. Yo la primera.»

«Eso no es verdad. Leí tu artículo antes de verano, del *Turismo carroñero*, criticando la alegría irresponsable de que el sector crezca a costa de destinos hundidos por la guerra.»

«Tengo poco trabajo. De la novela sigo sin respuesta. Y de periodismo, tampoco hay gran cosa. Acabo de leer la entrevista a un tal Ludovic-Mohamed Zahed, primer imán gay, casado, con mezquita en París, autor de *Le Coran et la chair* y he pensado... traducirlo.»

«¿Y eso?»

«Porque me subo por las paredes sin saber qué hacer. Porque podría contribuir a desmontar los estereotipos que alimentan a la vez, yihadistas y fascistas, esos que presentan a los musulmanes como un bloque monolítico. Y porque practicaría mi francés.»

«Por cierto, ¿has leído a Carrère, Emmanuel Carrère?»

«No, ni idea. ¿Debería? ¿Interesa?»

«Vas tarde, amiga. Búscalo hoy, ya, léelo y vente luego a Viena para que comentemos.»

«¡Viajar!», resoplé.

«¿Por los niños, dices? Crecen rapidísimo, créeme. Pero, además, Marcos se encargará.»

«Ya. Al menos la próxima semana recuperaré las mañanas. ¿Sabes? Los mellizos empiezan en el cole de Paula. De ahí a viajar...»

El primer día de clase duraba dos horas para que los alumnos se adaptasen. No daba tiempo a nada, pero tampoco iba a quedarme plantada en la puerta de la escuela. A las nueve menos cinco todo fue estruendo: risas y

gritos infantiles, profesores llamando a la fila, llantos de los pequeños asustados y, al final, la sirena con que nos dispersamos. Decidí aligerarme para cruzar el parque y llegar a la biblioteca pública donde antes solía escribir. Fui directa a la narrativa internacional, francés, «C», de Carrère. Como en su idioma sólo tenían *Un roman ruse*, no hubo dilema. Me senté en una de las butacas blancas y dejé que se transformara en el añejo e incómodo asiento de aquel tren que cruzaba la estepa, bella y amenazante, de la ex Unión Soviética. Fueron los primeros instantes de un viaje durante mes y medio por los paisajes, confesiones y episodios que a lo largo de todos sus libros Carrère vivió, solo, con su mujer o, como en *Una novela rusa*, con el equipo de su documental: *Regreso a Kotelnich*. El rodaje empezó con el encargo de un reportaje sobre un preso de guerra húngaro, olvidado en un pueblucho ruso, en el culo del mundo. Aparentemente allí no pasaba nada hasta que el ojo aprendía a mirar y descubría el latir bajo la supuesta vacuidad: desde una traductora misteriosa a las raíces del novelista que su familia siempre quiso ocultar.

«Y tú, ¿qué has hecho, mamá?», me preguntó Paula, cuando les recogí.

«No me ha dado tiempo a mucho», admití dando sendas manos a Bruno y Mateo.

«¿Has escrito?», insistió ella, a la que la mañana había cundido, según sus mil anécdotas.

«He leído», le guiñé con la complicidad del gusto compartido.

«¡Mirad, mirad!», avisó entonces Mateo. «¡Mira, mamá!», señaló su hallazgo.

«¿Qué son?», se soltó Bruno para dar una patadita con cuidado al fruto resquebrajado.

«Granadas», respondí.

«Lo ha vuelto a hacer», susurró Paula. *Lo ha vuelto a hacer*, me erizó la piel.

«Venid, chicos, un segundo.»

«¿A dónde, mamá?», «¿Para qué?».

«Quiero hacer una cosa. Apuntar algo.»

Cruzamos para sentarnos en el murete de otro chalet abandonado y me quedé mirando ese número de la calle Cruz y, tras la cancela verde, oxidada, el árbol sin hojas, que nadie regaba, pero cuajado de frutos otra temporada.

«¿Los podemos coger?», preguntó Bruno.

«Para jugar. Al fútbol», explicó Mateo. «¿Podemos, mamá, podemos?»

«Un segundo.»

«¿Qué haces, mamá?», probó Paula, con tono de *Yo te entenderé, dímelo a mí*.

«Pienso. Un momento.»

«¿Para un artículo?»

Logró que la mirara y asentí. La imagen del granado me recordó la foto de la valla de Melilla junto a un campo de golf, hecha por José Palazón: los jóvenes africanos, ignorados por los golfistas, en lo más alto, encaramados, heridos por las cuchillas, pero sin ceder. Garabateé:

«Conexión árbol-abandonados. La granada se parece al corazón humano: rojo palpitante, que necesita coraza, dulce y áspero. Por más que caigan y revienten, por más que pasemos de largo y los dejemos ahí pudriéndose, siguen naciendo en la esquilmada África, en la explotada Latinoamérica, en el Oriente Próximo que sembramos de violencia, en la inmensa fábrica esclava que es Asia. Y, como una vez nacidos, quieren sobrevivir, hay que huir, intentar llegar a donde hay una oportunidad. Sin rendirse jamás.»

Eso anoté del granado, como si el árbol, mágico, me lo fuera susurrando.



La idea de «un hombre de acción», hombre o mujer, de un aventurero, alguien muy físico, que no siente miedo o que le planta cara porque le vale la pena, disfruta la adrenalina, que le tensa los músculos, le eriza el vello, ese concepto para mí lo ha encarnado, durante años, Fran Algaba. Amigo de Marcos desde el colegio, con quien escalaba, especializado, luego, en barranquismo y espeleología, que ha descendido cañones americanos y africanos, abierto vías en Andalucía y publicado guías sobre ello. De profesión, bombero. La imagen que yo tengo de mí es la opuesta. Fran es como un apache, pero con neopreno, su pelo largo al viento, trepando o saltando, cuando no apaga fuegos, mientras que yo he trabajado siempre sentada a una mesa, leyendo, escribiendo, llamando por teléfono para buscar entrevistados, quedando con ellos y vuelta a la redacción, biblioteca o casa, a resumir sus palabras. Eso en los picos de actividad. En etapas valle, como septiembre de 2015, todo se reduce a esperar que las horas caigan, como granos de un reloj de arena: que alguien llame del diario o la agencia literaria, haciéndome un encargo o cambios en la novela, pero que pase algo, el imprevisto que lanza de la abulia al sentido. Exactamente lo mismo, aunque yo lo ignorara, que le ocurre a un bombero la mayor parte del tiempo, la mayoría de jornadas. Porque, afortunadamente, los siniestros son excepción y no regla. Inundaciones, incendios, accidentes de tráfico con atrapados a los que sacar del amasijo de hierros... En la sala de guardias de un parque de bomberos cualquiera hay una tele encendida. Viéndola se diría que todo son emergencias, que el mundo arde por catástrofes naturales o provocadas. Y ahí está uno, en su plenitud de treintañero, con los conocimientos técnicos que las oposiciones avalan y diez años de experiencia ya, la energía desbordante, las ganas de ayudar, totalmente escindido, loco perdido, entre el deseo de que el

teléfono siga mudo, que no suene esta noche, nada en absoluto, porque eso significa que no hay vidas en riesgo, pero los nervios, comiéndote por dentro, porque eres lo contrario de lo que tu fibra necesita: un funcionario. Un hombre con su puesto, una silla, para los restos. El brillante casco, frente a ti, eso sí, con el que soñabas desde la guardería cuando la maestra os preguntaba y todos decíais futbolista, policía o bombero. Sólo que tú ibas en serio. Sabías que lo serías. Aquí estás, has logrado tu sueño. Y tú, no obstante, sintiéndote muerto, de impotencia y aburrimento. Luchando contra ello, porque puede perjudicar tu reacción cuando salte la alarma, que al final alguna vez salta. Así que te levantas, «Me voy a entrenar». «¿Ahora?», pregunta Fran a su compañero. «Ve, dale», le dice cuando se da cuenta de qué significa la mirada de Onio Reina. Es la misma que el propio Fran pone cuando se sube por las paredes porque ya ha repasado el camión, las mangueras, la ropa, quinientas, mil, mil quinientas veces, releído los protocolos, redactado propuestas para perfeccionarlos, y vuelto a coger el casco que lustra aunque es innecesario, como Aladino que ruega al genio: «Deseo ser útil, salvar a quien lo necesite, en cualquier parte».

«Andando, como animales. Calentándose, como animales», escuchó Fran a su espalda. Onio, de vuelta, miraba en el Canal 24 horas una noticia de los refugiados.

«¿Le doy voz?», preguntó. «Repiten lo mismo cada quince minutos y me estaba poniendo malo. Ninguna novedad, la típica mierda de nuestra insolidaridad.» Habla en plural, aunque él y su mujer, Chelo, lucharon sin parar hasta adoptar, en China, a su tercera hija.

«Habría que hacer algo», bisbiseó Reina, absorto en la pantalla. «Una tragedia, una vergüenza», siguió. «Como el exterminio de los judíos, las deportaciones en trenes a los campos. Lo estamos viviendo. Ahora no es una peli. Lo que vemos está pasando.»

Fran se pinzó, con pulgar y corazón, los lacrimales. Un gesto que hacía, una manía, cuando se concentraba o algo le agobiaba. Ya quedaba menos para acabar la guardia. Amanecería, vendría el relevo y en media hora haría el trayecto de esa Mairena del Aljarafe donde está el parque, a su ciudad, Alcalá de Guadaíra. Desde Al Yaraf, الجرف, que significa «elevación, otero» y es, así, el nombre perfecto para designar a esa cornisa sobre Sevilla al «castillo del cauce del río Ira», el Qall'at Yabir Wadi Ayra, القلعة del que ya hablan los

textos del historiador hispano-musulmán del siglo X Ibn Hayyan. A sendos lados de la carretera, olivos en interminables filas, como arrugas de cuerpo anciano. Sin ser por ello sabio. Porque le han extirpado su identidad y ningún hijo de la tierra sabe ya por qué la realidad se llama con esas palabras que usa como si no significaran nada. En lo que fue ocho siglos Al-Andalus, hace quinientos veinticinco años, ni choca que la antigua judería sea el barrio de Santa Cruz, ni se entiende que, si esa nave por la que pasa a diario tiene escrito en verde «Almazara» es porque literalmente designa «donde se exprimen las olivas». Con un ligero cambio de acentuación, la pronunciación es exacta en Siria y España. Pasa igual con «almohada». Lo ignora el bombero que recuesta su cabeza en ella en cuanto llega a casa, saliente de guardia. E igualmente lo ignoró Ferhad Horo durante veintitrés años hasta que nuestros destinos se cruzaron y compartió conmigo la añoranza de su familia y su hogar en Alepo. Me describió el edificio, con el taller mecánico abajo, arriba el piso. Hablaba de todo como viéndolo. Incluso a sí mismo en el claustrofóbico encierro bélico, acostado en su cuarto, repasando su joven vida, como el sueño de otro, del niño Ferhad, libre y feliz, que corría en la almazara de Afrin, mientras sus padres cargaban la furgoneta con los bidones de aceite. «¡Ferhad, Fátima, venid a ayudar!» Él les oía, agachado bajo el matorral de romero, junto a la acequia. Pero si se movía, si salía, los primos le pillarían. De eso nada, no le gustaba quedarla. Seguía escondido incluso cuando le llegaba la voz de Fátima: «¡Fin del juego, nos vamos! ¡Ferhad, echa una mano!». Peor para su hermana si se había rendido, los primos aún seguían buscándolo a él. Ojalá pudiera quedarse a vivir, con ellos, en Afrin. «¡No vuelvo, no quiero!», se resistía Ferhad, cuando su padre lo encontraba. «Venga, hijo, no seas niño chico», le reprendía. «¡No lo soy! ¡Mamá, dile que no lo soy!», buscaba la complicidad. «¡Demuéstralo, entonces, mi amor!», le animaba ella. «¡Quiero vivir en el campo! ¿Qué tiene que ver eso con los años?» Su respuesta conmovía a los padres, quienes, mirándose, pensaban: *Bendita sea la rama que al árbol sale*, pues también ellos sentían aquel apego a la tierra de procedencia. Probablemente más la madre, pues vivió más tiempo en ella. O quizá por su carácter. Era más dada a hablar, a contar historias del pasado familiar, de cuando era pequeña o incluso ya una muchacha, antes de que el padre, su primo, viniera al pueblo, la pidiera en matrimonio y se la llevara a aquel piso sobre el garaje de reparaciones que tenía en Alepo oeste, en Al-Shekh Maqsud exactamente. «Sécate esas

lágrimas, Ferhad», le daba madre un pañuelo desde el asiento delantero. «O nos ocurrirá lo que le ocurrió a mi primo Aza.» «¿Qué le pasó, madre?, ¡Cuéntanoslo!», pedía Fátima, batiendo palmas porque le entusiasmaban las historias que, estaban casi seguros, la madre inventaba. La mayoría narraban, como esa tarde, hechizos, maldiciones, de genios, *djinnes*, encantamientos que estropeaban el aceite y aceitunas que transportaban o, al contrario, los convertían en tesoros de piedras preciosas y oro, según la conducta de los personajes. En verdad el aceite, entre cuyas garrafas los chiquillos viajaban, era oro líquido para las modestas condiciones de vida de esa familia obrera kurda, como la mayoría de Al-Shekh Maqsud. Alá misericordioso les favoreció con nacer en la región famosa en el país por su jugo de aceituna. La ganancia que, con su comercio, sacaban en invierno, les permitía ahorrar con la esperanza de que Fátima y Ferhad pudieran estudiar, llegado el momento, y ser algo mejor en la vida, maestros, y quizá mudarse al también kurdo, pero más próspero, barrio de Al-Ashrafiya.

Fátima y Ferhad dieron la satisfacción a sus padres de ser buenos estudiantes. Ella siempre más práctica y responsable, él, más juguetón y soñador. A la vuelta del colegio, Fátima solía dedicar la tarde a hacer deberes en su cuarto, Ferhad pasaba horas en la calle, jugando o explorando, primero por el barrio y, a medida que fue creciendo, acercándose al centro, cruzando el Queiq, ese río extraño que él siempre recordaba lleno, pero que todos evocaban como el canal sin agua de los años en que Turquía cerró el cauce. Cuando se convirtió en vivero de insectos que marcaban, como estigmas de su etnia, las caras de los kurdos de Alepo. Ferhad siempre pensó que la memoria aterradora del mosquito leishmania marcó la decisión de Fátima de ser dermatóloga, porque eso y no «médico» era lo que empezó a contestar cuando quedó claro, por sus notas, que estaba preparada para el reto de la universidad. Fátima era una joven comprometida, solidaria, pero, lo que les pesaba a sus padres, poco romántica. Le habían leído el *Mem y Zin*, desde niña, pero de esa historia de amor imposible, a ella le caló más la segunda lectura, misteriosa, subterránea. Ferhad, quizá por ser más pequeño, o por su personalidad, se imaginaba tan apuesto como Mem y, de noche en la cama, invocaba que el fantasma de una bella Zin se le materializara.

«Fátima», susurraba en la oscuridad del cuarto, «¿estás dormida?».

«Ya no, Ferhad, me acabas de despertar.»

«Mentira, te he llamado muy bajo.»

«¿Qué quieres, eh?»

«¿Sueñas con encontrar algún día a tu Mem?»

«¿Otra vez? El libro no va de eso, te lo he dicho. Es un disfraz porque la verdadera historia no se puede contar.»

«Pero sí va de eso, Fátima. También.»

«Lo que tú digas», acabaron una vez. «Vale, bueno», otra noche. E incluso «Encontrar un Mem estaría bien, Ferhad, pero ¿imaginas que los kurdos, obligados a vivir separados, en Turquía, Irak, Irán y Siria pudiéramos vivir unidos? De eso va el libro».

«Shhhh, ya lo sé, no soy tonto. Pero calla. Madre siempre dice que las paredes hablan. Ya sabes lo que, por esos líos, le pasó al tío», se refirió Ferhad a la desaparición, en las revueltas de los 80, del primogénito de la familia materna.

Nada bueno asociaba el clan a la política. El amor, en cambio, alimentaba las fantasías. Así que Ferhad siguió rogando a Alá misericordioso que su Zin llegara y una tarde de primavera sus súplicas parecieron atendidas. Él volvía con sus amigos de la escuela de secundaria dando, como siempre, un rodeo para pasar ante el instituto de chicas justo cuando salían, lentas, haciéndose las encontradizas. Entre quienes estudiaron con ellos en el colegio, distinguió, al fin, la cara nueva. *¿Quién será?*, se preguntaba cuando sus amigos dijeron: «¿Habéis visto a la hermana de Jihan Haggio?», aludiendo al nuevo compañero llegado de Kerzayhel. Desde el instante en que Ferhad vio a Shirin, la convirtió en su Zin. Su timidez la hacía perfecta para envolverla en misterio y proveerla de todas las virtudes imaginables que sumar al armónico menudo cuerpo y la hermosa cara donde la sonrisa iluminaba la honda mirada verde. Shirin era alegría. Y promesa de alegría. Si él se atreviera a acercarse a Shirin, sería feliz. Si le mantuviese los ojos clavados cinco segundos, qué feliz sería. Si un día venciera el miedo a que sus amigos se burlaran, las de ella cotillearan y Shirin le rechazara, le propondría acompañarla a casa y el corazón le estallaría de emoción. Lograr tocarla, rozar su mano, no digamos acariciarla, robarle un beso, atreverse... Avanzaba en sus ilusiones, corriendo a saltos, del instituto a casa, y viceversa, hasta la tarde en que llegó, atropellado como solía, tras subir los peldaños de la escalera de dos en dos, y, en la cocina, se encontró, sentada a la mesa, frente al tazón de la merienda, a

la bella Shirin.

«Hola, Ferhad. Saluda», le indicó su madre. «Sus padres tenían que hacer en el centro con sus hermanos y les ofrecí cuidarla. ¿Te pasa algo, hijo? ¿Por qué no dejas la mochila y te sientas? Fátima, merendará cuando termine los deberes», dijo más bien a la huésped.

De haber sido algo mayores, dos años, no más, se habría evitado dejarles solos. Pero eran aún unos críos. Y aunque el vínculo no se concertara, a las familias, de origen cercano, tampoco les disgustaría la perspectiva de emparentar. Las meriendas de Shirin en casa no se convirtieron en habituales, pero se repitieron y, en la mayoría de ocasiones, Ferhad la acompañaba luego de vuelta a casa. Un trayecto de cinco minutos cuya duración triplicaban. Hasta aquel ocaso en que las sombras volvieron azules las fachadas y el sol anaranjó el aire. El calor del verano y, quizá, la cercanía de Ferhad, sonrojaba también la piel de Shirin y por un atávico impulso y con la habilidad de quien ha practicado mentalmente mil veces el movimiento, él dio los dos pasos que les colocaban en el ángulo muerto de la calle, gracias a un saliente y, tras mirarse un segundo de intensidad ardiente, unieron sus bocas y olvidaron cuanto no fuese el húmedo contacto.

Las fechas en que Ferhad se graduó en secundaria y se prometió con Shirin, prácticamente, coincidieron. Recordaba la solemnidad con que le entregaron ese bolígrafo azul y dorado en la cena que preparó su madre, con amigos, vecinos y parientes invitados. Ahí donde se concertó la reunión, ya más íntima, sólo de ambas familias, donde intercambiarían los regalos de compromiso. Él se sentía exultante, a punto de ingresar en la universidad y con su amada junto a sí, como merecieron lograr Mem y Zin.

Fátima estaba en tercero de Medicina cuando él se matriculó en Filología inglesa. Sus padres le veían de profesor, estatal o privado. Todo un profesor, su Ferhad, tan talentoso, con tan buena planta, listo para convertirse en un docente respetado, por alumnos y padres. Su confianza en él era contagiosa y en aquella misma cama, la cabeza de Ferhad soñaba con el futuro, aunque de forma distinta a como ellos lo querían. Él prefería dedicarse al turismo, porque era un enamorado del viejo Alepo. Aunque como primera generación de universitarios de los Horo sabía que debía elegir una carrera que le asegurara la colocación, confiaba en que el auge del sector turístico le daría un empleo, al fin, fuera de un colegio. En una cadena hotelera, una agencia de

viajes o, incluso, alguna empresa que necesitara traducciones para sus transacciones, ¡con posibilidad de visitar Europa o América! O frecuentar en Siria ambientes cosmopolitas, como el del Hotel Baron donde, se decía, escribió Agatha Christie su *Asesinato en el Orient Express*.

Desde 2005 el barrio de Al-Khalidiya, con sus restaurantes y bares, tenía el ambiente moderno, animado, que seduciría a Ferhad antes aún de entrar en la universidad, cuando su falta de recursos le obligaba a merodear, como de adolescente hacía por los zocos rumbo al castillo o de vuelta de la ciudadela. En otoño de 2010, en cambio, daba ya clases particulares a niños de otros barrios, familias con más posibilidades, y eso le permitía pagar su consumición. Así que, aunque sin derrochar, con los recién conocidos compañeros de facultad, el fin de semana iba por allí, paseaba y compartían alguna pipa de agua. A veces reconocía, en un grupo, a su hermana Fátima. Ella empezaba cuarto. Ferhad me confesó que solía mirarla de lejos antes de acercarse a saludarla. La admiraba hasta casi envidiarla. Cómo hablaba y se movía en su pandilla, la desenvoltura y seguridad que transmitía la hacían aún más osada de lo que era en casa. Ferhad anhelaba recuperar la nocturna complicidad que perdieron cuando, en la pubertad de ella, los padres dividieron con un tabique el cuarto. Las paredes hablan, les repetían siempre desde niños, pero los vecinos espías debían tener oídos finos, pues él a través de la paredilla no oía el menor movimiento, suspiro, desvelo de su hermana. Ni al llegar aquel final de 2010 y principios del 2011 en que ella estuvo, como la mayoría de la juventud siria, él incluido, nerviosa como nunca antes, con esa mezcla de miedo y esperanza ante la posible llegada, después de tanto tiempo, de la democracia a Siria y al resto de países árabes. Muchas noches le tentó levantarse y sigiloso, descalzo, entrar y preguntarle: «¿Qué está pasando, Fátima?, ¿Qué haremos?, ¿Qué cuentan en tu facultad?, ¿Creéis que lo de Internet, del Facebook será verdad?, ¿La vida cambiará, en serio?». Había una mezcla rara en el aire, de euforia y vértigo. También en sus aulas, en los pasillos de su centro. Pero los de la clase de Ferhad, tan nuevos, no sabían qué profesores y alumnos veteranos eran de fiar. Su hermana, en cambio, tenía que estar metida en lo que se cocía. Ferhad quería saber hasta qué punto y cómo. Y al mismo tiempo ignorarlo. Deseaba que su vida se pareciese a lo que veían en las series, estadounidenses y europeas, *online* o satélite, pero sin correr riesgos. Porque, al fin y al cabo, él era feliz y estaba en el camino de serlo

más, cuando aprobara y pasara de curso, cuando Shirin entrara en la carrera, ambos se licenciaran, se colocaran y, con sendos sueldos de clase media, al fin se casaran y se comprarán su pisito, quizá incluso en Al-Ashrafiya, aunque careciera para él del encanto de su Al-Shekh Maqsud. Tendrían hijos. Ése era el plan, me contó entre silencios donde me parecía verle volver a la vida que pudo ser. Ferhad era niño. Saltaba a la vista en el campamento donde nos conocimos. Siempre le gustó jugar y cuidar de los pequeños, me dijo, pero quien estaba loca por ellos era Shirin. De niña su hermano menor fue su muñeco y a Ferhad le reveló sueños premonitorios, de partos felices, indoloros. Quizá los dos compensaran que sus familias no fueran amplias. Frente al futuro planificado, seguro, que Ferhad concebía para sí y Shirin, aquellas noches de 2011 temía lo que su hermana Fátima estuviera considerando, del otro lado del muro, en su cuarto. Lo que sería capaz de hacer. Porque Fátima veía la vida de una manera distinta, con más perspectiva. Y, desde el punto alejado de sí en que contemplaba lo que pasaba, lo que le ocurriera a ella, como a una hormiga, carecía de importancia. Ferhad, sin darse cuenta, apretaba los párpados y se giraba en la cama, dando la espalda a su hermana.

Hasta que pasó lo de Daara. Esos chiquillos grafitearon en el muro de su colegio aquello de Al Asad. Entonces, hasta Ferhad, que creía carecer del instinto político de Fátima, sintió, igual que al ver a Shirin por primera vez, que exactamente aquello era lo que habían estado esperando, la contraseña que el destino pronunciaba para que lo que estaba escrito se desencadenara. La osadía de los chicos de Daara y la brutalidad policial contra ellos fueron la moneda lanzada al aire que empezó a girar. Cara, la rebeldía traería la democracia, cruz, la represión aplastaría toda esperanza. Cabía esperar a ver caer la pieza al suelo y aceptar el fallo. Pero Fátima, sus compañeros, con sus redes sociales y amigos internacionales, sentían la euforia de participar, de aportar al cambio democrático. Y él mismo, despolitizado, no podía dejar de emocionarse con aquello que se extendía como un contagio. A mediados de diciembre, en Túnez, el vendedor de fruta Mohamed Bouazizi se quemó a lo bonzo para protestar por la arbitrariedad con que le confiscaron su puesto ambulante y, luego, la Policía le humilló al quejarse. El hombre, de veintisiete años, estuvo agonizando veinte días. La visita en el hospital al moribundo, vendado como una momia, del dictador Ben Ali fue un remedio peor que la

enfermedad. Una vejación añadida para quien, más muerto que vivo, no podía replicar que su sufrimiento, símbolo del de todo el pueblo, era obra de los veinticuatro años de despótico mandato. Pero Bouazizi venció diez días después de muerto, porque las protestas civiles obligaron a Ben Ali a huir. Pasados dieciocho días de esa *Revolución de los jazmines*, el 25 de enero, los egipcios tomaron el relevo con la *Revolución blanca* contra Hosni Mubarak que se había perpetuado treinta años en el poder, con el reconocimiento de los líderes extranjeros, pero, como todos los dictadores, pisoteando al pueblo. Los yemeníes, al tiempo, salían a la calle con cintas rosas que homenajaban a la revolución tunecina y se hermanaban con ella en el deseo de no violencia para derrocar a Ali Abdullah Saleh que regía por la fuerza desde 1978. En el Cairo, tras varios intentos de Hosni Mubarak para cambiar algo el gobierno, pero seguir mandando, tuvo que dimitir por la presión en la calle a mediados de febrero. Entre enero y febrero también empezaron a manifestarse por sus derechos los libios, que cuarenta años gobernó Muamar el Gadafi. Sumadas unas revueltas y otras se hablaba ya, con esperanza, en la televisión y prensa, desde Al Jazeera a los medios occidentales, de la *primavera árabe*. La imagen era bella. Una ilusionante promesa revoloteaba en las cabezas. Ferhad, que nunca oyó nada en el silencio nocturno de la casa, ahora sentía el sutil teclear de su hermana, como el batir de alas de la esperanza. Porque los escolares de Daara se habían atrevido a escribir: «Es tu turno, doctor». Y aunque el presidente era supuestamente más civilizado que Háfes al Asad, su padre, y el heredero natural, Basel, que se estrelló en accidente de coche, aunque se suponía que Bashar era justo más cabal por haber estudiado oftalmología en Londres, vivido como profesional en una democracia, fuera azuzado por la bestia de su hermano Maher, por su ambiciosa mujer, Asma, o por su propia sed de seguir en el poder, lo cierto es que lanzó a la Policía contra el pueblo como fue el impulso primero del resto de sátrapas que esos dos meses cayeron. Y el pueblo sirio, en ese momento, era los quince chiquillos, arrestados, torturados, de los que fueron apareciendo, para escarmiento colectivo, uñas, falanges, manos. Todos se sentían los desolados padres, hermanos, amigos de los muchachos porque todos compartían el deseo de vivir en democracia: «*El shaab beddo hurrie!*, ¡El pueblo quiere libertad!», clamaban.

Sentía la garganta tan seca aquella noche, me contó Ferhad, un insomnio

tan poderoso, una necesidad tan clara, que al fin se levantó. Por la rendija de la puerta, vio a Fátima sentada en la cama, sus piernas cruzadas, el destello de la pantalla en su cara.

«¿Ferhad?»

«Shhhh», le confirmó entrando, el dedo en los labios.

«¿Qué haces levantado?»

«¿Qué estás escribiendo tú?»

«Ya puedes imaginarlo.»

«¿Qué va a pasar, hermana? ¿Qué está a punto de pasarnos?»

«Algo grande», empezó con entusiasmo. «Pero delicado, Ferhad.»

«Peligroso», corrigió él.

«Las revoluciones lo son.»

«Habrá sangre.»

«Ya la ha habido», matizó ella ahora.

«Pero más, me refiero. Nunca se sabe cuándo, ni cómo...»

«Acaba un desafío así. Eso es cierto, pero...»

«Yo también quiero libertad. No creas que no.»

«Lo sé. Cualquiera la desea.»

«Pero quiero vivir, sólo eso. No deseo que todo, nuestras vidas, estalle en mil pedazos.»

Estallar en mil pedazos fue la expresión que usó.

«Confíemos en que no ocurrirá. Yo confío, Ferhad. Los sirios somos de los jóvenes árabes más preparados y otros ya han logrado el objetivo. ¿Por qué tendríamos que fracasar?»

«¿Los sirios?», sonrió.

«Sí. Yo no abandono mi sueño del Kurdistán. Pero la lucha por la democracia me hace sentir más unida con árabes, palestinos, armenios, cristianos, turcos... que todos estos años en que se nos ha querido imponer la nacionalidad a golpe de foto de los Asad. *Esto sois: súbditos de Háfes y sus descendientes, os guste o no lo que decidan. Eso seréis vosotros y vuestra estirpe de por vida.* ¿Te acuerdas de Mem y Zin, Ferhad?»

«¿Acaso no soy Mem?», su broma sonó nostálgica de la infancia.

«Pues escucha, Mem, Zin está presa y da igual que sea del perverso Bakir o del perverso Bashar porque la raíz del drama es la misma: la maldad, la

coacción, la violencia.»

«¿La revolución no opondrá violencia a la violencia?»

«Nuestra revolución es pacífica, con flores en vez de armas. Eso desenmascarará de tal forma el mal que la comunidad internacional nos ayudará. Ya verás, Ferhad.»

Esas tres palabras se le habían repetido, encadenadas, en un número de madrugadas que parecía infinito. *Ya verás, Ferhad, Ya verás, Ferhad, Ya verás, Ferhad.* Lo único que veía en la oscuridad, quería dejar de verlo. *Para, para, para,* se ordenaba sin éxito. Porque, tal como anunció Fátima, hubo resistencia pacífica. Cuando, en las manifestaciones, algunos se exaltaron ante la brutalidad policial, los otros enfriaron los ánimos, llamaron a la calma y juntos resistieron, aguantaron y casi festejaron. Sí, hubo ambiente hasta festivo, me explicó, aunque sembrado de miedo, en los comienzos. Pero... «Todo lo tiñe la sangre y la sangre no es roja. Rojo no es la palabra. Sangre no es la palabra, sino eso que no te deja ver otra cosa», clava Ferhad el dolor de su mirada en mí. «Es recuerdo y por eso, olor y tacto, y las caras desencajadas de la gente, los amigos, los vecinos al correr despavoridos, como corrí yo», recordó, «a la orden de mi hermana: ¡Corre, Ferhad, a casa!». Obedeció. Se sentía cobarde, sabía que lo era. No se culpaba, nunca presumió de valor. Él quería vivir, vivir era lo primero, vivir para ser feliz. ¿Qué tendría sentido sin sobrevivir? Y sin Shirin. Ella, al menos, seguía en su casa. Se manifestó algunos días, a escondidas, porque sus padres no querían, la protegían. Pero Fátima. *Ya verás, Ferhad.* Y luego la madre: «¿Dónde está tu hermana?», «Nos separamos». «¿Cómo? Voy a buscarla.» Y el padre y él gritando que no fuera, el padre que salió tras ella. Fue un segundo apenas, porque algo venía, muchas cosas: tanques, aviones, cuanto atruena y se ignora hasta que la guerra llega. Entonces la explosión. Sí, porque todo estalló en mil pedazos, justo como él dijo a Fátima. Y el todo, ahí en su cara, frente a casa, era su madre reventada y, quizá, el padre que también sangraba, levantándola al cielo, chorreante, un fardo desecho, por un maldito artefacto, granada o mortero. Sangre y sirenas, aullidos humanos, truenos metálicos retumbando y una realidad inimaginable emergiendo, bajo los cascos, entre los miembros tumefactos de lo que, un segundo atrás, eran humanos. La madre, una de la turba de muertos, regados por el barrio, sobre los que saltan los que, esta vez, han escapado. ¿Y Fátima? *Ya verás, Ferhad, Ya verás, Ferhad.* Uno, dos, tres años de guerra civil dan

para ver espantos sin fin. Para desconfiar de gente que antes, cálida o antipática, no era ni mala, ni monstruosa, ni salvaje, pero ahora está implicada en la desaparición de compañeros, delatan a otros para salvarse ellos, para demostrar su afinidad a Al Asad y cargan a sus espaldas con las atrocidades que les hagan a esos traicionados los *shabiha*, los *mujabarat*, en la ruta a la dirección general de seguridad, o ya dentro de las dependencias del *Amn*, o en las prisiones-matadero, de las que el país está lleno, como Saydnaya de la que se cuentan las bestialidades más bárbaras. Carnicerías perpetradas en pozos negros cuya podredumbre acababa emergiendo. En enero de 2013 el río Queiq escupió cien muertos. Él y su padre fueron al oír que la corriente los estaba trayendo. Deseando a la vez no encontrar a Fátima y dar, al fin, con sus restos. «Para enterrarla», rememoró, «porque sin el cadáver todo el sufrimiento empieza cada día de cero». Las huellas de la tortura estaban en cada inspeccionado, todos hombres esta vez: miembros amputados, carnes amoratadas, ojos sacados, orejas arrancadas, quemaduras. Estaban maniatados y tenían su tiro de gracia, en la frente o la base del cráneo. *Para, para, para, Ferhad. Si esto es lo que había que ver, no veas más.* Si lo que había que ver era que «el cabrón era peor de lo imaginable y no cedía, sino que sacrificaba a la mejor juventud de Siria», si lo que el destino guardaba era la traición de la comunidad internacional y que la única opción para la revolución era «aceptar la ayuda de yihadistas llegados de Afganistán, imponiendo el ridículo atuendo, hasta la barba de disfraz, su violenta interpretación del Corán y el islam, el machismo y desprecio a la cultura, los monumentos, el recurso al pavor y tormento hasta en el propio bando para lograr, ¿qué, un califato con Irak? El mundo enloqueció. Peor, estaba previsto. Esto no iba de libertad y democracia, como creía Fátima, como decían Facebook y los canales internacionales. Era la continua pelea entre los poderosos de siempre: EEUU, Rusia, China, Israel, Arabia Saudita, quitando y poniendo jefes a su puta conveniencia. A madre no le gustaría este lenguaje. Pero ella está muerta». Llevaba muerta cuatro años, ese amanecer al que se refería, en que él afrontaba, en la penumbra de su cuarto, el absurdo de la jornada en que se licenciaba. «Al Asad se empeñó en que todo siguiera en plena guerra: la facultad abierta, nosotros en clase, salvo los días de fuego total. Pasaron la mano en los exámenes, claro. Muchos profesores cayeron o huyeron y, en la bancada de alumnos, también quedaron huecos, sin que supiéramos si cruzaron a Turquía o los mataron. Por si acaso, jamás nos alegramos. La alegría se

acabó. Esa mañana pensé: *Hoy me licencio, madre, Fátima, me dan el papel y nadie puede alegrarse, porque ya no estáis...*»

«¿Ferhad?»

«Entre, padre», le dijo él a la sombra de Sheiar Horo en el umbral.

«Hoy es el día, hijo», se acercó y se sentaron cara a cara en la cama. «Madre estaría muy... orgullosa. Tanto como yo.»

«Gracias», le tomó Ferhad las manos. «Por su trabajo tantos años y su apoyo en estos...»

«Estos últimos de locos, hijo mío», callaron. «Qué distinto tenía que haber sido, mi Ferhad, qué distinto soñamos este momento, tu madre y yo... Hoy, antes de ir por última vez a la universidad, quiero contarte que los padres de Shirin y yo hablamos...»

«Nuestra idea también era casarnos llegado este momento, pero...»

«Ya sé, sabemos. No pienses en eso.»

«Debo hacerlo. Todo está destruido. ¿Cómo construir nuestra familia sin empleo?»

«Si madre aún viviera, sin esta maldita guerra, vuestro noviazgo, que tan feliz la hacía, habría desembocado en una reunión en la casa de Afrin, ella lo habría querido así: *Para fructificar hay que cuidar la raíz*, decía. No habrá el festejo que merecéis, pero iremos.»

«¿A Afrin, padre?», preguntó. «¿Afrontar los peligros de intentar salir por festejarlo allí?»

«Por eso», sus ojos centellearon, «y porque después, podréis emprender un venturoso...».

«Viaje», susurró cayendo en la cercanía de Afrin a la frontera. «Pero padre», objetó, «no podremos pagar a los traficantes para atravesar Turquía, para cruzar luego el Egeo». No quería explicitarlo, pero era necesario: «No tenemos tanto dinero».

«¿Quién a quien sólo queda un hijo por salvar, querido Ferhad, quién que lo vea dentro de una trampa mortal, recién licenciado, pudiendo ser movilizado, aunque sea el padre más humilde, el trabajador más simple, no dedicará su poca inteligencia, sus modestas pertenencias, por una posibilidad siquiera, contra diez, contra cien, contra mil, de que ese hijo se salve, de que la sangre siga corriendo por sus venas?».



En octubre de 1996, tres meses después de cumplir veinte años, viajé a Madrid para terminar de sacarme el diploma de francés del que llevaba toda la adolescencia examinándome. Quince días antes habíamos enterrado a mi padre. Mi hermano, Tomás, y yo ni pudimos despedirnos de él. Estábamos en Sevilla, mientras seguía, con nuestra madre, en el Clínic de Valencia donde le trasplantaron de médula por su cáncer linfático. El desenlace fue una neumonía. Veinte años después, leyendo las reflexiones de Carrère, sobre el idioma ruso latente en él por vía materna, me di cuenta de cómo la presión de examinarme en pleno duelo pudo causar mi corte abrupto, durante dos décadas, con el francés que no es mi primera «lengua extranjera», sino parte esencial de mi identidad. Las familias que, en los 70, nos matricularon en la sevillana Escuela Francesa, querían que ese idioma, cultura e historia nos constituyeran. Durante la Transición española deseaban empaparnos de compromiso democrático, de europeísmo y defensa de los derechos humanos. Y todo eso lo encarnaba para ellos la Francia de la tradición revolucionaria y el reciente mayo del 68. Ésa en que nacieron y se criaron algunas de nuestras maestras, hijas de republicanos. Ilustra bien cómo nos forjaron la estampa tragicómica del fin de curso donde a docentes y alumnos se nos saltaba una lágrima cantando *La Marseillesa*, mientras otros tomábamos la Bastilla y cortábamos cabezas en guillotinas de cartulina. Fuera por leer a Carrère, porque el colegio público de mi hija en El Porvenir resultó ser bilingüe de francés, o porque ese otoño de 2015 me sentía infantilmente perdida, lo cierto es que busqué refugio en mi idioma olvidado. E incluso antes de que Palmira me confirmara que la editorial de Zahed daba el visto bueno a traducir *Le Coran et la chair*, en su cita en la Feria del Libro de Frankfurt, yo emprendí la tarea.

Cada mañana, lo primero en la biblioteca era leer la prensa. Así fue como me llamó la atención aquel faldón titulado «Sirios que no lo son» que el escritor Fernando Aramburu firmaba. Yo le había presentado su novela *Los años lentos*, tres años antes, y tanto en el acto en la biblioteca, como luego en la cena, conecté. Desde entonces, seguía sus artículos, de análisis político a crónica futbolística, escritos en esa Alemania a donde, contó, emigró por amor. El título «Sirios que no lo son» presagiaba lo peor. Mis expectativas se confirmaron al verle calificar de «desmedida generosidad de Angela Merkel» la apertura de fronteras a los huidos de la guerra. La suspensión temporal por la canciller, ese septiembre, del reglamento de Dublín por el que los llegados a la UE deben pedir asilo al pisar el primer país. Pero Aramburu incluso apuntó que, entre los refugiados, no era improbable «que se hubieran colado salafistas». En un tren a Berlín, describía, «accionaron el freno de emergencia, en pleno campo y de noche y desaparecieron 180 individuos en la oscuridad. No consta que para expresar gratitud a Angela Merkel». Aunque Aramburu no fuese un exiliado político, él conocía y escribía de quienes huyeron de Euskadi por las amenazas de ETA. Sabía, pues, de primera mano, qué injusto habría sido que los países europeos o EEUU les cerraran las puertas confundiendo a todo vasco con un potencial terrorista. Pero, además, hacía diez días que el muy reaccionario ministro del Interior español, Jorge Fernández Díaz, habló de «hacer compatible la acogida con la seguridad para que, si una persona no es un refugiado, sino otra cosa, se detecte» y el vicesecretario del mismo PP, Javier Maroto, en el aniversario del 11-S, dio un paso más al asegurar: «Entre los sirios que entran hay yihadistas que un día ponen una bomba en nuestras ciudades». Me horrorizaba que autores como Aramburu dieran cobertura intelectual a tales insidias. Más, cuando justo en Alemania, con insidias se prendió el fuego del holocausto, hacía setenta años. Me parecía peligroso dejarlo pasar. Callar y otorgar. Así que, en Twitter, citándole para que lo leyera, le manifesté mi asombro y decepción por su posición. Pude, quizá debí, enviárselo por privado. Creo que, de haberseme ocurrido, lo habría descartado, porque yo quería dejar constancia en la esfera pública, de que, respetando a un autor como él, ya consagrado -incluso antes del best-seller *Patria* que luego le ha encumbrado-, estaba en total desacuerdo con su texto. «Disfrute de su indignación», me contestó al instante, «y méteme en jaulas con otros», se refirió a los políticos del PP, «pero infórmese». Confieso que di un respingo por el portazo. Sorprendida, pese a no ignorar que, en España, es mal

congénito confundir discrepancia y enemistad. Pero no le di importancia. Le imaginé ofuscado -escribía en pijama, en su cocina, tras la ventana llovía- y vi que sería, más por un escollo en su nueva trama que por mi insignificante crítica. Sonreí. Igual que no recordaba conocerme, olvidaría mi tuit.

Habría podido contar la anécdota a Palmira. Me conoce tanto. Gracias a ella participé en la presentación del libro del expresidente González donde le pregunté sobre las puertas giratorias, se le calentó la boca y acabó lanzando lo de: «Sí, voy a dejar el Consejo de Administración de Gas Natural. Pero no por cuestión ética, sino porque es muy aburrido», que fue titular en prensa, tele y radio. Si la editorial o Felipe González le dieron queja, no me lo trasladó. Al contrario, siempre me ha alentado a escribir los libros con igual libertad y compromiso que mi periodismo. Pero, al ver su nombre en la pantalla, corriendo de la biblioteca al pasillo de la facultad, sólo pensé oírle: «Tenemos editorial».

«Hola, amiga. ¡Al fin!», su voz vibrante siempre anticipa las mejores noticias. «Siento no haber llamado antes, sólo contaba con rechazos», me preocupé. «Esperaba algo a lo que aferrarnos», mi garganta se secó. «Luego, Frankfurt, el jaleo de cada año y, créeme, que hasta allí he movido el manuscrito. Hay dos respuestas pendientes, pero no te quería hacer esperar para... Afrontar la realidad.» La dura realidad de que nadie quisiera *La carta del iglú*. Sus saltos temporales la hacían demasiado experimental, los pasos de la realidad a lo soñado o delirado, demasiado rara, las referencias a otros libros, autores, canciones, intensa, cansina. En conjunto: «una novela fallida». «Eso, así, me lo han dicho varios», noté su esfuerzo por explicitar la dolorosa verdad, pero sin herir. «Yo no lo entiendo, no estoy de acuerdo», volvió su vehemencia. «Sabes que me enganchó la emoción, que sufrí por los personajes, por ella, cuando descubre...», el teléfono pareció cortarse. Sólo nos callamos. Yo me senté en un rincón. «Pero son editores serios», retomó. «Me merecen crédito. Así que quizá no esté de más plantearse si tendrán razón. No abandonar la novela, eso no», se anticipó a mi espanto, «sino dejarla reposar, en bodega, para que vaya madurando, mientras el tercer libro...». Ahí perdí la conexión mental. Creí que me iba a echar a reír y llorar porque, ¿qué tercer libro? ¿Sobre qué? ¿A partir de qué vivencias? Los estudiantes empezaron a saltarme por encima, de las escaleras al rellano, rumbo al comedor. Eran las dos, y yo ni podía decir: «Bien, lo proceso y

hablamos otro día que tengo que recoger a los niños». Porque si hablaba, aun sin llorar, el nudo en mi garganta sonaría patético. Esa novela fallida era una dolorosa exploración de mi mundo íntimo y sólo si los lectores la leían, se pronunciaría el conjuro que exorciza los fantasmas. Estaba ante un colapso emocional y un problema laboral. Bajo la catarata de días sin propósito que vi caerme encima, avisté un tronco flotando: «¿Y los editores de Zaheb? ¿Autorizan a traducir *El Corán y la carnalidad?*». Palmira pareció desconcertada, quizá sólo quería evitarme otra decepción: «En el último momento, cancelaron la reunión».

Volví a llegar corriendo y tarde a por los chicos y, aunque disimulé, ellos notaron que algo pasaba. Luego, en casa, Marcos, incluso sin preguntar, supo de qué se trataba. Pero sólo de noche, solos, pudimos hablarlo a fondo. Los días siguientes fingí un falso control de nervios, sin lograr ocultarle la espiral destructiva que me consumía. *Qué mierda hacer ahora, no valgo, tiré dos años con algo que ni será publicado. Que encima me fascina, que volvería a escribir... Lo que demuestra que no entiendo una mierda.* El excremento como origen y destino de mis lamentos. Para no mirarse el ombligo lo mejor es trabajar, pero no hay trabajo. En este círculo vicioso nos vemos, cada vez más ciudadanos, atrapados. Yo ni constaba ya en el paro, que jamás me ofreció ningún empleo. Noviembre me encontraría con el ánimo propio del mes de los difuntos. Temí recaer en la depresión de cuando murió mi padre, cuando Marcos me ayudó a salir adelante. Pero entonces, como en una novela, esta vez de Paul Auster, basada en casualidades, una productora francesa me envió un *email*, aludiendo a mi web de *freelance* y preguntándome si podría y querría trabajar, del 8 al 15, en dos programas en Sevilla para el canal ARTE. ¿Querer? ¿Poder? No era trabajo de periodista, sino de traductora simultánea. ARTE, referente de periodismo intachable, me acababa de dejar helada con un programa sobre el siciliano puerto de Catania que obviaba el drama de los migrantes. Este *Jardines de aquí y allá*, según los capítulos que me enviaron, también parecía puro escapismo: museos y palacios, gladiolos y rosas empolvadas, anfitriones vetustos y aristocráticos. El vocabulario botánico, además, me daba vértigo. Por no hablar de la ridícula tarifa. Con todo, no podía rechazarlo. Había estado implorando algún trabajo y, de repente, aparecía éste. Un proyecto internacional sin salir de la ciudad. Quizá, si memorizaba el listado infinito de flores y plantas, volvería a sentirme útil,

realizada. Inmediatamente anoté qué especies identificaba: naranjos, azahar, jazmines, limoneros, palmeras, plátanos occidentales, jacarandas, magnolios, damas de noche, álamos, pinos, adelfas. Busqué sus equivalentes: *orangers, fleurs d'orangers, jasmin, citronniers, palmiers, platanes, flamboyants bleus, magnoliers, lis du Nil, pleupliers, pins, laurier-rose*. «¿Y esa alegría?», me preguntó ese mediodía Marcos. Y mientras le conté, pasaron por mi mente, en diapositivas, las otras plantas, que busqué porque ni imaginaba: brugmansia, malva real, acanto, agapanto, boj, evónimo, clavel moro o damasquino, arrayán. «¡Qué gran noticia!», exclamó. «No te preocupes por nada. Habrá que encajar horarios, pero hablaremos con tu madre, pediremos a Mónica que eche más horas. Nos organizamos.»

El primer día, crucé el Parque de María Luisa donde grabaríamos el segundo capítulo del 12 al 15 de noviembre, rumbo al Alcázar, nuestra localización del 8 al 11. Repasaba en mi libreta las especies que se me resistían -madroño, cicas, papiros, castaño de Indias, cedro, arce, ciprés calvo o de los pantanos, árbol de Júpiter, pica-pica, almez, amoraluzo- sintiéndome una actriz debutante. Por la Plaza de España, escenario desde *Lawrence de Arabia* a *StarWars*, pensé que a mí lo que me parecía un decorado era justo el Alcázar, nuestro monumento más visitado. Me costaba creer que datara de Al-Andalus porque esa mezcla de patio mudéjar, mirador renacentista, jardín del XIX, era tan imposible como la de la pirámide de Keops, la Torre Eiffel y los canales de Venecia de Las Vegas. Por no hablar, pensé, ya ante la terraza de su cafetería, de la invasión de turistas. Sólo cinco personas tenían las cabezas agachadas, leyendo algo, en vez de vueltas como girasoles, a la luz. Absortos en el guion ni me vieron hasta que les saludé. Eran la productora Cécile Bonneau, el realizador Simon Watel, el sonidista Kevin Bally, el operador de dron François-Bernard Dauchy y «el paisajista metido a intruso periodista», según se presentó, Jean-Philippe Teyssier. «Espero que como profesional auténtica no seas severa», demostró haber indagado. «Yo me limito a busto parlante», concluyó con una modestia que, como comprobé enseguida, era imprecisa. Atenta a lo que hablaban cacé palabras y expresiones, «palo borracho», «poda en espaldera», que tecleé en el móvil. Y lo que destacaron como el mayor tesoro del jardín y el monumento: el «palimpsesto». «¿Buscas qué significa?», me preguntó Teyssier de camino al Patio de las Doncellas. «Del griego *παλίμψηστος*, es la superposición de estilos. Se llama así por los

manuscritos con caligrafías de siglos distintos, cuyas huellas se conservan, superpuestas.» Jean-Philippe saludó al arquitecto Sergio Rodríguez y el técnico de sonido me alejó y colocó el intercomunicador mientras yo interiorizaba que lo que causaba mis reticencias sobre el Alcázar, su rara mezcla, resultara ser su mayor valor. «Tú», atronó en mi oído Watel desde la otra punta del patio, «¿cuántas veces has hecho esto?». Jean-Philippe al oír la pregunta por el pinganillo nos miró. «Todo irá bien. Empecemos.»

«¿Cuál es el papel del patio en el Alcázar?», preguntó.

«Se trata de la intersección jardín-palacio», empezó la voz del arquitecto y se le superpuso una femenina, grave y desconocida, la mía. «Este nexo de vivienda y huertas fue solución al caluroso verano, una habitación al aire libre, con muros que dan sombra, vegetación y agua, refrescantes. Agua y plantas eran un tesoro para quienes crearon el Alcázar, pueblos llegados del desierto. Porque, aunque es construcción cristiana, sus arquitectos y alarifes eran musulmanes, continuadores de la tradición almohade y almorávide.»

Sus palabras se desplegaron describiendo el jardín íntimo como reflejo del paraíso, donde se plantaron naranjos en una capa más baja a la del suelo para hacer realidad la azora coránica según la cual, en el vergel divino, los frutos estarían al alcance de la mano. Fue un relato hipnótico que nos llevó en volandas, como flotando esa tarde, por sugerentes tiempos y circunstancias que todos ignorábamos. Tan sugestivo de hecho que esa noche, agotada, lo seguí oyendo en sueños. Las dos entrevistas del día siguiente abundaron en la exquisitez, delicadeza y maestría de los alarifes y jardineros árabes. La primera, a una experta en los sistemas de riego y la del ambientalista acerca del mosaico de especies cuyo color y aroma evoluciona con las estaciones. El equipo se mostró tan seducido que, al terminar, me sorprendió oírles decir: «Habrá que equilibrar la dimensión árabe». «Forzosamente.» «Fue la condición para incluir este episodio en la serie», «No pasarnos con lo árabe». «La sensibilidad está a flor de piel tras lo de *Charlie Hebdo*.» No lo podía creer. Comenté mi asombro y decepción con Marcos, de vuelta a casa. «Se lo diría a ellos, quizá, si estuviera en el equipo como periodista... y no fuera sólo el segundo día.»

El tercero entrevistamos a la cuadrilla de jardineros y eso orilló cualquier perfil polémico. La mayoría vivía en el recinto desde niños y Jean-Philippe habló con ellos del trabajo técnico, anécdotas con los reyes que a veces se

alojan en el monumento y del privilegio que envidiaba de disfrutar del jardín una vez salen los turistas. Pero, en la última jornada, tras la entrevista al director emérito, apareció aquel treintañero moreno, de contundentes nariz y cejas, como las mías, rasgos realzados por su ropa de lino blanco.

«¿Juan Alberto Romero?», le saludé. «La cita era a...»

«Sí, llego adelantado», sonrió el historiador del arte.

«El equipo necesitaría parar a tomar un refres...»

«Entiendo», se abrió el cuello Mao. «¿Vienes con ellos, de Francia?»

«No, soy de aquí», me señalé la nariz.

«Innegable», rió. «Y los ojos», guiñó. «Yo soy de Cádiz.»

«Mi padre era de Conil. Así que paisanos», correspondí a su complicidad.

Mientras el equipo venía, hablamos de universidad, periodismo, política.

«Tenéis elecciones pronto, ¿no?», se nos unió Jean-Philippe. «¿Qué tal es Podemos? Tras el éxito de Syriza, ellos despiertan la atención de la Europa progresista.»

«Es interesante porque están dando forma política a un movimiento ciudadano esperanzador, el 15-M», dije, «que no se sentía representado por Izquierda Unida. La opción que yo ya apoyaba y que, como coalición de partidos, es más parecida a Syriza.»

Debatimos un poco y, luego, centrándonos en el rodaje Jean-Philippe indicó a Romero: «Como último entrevistado, necesitaríamos que resumieras la historia del Alcázar, la importancia del Guadalquivir en su origen y evolución».

«Bien», asintió él. «Hay evidencias de asentamientos del siglo IX a.C., luego romanos... La cercanía del río fue clave. En tiempo ya árabe ayudó a regar las huertas previas al jardín. Esta superposición de estilos es el gran valor, su...»

«Palimpsesto», rieron Cécile y Jean-Philippe. «Grabemos», dijo él. «¡Galería de Grutescos!»

«Yo preferiría el Patio de la Montería», propuso Romero. «Ah, ¿ya habéis usado ese espacio?», preguntó ante el silencio que se hizo más denso. Yo busqué con la mirada quien contestara.

«¿Lo hablamos?», pregunté. «Sabéis que lo escuché, no era un secreto.»

«Estoy perdido», intervino Romero porque yo esto no lo había traducido.

«Verás», interpreté que me autorizaban, «al parecer la consigna de arriba es *No destacar lo árabe*».

«¿Del Alcázar? ¿Bromeas?», su tono y gesto fueron elocuentes.

«Alegan que la opinión pública francesa es refractaria tras el atentado contra *Charlie Hebdo*.»

«Uf. Aún me apetece más grabar, desbaratar prejuicios», traduje al equipo. «La mezcla, lo islámico, que tanto enriquece nuestra identidad, se invisibiliza incluso aquí, ¿no crees?»

«¿Yo? Totalmente», contesté.

«Pese a que el mestizaje es nuestro mayor patrimonio y va mucho más allá de lo arquitectónico y paisajístico», pareció acabar. «Mestizaje somos ella y yo», nos señaló.

«¿Puedo daros mi opinión periodística?», pregunté. «Es una gran oportunidad para mostrar al espectador centroeuropeo que no es cierto que el islam sea sólo fuente de horror, guerras, terrorismo, fanatismo y violencia, dentro y fuera, de nuestras fronteras, sino también de esta belleza. La que os ha traído aquí y trae a tantos turistas a Andalucía porque, ¿vendrían sin la Alhambra, la Mezquita, la Giralda? Lo que admiran de nosotros: monumentos, música, danza, arte, comida y carácter, tiene sello islámico.»

Siguieron callados, sopesando, hasta que Jean-Philippe planteó:

«Oigamos al experto donde él prefiera, ¿de acuerdo?», buscó respaldo.

«¡Adelante!», se levantó Simon.

«Ya sortearemos los escollos en París» le oí, en el trayecto, a Cécile.

Fue un placer, físico, traducir la explicación del lúcido Juan Alberto Romero, en un plano secuencia frente a la fachada del palacio, sobre cómo cuando los almohades llegaron del Atlas marroquí, en 1146, ya existía en la ciudad una tradición de siglos de cultura árabe, procedente de Oriente y del norte de África, «gracias a los almorávides que atravesaron el Estrecho en el 711». Ambos pueblos del desierto se sintieron, describió, «deslumbrados por un lugar, con un clima y agua que hacía tan fácil que semillas y plantas fructificaran». Más propicio para el jardín exuberante, del paraíso coránico. «Pero», añadió, «lo más valioso del Alcázar es su testimonio de coexistencia pacífica y enriquecedora de tradiciones jardinera y hortofrutícola, cultural y religiosa. Pues la mayor parte del monumento que hoy se conserva es de época de un rey cristiano, Don Pedro I, que pese a apodarse el Cruel, es, a ojos

actuales, ejemplo de monarca no sólo tolerante, sino seducido por el legado de sus supuestos enemigos». «Mirad», señaló, «la gran entrada al palacio, aquí en el Patio de la Montería. Está dominada por una inscripción en árabe rodeada por otra en castellano. Los caracteres góticos, formando un marco, dicen»:

«El muy alto et muy noble et muy poderoso et muy conqueridor don Pedro por la gracia de Dios rey de Castilla et de Leon, mandó fazer estos alcázares et estos palacios et estas portadas que fue hecho en la Era de mill et quatrocientos y dos».

«Pero dentro, ese aparente dibujo, como un friso decorativo de azulejos azules y blancos, es la inscripción árabe: لا غالب إلا الله, que se pronuncia “wa la⁻ ga⁻liba illa⁻-lla⁻h” o “wa lâ galibun Îlâ Allah” y proclama: “Sólo Alá vencerá”, o como hoy se prefiere traducir “Soberano sólo es Dios” o “Sólo Dios prevalece”», para mí lo que fui traduciendo era tan descubrimiento como para los franceses. «Pedro I conocía el significado de este lema de los nazaríes de Granada», siguió, «y aceptó la inscripción por el respeto y admiración cultural por los que, en su reinado, se desarrolló el estilo mudéjar, de palacio islámico para corte cristiana, y por los que vestía como sultán y comía platos a base de almendras, pasas, dátiles, licores de naranja».

Al cortar y retomar, ahora sí, en la Galería de Grutescos, saltamos del siglo XIII al XVI, en que Carlos V, nieto de los Reyes Católicos, celebró su boda con Isabel de Portugal. «Porque en 1526», explicó Romero, «Sevilla era la capital económica del imperio español, la puerta a Europa de la riqueza de América, el gran Puerto de Indias». El monarca, V de Alemania y I de España, convirtió las huertas en jardín renacentista, a la italiana, añadiendo fuentes con esculturas mitológicas entre setos geométricos. «Dejó atrás, sin borrarlas, las huellas del islam. Y, como toque final, este belvedere a partir de la muralla almohade, un mirador de ostentación de sus dominios, de propaganda política, desde el que ver el mayor tesoro del Alcázar, el palimpsesto. El surtido de estilos que desorienta al visitante, pero revela algo con frecuencia invisible, o que se oculta: lo mucho que pueden aprender unas culturas de otras. Crecer, no destruyendo, sino amalgamándose. El jardín da una lección superadora de fronteras: si culturas, civilizaciones y hasta plantas han viajado, las ideas pueden hacerlo. Mezclémonos. Mezcla somos los andaluces como pueblo.» Supimos que era el punto final de la entrevista y culminante del rodaje. Me sonreí pensando que, aunque yo misma me viera como andalusí prototípica,

venía del bisabuelo celta, pelirrojo. De un latir vikingo.

El recuerdo de esa tarde nos acompañó al rodar en el Parque de María Luisa, diseñado a principios del XIX por el paisajista Jean-Claude Nicolas Forestier e inspirado en la Alhambra granadina y el Alcázar. Funcionábamos ya como un equipo engrasado y con Jean-Philippe empecé a fraguar amistad. En los traslados y descansos, hablamos de trabajos previos, inquietudes, proyectos. Las jornadas fueron intensas. Llegué a casa agotada, pero con historias y vídeos del dron que los mellizos vieron extasiados. La noche del viernes, cuando el móvil sonó, los estaba duchando.

«¿Es urgente?», pregunté a mi madre. «Tengo a los peques en el baño.»

«Hay varios atentados de ISIS en París, ¿lo has visto?»

«No. Dime», me alejé por el pasillo.

«Ya han explotado bombas junto a un estadio. Se jugaba un Francia-Alemania. Están Hollande y el ministro alemán. Hay tiroteos en terrazas y han secuestrado una discoteca.»

«¡No! ¿Cuánta gente?»

«Más de cien. Hablan de decenas de muertos ya. Qué desastre, hija.»

«Un desastre total.»

«¿Qué pasa, mami?», vi asustada a Paula junto a mí.

«Te dejo», dijo mi madre al oírla. «Sigue con los baños. Luego hablamos.»

«Sí, estamos en contacto», colgué. «Tranquila, mi vida», quise proteger a mi hija.

Al fondo, en la cocina, música suave, el ronroneo del extractor, y el aroma a tortilla, creaban una placidez que daba pena romper. Pero hablé con Marcos y llamé al equipo. Estaban juntos, en la habitación de Cécile, pegados al televisor, en *shock*.

«Es mi barrio, María», me susurró ella. «Una terraza tiroteada está debajo de casa.»

«Lo siento tanto», contesté impotente. «¿Cómo puedo ayudar? ¿Os llevo algo?»

«No, gracias. Estamos serenos. Aunque es de pesadilla, la gente corriendo, los encerrados en Bataclan, ¿qué les estarán haciendo? ¡Eh, mirad!», la oí. «Alguien graba el callejón trasero.» Volvió a mí: «Dicen que entraron al grito de ¡*Allahu Akbar!*!, ¿te das cuenta? Sale gente por la ventana. ¡Volumen, chicos!»

Voy a colgar, compañera».

«Iré a veros», le contesté, pero quizá no lo oyó.

«Ve. Yo me encargo», dijo Marcos. «Nosotros sabemos lo que es esto», me abrazó.

Lo sabemos, pensé, cruzando el parque de la Pirotecnia hacia el Hotel Collection. Sufrimos el 11-M, en 2004, sus doscientos muertos, dos mil heridos. Recuerdo ese día por la calle, con los cascos, cuando Iñaki Gabilondo anunció que un tren había explotado. Mi primer pensamiento fue ETA. Por tantos atentados previos: tiros en la nuca, como el del concejal popular Alberto Jiménez-Becerril y su mujer Ascensión García, en 1998, a las puertas de mi colegio; y coches bomba como el de Hipercor en Barcelona, en el 87. Crecimos con el miedo a esos asesinos. Por eso y porque no podíamos concebir que ni un presidente como Aznar engañara en algo así, aceptamos que era ETA de nuevo. Mi amiga Severine, desde Nantes, insistía: «Son yihadistas, aquí lo dicen las noticias». Justo con ella había estado en Bretaña, años antes, aquel julio de 1997, cuando los etarras secuestraron y lanzaron la cuenta atrás hacia el asesinato del concejal del PP en Ermua Miguel Ángel Blanco. Yo tenía 21, él 29. Él estaba en un zulo, entre encapuchados que dieron de plazo hasta el día 12 a las cuatro. Yo, aquel sábado, en La Baule. «No mires más el reloj», me decía Severine. Pero ella no era consciente de cómo todo el país contenía el aliento en los minutos, segundos últimos. Frente al mar pensé en los padres, en su novia y hermana, Mar. Pensé en mi hermano y mi madre, viuda un año atrás. Quería estar con ellos, manos abiertas, pintadas de blanco, coreando con tantos: «¡Aquí estamos, nosotros no matamos!». La aguja cayó. Oí el disparo. Creí que habría acabado. Pero le dejaron tirado, agonizando. Hasta que, pese a encontrarle y llevarle al hospital, no se le pudo salvar. Veinte años después, en el ascensor del hotel, otro secuestro y cuenta atrás. Simon me abrió la puerta. Vi a Cécile y Kevin en el suelo, pegados al monitor. Tras ellos, en una silla, Jean-Philippe. François-Bernard en el baño, inquieto, al móvil.

«Ha tardado en localizar a su hija», aclaró Simon.

«Ven, ven», señaló Jean-Philippe un asiento. Simon asintió y se sentó a los pies de la cama. «No hacía falta que vinieras», bisbiseó Jean-Philippe. «Pero gracias.»

Veían TF1. Los datos se repetían en la locución y rótulos: pasadas las

nueve y cuarto, fue el ataque suicida cerca del estadio; luego el tiroteo en la calle Bichat; a y media, el segundo ataque suicida junto al campo de fútbol; a menos cuarto, cuatro terroristas entran en Bataclan, donde la banda *Eagles of Death Metal* estaba tocando; antes de las diez, nuevo tiroteo ahora en la calle Charonne y tercer suicida por el estadio. El presidente de la República y el ministro de Exteriores germano, Frank-Walter Steinmeier, fueron evacuados y, se decía, estaban a salvo, aunque Hollande no había comparecido todavía. Los rehenes seguían retenidos. El bucle de imágenes volvió a mostrar a quienes se descolgaban de una ventana. «¿Qué harán para salvar a los secuestrados?», preguntó Cécile muy bajo. Siguieron comentarios susurrados: «¿Por qué no se han hecho explotar, como los del estadio?», «¡Qué pánico dentro!», «Quizá los cinturones-bomba han fallado». «Quién sabe con estos tarados...» La cifra de muertos era baja dadas las circunstancias. Aumentaría con la madrugada. Al rato miré el móvil. Había llamadas y WhatsApps.

«Vuelve a casa», sugirió Jean-Philippe.

«No. Marcos dice que los chicos están dormidos. Escribo a mi madre. Ella me avisó del atentado.» En un recuadro, a la derecha del monitor, apareció el atril para Hollande.

Al fin, a las 23.53 h, él compareció demudado, hombros hundidos. El peso de los rehenes, pensé. «Mes chers compatriotes», comenzó. Hablaba en presente, «decenas de muertos». Todo aún en curso. Anunció la movilización del ejército y la reunión del Consejo de Ministros para acordar el estado de emergencia y el cierre de fronteras. Retuve «solidaridad y compasión con las víctimas, sus familias». Aunque también «unidad», «fuerza», «sangre fría», «grandeza», «firmeza». Aseguró que el enemigo era conocido. «Los terroristas pretenden infundir miedo, espanto. Y miedo y espanto hay», reconoció. «Pero asimismo una nación que sabe defenderse, movilizar sus fuerzas y vencer a los terroristas», sentenció, antes de lanzar el «¡Viva Francia y la República!». Cuatro minutos, tres segundos. No comentamos el discurso, atentos a la retransmisión que seguía. Porque Hollande se refirió a una «operación en marcha en un lugar concreto» y no hacía falta más para señalar Bataclan. A los veinte minutos informaron del inicio del asalto. Empezó lo más tenso. Cécile se agarró las manos, Kevin agitó los tobillos, yo apreté los reposabrazos de la butaca como al despegar en avión. En treinta y ocho minutos se «restableció el control». Balance: noventa muertos, incluidos los tres terroristas, dos al

detonar explosivos antes de que entrara la Policía y el tercero al intentar activar el cinturón; rescatados ciento veinte rehenes. En el limbo un cuarto asaltante. Las llamadas y mensajes, en sus móviles, empezaron a solaparse. Con la adrenalina disparada, pensar en las tortas de arroz y el yogur líquido que había traído me dio náuseas. No obstante, los saqué de la mochila y dispuse en la rinconera. Al paso de las horas, Kevin picó algo, por ocupar las manos, estando prohibido fumar. Jean-Philippe miraba por la ventana. Lo intentaba. Porque la convertía en espejo la oscuridad.

«Necesito salir, aire», anunció.

«Te acompaño.»

En el *hall*, las puertas se abrieron y, al salir, el frío me cortó la respiración. Tras inspirar con esfuerzo a pleno pulmón, solté la voluta de un fumador.

«*Ficus microcarpa*, retusa. Laurel de Indias», susurró mirando al árbol.

«Es impresionante, sí. Mis hijos, todos los niños trepan a las ramas como a cuellos de dinosaurio.»

«O de dragón volador», vi en él al crío que había sido. «¿Paseamos?», propuso indeciso.

«Claro, ven», apreté la mano que me tendió. Sólo un segundo, por pudor.

Cruzamos la avenida y entramos a El Porvenir por esa zona trasera que, pese a las VPO de diseño, conserva la atmósfera de cuando, aún en los 90, era descampado, paso a nivel del tren y cochera de buses urbanos. Avanzamos, en el silencio, al corazón del barrio de 1929, con sus unifamiliares regionalistas. De reojo le vi admirar las *gleditsias*. «Son», me había explicado días antes, «la solución magistral para tamizar la luz tan blanca de vuestra ciudad».

«¿Es frívolo?», me preguntó de pronto. «Grabar mañana... El programa. El ciprés de los pantanos en la glorieta de Bécquer, las clevias que con poca agua dan flores naranja...»

«Dicho así...», empecé. «Te confieso», busqué sus ojos, «que antes del rodaje pensaba que era un programa escapista, para europeos burgueses de clase media-alta, cosmopolitas, viajeros, que hasta se ven progresistas, pero no quieren plantearse lo que urge transformar en la realidad, sino embellecerla... con macetas», vi que le dolió. «Sabes que el paisajismo, en España, ni existe como carrera y... Tú has estudiado en Versalles, sinónimo de elitismo», negó cabeceando. «He dicho: antes del rodaje», le recordé. «Luego,

en la entrevista al jubilado conservador del parque, cuando habló de cómo en la Guerra Civil la gente se comió a los animales, quemó los árboles para calentarse igual que en la Segunda Guerra Mundial en el Tiergarten o al desvelarnos Juan Alberto Romero, en el Alcázar, la fusión cultural, descubrí el valor del formato, del programa y... del tema.»

«El tema», retomó, «es la naturaleza. Nuestra interacción con ella, cómo la cuidamos y... El jardín es una conquista civilizatoria, compañera, es una apuesta de convivencia porque, sobre todo, el parque público es un lugar armónico, abierto a todos, democrático, para encontrarse, hablar, pasear... Intimar. Por eso está entre los primeros objetivos a destruir en las guerras, con las bibliotecas, las escuelas», paró a pensar. «La barbarie no soporta la civilidad. Que nos empeñemos, que perseveremos en la belleza. Yo siempre he creído que dedicarme a esto, sea en un estudio de paisajismo como antes, ahora en la tele o en el futuro, viviendo y trabajando en cualquier paraje apartado es mi razón en el mundo. Pero en noches así, la gente masacrada en un concierto, al disfrutar de música y libertad... Se destruye tanto, tan rápido, que siento impotencia. Pierdo la fe en que sirva sembrar nada», bajó los ojos. «Sembrar...»

«Ven, sígueme», se me ocurrió. Giré en la calle Cruz y ante la casa, le indiqué:

«Mira, Jean-Philippe. Mira este granado que alguien sembró, quién sabe cuándo. Lleva, que me conste, dos años dando fruto sin ser regado», él nos miró al árbol y a mí, como preguntándose qué quería decir. «No es que crea en milagros», le aclaré, «pero en los símbolos, sí. Y este árbol nos recuerda que la vida es difícil de extinguir. Tiene sus mecanismos, se aferra al sustrato, por pobre que sea, para resistir», entonces fue él quien me apretó la mano un instante. «Siéntate aquí, o apóyate», le dejé en el bordillo donde yo me había detenido aquel día con los niños. Crucé, subí a la cancela, y elegí un fruto, maduro, ya rajado. De vuelta junto a él, lo abrí y le ofrecí.

«¿Conoces el mito de Core?», me preguntó cuando probábamos. Negué y entonces me explicó: «Cuenta cómo Hades raptó a la hija de Deméter, hermana de Zeus. La furia materna logró que le devolvieran a Core. Demasiado tarde. Porque ella, no había resistido la tentación de picotear una granada del Averno y, quien prueba frutos del Infierno, jamás regresa de la oscuridad. Pero», su tono anticipó la esperanza, «se llegó al pacto de que Core volviera con su

madre nueve de los doce meses del año. Los tres que vive sin ella, la triste madre esteriliza la Tierra. Un mito botánico», sonrió con melancolía.

«Una historia hermosa», concedí.

«Y el pacto...» tiró de un hilo imprevisto, «también nos aguarda ahora en París. Encontraremos la ciudad en estado de excepción, tomada por blindados y soldados. En calles, casas y oficinas habrá dolor, recelos y susceptibilidad. Y en ese contexto es donde vamos a plantear emitir el programa del Alcázar, como lo hemos rodado, sin desvirtuarlo un átomo. Te prometo, mi querida periodista y nueva amiga», me miró sellando el compromiso, «que voy a luchar, con toda mi capacidad para lograrlo. Y que, si lo logro, volveré para celebrar contigo esa pequeña victoria. Humilde. Mínima. Como una semilla».



La cita que estuvo esperando llegó, por carta, semanas atrás. Pero era hoy 20 de noviembre cuando tenía que comparecer en la Oficina de Migrantes y Refugiados de Burbach. Seis días después del atentado de París. No ayudaría, temió Hanan Hasan Hessian. Expediente Az:6148307-438. La burocracia alemana registra el interrogatorio con la exactitud acostumbrada. Nueve folios minuciosos transcriben la vista, en el 30 de la Zur Eisenkaute, correspondiente al código postal 57299. Cien minutos de entrevista: 10.30 h a 12.10 h. Escapa al papel que Hanan, como ella me contará, llega una hora antes y se sienta a esperar. Le obsesiona ser puntual. Ha pactado con la empresa de limpieza que, los próximos diez días, trabajará de 05.00 a 18.00 h. Saldrá una hora más tarde para recuperar. El acto de hoy es importante para el asilo. Sus jefes, razonables, lo comprenden. Hanan se retuerce los dedos, sin darse cuenta, hasta que ve las yemas blancas y para. Necesita entrar calmada. Pero es que, ahora, todo va a depender de lo que haga. Ayad está avisado. Lo imagina rezando. Quizá también los niños sepan. Quedaron en no decírselo, pero puede habersele escapado. O ellos atar cabos. Lo oyen todo. Son muy listos. Inspira hondo. Siente la responsabilidad ahí, presionándole el pecho. Tiene que salvar a los tres que le quedan. Como sea. Pero no puede contar toda la verdad. ¿Cómo podría, aunque quisiera, sin conocerla?

En su ensimismamiento se cuele un sonido repetido. ¿Es su nombre? ¿Lo es? ¿Cuánto llevan llamándola? ¿Llega tarde al final? ¿Ha metido la pata antes de empezar? ¿Cómo decir, en alemán: «*Disculpe, no reconocí su pronunciación de mi nombre*»? No saberlo la lleva a agachar la cabeza. La sala no es pequeña, pero con tanto personal se hace estrecha. El traductor se identifica. Le amonestan. Quizá por extenderse. El hombre se disculpa con el funcionario. «Cíñete a traducir», le han venido a decir.

«Nombre completo.»
«Hanan Hasan Hessian.»
«Nacionalidad.»
«Iraqí.»
«Fecha de nacimiento.»
«Diecisiete de mayo de 1972.»
«¿De qué lugar de Irak procede?»
«Soy de Bagdad.»
«¿Siempre ha vivido allí?»
«Sí.»
«¿Cuál es su situación familiar? ¿Marido, hijos?»
«Mi esposo se llama Ayad Toman y nuestros hijos: Mustafa de quince años, Marian de once y Ali de seis. Muse tenía ocho años cuando...»
«¿Ése es el que, según consta, desapareció?»
«Sí, le secuestraron.»
«Volveremos a eso. ¿Dónde está el resto?»
«En Turquía.»
«¿Dónde, exactamente?»
«En Ankara, con mi hermano.»
«¿Desde cuándo?»
«Unos diez meses.»
«En el formulario pone usted que abandonó Irak el 15 de agosto de 2015, ¿correcto?»
«Sí, eso es.»
«Pero, si entiendo bien, su esposo y tres hijos se habían ido antes de Irak, ¿cierto?»
«Sí. Envié a mi marido e hijos a Turquía, hace un año. Yo me quedé en Irak porque estaba buscando al hijo que nos secuestraron.»
«¿Cómo vive su esposo en Ankara? ¿De qué?»
«Les mantiene mi hermano. Yo ahora, por Western Union, les mando cuanto puedo.»
«¿Donde vivían en Bagdad? ¿Me entiende: barrio o municipio del área metropolitana?»

«En la ciudad. En un barrio de la capital.»

«¿Por qué en agosto de este año viajó usted a Alemania y no a Ankara con su esposo?»

«Oh, señor, mi familia no tiene futuro en Ankara, en Turquía. Ninguno. Mi propio hermano vive con dificultades, y eso que lleva allí años. Yo vine a Alemania, he luchado...»

«El 15 de agosto abandonó Irak y el 7 de septiembre entró en Alemania, ¿correcto?»

«Sí.»

«¿Cómo fue su ruta a Europa? Descríbala, paso a paso.»

«Volé de Bagdad a Esmirna, en Turquía. Un traficante nos metió en una cuadra, a las afueras de un pueblo. Metió a más y más. De día, se veía cerca Grecia. Una noche vino al fin y nos subió a la barca. Algunos se resistían porque estaba llena. Tuvieron que subir, les encañonaron. Cruzamos. Fue largo. Pero llegamos antes de amanecer. La playa daba a la carretera. En Lesbos estaba el campo de Moria. Y el otro traficante.»

«¿Fue controlada, en algún momento, por la Policía griega? ¿Se le tomaron las huellas?»

«No.»

«¿A través de qué países llegó a Alemania?»

«Macedonia, Serbia, Hungría, Austria y Alemania.»

«¿Qué vehículos usaron?»

«Hicimos casi todo andando. Hubo algún tramo en coche. El final fue en tren.»

«¿Estuvo el traficante todo el tiempo con ustedes?»

«Fue un empleado suyo quien nos acompañó todo el viaje.»

«¿Fue controlada por la Policía en algún país? ¿Alguien tomó sus huellas dactilares?»

«No.»

«¿Cuánto tuvo que pagar para ir hasta Grecia y venir, luego, a Alemania?»

«El viaje entero me ha costado cinco mil dólares americanos.»

«¿Cómo contactó con el traficante de Lesbos? ¿Cómo le conoció?»

«A través de gente a la que conocí en Esmirna.»

«¿Y de dónde tenía usted cinco mil dólares?»

«Bueno nosotros... Hemos trabajado toda la vida. Teníamos cosas. Lo principal vino de vender el coche.»

«El vuelo de Bagdad a Esmirna fue legal, ¿correcto?»

«Sí, legal.»

«¿Tuvo problemas en el control de salida en Bagdad?»

«No, ninguno.»

«¿Conserva usted parientes en Irak?»

«Sí, todos los demás siguen en Bagdad.»

«¿Cómo calificaría la condición económico-financiera de su familia en Bagdad?»

«Normal. Nuestra situación económica era normal.»

El agente alemán, ahí, dio una larga explicación al traductor que él trasladó así:

«Debo comunicar ahora a la solicitante que en este instante entramos de lleno en la atención a su solicitud de asilo. De modo que tiene que justificar por qué lo solicita, qué pruebas aporta de la existencia de algún tipo de persecución en su país, dónde radica su temor a un peligro o amenaza, qué motivos alega para que no se proceda a su expulsión.»

Hanan me explicaría luego cuánto le horrorizó la palabra «expulsión». La hería por su injusticia. Había llegado de Grecia a Alemania. Andando. Atravesó cinco fronteras. Sin contar las cuatro horas en el Egeo, a la deriva, en total oscuridad. Náusea y pavor contenidos, por miedo a volcar. Miedo a dejar a sus hijos sin madre. A merced de la mafia turca. Que destina a tantos niños a la esclavitud industrial y sexual. Luego, de Atenas a Alemania, fueron dos mil doscientos kilómetros. Paso a paso. Con decenas de los cientos, cientos de miles, hasta un millón de refugiados que lograron llegar. Pero con una ventaja, en su caso: que ella era iraquí, de Bagdad. Podía demostrarlo con papeles. E Irak y Siria, los países reconocidos como *en guerra*, dentro del polvorín de Oriente Próximo. Afganos, pakistaníes, bangladesíes, les miraban con envidia. «Nosotros también sufrimos bombardeos», les decían, «atentados del Daesh», «enfrentamientos internos». Ella iba a pedir asilo como paso para la reunificación familiar. No concebía la opción de «expulsión».

«¿Es simpatizante o miembro de algún partido, sindicato, organización política?»

«No, señor.»

«¿Tiene interés en la política?»

«No. Trabajamos con el gobierno de Sad..., que había primero. Luego, tras la guerra, con los americanos. Nos adaptamos.»

«Explique los motivos por los que abandonó su país y pide asilo en Alemania.»

«Vine porque quiero traer a mi familia. Porque confío en tener una mejor expectativa de futuro aquí. Pero todo empezó al recibir cartas en las que nos decían que tanto mi esposo como yo teníamos que dejar nuestros empleos. Como no obedecimos, secuestraron a uno de nuestros hijos, Muse. Ahí entendí que nos teníamos que ir. Debíamos proteger a los otros tres. Por eso mandé a mi esposo y los niños a casa de mi hermano, en Ankara. Acabamos perdiéndolo todo, tras el hijo, los empleos, la casa... No nos queda nada. Por eso pido el asilo en Alemania.»

«¿Alguna vez ha tenido problemas con la Policía de Irak u otro país?»

«¿Nosotros? No, jamás.»

«¿Qué tipo de cartas eran esas a las que ha hecho referencia? ¿Y en qué trabajaban en Irak? ¿Por qué querría alguien que dejaran sus puestos? ¿Quién lo quería?»

«Fueron notas anónimas. Amenazas para que dejáramos el trabajo y nuestro hogar. Nos daban dos semanas... Mi marido tenía un puesto relacionado con... mensajería. Con la recepción y envío de paquetería, documentos a soldados americanos... Al ejército.»

«No entiendo qué me está contando», trasladó el traductor. «Recapitulo. Dice que recibieron cartas amenazadoras exigiendo que en catorce días dejaran trabajo y vivienda. Dice que su marido trabajaba en una empresa de envío de mercancía a soldados estadounidenses. Dice que les secuestraron un hijo. Pero aquí falta un relato lineal coherente. Hay lagunas por todas partes. Vaguedad, imprecisión. Tiene que explicar lo ocurrido con todo detalle. ¿Qué pasó? ¿Qué le ha pasado? Es la última oportunidad que le doy para explicarse. Aprovéchela.»

«Verá... Mi marido y yo, los dos, trabajábamos para una empresa iraquí de reparto de mercancía, de mensajería. Un trabajo de... especial responsabilidad, con extrema confidencialidad. Al servicio del ejército estadounidense. Por eso nos enviaron las cartas. Porque parte de nuestros

compatriotas siempre han considerado traición esos trabajos. Traición al régimen anterior, de Sadam Husein. Y, más aún, a Irak, nuestro país.»

«¿Cuándo, de qué manera les hicieron llegar las cartas?»

«En la oficina, en horario laboral. Estaban cerca. Las echaban por debajo de la puerta.»

«¿Tiene usted las cartas en su poder? Apórtelas al tribunal.»

«No puedo, señor. No las tengo.»

«¿Por qué? Le habrían sido de gran utilidad.»

«Dejamos tanto..., todo atrás, señor. No pensé, pensamos... Cuando nos fuimos de casa, asustados por los niños tras el secuestro de Muse, no éramos capaces de pensar...»

«Esto tampoco lo entiendo. Pasaría tiempo entre la llegada de las sucesivas cartas. Más hasta el secuestro. Más todavía entre el secuestro y la salida de Irak de su familia. Luego usted tardó en marcharse. ¿No dejó su familia Irak hace casi un año y usted sólo tres meses? Le pido una vez más que explique todo detalladamente, de forma que yo pueda seguir la sucesión cronológica, sin perderme. Y, como le dije antes, ¡es su última oportunidad!»

«Yo... No... Aunque no trajera las cartas, tengo otras pruebas. Aquí se explican las circunstancias que nos obligaron a abandonar la casa», extendió Hanan unos pliegos. «Fue cuando secuestraron a Muse. No queríamos que también a los demás...»

Se hace constar la aportación de tres documentos. Antes de revisarlos se pregunta:

«¿Denunció el secuestro a la Policía?»

«Sí, por supuesto.»

«¿Tiene usted prueba de esa denuncia?»

«Son el primero y segundo de los tres papeles.»

El traductor describió, y se anotó en el acta, que la solicitante de asilo aporta, por una parte, la denuncia policial, en árabe, de la desaparición del niño Muse Toman, incluida fotografía de carné y, por otra, su traducción al alemán por una oficina de intérpretes de Irak. Así como, en tercer lugar, de nuevo en árabe, lo que el secretario transcribió como «un certificado del Consejo del Distrito de Al-Khasar en que consta que varias familias, entre ellas la de la solicitante, fueron forzadas a abandonar el barrio».

«Le pregunto una vez más, ¿por qué motivo fueron obligados? ¿Quién les obligó?»

«No lo sé, señor. No sé quién.»

«No debería ser tan difícil de explicar. Usted tiene que saber quién les echó. ¡Cuéntelo!»

«No puedo decírselo...», aquí entre paréntesis ponen «SILENCIO» y luego: «Los suníes, señor, fueron expulsados de las casas del barrio. Nosotros somos suníes».

«Uno de los documentos es la denuncia de desaparición de su hijo, ¿correcto?»

«Sí, eso es.»

«Cuénteme, detallada y cronológicamente, ¿cómo desapareció el niño?»

«Mi marido estaba en la calle con él y, de repente, llegó gente, se formó un tumulto alrededor de ellos, pegaron a mi marido y se llevaron al niño.»

«¿Cuándo fue eso?»

«El 29 de octubre de 2014... El mes pasado hizo un año.»

«En la traducción que trae la palabra es *desaparición* no *secuestro*. Además, se apunta que el paradero del niño y las circunstancias de la desaparición son *desconocidos*. ¿La Policía iraquí no investigó el caso de su hijo como secuestro? ¿Por qué?»

«Yo no sabía... Para mí que... Disculpe, señor, ha debido haber un malentendido en la traducción al alemán que hicieron en Bagdad. Yo dije allí, tan claramente como aquí, *secuestrado*. Entonces no sabía alemán y no habría podido comprobar... En la denuncia árabe pone, se entiende que... Pero, lo que nada cambia es que a nuestro hijo Muse, mi Muse, señor, de ocho años, el tercero que tuve, tan inquieto y cariñoso, el más parecido a Ayad, nos lo arrebataron. No he vuelto a verlo, se acabó para siempre, ya nunca...»

«¡Suficiente! Lo de *causa desconocida*, ¿está en la denuncia original?», pregunta al traductor. Se hace constar que responde que así es. «Pero usted contó hace un momento que su esposo estaba con el niño en la calle, vinieron desconocidos, rodearon y pegaron a su marido y se llevaron al menor. ¿Por qué no viene en la denuncia? ¡Aclare la contradicción!»

«Yo, señor, no sé... La Policía en Irak... La situación del país... Lo que sí puedo es... En este otro documento dicen también *secuestro*.»

La interrogada aporta ahora otro papel. Un DIN-A4. El traductor consigna que es aparentemente un protocolo cumplimentado por un funcionario policial de Bagdad en que se explica que el esposo de la solicitante y el hijo fueron a comprar, que el esposo dejó al niño con la compra en el umbral de la tienda y entonces desapareció o fue secuestrado.

«Secuestrado», repite la interrogada.

«Pero, este papel no disuelve, sino agrava la contradicción. Aquí no aparece por ninguna parte que su esposo estuviera en la calle con su hijo, llegaron unos extraños y se lo llevaron. ¡No sé ni por qué, pero le vuelvo a dar una oportunidad, la última: aclárese!»

«Esos hombres llegaron, señor... Querían atacar, secuestrar a Ayad. Me habrían secuestrado a mí, de haber sido yo quien estaba en la calle. Iban a por nuestra familia. Allí no es raro que pase. Milicias chiíes o Daesh. Rodearon y pegaron a mi marido. Si no hubiera aparecido gente, si no hubieran intercedido, no se habría salvado. Pero en el revuelo algunos aprovecharon y quitaron al niño de en medio, se lo llevaron. Y fue en vano suplicar, esperar que lo devolvieran. Todo lo que hicimos por recuperarle, le juro que hicimos cuanto pudimos, pero fue para nada. Desde entonces sólo pienso, de día y de noche, ¿qué te están haciendo, hijo de mi alma? ¿Te dirán que no queremos pagar?»

«¡Contrólese! Seamos prácticos: ¿Por qué no se fue a Turquía con su marido e hijos?»

«Por Muse, señor, por él. Para que los secuestradores supieran que nos íbamos, que, de hecho, Ayad y los niños ya se habían ido. Y yo lo haría en cuanto me devolvieran a nuestro Muse. Tenían que devolvérselo porque ya habíamos obedecido. Pero no...»

«Dijo que tuvo que abandonar su piso. ¿Dónde vivió hasta que salió hacia Alemania?»

«Con parientes.»

«¿Y de qué estuvo viviendo? Fueron seis meses. Medio año se hace largo.»

«Son mis padres, señor. Destrozados con lo de Muse, como yo. Alojarme no les pesó.»

«Pero no logró rastro del niño, no le llegaron más anónimos, peticiones de rescate, nada.»

«No. Nada.»

«Ha dicho que viajó de Bagdad a Esmirna. Puestos a cruzar Turquía, ¿por qué no pasó por Ankara a ver a su marido e hijos? ¿No se le ocurrió?»

«Claro que pensé en ellos. Llevaba ocho meses sin verles... Pero una vez tomada la decisión, todo se precipitó. Anunciaron que podríamos pedir asilo aquí. Yo necesitaba proteger a los míos. Volé a Esmirna. Al cruzar el Egeo por supuesto temí morir sin verles. Pero, alabado sea... Sobreviví y ahora que vivo y trabajo aquí, confío en que les autoricen a venir. Estamos ahorrando para el avión, señor.»

«¿Tiene algún otro argumento que añadir a esta declaración?»

«Yo... En realidad, no... Nada más.»

«¿Qué cree que pasaría si en este momento tuviera usted que regresar a Irak?»

«No... no puedo imaginarlo, señor. Volver a Bagdad es impensable. Hacíamos... un trabajo delicado. Cruzamos la frontera y seremos sospechosos de revelar secretos. Nos asesinarían... No nos pueden devolver...»

«Alude a riesgos que no ha especificado. Cuando salga, acabada la vista, la Oficina Federal estudiará su solicitud y si resuelve negativamente, se tramitará la orden de expulsión. Así que, si cree que puede mencionar algo que transmita la necesidad de protección para usted y su familia, el peligro que en Irak corren, añádale.»

«Ya he contado todo. ¿Cómo convencer a quien no quiere...»

«Absténgase de especular. Dos factores objetivos que coadyuvan al asilo son: tener parientes en Alemania, con o sin permiso de residencia, y la custodia de niños que ya estén en la República Federal. ¿Concurren en su caso tales circunstancias?»

«No, señor.»

«En caso de que su petición de asilo sea rechazada y resulte expulsada, no se le permitirá volver a Alemania durante cinco años. ¿Lo entiende?»

«Sí, señor.»

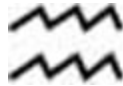
«Ahora debe ratificar que ha tenido oportunidad de exponer su historia, los motivos que justifican su solicitud de asilo y obstáculos que ve a un posible regreso, ¿de acuerdo?»

«Sí, señor.»

«Debe usted informar de cualquier cambio de dirección, ¿entendido?»
«¿Confirma que la traducción ha sido eficaz? ¿Ha comprendido sin problema? Lea y firme la transcripción de la declaración, firmada por el traductor y habremos terminado. Le llegará comunicación.»

Un mes después de la entrevista, los mismos servidores públicos, prestos a iniciar sus vacaciones navideñas, enviaron a la demandante Hanan Hasan Hessian la resolución de la petición de asilo: denegada. En el sobre, otro papel daba cita para una segunda y última comparecencia, a comienzos de 2016. La declaración sería, aunque más larga, casi calcada a la primera. Salvo por dos detalles. Esta vez Hanan contó que sí había pasado por Ankara a ver a su marido e hijos. Que les visitó unas horas, que se abrazaron y besaron, que ese recuerdo le daba fuerzas para sobrevivir. Y que había tenido las cartas amenazadoras, guardadas en su pecho hasta que las perdió, con otros documentos, en la tumultuosa travesía del Egeo. El interrogatorio ocupó diecinueve folios.

Segunda y definitiva resolución: asilo denegado. El abogado de oficio, del que no hay huella en las declaraciones, fue quien se lo comunicó en una carta donde explicó que «aunque podría ser deportada en cualquier instante», resultaba «improbable, dado que hace décadas que Alemania no expulsa a Irak». «Si bien es cierto», añadió, «que la normativa de asilo y refugio está cambiando, en la actual coyuntura, mucho y rápido». Hanan leyó entre líneas. Del infructuoso camino legal se derivaban dos consecuencias: que podía seguir trabajando sus doce horas diarias como limpiadora. Y que sólo quedaba la salida más cara y peligrosa para Ayad y los tres niños: atravesar el Egeo y recorrer Europa, clandestinamente, como ella hizo. Aunque ahora, dada la fecha, el invierno se ensañaría con ellos. Al menos, seguía habiendo una oportunidad. Había que aprovechar, mientras las fronteras siguieran abiertas, para cruzar.



Durante esa guardia hubo un siniestro gravísimo, por una causa común en esas fechas, el brasero. Prendió la camilla. Humareda, ventanas con rejas. Fue en San Juan Bajo. Se llamó al 112. Los bomberos llegaron rápido porque el Parque de Mairena está cerca. Los efectivos, uniformados y con cascos, son indistinguibles. Aquella noche, uno era Onio Reina. Del humo sacaron a tres niños, directos a la UCI del Virgen del Rocío. También al padre, que opuso resistencia, empeñado en ir a por la mujer. Ella se asfixió. El hombre ingresó en planta. Fuera de peligro, pero con una crisis de ansiedad. «Te acuestas agobiao sin saber cómo sacar p' delante a los tuyos, en paro, sin estudios. Y te despiertas tosiendo, gritos, llamaradas hasta el techo, carreras, las jodidas llaves que no encuentras, el calor y venga llamas, en las cortinas, el sofá... Y ella que no despierta y los niños que se ahogan, que se queman y ¡Fuego! ¡Bomberos! ¡Sacadnos, que nos morimos! ¡Vecinos! ¡Los niños! Y ahora, quizá, no haya a quién criar.» La teoría dicta pasar página, cuando la intervención acaba. Quitársela de la cabeza, como el hollín de la piel. Pero en la guardia, ahora en calma, las imágenes del infierno chisporrotean en la cabeza de Reina. Cuando la jornada pasa y el coche arranca no es fácil volver a casa ligero de equipaje. Aprovecha que el tráfico es denso, lento, para anticipar el ambiente casero. Aparca y permanece un instante asombrado de la calma del barrio. Sigue todavía en el coche, frente al bloque, entre los adosados sin decidirse a subir. Hasta que, al fin, Chus, atenta al ascensor, oye algo. Abre antes de que él use la llave y, al abrazarle, le susurra:

«Lo he oído en la radio. Los niños remontarán. Hay que confiar.»

«Ojalá», responde. «Pero incluso si uno lo logra, sin hermanos, sin madre... Qué desastre.»

«Odio esos calentadores. ¿Por qué se siguen usando?»

«De algún modo hay que calentarse. El gran problema son las cabezas, tan llenas de agobios y estrés, que te olvidas lo esencial. Es una barriada muy modesta...»

«La vida se ceba... Qué dura. Anda, dale un beso al chico que pregunta por ti todo el rato.»

La respiración del niño, Onio también como él, se oye ya por el pasillo y cuando huele el cuerpecito tibio, siente una punzada por el padre desgraciado. Tantos. Vuelve a ver el cadáver de Aylan que, dos meses después, no olvida. Al volver al salón, Chus iba a apagar la televisión.

«No, por favor, déjalo», pide. «Dale voz.»

«Óscar Camps, de Proactiva Open Arms, gracias por venir -oye a la presentadora de *El Intermedio*, Sandra Sabatés-. Erais una empresa de socorrismo de Badalona, ¿cuándo decidís convertirlos en ONG y marcharos a Grecia?»

«Al acabar la temporada de verano, dadas las alarmantes noticias que llegaban del Egeo, planteamos el proyecto a los directivos y, el 16 de septiembre, nos fuimos a Lesbos. Con quince mil euros y la idea de quedarnos hasta gastarlos. Pero los activistas locales nos dijeron que no nos fuéramos, que éramos necesarios. Lo que es verdad porque rescatamos sin parar. Así constituimos la ONG y nos financiamos con crowdfunding.»

Onio absorto en la pantalla, para preocupación de Chus, no cena nada.

«Acabáis de vivir un hundimiento terrible», intervino el Gran Wyoming. «Cuéntanos.»

«Fue hace cinco días, el 29 octubre. Un naufragio duro, con muchos muertos. Hicimos lo que pudimos con nuestros medios y efectivos. Por lo general llegan barcas con cincuenta pasajeros, entre treinta y cinco y cien por jornada, pero esta vez venían en un solo barco trescientas personas. Cuando el casco del *bigboat*, como lo llaman, se partió, el agua entró y empezó a hundirlo. Estábamos, para rescatar, nosotros con dos motos de agua, dos fragatas griegas y dos buques del Frontex. No dábamos abasto. Fue terrible porque teníamos que decidir a quién salvar. Y rápido.» Camps calló. «Murieron cuarenta.» Silencio. «Y aunque esa magnitud de rescate es excepcional, la llegada y el hundimiento de balsas sí son diarios. Ahora, además, como viene el invierno, aumenta el riesgo de hipotermias.»

«¿Cuántos sois?», indagó Wyoming.

«Seis rescatadores, el equipo que podemos mantener.»

Esa frase quedó flotando cuando, terminada la entrevista, Onio accedió a apagar el televisor. Chus le contó cosas del niño, de compañeros y clientes del gimnasio, exagerando la importancia o el lado ridículo. Para distraerle. Sin conseguirlo. «Voy a regar», salió él al balcón antes de acostarse. Necesitaba inspirar hondo, fuera, mirando al cielo. Una vez en la cama, cuando ella ya soñaba, él siguió hilando ideas como quien une estrellas. Y, al despertar, vio la constelación completa. Apenas dos semanas después, una vecina le dijo a su madre por la calle: «Dale un beso a tu niño y que tenga suerte». Fue así como la mujer supo que ese hijo bombero, cuyo trabajo ya era bastante sufrimiento, iba a darle otro disgusto. Estaba acostumbrada a sobresaltos porque, de niño, tenía que llevarlo cada mes a urgencias y de adolescente llegaba ya escayolado. Lo que no podía adivinar era que las noticias sobre refugiados que ella misma había visto, que como a tantos conmovieron, llevaron a Onio, primero, a explorar la opción de unirse a Proactiva y, al no prosperar esta vía, a crear con su compañero José Pastor y el sargento Manuel Blanco otra entidad sin ánimo de lucro: Proem-Aid, Profesionales de emergencias al rescate. El miércoles 2 de diciembre, al mes de concebir el proyecto, tres después de la muerte de Aylan, Onio Reina besó a su niño de tres años, aún dormido, y a su mujer aún incrédula, arrancó su Renault Megane Ranchera rumbo al Puerto de Gelves donde estaba citado con los otros tres bomberos, de la misión por tierra: José Amor, Nacho Montiel y Toni Amador. En el puerto, engancharon la lancha rápida que Faustino, de Protección Civil Santiponce-Castilleja, les prestó y ellos pusieron a punto con quinientos euros. Por delante cuatro mil kilómetros, Europa entera hasta Grecia. Conduciendo con la técnica del volante caliente, relevándose por turnos para parar lo estrictamente necesario. Ni para dormir, ni para comer los sándwiches, galletas y frutos secos, único alimento esos dos días y medio. Sólo para ir al baño, cambiar los neumáticos cuando se desgastó el caucho y escandalizarse con las mordidas que exigía la Policía de los Balcanes tan evocadora del Salvaje Oeste. Con el trayecto en el ferry del puerto ateniense del Pireo al de Mitilene, en Lesbos, completaron el viaje en cincuenta y ocho horas. El sábado 3 de diciembre de 2015 estaban en la isla. Allí, el plan trazado incluía, como tarea de los cuatro de avanzadilla, alquilar la que sería sede de los sucesivos retenes quincenales. Aquel primero se completaba con la llegada al

aeropuerto, tres días más tarde, de Manolo López y los co-fundadores Manuel Blanco y José Pastor. Cuando aterrizaron y recogieron sus petates, les sorprendió ver, en la sala de espera del aeropuerto, a Onio en neopreno, mojado.

«¿Qué haces así?», preguntó Blanco. «¿No cumplís los descansos? El protocolo es claro», habló con la autoridad del rango. «Tras el turno, al piso a descansar. O nos rompemos.»

«Manolo, verás...», empezó a contestar Onio, ya fuera, abriendo el maletero.

«Pero, ¿y esto?», se alarmó el sargento ante el equipaje aún allí. «¿No habéis alquilado?»

«Subid y veréis», contestó Onio, apresurado. Las ruedas derraparon en la grava y giró a la derecha, rumbo opuesto al centro, pasando carteles de «playas», «campings» y «hoteles».

«Hay mil sitios para arrendar aquí», resopló Manuel Blanco.

«Vas a verlo, ahora, Manolo, vas a verlo.»

De lejos, en la franja costera, a la izquierda, gente y tenderetes, bajo unos olivos.

«¿Qué carajo es eso, tío?»

«Eso, compañeros, es por lo que estamos aquí.»

Onio paró brusco en el arcén derecho y salió disparado al agua. Manolo, rápido de reflejos, gritó: «¡Neoprenos!». Ahí, junto al coche, se cambiaron. Corriendo a la orilla, entre voluntarios, veían destellos azules sobre el mar en el ocaso. Eran barcas, dinghys, que hacían señas con los móviles, para que les guiaran a la playa, evitando el sur, donde la isla acaba. Se oyeron gritos aún lejanos y frases árabes. Respuestas de «Keep calm». «Wa alaikum Assalam.» Todos se lanzaron a rescatar de inmediato. En los lapsos entre rescate y rescate costaba creer lo que estaban viviendo. Que el horror del telediario era cierto. E igual comprender luego, hablando con otros voluntarios, locales e internacionales, que aquel diciembre en que llegaban cincuenta dinghys por noche era tranquilo, comparado con julio cuando todo empezó con llegadas de mil ochocientos refugiados diarios, agosto con el doble y octubre cuando eran siete mil por noche. Eso de media. Porque, como cuando había tormenta, los traficantes no lograban llenar tantas barcas, pese a rebajar el billete de mil doscientos a seiscientos euros; luego, cuando el temporal pasaba había

madrugadas de treinta mil refugiados. Eran justo la población de Mitilene que, como capital de Lesbos, concentra un tercio de los noventa mil habitantes de la isla. Ahora que, tras el hundimiento del *bigboat* a final de octubre, la UE taponó con dos buques de Frontex los doce kilómetros del estrecho entre Turquía y el extremo norte, la totalidad de barcasas se lanzaban hacia el sur, al doble de distancia. Justo ahí donde rescataba Proem-Aid, a donde acabó bajando Proactiva desde su sede en To Kyma, a hora y media por carretera, y estaban también la griega ERCI, la holandesa Boat Refugee Foundation y la irlandesa Refugee Rescue. Además de la danesa Team Humanity, fundada en septiembre y liderada por Salam Aldeen. Un niño refugiado moldavo, él mismo en los 90, que llegó a Dinamarca huyendo a pie de su guerra civil y tras atravesar la de los Balcanes. Un desconocido al que toda Europa ha visto. Convertido en símbolo por los medios. En España, protagonizó la foto de una campaña de *El País* anunciando discos-libros del productor Javier Limón a beneficio de Médicos sin Fronteras. En el centro de la imagen, está él, Salam Aldeen. En pleno desembarco de un dinghy, alza al cielo, como un titán, a un recién nacido, recién salvado. Embutido en su neopreno rojo y negro, con el Team Humanity, en blanco, en el pecho, no deja claro si entrega al bebé al voluntario de USA Emergency Relief, o se lo queda para custodiarlo. Salam era, ya en diciembre de 2015, sospechoso para la Policía griega, como me contaría después Antonio Sofiadelis, jefe de la Autoridad portuaria de Mitilene. Sin esgrimir prueba, subrayó insistentemente: «Los españoles estaban en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Los otros, en cambio, el otro en particular no es igual». Ese «otro» era Salam. ¿Qué le achacaba? Según entendí, afán de notoriedad o prepotencia. Que hiciera ostentación, siendo tan joven, de un buen coche, una buena embarcación de rescate, dinero para recambiar sobre la marcha el turismo cuando tuvo un percance de tráfico. No eran evidencias de criminalidad, pero sentados en aquel despacho de la precaria comisaría, percibí el agravio que sentía. El Servicio de Guardacostas de Lesbos acababa de pasar de vérselas con el tráfico de tabaco, drogas, falsificaciones de bolsos y ropa, el trapicheo portuario habitual, a ser los centinelas de Europa, frente al mayor éxodo de refugiados desde la Segunda Guerra Mundial. El uniforme azul con gorra plana no ha cambiado en cuarenta años, el edificio en el paseo marítimo con las ventanas al callejón trasero ha mantenido el celestón desvaído, en paredes, sillas y cortinas. Los cercos de los vasos, las quemaduras de colillas les han

acompañado desde que entraron, en los 70. Pero en medio año, ciento ochenta días, el vuelco, en la ciudad, ha sido radical: los turistas han sido reemplazados por refugiados y cooperantes. Y aunque ciertos taxistas y hoteleros se contenten con que el voluntariado sustituya al turista como fuente de ingresos, la nueva coyuntura desafía a la Policía. Porque de la noche al día desembarcan en la isla, por un lado, la agencia de la ONU ACNUR y grandes ONG con trayectoria de décadas y personal asalariado y alojado en hoteles o casas alquiladas. Y de otro, todo tipo de activistas individuales. Todos dando respuesta a la contingencia. Dejando en evidencia insuficiencias locales. En lo que al rescate afecta, la insuficiencia de la Autoridad Portuaria, de la que es jefe Antonio Sofiadelis. Hombre duro, curtido. A la defensiva cuando quien le entrevista es una compatriota de los bomberos que detuvieron. Hasta que de repente, le pregunto por las consecuencias psicológicas sobre él y su equipo de estar rescatando tantos cadáveres, incluso de niños. La cara entonces cambia, de forma tan leve como evidente. Deseo que la cámara capte cómo la máscara cobra vida al velarse la mirada. «Vivimos una pesadilla.»

La tarde previa al arresto, la del 13 de enero, la guardia costera helena había encargado un rescate conjunto a Proem-Aid y el Team Humanity. Cuando ambos equipos regresaron con su misión cumplida a la Marina, los efectivos griegos les felicitaron e hicieron una revisión de embarcaciones y documentos. Los españoles, ajenos a cualquier sospecha sobre Salam Aldeen, vieron que a los daneses se les daba el visto bueno. A ellos, en cambio, les sacaban el barco del agua hasta que hicieran un ajuste en el motor y tradujeran el seguro, del inglés al griego. Suplicaron poder solventar esos requerimientos sin dejar de rescatar. Pero la Policía descartó cualquier alternativa a la inmovilización del barco. Así la madrugada del jueves 14, Manuel Blanco, que estuvo en diciembre en el primer retén, Julio Latorre y José Enrique Rodríguez, nuevos en Lesbos, se quedaron de guardia en la playa. La hoguera de Camp Fire que a Blanco le recordaba, quizá porque el marido de Rebecca Michaelides era militar, a las del soldado desconocido en París o Berlín, les calentaba. Pero aun así tiritaban. Porque lo que les helaba, esa noche, era la impotencia. Entonces sonó el móvil de Manuel y era Salam vociferando. Que había aviso de un naufragio. Hombres, mujeres y críos, desesperados. Un refugiado del campamento había recibido audios por teléfono y les daba aviso de esos chillidos de auxilio. ¿Embarcaban con él y Moh para ir a buscarlos? Estaban

ya saliendo del puerto y, si daban con el dinghy, necesitarían más manos para rescatarlos. Antes casi de colgar, el Team Humanity llegó frente a la playa. Manolo, Julio y Enrique se lanzaron y bracearon hacia la lancha. En ningún momento se les ocurrió pensar en una trampa de los guardacostas. Como el barco de Salam tampoco tenía radar, iban concentrados en el GPS del teléfono y los prismáticos para buscar. Avanzaban sin ver nada y despacio para evitar embestir al bote de náufragos. Aldeen marcó el 108. Era lo preceptivo para pedir a los guardacostas permiso de rescate. El instante de la llamada es clave. Cuándo ocurrió es uno de los extremos que dilucidará el tribunal. Porque esa madrugada, una fragata griega salió de la nada y, en vez de saludar, dio el alto, obligó a los seis a transbordar y remolcó el Team Humanity con un cabo. Una de esas maromas, básicas en el mar, que los profesionales acortan según su necesidad, con pequeñas navajas llamadas, justo, cortacabos. Pues bien, los cortacabos, que como los móviles les requisaron, aparecen en el informe como «armas blancas», agravantes de la acusación que se hizo contra los cinco arrestados: los daneses Salam Aldeen y Mohammed Abbassi y los tres bomberos españoles Manuel Blanco, Julio Latorre y Enrique Rodríguez. Éstos, pese a los gestos serios de los guardacostas, al pasarlos a la fragata, no esperaban más que una reprimenda verbal. Quizá un «¡Qué hacéis rescatando en barco ajeno!». Pero ni un apercibimiento. Menos la imputación de un delito penal. «Tentativa de tráfico de personas», nada menos. Un crimen que conlleva hasta diez años de prisión por cada potencial ser humano introducido en Grecia. Y aunque los presidios griegos carezcan de la pésima fama de los turcos, el calabozo de comisaría no permitía buenos presagios.

«¿Y ahora, Manolo?», preguntó Quique, mientras Julio miraba por el ventanuco enrejado.

«Shh», chistó él como si escuchando las voces del pasillo fuera a entenderlas.

¿Cuándo les echaría alguien de menos? ¿Serían los tres compañeros al ir a darles el relevo? ¿La familia cuando ellos no llamaran a las horas acostumbradas?

La primera en saber de la detención fue Rebecca, gracias a sus contactos. Tiró de agenda, dio con su asesor legal, Haris Petsikos, y consiguió que asumiera la defensa de los bomberos. Gran suerte, pues es un profesional del derecho, con experiencia y solvencia, enraizado en la ciudad y con

conocimiento, por tanto, no sólo de las herramientas legales, sino de los usos procedimentales. Alguien que, además, cuando sacaron a los bomberos del calabozo y les llevaron a la dependencia de comisaría donde se presentaron, les saludó y explicó todo en español, porque estudió un año de carrera en Barcelona. El alivio de comunicarse no minimizó el golpe de la acusación: «Tentativa de introducir en el país a personas que no tenían permiso».

«¡Pero si ni las hemos encontrado!», alegó Manolo Blanco. «Jamás salimos ni un milímetro de aguas griegas, yo personalmente me he encargado de vigilar eso, como responsable jerárquico, ¿comprende? Siempre he sido consciente de la complejidad aparejada al tema de las aguas territoriales. Ese límite lo hemos respetado a rajatabla. ¡Pero, además, es que no hemos encontrado el dinghy! O no estaban por donde buscamos o se ahogaron antes de que llegáramos. Íbamos de vuelta a puerto, cuando llegaron y nos arrestaron.»

«Entiendo la frustración, Manuel», respondió Petsikos, rostro impertérrito. «Pero, desde una perspectiva estrictamente legal, es una inmejorable noticia que no os detuvieran con...»

«¿Las manos en la masa? ¿Comprende la expresión? ¡Ojalá les hubiéramos estado trasvasando cuando llegaron! ¡No habrían tenido corazón de dejarlos ahogarse!»

«Obviamente, les habrían rescatado. Pero sin dinghy, la acusación es de tentativa de tráfico y no de tráfico a secas. Gran diferencia. Se os acusa de tener la intención de cometer una acción delictiva, no de haberla perpetrado. Y, en lo que al ordenamiento se refiere, castiga delitos no intenciones. De momento no estamos en el *Minority Report* de Spielberg y Tom Cruise.»

«Eh, yo he visto esa peli», dijo Quique. «Detenían a la gente justo a punto de...»

«Sí. La justicia usaba a médiums con premoniciones. La Policía arrestaba y el tribunal condenaba a los sospechosos por sus supuestas intenciones. Pero, en los Estados de derecho, en democracias como Grecia no se condena la voluntad, que pertenece al ámbito del pensamiento, el deseo, los actos en potencia, sino hechos acaecidos, ciertos.»

«En síntesis, entonces», resumió Blanco: «el pronóstico no es malo».

«No lo es. Sin embargo, en todo proceso legal, conviene no celebrar la victoria de antemano. Hay que esperar, tras la fase de instrucción actual, a que

se pronuncie el juez. Él determinará si procede o no una vista y, en cualquiera de ambos casos, dictará la sentencia. De momento, la acusación es muy seria y conlleva una condena larga.»

«¿De cárcel?», preguntaron los tres espantados.

«¿Cuánto?», concretó Manolo Blanco.

«Hasta diez años.»

«¡De puta madre!», saltó Julio.

«Y encima no les encontramos...»

«Insisto, dad gracias a Dios..., o a quien sea, de no haberles encontrado.»

«Señor, ¿Petsikos, es? ¿Ha ido a la orilla? ¿De madrugada? ¿Les ha visto llegar?»

«¿Me pregunta, Manuel, si he visto a los refugiados? ¿Sabe dónde tengo el despacho? Está en el puerto. No en la zona turística, sino frente al muelle de pasajeros y mercancías. Hay un mínimo césped alrededor. Ahí han vivido, acampados, cientos, desde verano, comiendo, durmiendo y haciendo sus necesidades. En la puerta de mi despacho. Junto a mi ventana. Hombres y mujeres con sus hijos, sus abuelos, sanos y enfermos, agotados, hambrientos, asfixiados en julio y, luego, bajo la lluvia. Sus caras, Manuel, sus miradas...»

«Sus miradas, Petsikos», los dos hombres sintieron nudos en las gargantas. «Si van a caerme diez años por esto, ojalá los hubiera salvado, Haris Petsikos.»

«Te prometo, Manuel Blanco, que voy a dejarme la piel, voy a dar lo mejor que llevo dentro para que no paséis ni un día presos.»



Shirin se quedó escuálida y en su nueva cara dominaba, aún más, la mirada. Para Ferhad era la brújula de lo perdidos que estaban. Ojos de no entender, de no saber. Se culpaba. Porque, si bien todos en Siria, su generación, que se ilusionó cuatro años atrás con la revolución, estaba atrapada, Shirin ahora sería arrastrada a una boda con prisas que no comprendía, tras una huida a Afrin que la aterraba. Ella no era valiente, no era Fátima. Si le contaba que la aventura no terminaba al completar los sesenta kilómetros, sino que seguía a Turquía, se bloquearía. Razones no faltaban. El ejército turco actuaba con la arbitrariedad que dicta Erdogan: Ahora vista gorda, nutramos la industria del tráfico de personas, hagamos acopio de refugiados para chantajear a la UE y, de pronto, ya está bien, tres millones en un país de ochenta basta y sobra, fuego a todo lo que repte bajo las alambradas. Si con suerte sobrevivían, al otro lado quedaría la misma distancia ya recorrida para llegar a Kilis. Y ahí era cuando los kilómetros se disparaban porque, hasta Esmirna, habría mil cien, trece horas, si era en coche, en manos de quienes quisieran llevarlos. Desaprensivos y cobrando. ¿Rumbo? A algún punto entre Çandarli y Kabakum, la franja de costa frente a Lesbos, a cien o doscientos kilómetros más. Lo de cruzar el Egeo, Ferhad no quería ni contemplarlo, de momento. Pero el resto, el trayecto por tierra sí que llevaba semanas repasándolo, familiarizándose con los nombres de los sitios, listando contactos de gente que se fue antes. Que habían recabado él, su padre o suegros, porque todos estaban al tanto. Menos Shirin. Ferhad se sentía mal por ocultarle el plan de huida, pero estaba de acuerdo en que era mejor así, mejor para ella. Ignorar la protegía. Nada más empezar la escapada a Afrin, se reafirmó.

Salieron de madrugada, tal como habían planeado, sin despedirse de nadie en Aleppo y para no volver. Las dos familias sacrificaron sus casas y

pertenencias. Las vendieron, secretamente, por mucho menos de su coste, a desconocidos, vía oscuros intermediarios. Las viviendas, el taller mecánico y todo contenido de mínimo valor, salvo el viejo coche del padre en que se apretujaron los siete aquella noche: el señor Horo y su consuegro delante, atrás, la madre de Shirin con ella encima en el centro, Ferhad a un extremo y, al otro, el hermano mayor de Shirin, Jihan, con Jwan, el pequeño, en brazos. Todos rezando porque la tartana no fallara en este trance decisivo, que pudiera con su peso y el cargamento de bultos que llevaban bajo los pies, en las rodillas y entre ellos. Ferhad pegó la frente a la ventanilla helada, miró afuera huyendo de su mala conciencia. Porque su cuñado también ignoraba que el destino del viaje sería Europa, para él y Shirin. La aventura entera costaba cinco mil dólares por persona. Los treinta y cinco mil necesarios para huir en familia eran inasumibles, pero también la cantidad para que les acompañara Jihan. «Shirin y tú llegaréis, Ferhad», le animó su padre días atrás. «Con la juventud y el amor que os tenéis lo lograréis.» Sheiar Horo amaba con pasión a su hijo. Como sus suegros a Jihan y Jwan, pensó Ferhad.

Shirin tembló desde el principio. Ferhad pensó que era el movimiento del vehículo que avanzaba despacio, casi sin ruido, gracias al motor que su padre trucó. Pero no. Era ella, asustada, de que al cambiar de sector les dieran el alto, les preguntaran en puestos de control inesperados en la ruta que con tanto cuidado prepararon y por la que avanzaban con los faros apagados. Huían de Aleppo y aunque Al-Shekh Maqsud no fuera, como el centro, diana de ataques del régimen, habían temido más dificultades de las que parecían presentarse. Ferhad pensó en el corazón de la ciudad. En los cascos blancos, sacando supervivientes y muertos de los escombros causados por bombardeos del ejército, con apoyo ruso. Avanzaban con todos los sentidos alerta. Muy al fondo de una de las callejas, cerca ya de la carretera secundaria que tomarían para empezar la ruta rural, les pareció intuir a otro vehículo moviéndose. La luna en cuarto menguante no iluminaba, pero, no queriendo arriesgarse, giraron por un callejón a la izquierda. Entonces fue aún más claro que por ahí se movían, más que coches, carros blindados, pero ¿de quiénes, gobierno o resistencia? Ninguna opción era buena por la infiltración del Daesh en ésta.

«Acelere, padre», susurró Ferhad, arrepentido de ir atrás por respetar la jerarquía de edad.

«No, hijo», repuso Sheiar Horo. «Prudencia», y giró a la izquierda,

desandando el camino.

Fue entonces cuando Shirin, sin que su madre lo advirtiera, tomó la mano de Ferhad y dándole la vuelta empezó a escribirle, con el índice en la palma: «Vamos a morir, nos van a matar. Vamos a morir, nos van a matar», con trazo lento y repetido, asegurándose de que él entendía los signos. Ferhad la paró y a su vez se limitó a escribirle a ella: «No» y, como Shirin hacía, pasó palma contra palma, como borrando, para escribir: «Viviremos». Nuevo borrado y siguiente: «Prometo».

El estallido de un obús zamarreó, desde un lateral, la calle entera. No iba a por ellos, era una refriega, pero podía dejarles atrapados en una ratonera.

«Acelere, padre. Se lo ruego», insistió más fuerte Ferhad. Y, huyendo quizá del resplandor rojizo que ahora les delataba, o impelido por el ruido de artefactos, y réplicas cercanas de ráfagas desde ventanas, Sheiar Horo pisó a fondo y condujo a más velocidad que nunca, derrapando en esquinas, atropellando bordillos y cascotes por el camino, hasta al fin hallarse ante el horizonte de lo que no era ya la ciudad, sino campo. Una perspectiva abierta de la que también convenía protegerse internándose tan pronto pudieran en un dédalo de recónditas sendas rurales que los padres de la pareja, por sus orígenes, conocían de forma razonable. La familia política, sobre todo el suegro, sentiría la tentación de acercarse a su Kerzayhel. La madre de Shirin abrazaba a su hija y, aunque Ferhad estaba seguro de que ella no dormía, se dejaba hacer, con los ojos cerrados. «¿Cómo voy a separarla de ellos? ¿Cómo haré que no me eche en cara el llevármela?»

Ferhad creía reconocer ahora relieves de la comarca, aunque hacía más de cinco años que no regresaban. Le habría gustado traer a su amor, vivas su madre y hermana, descubriéndole alegre, la finca donde, de niño, fue tan feliz. Él mismo se sintió desolado cuando se convenció de que, en efecto, Afrin eran esos campos yermos. Sintió temor por el reencuentro con la almazara. Se ordenó inútilmente: *No recuerdes, no pienses en ellas*. Entonces el padre paró el motor y envió un mensaje a los parientes. Al fin giraron donde empezaba la entrada bordeada de almendros. Que lo estuvo. ¿Qué habría sido de ellos?

«Despierta amor, llegamos», le susurró a Shirin su madre, viendo acercarse al cuñado de Sheiar Horo, Elend.

«Id con él. Ferhad, guíales. Guardaré el coche», dijo Sheiar. Y bajaron como aparecidos.

«La paz contigo, Ferhad», le abrazó su tío emocionado.

«Y con usted», contestó. «Esté la paz donde esté.»

«La vas a encontrar, hijo, ten fe. Tus primos», bajó la voz, «han cruzado. Estamos en contacto y van bien. Alabado sea Dios». Mirando a la comitiva, el tío hizo el saludo de bienvenida y, dejando atrás las ruinas de la casa y almazara, guió la marcha, mientras amanecía, hasta la vivienda donde aguardaban su esposa e hijas. Durante la jornada, ellas lideraron una versión simplificada pero digna de los rituales del baño y ornamento de los casamientos. También prepararon la comida. Mientras el sector masculino se encargó de cumplimentar la documentación legal, poner en común -a espaldas de Jihan- la remesa para el viaje y recibir a la autoridad que oficiaría el enlace. El hombre de confianza, de hecho, que al alba llevaría a la nueva pareja a la frontera con Turquía. Fue una jornada extraña. Todos se esforzaron tanto en fingirse contentos que, finalmente, se sintieron de verdad reconfortados. Ferhad había entendido tan poco como Shirin por qué el casamiento debía hacerse tan rápido y, en su caso, además, por qué partir enseguida. Lo que el padre, tío y suegro le transmitían ahora, en Afrin, era el temor a que la situación allí pronto se complicara, entre el expansionismo turco y los avances del califato del Estado Islámico. «Caer bajo su dominio sería el colmo ya», comentaba el tío de Ferhad. «Que después de décadas, siglos, la vida entera, como pueblo sin país, teniendo raíz, lengua, cultura, sentido de identidad y pertenencia, tras luchar por nuestro Estado con razonamientos y armas, en libros y batallas, sigamos disgregados entre Irak, Irán, Turquía y nuestra Siria, para que vengan éstos a pedirnos cuentas de cómo cumplimos con una fe y preceptos que no son suyos, que degradan con su interpretación salvaje y bárbara... Lo evitaremos. Ningún dominador ha entendido que no nos arrasarán. Nos aplastan y diezman. Pero mientras un kurdo y una kurda pisen la faz de la tierra existe el Kurdistán. Nuestro hermano murió a manos del criminal Hafez. Nosotros sobreviviremos a su hijo Bashar y a quienes crean que hemos subsistido a dictaduras del pasado para ir a caer en su régimen de latigazos, violaciones, lapidaciones y ejecuciones.»

El tío Elend y su esposa habían arreglado la carpintería junto a la casa para que resultara un dormitorio acogedor para la nueva pareja. Antes de que ésta se retirara a consumir una unión en la que, como la mayoría de jóvenes de esos tiempos, habían avanzado ya más de lo que las familias querían imaginar,

Sheiar Horo indicó a Ferhad, por señas, que se acercara a él para caminar juntos, un poco.

«Diga, padre», dijo Ferhad. «Antes que nada, déjeme darle las gracias por este día y lo que empieza mañana.»

«Mi buen Ferhad», se emocionó el hombre, «orgullo de mi vida en este mundo demente», sus ojos se humedecieron. «No agradezcas nada a la generación incapaz de evitar la destrucción por la que debes huir», y cabeceó para que no le interrumpiese. «Pienso, hijo mío, que esta madrugada, a la hora convenida, no habrá tiempo de despedidas. Sé que, en tu boda, no debo retenerte lejos de la novia. En breve te ausentarás con ella, como debe ser, y confío en que sabrás hacer que vuestra unión os satisfaga a ambos. Y para que ese instante de intimidad sea el pilar de confianza en el camino que empieza, deberás ponerla al corriente.»

«Sé que tengo que hablar con ella. Sólo dudo si antes o después...»

«Sigue el consejo de este viejo: después, Ferhad. No será un engaño, hijo, sino culminar la ficción de esta celebración. Tu regalo a tu esposa. Mejor que la mejor joya: una noche, un instante donde sólo vuestro amor exista en esta tierra que arde.»

«Padre...»

«A tu madre le gustaban mis imágenes. Ella me inspiraba. El amor es inspirador. Regálale, Ferhad, la inconsciencia. Ya tendrá que afrontar la realidad que a ti no se te oculta. No podemos ni imaginar qué capas, hondas, turbias, de la naturaleza humana vais a ir descubriendo.»

«Lo cual, padre, da vértigo.»

«Lo sé. Gente mala, peligros va a haber. Pero buenas personas también. Observa, usa el instinto y encuéntralas. Pon tu inteligencia, hijo, al servicio de la supervivencia. Porque esto quería decirte, Ferhad, éste es mi mensaje final y más importante: pase lo que pase, el objetivo es sobrevivir. Cada día, hora, arrancado a la muerte es una victoria parcial, rumbo a la meta de llegar allí donde se puede vivir y, con tus estudios, trabajando duro aportar a aquella sociedad, arraigar y dar frutos. Así los Horo seguiremos. Los viejos, hijo, no importamos. La savia nueva, en cambio, sois la esperanza del porvenir. Por eso es dramático el sacrificio de nuestra Fátima y cuantos prometían tanto como ella. No llores, mi bien. Perdona que te entristezca, *corazón de oro*, como decía tu madre. No tendré más ocasión y sólo puedo legarte el destilado

de mi experiencia. Porque ese dinero que llevas, lo gastaréis en el trayecto. Podamos hablar por teléfono o no, tú piensa siempre: mientras yo esté vivo, mi padre está conmigo. Seguir vivo será tu antídoto. Porque hasta en los peores momentos podrás pensar: ¿Sufro? ¿Siento hambre, frío, miedo? ¿Estoy en peligro? Si respiro, estoy vivo. Y estando vivo puedo seguir avanzando hacia mi destino.»

«Nos reencontraremos, padre. Cuando llegemos a Alemania, contaré a las autoridades cuánto me necesita y reuniremos a la familia. Trabajaré enseguida y le haré venir sin riesgo, en avión, desde Beirut.»

«Guarda tu vida y la de Shirin», insistió Sheiar, «como el mayor tesoro. Ven, hijo, abrázame» y así les vieron todos. Las miradas de Shirin y su suegro se cruzaron. Alguien cantaba suave un tema tradicional cargado de buenos presagios.



«¿Esta invasión de emigrantes y refugiados es todo trigo limpio?», se había preguntado, en rueda de prensa, el cardenal arzobispo de Valencia, Antonio Cañizares, aquel otoño de 2015. Lo recordé, indignada, el enero de 2016 en que los telediarios mostraban las terribles consecuencias del asedio a la población siria de Madaya: niños, recién nacidos, como crías de pájaro caídas del nido, consumidos de hambre, frío y sufrimiento mirando a cámara con un espanto sin llanto. Como contrapeso, en línea con la sospecha que dejó sembrada el citado prelado, los medios alertaban de que refugiados acogidos en Alemania acababan de traicionar la hospitalidad, perpetrando en Colonia, en Nochevieja, un masivo ataque sexual. Para mi total sorpresa, el 8 de enero, Fernando Aramburu me envió por Twitter enlace a la noticia, con un «@MariaIReal Sin palabras», que a quien dejó muda fue a mí. Porque recordara mi crítica de hacía tres meses y, más aún, porque en serio albergara tales prejuicios hacia solicitantes de asilo que, como la Policía alemana aclaró enseguida, no tenían nada que ver con el terrible asalto. Pensé mandarle cualquier vídeo de Lesbos de los que nos envió Fran Algaba al unirse al Proem-Aid de Onio. Así vería cómo rescataban de balsas encalladas, entre arrecifes y olas, a ancianos, tullidos y entumecidos, incapaces de dar un paso, que subían, en brazos o camillas de tela y dos palos, hombro con hombro, los socorristas y los más jóvenes náufragos.

Mientras mis hijos volvían a la escuela con la ilusión de sus regalos navideños, yo ponía en marcha el proyecto de un álbum infantil ilustrado con la pintora Irene Mala que titulamos *Vaho*. El jueves 14 de enero, bajo el borboteo del café, en la cocina, el matinal de la radio abrió con la noticia: «Arrestados en Lesbos tres bomberos sevillanos acusados de tráfico de personas». Escribí a Fran: «Hola, ¿tú has vuelto? ¿Los detenidos son tus

compañeros?». «Sí», contestó. «Estamos muy preocupados, pero aún no sabemos nada, los tienen arrestados e incomunicados.» Sentí una mezcla de admiración, rabia y vergüenza ante la situación de esos bomberos. Para mí era un ejemplo que se hubieran lanzado a rescatar al otro lado del Mediterráneo. Yo no sólo detectaba, sino que era consciente de sufrir el complejo de pequeñez e irrelevancia inoculado a las gentes de Andalucía. Y me indignaba que la generosidad de aquellos funcionarios, que ayudaban a otros, con sus propios fondos y días de descanso, fuera en el colmo de los colmos criminalizada. Aquella misma mañana, en la puerta del colegio comprobé, no obstante, que ni siquiera todos sus convecinos les concedían el beneficio de la duda. «Ellos se lo han buscado», vociferó una madre para que su comentario se escuchase, «con la moda de ir a Lesbos con esos refugiados. Huidos de la guerra, dicen. Hombres sanos y jóvenes que deberían luchar por su patria en vez de huir como ratas».

«Pero, ¿qué dice?», repliqué. «Hay jóvenes, como hay abuelos, niños y mujeres.»

«Alguna traerán los musulmanes para seguir maltratándolas como están acostumbrados.»

«¿Acaso no mueren en España víctimas del machismo?», me espanté.

«¿Por qué no salvan negros en el Estrecho? ¡Eso no mola, no les saca en la tele como héroes!»

«Aquí Salvamento Marítimo y Guardia Civil no dejan rescatar a ONG», la corregí. «Porque no lo necesitan, tienen sus operativos. En Grecia en cambio, con la crisis...»

«¡Ya se ve lo que valora la Policía griega la ayuda de las ONG!», se creció. «Que salven los griegos a los que puedan y el resto...»

«¿Qué, que mueran?», su respuesta fue una mueca de indiferencia.

Yo seguí la noticia de los bomberos, su puesta en libertad bajo fianza, a la espera de juicio y las del éxodo que seguía en el Egeo y por fronteras europeas como algo terrible y lejano. Fuera de mi alcance. Pero, aquel medio día en que al salir de la biblioteca activé el sonido del móvil, vi esa llamada perdida. Era de Federico Noriega, un jubilado de banca y veterano activista, primero ecologista, luego vinculado al 15-M y ahora miembro del Consejo Ciudadano de Podemos en Sevilla. Gran fuente informativa por estar siempre en la cocina de todo movimiento progresista.

«Hola, Fede», le devolví la llamada, yendo a por los niños. «¿Puedo ayudarte en algo?»

«Sí, estoy con un amigo, profesor de universidad, Carlos Escaño. Va a Lesbos a rodar un documental de los bomberos que arrestaron», se me cortó la respiración. «Y de los refugiados.»

«Sigo el tema», logré decir con esfuerzo.

«Vale, pues Carlos, un director genial, ha rodado varios documentales, uno en la India y una peli de ficción ganadora de premios, pues ha conocido a uno de los bomberos que detuvieron. Tiene acceso directo. Él, ellos creen que queda mucho por mostrar para que la ciudadanía reaccione y se acabe con la tragedia en el mar. Pero como currar allí está complicado, han llegado a acusar de espionaje a cooperantes por grabar desembarcos, pues me ha preguntado si algún medio le acreditaría y me he dicho: “María, eldiario.es”.»

«Ya», solté, decepcionada de que sólo buscaban quien le acreditase.

«¿No lo ves factible?»

«No es eso. Yo, como siempre, haré lo que pueda...» Noriega, entre otros, me mandaba, a veces, tribunas que yo pasaba a mi directora y solían publicar. Pero acreditar a un desconocido que, además, ni era periodista era algo que, sobre la marcha, me parecía hasta una irresponsabilidad. «La cosa es...», empecé a argumentar, «que tu amigo ni trabaja para el periódico, ni es reportero. Así que, ¿por qué iban a responder por él?». Como él no contestó, añadí: «No es por no preguntarlo, sino que doy vueltas a opciones más viables». La única posible era clara. Parpadeaba como un luminoso de alerta. *Ve tú, ve tú, ve tú*. Pero no tenía valor de proponerla.

«¿Y bien?», me apremió. «Bueno, si no te viene ahora a la mente, colgamos y ya...» Iba a cortar, sin pasarme siquiera al realizador, vi el tren pasar.

«Un segundo, un segundo», le dije, oyendo en mi mente el *Ve tú, ve tú, ve tú*, más fuerte.

«Es que tengo que recoger a...», sabía que era a su hijo.

«Espera», casi le grité cuando noté que su voz se alejaba.

«¿Sí?», volvió.

«Tengo una idea. ¿Puedes pasarme a tu amigo?», sentí el vértigo de lanzarme al vacío. «¿Carlos? Encantada. Mira, te propongo», ahora, salta: «Si yo fuera contigo, si formáramos equipo, tendríamos un argumento para que te

acreditaran. Ofreceríamos a eldiario.es crónicas de Lesbos, con mini-vídeos tuyos y del cámara con el que vayas y, a cambio, yo me brindo a ayudarte en el documental. Yo sí soy periodista, trabajo con ellos hace años, creo que así nos acreditarán». La suerte estaba echada. Ahora, a evitar que la esperanza se desbocara porque es raro que la gente abra a otros sus equipos. Oí a Fede por detrás:

«Oye, que no se me ha ocurrido porque tus mellizos son aún chicos.»

«Ya sé», respondí fastidiada de que hasta un libertario genuino aumentara mi inseguridad, «pero si a ti te cuadra, Carlos, yo organizo lo de mi familia y eldiario.es».

«Para mí lo de los mini-vídeos no es problema», respondió por fin. «Pero del documental...» y ahí anticipé su negativa: «Siempre he escrito mis propios guiones», sentí la decepción. «Pero, si nos entendemos, tampoco me cierro.» *Bien, bien*, pensé, y le planteé: «Antes de hablar con mi jefa, habrá que verse, ¿de acuerdo?».

Entonces me citó al día siguiente en la cafetería de Educación, donde estaban y por cuya puerta justo acababa de pasar. Esa tarde, recurrí a una inusual ración de dibujos animados para entretener a los peques, e indagué en Internet sobre Escaño. Listé sus películas, que como especialista en el tema del copyleft, tenía en libre acceso. Vi su documental *El hombre sin la cámara*. Como Marcos no vino a almorzar, tuve que esperar a la cena para contarle. Los niños estaban ya acostados: «No imaginas qué llamada he recibido, ni qué he acabado proponiendo. Me asusta y, a la vez, tiemblo de que se chafe».

«A ver, a ver, cuéntame, ratón de biblioteca al que nunca le pasa nada.»

Le conté con detalle y, por primera vez en veinte años, su apoyo no fue inmediato.

«Sé que el tema te remueve, lo sé. Que como periodista es una gran oportunidad, pero por Fran sabemos la dureza de aquello. Tú no...»

«No tengo experiencia en catástrofes, ni de corresponsal o enviada especial...»

«Eh, no te pongas a la defensiva», me cortó. «Estaré contigo, decidas lo que decidas. Y, si al final te lanzas, harás un buen trabajo. Seguro. La cuestión es, ¿estás preparada para ese dolor? Porque a los bomberos se les ha quedado gente con hipotermia en los brazos. Vienen tocados por tanto sufrimiento, pese al callo de su experiencia en fuegos y choques de tráfico. Por no hablar de que

al realizador no lo conocemos», añadió.

«Yo he visto hoy un docu suyo muy bueno. Pero tiene muchos, ¿echamos un vistazo?»

Aquella noche encadenamos *The RickshOw* sobre los hombres caballo de Bombay y el mediometraje *2932* inspirado en *1894* de Orwell. A la mañana siguiente, reconocí enseguida a Escaño porque salía en algunos planos. «Y nos presentó Fede en la marcha contra la Ley Mordaza», me recordó. Descubrimos que junto a inquietudes sociopolíticas teníamos en común conocidos, amigos, incluso mi hermano había sido alumno suyo en Bellas Artes. Hablamos de los bomberos, de cómo conoció a Manuel Blanco, de nuestra vergüenza como europeos, de universidad y periodismo, películas y libros y volvimos al proyecto de Lesbos. Lo primero tenía que ser citarnos con Manolo Blanco para concretar qué le propondría yo luego a mi jefa. Carlos le llamó y quedamos, al día siguiente, en un bar, junto a la parada de metro próxima al parque de bomberos de Mairena: Cavaleri.

Carlos pasó a recogerme en un Citroën blanco impregnado en tabaco, donde fueron atronando The Smiths, The Clash, Los Ramones, Radiohead y Los Planetas. Cuando llegamos, los dos hombres se saludaron con un abrazo fraternal. «Ella es la periodista», me presentó Carlos. Mi profesión sonó a salvaguarda, a protección. Y me gustó. Nos sentamos y pedí a Manuel detalles de la ONG, cómo empezaron la misión, qué encontraron en Lesbos, desde un punto de vista técnico, del trabajo, pero también humano, qué pasó la noche de la detención y en las horas siguientes (en comisaría, el juicio rápido y la cárcel donde les internaron), cuál era la situación actual, qué podríamos grabar si íbamos, empotrados con ellos, incluso si podían orientarnos para el alojamiento. Llegamos al tema de fondo, al «drama humano» como decía Blanco. Carlos quería que el documental se sustentara en el mar con dos preguntas: ¿Qué delito cometen los refugiados para que Europa les dé la espalda? ¿Cuál los bomberos al ayudar?

«Nosotros, los tres detenidos, no debemos volver a Lesbos, de momento», nos explicó. «Cualquier falta, según el abogado, una infracción de tráfico, podría complicársenos. Así que, hasta el juicio, cuya fecha aún ni se ha fijado, con dolor del alma, porque sabemos la falta que hacemos, nos quedaremos en España. Pero vosotros id y vedlo. Por más que yo os lo cuente no transmitiré lo que se siente. Mi trabajo es rescatar y ahí, sin falsa modestia, somos muy

buenos. Pero hacéis falta también vosotros», declaró, «los que contáis, para que la gente pare esta catástrofe. Un horror provocado. Y en el Egeo, cuna del pensamiento mío, vuestro, occidental».

«Manolo ha estudiado Filosofía», explicó Carlos y sonrieron.

«Tengo que advertiros», dijo, «que ahora allí hay calma. Tensa, pero calma. Como si algo taponara las salidas en Turquía. La última semana del retén 4 y los primeros días del 5 no han llegado dinghys. Volverán, fijo. Pero quizá en vez de iros a principios de marzo, como tenéis previsto, queráis esperar a que os avisemos, para no arriesgar».

Era algo a tener en cuenta. Cuando, tras despedirnos, fuimos al coche, lo íbamos sopesando. Dentro ya, pero antes de arrancar, Carlos me preguntó: «Tú, ¿cómo lo ves?», y añadió: «lo de la fecha».

Seguí callada porque un retraso era otra piedra con la que temía tropezar. «A mí», retomó él, ya conduciendo, «del 2 al 12 me cuadra porque son semanas sin clase, antes del nuevo cuatrimestre. Pero, si esperamos, tendríamos al cámara que suelo llevar que, esos días, no puede». De pronto, giró. «Perdona, voy en reserva», y entramos a la gasolinera. Mientras él iba a la caja, yo me repetí esa máxima del periodismo: *Lo mejor es enemigo de lo bueno* y recordé el episodio gracias al que la aprendí.

Las luces verdes de los taxis apenas parecían encendidas esa tarde de otoño deslumbrante. Iba a cumplir tres años en *Diario de Sevilla*. Mi área era educación, tema poco polémico, salvo en las reivindicaciones laborales docentes o de falta de recursos. En tales casos, el jefe de prensa de la Consejería llamaba a intimidar. Quizá porque yo era veinteañera. «Las rotativas de tu periódico imprimen nuestros boletines. Con ese dinero de la Junta se te paga. Así que ya sabes. Si quieres cobrar.» Sólo esa vez, al colgar, estuve a punto de llorar. «La próxima, me lo pasas», me dijo paternal Jorge Sánchez, mi jefe. Pero no hizo falta, me curtí. Los cinco redactores de sociedad acabamos cubriendo temas del resto: sanidad, tecnología, asuntos sociales. Entrevisté a refugiados kosovares huidos de los Balcanes y a niños saharauis acogidos por el programa *Vacaciones en paz*, como ese Mohamed de diez años que, en su primer día en Sevilla, se negó a orinar en el váter para no ensuciar el agua. Era noviembre de 2001, cuando subí al taxi e indiqué: «A la Fundación Tres Culturas, en Cartuja» y repasé la biografía de las ponentes que entrevistaría del *Encuentro de Mujeres del Mediterráneo*. Hacía sólo dos

meses del 11-S. Se trataba de la profesora de Sociología de la Universidad de Ankara, Feride Acar, la jefa del Departamento de Mujer, Infancia y Discapacitados de Marruecos, Nezha El Boouliki, y Bouthaina Shaaban, siria, profesora de Filología inglesa y autora de *Las mujeres árabes hablan de sus vidas*. El Boouliki fue la más oficialista y me impactó diciendo que, para las feministas, empeñarse en la secularización del Estado sería suicida. Feride Acar y Bouthaina Shaaban, en cambio, veían clave la separación Iglesia-Estado. Pero las tres coincidían en estar a la defensiva y revolverse contra el estigma que sentían tras los atentados. «Hay una descalificación general de los musulmanes», se lamentaba la socióloga turca, «pero somos tan responsables del loco de Bin Laden como EEUU de Timothy McVeith. Su atentado de Oklahoma valió su muerte, pero no bombardeos a la América profunda. Los talibanes», agregó, «son obra de EEUU que prefiere a Arabia Saudí, que no respeta los derechos humanos, a nuestra república laica, sólo porque no somos sumisos al Imperio». La siria Bouthaina Shaaban añadió: «El sistema parlamentario estadounidense no es, en temas de paridad, mejor que el nuestro». «Los occidentales», se unió la marroquí, «tienen que evitar la superioridad con que nos miran. Señalando nuestra opresión machista o falta de libertad, religiosa o política, cuando la violencia más dura contra nuestros niños y mujeres es la económica que Occidente, vía deuda externa, ejerce». Eran tres profesionales maduras y lúcidas. Yo no quería reducir las a tres frases en una crónica que empezaría con la inauguración por autoridades europeas, españolas, andaluzas y de países árabes. Pero me asignaron un espacio pequeño. Pedí una doble página de las de feminismo, que sacábamos los viernes, con el epígrafe «Mujer». «Quiero foto y declaraciones de las tres», expliqué a mi jefe. Él accedió a dárme la cuando pudiera. «Pero», me instruyó, «que sepas que lo mejor es enemigo de lo bueno». Entonces no lo entendí. El 28 de diciembre de 2001, día de los Inocentes, el jefe de Recursos humanos me comunicó el despido, obviamente, en represalia por ser reivindicativa delegada sindical. Sólo esa doble página se me quedó en el tintero. Lista para publicar y, sin embargo, en el limbo eterno. Conservo copia. Y, como estaba hasta maquetada, en el Juzgado de lo Social 4, donde aporté todo mi trabajo, hay otra. ¿Qué sería de Bouthaina Shaaban y su familia ahora en la guerra? ¿Seguiría en Damasco o se exiliaría? ¿Con antelación, en avión, o ya, cuando era tarde, a pie y en las balsas? ¿Habría acabado en un campo de refugiados? ¿La encontraría en Lesbos?

«Lo mejor es enemigo de lo bueno.»

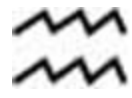
«¿A qué te refieres?», preguntó Carlos, ya de vuelta.

«Un principio periodístico», respondí. «Si se esperan las condiciones ideales para un trabajo, puede que todo cambie y el momento pase.»

En un semáforo en rojo, o porque le gustó mi decisión, o porque él llevara meses rogando por una reportera del mismo modo que yo por un realizador, o porque, por principios, necesitara «visibilizar», como decía, el drama del Egeo y apoyar a los bomberos, me miró y dijo: «Estoy de acuerdo. Si tú vienes, compa, vamos. Con o sin el diario». Aquella frase puso en marcha dos semanas trepidantes en las que comprobé la implicación y el apoyo tanto de mi jefa, Lucrecia Hevia, como de mi compañera Carolina Fernández, gerente de la Asociación de la Prensa. La primera me consiguió la acreditación de los responsables nacionales de eldiario.es y un compromiso de que me publicarían siempre que en Lesbos encontrara novedades. Carolina me tramitó en tiempo récord el carné de periodista internacional, «y te garantizo que, ante la menor contingencia, estaremos contigo». En paralelo, conseguí que *ViceNews* también aceptara publicarnos para cubrir más gastos. Hice trámites con la Embajada griega en Madrid vía su eficaz agregada de prensa, Maria Siadima, cerré citas con ONG, periodistas griegos y un profesor de universidad del Egeo. Carlos reclutó un cámara, Jaime Rodríguez, entre sus doctorandos, hizo acopio del equipo técnico, buscó bibliografía, citas mitológicas y marítimas, sacó los billetes y el seguro de viajes. Vi, en La Sexta, el documental *To Kymaque* Pro-Activa rodó desde su primer día de rescate en Lesbos, y, en cine *El Renacido* de Iñárritu con Di Caprio como un entrenamieno para mirar al sufrimiento con los ojos bien abiertos. Me costó mucho compartir lo que iba a hacer con mi madre, aunque la necesitaba con los niños y sabía que ella me ayudaría. Porque anticipaba que, pese a ser una mujer trabajadora y progresista, sentiría tal miedo por mí que no me alentaría. Me sentí obligada, de hecho, a inventar que el viaje era un encargo con buen salario para justificarme.

El 27 de febrero se habían convocado marchas en toda Europa reclamando el *Safe-Passage* y nosotros aprovechamos para hacer una especie de ensayo general grabando la manifestación de Sevilla, liderada por la Asociación de Apoyo al Pueblo Sirio con Raed Aljundi y activistas como Leticia Pérez, Desireé García, Bea Díaz y Sandra Vaz. «Las miradas», había oído decir a

Manuel Blanco y a Fran. En esa marcha, por primera vez me asomé a los ojos como pozos insondables de hombres y mujeres huidos de la guerra siria. Como el joven R. J. que pidió ocultar su cara e identidad y Nissrin Aljundi, recién llegados, ambos vía el Egeo y Lesbos. La última madrugada antes del viaje, con Marcos, estuve unos minutos mirando a nuestros hijos dormir tranquilos. Una vez me acosté, esa noche previa a que la perspectiva de mis cuarenta años cambiara, supe localizar el instante clave que decidió el viaje. Aquél, con el semáforo en rojo, en que un casi total desconocido, con quien compartía indignación y deseo de acción, mirándome, me prometió: «Si tú vienes, yo voy».





Cuando Onio volvió a arrancar, volamos entre haces cruzados de coches, motos y furgonetas adelantándose. «¿A dónde vamos?», pregunté. «Cantina B, Vestuario, Katia...», repasó. «Saint George es la última opción. Desde ahí, los acantilados hacen imposible el rescate desde tierra.» Otro coche frenó unos metros por delante y nos echamos a la cuneta. Onio corrió y nosotros tras él. Al llegar a la orilla, se lanzó. Otra balsa espectral en la bruma, a rebosar. Las caras diluidas en la masa, hasta que unos ojos te atrapan: «Gracias», me abrazó Sumaya Omar, con su marido e hijos. «Alepo. Alemania», repetían.

«Rahav Coya», se presentó otra. «Viuda. Cinco niños», los hizo aparecer. «Pon», me pidió, «que salí de Siria, crucé Turquía y traigo a nuestros hijos, sola», se derrumbó.

«Muy valiente», noté su pañuelo suave al abrazarnos. «¡Lo has logrado!»

«Si él pudiera verlo...»

Caí en que los chiquillos estaban empapados. «Hay que cambiarlos», dije y me guardé el cuaderno. Para secarlos se utilizaban las mantas, ásperas, que escupían el agua. Usé mi bufanda. Copié cómo los voluntarios rompían, mordiéndolo, el papel metalizado de las mantas térmicas. Envolví manos, pies. Busqué prendas. El jaleo era en inglés, español, alemán, holandés, árabe y griego. La ropa, deshechos. Lo más difícil, encontrar zapatos. Había pocos infantiles, desaparejados. «Dobla el talón en babucha», dijo alguien de ACNUR. «Ha llegado el bus, ¡que suban!» Enfilaron obedientes, despejando la playa y vi a Carlos grabar algo bajo un árbol. Eran tres mujeres: dos jóvenes, quizá hermanas, una con un niño en brazos, y una anciana tumbada, inmóvil. Voluntarios alrededor gritaban, mandíbulas desencajadas. Llegaron los petos rojos de Médicos sin Fronteras. «¿Estás viendo morir?», murmuré. Alguien me tocó el hombro y me dio dulces. «Azúcar», me ordenó repartirlos

entre los niños. Un padre gritó: «¡Mi hijo, no lo veo!». Tenía doce años, indicó con los dedos la pelusilla sobre el labio. Encontré a Carlos buscando al chaval.

«¿Y la señora?, ¿qué ha pasado?», le pregunté.

«Ha empezado a reaccionar. Se la han llevado en un coche.»

«¡Venga!», gritaron los de ACNUR al padre, que miraba entre los cañaverales. «En Moria lo reencontrará. Arrancamos», le presionaban. Otro hijo de unos siete años se asomó e imploró en árabe. El hombre claudicó. Al silbido de las puertas, siguió el petardeo del tubo de escape que lanzó una nube irrespirable. La playa recordaba un campo de batalla. Los voluntarios más diligentes recogían: la basura, en bolsas, y en cajas de cartón lo que, lavado, pudiera ser reutilizado. «Voy por cafés», dijo Onio, desde el coche. «Aquí, cualquier instante se aprovecha para repostar», explicó Paco Ráez, guardando la nariz de payaso con que había hecho reír a los niños. Carlos y Jaime grabaron una montaña de falsos chalecos salvavidas, a contraluz del amanecer del Egeo. Luego hicimos nuestras primeras entrevistas, al atrezzista de cine Daniel Peek llegado de Alemania un mes atrás a título individual y a Nassos Karakitsos, ateniense, director en Lesbos de Emergency Response Centre International (ERCI). «La vida es un círculo infinito», declaró. «Hoy nosotros ayudamos. ¿Quién sabe si un día serán ellos quienes tengan que ayudarnos?»

Sobre las once, Onio, de vuelta, nos avisó: «A esta hora ya son improbables más rescates». Entonces, aproveché que la voluntaria Pilar Feo iba a un supermercado cercano.

«Vendrá bien aprovisionarnos, pero voy atenta al móvil, Carlos.»

«Si vienen, te avisamos.»

Diez minutos después, su llamada nos pilló en la caja. Lanzamos las bolsas con fruta, leche y pan al asiento de atrás y siguiendo el flujo de coches llegamos a otra playa donde ya se veía la balsa ganando metros a una fragata. Que se dejaba ganar porque tan dentro de aguas griegas, a la luz del día y con testigos, no podrían devolverla a Turquía. Cuando el barco policial dejó de seguirles, la gente en el dinghy empezó a celebrarlo. «¡Seguid sentados!», gritaron los rescatadores. Ellos respondieron: «Afganistán». Por primera vez, ni saqué la libreta. Alguien me asignó a una veinteañera y su bebé, calados. Ella me dio al niño. Sus ojos me ordenaron que no me alejara. Sujetando al

pequeño con el brazo derecho, cogí con la mano izquierda dos mantas de una caja. Nos agachamos, en espejo, enfrentadas. Movimiento y bullicio nos rodeaban. Ella desvistió al niño y yo traté de secarle. *No sirve*, froté la rasposa manta. Había perdido mi bufanda. El niño lloraba. Me aterrorizó que se helara. Se revolvía en mis brazos. Yo lo cogía fatal, como una inexperta. Le sujeté entonces desde atrás, por las axilas, para que viera a su madre. «Mamá está ahí, no se va.» Pero no paraba de llorar. Al fin le pusimos el pantalón y yo, tras secarle los pies, los envolví con el papel dorado y le puse calcetines y zapatos. Con señas indiqué a la mujer: «Sécate, yo cuido de él». Empecé a tararear un sonido gutural que pretendía transmitir calma. Un mantra instintivo sobre mis pulsaciones disparadas. Buscando al voluntario al que pedir ropa para la madre, vi una cámara. Carlos apartó el ojo del visor. *¿Estamos viviendo esto?*, pensamos. Él volvió a grabar, yo paré a alguien.

«Necesita ropa», y el voluntario volvió enseguida con un chaleco y vaqueros.

«Puede cambiarse en esa autocaravana.»

Mientras ella entraba en la roulotte vi a un joven buscando. Volví el niño hacia él y se acercó corriendo. «La madre, dentro», le indiqué. Cuando salió, los tres se fueron al autobús sin despedirse. *Están en su derecho*, me obligué a pensar, malacostumbrada a las miradas y abrazos con que otros me dieron el perdón que esa madre me negó.

Cuando el autobús de ACNUR volvió a llevárselos, me acerqué a Pilar para meter las provisiones en el maletero de Onio, que iba a llevarnos al Ayuntamiento y la Policía, a por los permisos de grabación en campamentos y puerto, y a la redacción de *Empros*. «Perdona», señaló ella las bolsas desinfladas, las cáscaras de plátano y naranja. «Puse la calefacción, metí a chiquillos y...» La imagen de ese hambre y frío ocupó mi mente durante las infructuosas gestiones burocráticas y, luego, buscando el polígono industrial del periódico local donde nos citamos para conseguir contexto de esos meses en Lesbos y del impacto en la opinión pública del arresto a los bomberos. «Déjanos aquí», insistimos a Onio frente al campamento de Kara Tepe. «Nikos Grivas dijo que el sitio está cerca. Devolverá las llamadas.» Una vieja ranchera crema se nos puso al lado: «¿Sois vosotros?», sonrió el hombre de cincuenta y tantos, bigote y melena canos. Rumbo a la redacción, Grivas nos explicó que el director editorial, Manolis Manolas, nos atendería en griego y

él, director comercial, iría traduciendo. Su inglés era tan fluido que nos costaba seguirlo. «Monté y dirigí, trece años, la emisora de Australia para la gran colonia de migrantes griegos.» Al tomar un carril con talleres de carpintería metálica, venta de sanitarios y desguaces, anunció: «Desde *Empros* veréis todo el interior de Kara Tepe». La perspectiva era, en efecto, impactante, ya desde el parking y, luego, en todas las ventanas del diario. Incluido aquel despacho del director de un granate opresivo que casaba bien con la actitud hosca de Manolas. No se levantó a saludar, alargó la mano, parapetado tras pilas de documentos. Pronto entendimos que él y Nikos, enamorados de Lesbos, se sentían maltratados por los gobiernos y ciudadanos europeos que les responsabilizaban de un drama no imputable a su isla, con el que lidiaban.

«Lesbos está, desde la noche de los tiempos», Nikos dulcificaba el tono de Manolas al traducirle, «en el corazón de una ruta migratoria a Europa. Incluso, en los años 20, la generación de nuestros abuelos tuvo que volver desde Esmirna. ¿Sabéis?», y como negamos, nos explicó. «Los griegos vinieron a Grecia, expulsados de Turquía, como refugiados. Todo eso que veis», apuntaron a la costa turca, «las orillas a uno y otro lado del Egeo, solían ser como un único país. Hasta que los turcos echaron de allí a los originarios de Grecia, hombres, mujeres y niños griegos que volvieron a Lesbos en balsas como ahora. Por eso», Manolis Manolas gesticulaba, «las ancianas griegas atienden a los niños refugiados, llevan guisos a los campamentos. Porque ellas fueron niñas refugiadas. Pero», retomó Manolas irritado, «en vez de contar eso, los colegas del resto de Europa, trasladan una imagen de la isla, insolidaria, peligrosa, cuando la respuesta mayoritaria, pese a la bancarrota, está siendo de ayuda y humanidad...», pararon a discutir algo. «Por supuesto que las llegadas son un drama e impresionan, incluso ahora que el flujo es menor, pero...», de nuevo parlamentaron. «¿Cómo pretende la Unión, los veintiocho estados, que llevemos esto solos? Nunca hemos sido tan turísticos como Mikonos, Santorini, Creta, pero el turismo completa al olivar y, ahora, hay un ochenta por ciento de cancelaciones de operadores. Nos hundiremos, como un socorrista que trata de salvar a un náufrago y se le agarran varios.» Aproveché la metáfora para preguntar por la detención de los bomberos. «Claro que los lectores están con ellos», tradujo Nikos. «Ahora voy a dar mi opinión», precisó: «Es difícil no estarlo. Profesionales que vienen a rescatar y

acaban acusados de lo opuesto». «Se ha vuelto», tradujo a Manolas de nuevo, «un problema de imagen para Lesbos y un freno a que la ayuda venga. Cuando toda ayuda es poca. La de los bomberos, para mí», apuntó Grivas, «es especialmente valiosa, por su profesionalidad. Y loable porque no son cooperantes profesionales, pagados por su ONG, sino a los que venir les cuesta su dinero y días de descanso. En una isla todo se sabe».

Tras la larga entrevista, en el trayecto a Mitilene, Nikos sugirió que entrevistáramos a la gobernadora del archipiélago, Christiana Kalogirou; se ofreció a ayudarnos a agilizar los permisos de rodaje en los campamentos, a servir de enlace con un cámara que quizá nos pudiera ceder interesantes tomas de dron, a acompañarnos como traductor a ver al alcalde, al jefe de la Autoridad Portuaria. Cuando nos dejó en el centro al fin alquilamos nuestro coche. Jaime se puso al volante para que Carlos rodara panorámicas de camino al puerto. Pese a que la luz declinaba, nos acercamos porque sabíamos que, a las ocho, zarpaba el ferry con los refugiados autorizados a salir diariamente hacia Atenas. El último cupo era de trescientos diarios. Los voluntarios de ONG solían repartirles ropa y comida antes del embarque. Al llegar, la explanada bajo el grafiti de esos ojos gigantescos en lo alto del almacén portuario estaba desierta. O casi. Un menor, niño o niña, salió de la nada, con la mano extendida: «Hambre», las juntó, implorante. No teníamos comida, busqué dinero y, entonces, un grupo de chiquillos y adultos le rodeó. De vuelta al coche, todavía sentía en mi palma el puño del crío que yo había apretado, la fragilidad de sus huesos. Pensé en mis hijos lejos, como en otro planeta, mientras miraba ahí, desde la carretera, la franja de Turquía, donde se encendieron chispas: una y otra y tres, cuatro, veinte, cientos. Una vista tan bella que era inconcebible que fueran bombillas sobre las cenas de traficantes antes de la faena. O, peor, en las cochineras donde se hacinaban quienes, en horas, quizá se ahogaran. Sentí necesidad y agobio por llamar a casa. Ganas de oírles y extrañeza también, incomodidad. Miré el reloj y vi que, por la diferencia horaria, los niños estarían aún en el parque, con Mónica o mi madre. Marcos todavía saliendo de la oficina. Los faros alumbraron la señal de Pyrgus y recordé el aviso de Onio en el aeropuerto: sí, parecía que llevábamos en Lesbos toda la vida, y era el primer día.

«Las tiendas están abiertas», constaté. Al instante de girar en los contenedores, decidimos que, tras descargar, Jaime y yo iríamos a comprar

algo, mientras Carlos empezaba a salvar, en el ordenador y disco duro, el material. Aparcados, vimos en la verja una moto en marcha. Y ahí seguía cuando, cinco minutos después, Jaime y yo volvimos a salir.

«Ts, ts», nos llamó un vecino, grueso, sonriente, que bajaba los peldaños: «¿De dónde?», preguntó en un parco inglés.

«Españoles.»

«¿Trabajo?»

«Periodistas», contesté.

«Refugees», sonrió más, celebrando su sagacidad. «Me, police man. From Athens. Moria Camp», se presentó con un aliento que le delató. «Where do you go?»

«Minimarket», zanjó Jaime, y sin hablar nos dijimos: *Éste, cómo va.*

«Better, bigger, near», nos alcanzó ya en la moto. «I pick you up!»

«Not, thanks», «Not necessary», le respondimos, instintivamente, sin pararnos a pensar en esa imagen que luego, en la cena, tras haber llamado a casa y dado una versión rebajada de la intensidad de la jornada, nos serviría para aliviar la tensión de esas increíbles dieciocho horas: la moto renqueante con nosotros con las bolsas de la compra, por la carretera oscura, sin cascos, haciendo eses junto al policía borracho.

Cuando Carlos y Jaime se acostaron, sola, en el salón apagado, sentí que me faltaba aire. ¿Cómo transmitir aquello? ¿Qué noticia ofrecer a eldiario.es sobre el drama ya contado pero que seguía pasando? ¿Cómo abordarlo en el documental para que quien lo viera sintiera nuestro vértigo, nuestra incredulidad de lo que estábamos permitiendo? Abrí la ventana, salí a despejarme y noté la noche húmeda. No de mar, de lluvia.



Shirin tenía fiebre. Ferhad se culpaba por ello. Por haberse dejado engañar. El Egeo era lo que más preocupaba a todos del trayecto. De abuelos a niños, cada huído había visto imágenes, por la televisión o Internet, y conocía a gente que sobrevivió y hablaba horrores o de la que ya no volvió a saber. «La balsa», evocaban, y veían la inmensa boca acuática convertida en garganta que, o tragaba, o regurgitaba. Así que cuando los tipos que les tenían encerrados en siniestros depósitos, como cuevas, hablaron de cruzarles a pie, por poco más dinero, todos aceptaron. Casi noventa personas, sirios, como ellos, pero también afganos, eritreos o bangladesíes, llegados en tres camionetas de diversas aldeas turcas, fueron bajados al bosque de la frontera. Veintitantos eran de una sola familia, kurda, como ellos, pero de Irak, yazidíes. La zona boscosa tenía mucho relieve, era tortuosa. Estaban a la orilla del río Rezovo. Había caudal, pero no era el mar. Los guías -preferían ese término- les dijeron que esperaran, que iban a buscar a los locales que ahí tomaban el relevo para cruzarles. Al declinar la tarde, empezó a diluviar. No había dónde guarecerse. Ferhad se sintió ultrajado, como humano, por añorar las pestilentes cochineras donde, hasta ahora, les habían hacinado. La intemperie era limpia, olía a verde. Pero es que llovía mucho y fuerte. Hacía frío porque era enero. Aunque los adultos guardaban la compostura, los niños lloraban y tiritaban, los labios morados en sus caras blancas. Aquel muchacho emanaba liderazgo. El yazidí. Hasta su aspecto, algo como un aura, le acompañaba. Al principio daba ánimos. «Escampará, ya veréis. No lloverá la noche entera.» Y luego, cuando se suponía que había amanecido, pero todo era oscuridad aún: «No puede llover eternamente». Y cuando fue evidente que, aunque parase, el río estaba tan crecido que cruzar entrañaría gran peligro y mucha gente estaba al borde de la hipotermia y, lo más determinante, que allí no volvía ningún

guía-trafficante, su voz anunció: «Hay que llamar a la Policía». Se alzó gente en contra, reticente. «El que no quiera estar cuando vengan, ya puede empezar a caminar», se mostró inflexible Salim. Shirin y Ferhad dudaron. No se fueron con el primer grupo. Pero temían a la Policía. «Somos ochenta», oían repetir a Salim al teléfono. «Refugiados, sí. Vengan, llévennos presos, lo que sea, pero salven a los niños. Están helados, se nos van a morir. ¿Cuánto tardan? ¿Oiga?» Las llamadas se cortaban. Quizá por la tormenta. Salim envió la localización GPS. «He mandado el punto exacto», anunció. Aún pasó un día sin novedad. Ni comida. «¿Qué hacemos, Shirin?», preguntó Ferhad. Ella le acercó al oído los labios y afónica, mirando a las yazidíes, dijo: «Lo que sea para llegar a tener hijos que cuidar». «Los tendremos, mi amor», prometió Ferhad. «Adelante, pues», se dijeron y tras despedirse del resto, empezaron a alejarse entre un sinfín de árboles idénticos con la inconstante ayuda del teléfono, hasta salir a un camino y de él a una carretera y de ella a un municipio donde, pagando, encontraron quien les devolviera a las manos de otros traficantes que, como los previos, les trataron como animales, les escondieron en inhumanos agujeros, les transportaron como carga que no necesita aire, les dieron la mínima agua y comida que garantiza el mayor diferencial ingreso-gasto pero, al menos éstos, no les timaron. Y, al fin, una madrugada de marzo les susurraron en la covacha: «Ahora. Salid callados» y les llevaron a la playa desde la que se veían, cerca, miríadas de lucecitas, griegas al fin, la luz de Europa. Esta noche se jugaba, a cara o cruz, su destino. Eran, como temían, demasiados para la barca. Caía una humedad fina que los traficantes no parecían notar.

«Tú», lo llamó uno de los armados.

No, yo no. ¿Yo qué?, se horrorizó Ferhad.

«Te explico del motor y cómo mantener la dirección», oyó con alivio, pero asustado porque ni sabía navegar, ni quería ir lejos de Shirin.

Ella seguía con fiebre. La miró preocupado al embarcar. Luego se prometió concentrarse en la costa justo enfrente para salvarla. Los sonidos eran más poderosos que la imagen. El chapoteo de los pies, los chirridos plásticos del dinghy, cuando metían a la gente estratégicamente para que cupiesen: madres con bebés o niños solos, tullidos y ancianos al centro, alrededor un círculo de adolescentes y jóvenes mujeres, después los chavales y al final los adultos a horcajadas en el borde, con media pierna en el agua. Y

Ferhad al timón. Temiendo que cualquiera le disputase un mando que él no solicitó. Implorando a un Dios del que había dudado siempre, que salvase su vida y la de Shirin, que respetara el sueño de Sheiar Horo, él sí férreo creyente en Alá. Que, si llegaban vivos a la otra orilla, no les pillara la Policía y, si lo hacía, no creyera que él, por manejar la barca, era un traficante y, encima, le detuvieran, acusaran, condenaran y encarcelaran. El sonido de las olas palmoteando la goma era más fuerte a medida que dejaban atrás Turquía. *Sálvanos, Dios mío, no permitas que nos ahogemos.* Ferhad se sorprendió de pensarlo. Volvió a concentrarse en el rumbo del rosco negro a merced de corrientes y viento, ese rosco donde empezó a entrar agua, del oleaje y la lluvia. Lluvia, sí. Porque aquello no era ya relente, sino gotas que arreciaban. *Una tormenta no, Dios. No nos mates de esta muerte.* Los niños empezaron a llorar. Ciertos adultos se apresuraron a callarlos, chistando, alguno amenazando. Todos con miedo de ser localizados por los guardacostas turcos que podrían repatriarlos o pincharles la balsa a cuchilladas, como habían visto en vídeos. *Quiero vivir, amo la vida, no me la quites por favor, mi señor,* imploró Ferhad. Entonces pasó aquello, la niña empezó tan bajo que pareció el viento entre la lluvia, pero pronto entendieron los versos que o alguien le había enseñado o iba inventando. La canción con que trataba de apaciguar el mar. «Hacedla callar», ordenó la ruda voz de antes. Ferhad buscó a la madre, pero nadie se movía. ¿Viajaba sola? «Que se calle», insistió otro respaldando al anterior. La hermosa canción, nana para que las olas durmieran y la lluvia cesara, siguió. Fue entonces cuando todo basculó, al desequilibrarse quien se decidió a callarla y levantarse a defenderla otro en la esquina contraria.

Ahora que, dos horas después, veían ya la playa desde la balsa, la gente volvió a removerse y Ferhad temió que la tragedia previa se repitiese. «Quietos», ordenó con madura firmeza. Con la autoridad de haber evitado que aquel siniestro arrastrara al resto. Estaban a punto de llegar a Lesbos. No había nadie esperándolos, ningún rescatador de los que oyeron hablar, al otro lado. Por suerte veían una zona accesible, sin piedras, ni arrecifes. Cerca de la orilla, los adultos que sabían nadar saltaron. El agua les cubría sólo las pantorrillas y arrastraron la balsa a tierra firme. Más y más hombres del perímetro bajaron y ayudaron a los demás a desembarcar. Sin poder creer que pisaban suelo europeo, se hincaron en la orilla y besaron el pedrero. «Que Alá sea alabado, Dios misericordioso, por salvarnos», «Porque hay un lugar

seguro, donde se protegen los derechos humanos». Reían llorando. Nadie mencionó lo que había pasado. Pero algunos, no sólo Shirin y Ferhad, vieron su alegría amargada. Shirin, que trajo luego, abrazada y protegida, toda la travesía a la niña que involuntariamente causó la caída, se resistía a dejarla marchar con quien sólo ahora, rodeada de marido e hijos, se identificó como la tía. ¿Por qué no lo dijo antes? ¿Por qué una madre daría la niña a su hermana o cuñada? La misma respuesta despejaba ambas dudas y Shirin lo sabía: para proteger a los hijos. La pequeña saltó hacia sus primos y al rato ya estaba jugando con quienes no la habían defendido. Ferhad creyó leer la mente de Shirin y sintió su dolor, por la decepción en el género humano, cuando debían estar celebrando.

«Merece ser vivida», le susurró, «pese a todo lo feo, horrible», la abrazó, meciéndola. «Nos hemos salvado, mi amor», siguió. «Lo logramos y ahora empezará lo mejor», volvió a tapar, con su deseo, cuanto sabía del cierre de fronteras por las noticias que en el móvil leía.

«No quiero ir con ellos», respondió Shirin a su oído. «Alejémonos.»

Ferhad consintió y apretaron el paso, se adelantaron y se confundieron con las sombras entre piedras que parecían viejas ruinas. Olía tan parecido a Afrin. Lo entendieron al verse entre olivos. Deseaban llegar al centro de registro de Moria, pero avanzaban despacio, Ferhad muy mareado por las horas navegando, lleno de imágenes inquietantes, de lo que acababa de pasarles. Todo parecía un sueño. Ellos dos, de la mano, en aquel campo, pero también la guerra, los bombardeos, la clase en la facultad retumbando, los cristales tintineando, las explosiones, las calles con sangre, Fátima fantasma, la madre desmembrada, el pavor que extendían Al Asad y el califato, las pocilgas de Turquía, el bosque, el Egeo de muerte, todo una pesadilla, encadenada a otra, engarzada con la siguiente, olas sin fin, mientras andaban, como la primera pareja, bajo la cúpula de estrellas.

«Ah», suspiró Ferhad y su aliento blanco subió al cielo.

«Hoy», dijo titubeante Shirin, parándose. «Ahora mismo», precisó, «siento que tú tenías razón y era nuestro destino llegar y», se aceleró, «que el hijo sea europeo y con derechos sin pasar por... Para sentir esta...», inspiró a pleno pulmón y exhaló como un volcán, «libertad. Pero horrores como el de antes... No quiero ver sufrir, ni sufrir así más».

«Saldremos adelante, Shirin. Todo lo bueno hará que superemos...»

¿Cómo llegó tan rápido? ¿Cómo no lo oyeron al salir del campo al asfalto? «¡Bastardos!», resonó en inglés bajo la moto caída. «¡Por poco me matáis!», a la exclamación siguieron improperios griegos. «¡Nos veremos las caras en Moria!», amenazó poniéndose trabajosamente en pie y arrancando torpe, por el golpe y la embriaguez. Ni un movimiento, ni un suspiro, tendidos en la cuneta, viendo gente del grupo cerca en la carretera. Hasta que el tipo desapareció. Los demás reanudaron el camino. Shirin al fin se permitió avisar: «El pie, Ferhad». Lloraba sin ruido y él no conseguía reaccionar. «Ponlo bien, por favor», le suplicó, pero él estaba paralizado, incapaz de hacerle más daño. Una sombra se arrodilló. «Muerde», dijo a Shirin, colocando un palo entre los labios. Y a Ferhad: «hazte a un lado». Shirin contuvo varios gritos, hincando los dientes en la rama, mientras la mujer tanteaba. Ferhad estuvo a punto de hacerla parar. Entonces le sobrecogió el aullido, pero constató enseguida el rostro de alivio.

«Gracias», «Gracias», repetían los dos, llorando.

«Tranquilos. Vámonos», indicó a Ferhad que levantaran a Shirin, sirviéndole de muletas.

«¿Es usted médico? ¿Enfermera?»

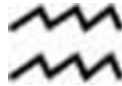
«No soy nada», pareció que no añadiría más. Pero luego dijo: «Tenéis que endureceros. Haced todo solos. No necesitéis nunca a nadie, porque con nadie se puede contar».

«Nos acaba de ayudar», objetó Shirin. «Nos está ayudando», se sintió un lastre.

«Yo...», empezó la mujer. «Yo venía con él», y no hubo necesidad de aclarar con quién. «Tampoco hice nada, en cuanto me vi yo misma amenazada. Minimizar riesgos.»

«Somos Shirin y Ferhad», le dijeron. «Gracias de nuevo.»

«De nada», respondió ella, que no se identificó. Demasiado jóvenes, o afortunados, incluso dentro del horror, demasiado poco desconfiados. No han comprendido, no se han enterado. Lo acabarán pagando. Volvió a llover.



Carlos, Jaime y yo, en el coche, esperábamos, si no que escampara, que amainara, para llegar corriendo bajo el chispeo a donde sabíamos que estaban los bomberos. Nuestra segunda jornada en la isla fue poco productiva. Era viernes 4 de marzo. Onio no había avisado cuando nos levantamos ese amanecer nublado. ¿No llegaron dinghys de noche? En los bungalows, nos contó que a su zona no, pero que los bomberos leoneses del G-Fire habían rescatado una balsa del saliente rocoso del faro. La enfermera voluntaria en Moria, Marina Pomares, le había contado que otros llegaron por su cuenta, solos. Intentamos entrevistar a Onio porque de noche llegaba el retén 7 y él se iría con el 6 a la mañana siguiente. Pero tenían tarea para cumplir el protocolo: llevar la lancha, en remolque, del puerto a revisar al taller y recoger y limpiar el material de rescate y uniformes, incluidos los neoprenos. Le acompañamos, grabamos planos acuáticos, recogimos, al fin, los permisos del Ayuntamiento, quedamos con Nikos en rodar al día siguiente en Kara Tepe, concertamos hacer allí la entrevista al representante de ACNUR en la isla, pero al declinar el día, debíamos reconocer que nuestro trabajo no había dado hoy fruto, ni para el documental, ni para el periódico. Acabábamos de volver a los bungalows en otro intento de entrevistar a Onio. Le pillamos arrancando el coche.

«Acaban de convocar reunión de ONG de rescate en agua. Os llamo al acabar», quedó.

«¿Y los demás?», me dio tiempo a preguntar.

«...café Panellinion», oímos justo antes de que las ruedas chirriaran en la grava.

El Panellinion era, con el Ayuntamiento y el teatro, el edificio más destacado del paseo marítimo. Allí no se podía aparcar, pero sabíamos que el

café tenía entrada por la fachada trasera, en la calle Ermou, estrecha arteria comercial de la ciudad. Así que nos internamos por el barrio alto, coronado por la iglesia de Saint Therapon. Nos guarecimos en el templo cuando, a mitad de la carrera, la lluvia arreció. Había misa ortodoxa, con exóticos salmos. Al acabar, las feligresas repartieron cuencos de una pasta como de galletas deshechas. «Koliva», repetían. «Ofrenda del viernes previo a la Gran cuaresma», explicó una la razón de la mezcla de trigo, limón, canela, anís y pasas espolvoreada de azúcar glas o cacao. Al primer claro volvimos a correr, ahora cuesta abajo, contra el viento, por la malla del barrio portuario. Las tiendas y tabernas destellaban luces trémulas. En los escaparates se amontonaban expositores de postales y prensa que, normalmente, coparían las aceras. Al entrar al Panellinion buscamos a los Proem-Aid. Estaban arriba, en la entreplanta que parecía el palco de un vetusto teatro. Todo el local replicaba lo que debió ser Lesbos un siglo antes, que el papel sepia, forrando las paredes, retrataba en distintas escenas. Esa noche, marinos jubilados, familias con niños merendando, novios y pandillas de universitarios ocupaban los veladores de tapa de mármol, entre pilares de hierro forjado, bajo las redondas lámparas de cristal blanco.

«Eh», nos llamó Jorge James. Sonreían, pero tristes o cansados. «Sentaos», abrieron hueco. «Hablamos de si hoy se atreverán a lanzar barcas con el temporal que va a más.» Al ser muchos, la conversación se fragmentó. En el rincón, Ángela y Tsanasi se despedían, al lado James y Murillo escribían en una servilleta una lista, junto a mí estaba Paco Ráez, abatido. Él, que hacía de payaso con los niños desembarcados. Él, resistente veterano.

«¿Qué tal, Paco?», el ruido general nos daba intimidad.

«Aquí, ya ves», separó sus manos, en señal de impotencia.

«No es para menos...», creí comprender su dolor.

«Es que...», calló, «tiene difícil solución». Y, fue añadiendo, despacio: «Luchamos cuanto podemos. Damos lo mejor en el intento», no imaginé que se refiriera a algo más que el rescate de refugiados. «Pero arreglarlo no está en nuestra mano. Y, cuando tienes el sufrimiento tan cerca que lo estás tocando y no eres capaz de ponerle final, de conseguir el futuro que merece esa vida...», se quebró y yo no supe qué hacer ni decir.

«Vamos, Paco», susurré, sin sospechar que, en los chiquillos refugiados, veía a su Pablo quien, a los veintitantos, combatía la leucemia, retransmitiendo

el tratamiento por redes, para dar esperanza a otros y promover la donación de médula. Aún no había oído hablar de ese Pablo Ráez, que iba a convertirse en un referente nacional, con su lema «Siempre fuerte». Pero Paco, ahora, al sacar a tantos niños del Egeo, vería al hijo que aprendió a nadar al otro extremo del Mediterráneo, en su Marbella natal. Quizá a los nietos que el destino le iba a negar.

«Compañeros», se hizo oír Javi Murillo. «Ha llamado Onio, que vayamos tirando. Vosotros ibais a grabar algo, ¿no?», nos preguntó.

La luz del bungalow, cuando llegamos, era amarilla y parpadeaba, como si el suministro peligrara. La lluvia impedía la grabación exterior. Carlos optó por colocar a Onio en el porche, junto al quicio de la puerta para que, siquiera, la cara estuviera iluminada. Yo recapitulé mentalmente las preguntas y empezamos pidiéndole que contestara mirándome, olvidando la cámara, por qué crearon Proem-Aid y vinieron a Lesbos. Onio, para mi sorpresa, hablaba con tanta o más elocuencia que Manuel Blanco y una impulsividad, una pasión hasta mayor, por carácter o edad. A modo de balance, cuando íbamos terminando, se preguntó: «¿Que cómo nos sentimos? Pues de un lado, te sientes realizado rescatando. Pero cuando luego ves, en los telediarios, lo que espera a esas personas que has salvado, cómo les apalean y gasean, en las fronteras, piensas: ¿cómo pueden pisotearles, a ellos que han dejado todo atrás, trabajo, familia, casa, han gastado cuanto tenían para jugársela en el mar? ¿Cómo les han dado esperanzas, porque eso hizo Alemania al decir en septiembre que iba a acogerles, y ahora les vuelven la espalda? ¿Cómo pueden los gobiernos ser tan ciegos de creer que cerrar las fronteras les parará? Cuando, ahí enfrente, las miles de personas esperando a pasar, sea por esta ruta u otra, saltarán». Un temblor pareció preceder a un trueno, pero Onio gritó: «El avión» y Carlos corrió apuntando al cielo para captar cómo nos sobrevolaba aquella ballena metálica. «Acabemos», nos dijimos y, al terminar, subimos a los coches hacia el aeropuerto para grabar el encuentro con el equipo que venía a hacer el relevo.

Álvaro de León fue el primero en cruzar las puertas automáticas, seguido de otros cinco de naranja que nos fue presentando: «Aquí, Nacho Montiel, que, como yo, repite. Y ellos son el madrileño Ángel Lorenzo, los malagueños Antonio Ocón y Guillermo Farrés y el cordobés Joaquín Higuera». En el camino hacia el bungalow, los nuevos, con urgencia por saber, nos pidieron

impresiones, qué habíamos visto y grabado. Una vez llegamos, Carlos, Jaime y yo nos sorprendimos por la ceremonia de reemplazo a la que, salvo nosotros, todos parecieron acostumbrados. El *team 6* dio la bienvenida, uniformado y alineado en la pared del fondo, como para un pase de revista. Tras ellos, el mapa a boli del trozo de costa en que rescataban, con los puntos clave marcados: desde el extremo izquierdo con el castillo de San Jorge a los acantilados de Katia a derecha, detallando, en medio, Lasia, aeropuerto, Camp Fire, Cantina B, Vestuario. Todo presidido por el lema: «Always ALL READY!!!» y una flecha al interior, a los bungalows: «HOME». Acentuando esa sensación de hogar, en la mesa se dispuso una cena, tan sencilla como apetecible, con ensalada, pollo en salsa, empanada y macedonia. De gala. «Nos la han traído amigos griegos. Tienen un bar, Nikos, que invita a refugiados.» Carlos, Jaime y yo, tras la barra de la cocina americana, nos invisibilizamos, ellos grabando y yo anotando un traspaso de poderes protocolario: primero, presentaciones de los efectivos salientes y entrantes; luego, entrega de llaves y documentos claves entre los coordinadores - contratos, permisos, actas de reuniones con administraciones y entidades-; seguidamente breves palabras de reconocimiento del coordinador, Álvaro de León, a sus predecesores por el trabajo hecho y manifestación de intención de estar a la altura de su ejemplo. Por último, Onio fue a hablar. En el silencio oímos de nuevo llover. «Es una gran emoción recibirlos, equipo 7, compañeros», empezó. «Y lo primero es agradecerlos que vengáis a Lesbos», habló con el aplomo de un experto en actos públicos. «Gracias a los que venís por primera vez y a los que repetís porque estáis dando continuidad a la misión de rescate que empezamos hace tres meses, con tan pocos recursos materiales y humanos, con el golpe del arresto de los tres compañeros y la satisfacción, en cambio, de haber sacado del agua, sólo nosotros, a doce mil personas», la cifra me abrumó. «En esta misión», retomó, «como en todo rescate hay que seguir el protocolo, con serenidad y cabeza fría, aplicando las técnicas adquiridas. Lo sabéis, por vuestra trayectoria. Pero por experiencia os digo que conviene recordarlo. Repasad todo tras cada turno. Además, aquí es fundamental aferrarse a una idea: sumar», paró y se notó expectación. «Me explico: aquí vais a afrontar rescates que son consecuencia, no de un accidente fortuito, de un siniestro inevitable, sino del peor lado del género humano. Uno siente, como para compensar, el deseo, la necesidad de ayudar noche y día con un sentimiento de plenitud, de energía, que es un espejismo, que es mentira.

Así que descansad y haced descansar a los demás. Sumad cabeza a corazón, fuerza a voluntad, y sumaos unos a otros, en el todo del equipo. Cuidaos entre voluntarios para poder cuidar de los refugiados. Como en una celebración, si cada cual aporta lo mejor, se compartirá un banquete y, si se escatima - esfuerzo, generosidad, alegría equivaldrían aquí a la comida-, las fricciones y choques surgirán. Algún roce siempre hay, es inevitable. Antes de responder a algo que os ha molestado, pensad: ¿lo que voy a replicar, suma o resta? Si resta, contad hasta diez, procesadlo. Porque por más diferencias que tengamos, nos une algo infinitamente más importante que lo que pueda separarnos: el convencimiento de estar viviendo el exterminio de hombres, mujeres, niños, que son nuestros hermanos. Ya veréis con qué intensidad se siente esa hermandad. Cómo duele la indiferencia mayoritaria, hasta de amigos y parientes nuestros, muy queridos, buena gente que piensa que no va con ellos, que les pilla lejos. Nosotros hemos dado el paso de la indignación frente al televisor a salvar a cuantos podamos con nuestras manos», los ojos de los doce bomberos brillaron. «Hemos salido de la zona de confort y estamos conjurados, con esos compañeros de ahí al fondo, grabando», nos sorprendió su alusión, «a abrir una mirilla aún más directa y potente para que más y más personas, en sus casas, escuchen y vean lo que aquí está pasando. Porque, cuando se logra entrar y hacer entrar en contacto con este crimen, desaparece la indiferencia. Hay que conseguir una movilización social espectacular para forzar a los gobiernos y la UE a crear pasajes seguros, a acoger a los supervivientes como merecen, a parar la guerra criminal. Sumemos nuestros esfuerzos y multiplicaremos los resultados».



Kara Tepe no tenía puerta. Dos maceteros de algo como Aloe vera marcaban el invisible umbral. Tras cruzar, a la derecha, había una garita y, dentro, un joven leyendo.

«No es Stavros», avisó Nikos, y señaló, luego, a otro hombre, compacto y enérgico, que discutía con dos voluntarias que reconocí de la playa.

«Me alegra que valore nuestro campamento, señora», decía. «Pero sin permiso no entra nadie, ni para ayudar.» La mujer buscaba convencerlo sonriendo, pero aquel... capataz, fue la palabra que me vino a la mente, no se inmutó. «Diga a su organización los pasos que le he indicado y súmense a las ONG con las que colaboramos. Ninguna molestia. Gracias por venir. Y hable bien del campamento ya que tanto le gusta.» Al cruzarnos, la más insistente susurró: «Good luck» y me guiñó.

«Kalimera, Stavros», saludó Nikos a quien se estaba dando la vuelta.

«¿Cómo tú por aquí, viejo zorro?», se palmearon la espalda. *Stavros Myrogiannis, Kara Tepe chief camp*, leí en su placa. *Sheriff más que capataz*, pensé. El distintivo era su estrella.

«Acompañando a colegas. Periodistas, de España.»

«Traemos permisos», le tendí los papeles.

«Es la manera», los inspeccionó. «Acabáis de verlo. Intentan colarse todo el rato. Hace dos días, una TV a lo grande. *No offense*», se disculpó juntando las manos. «Salí tras ellos. “¡NBC!”, gritaron como ¡Ábrete Sésamo!, Yanquis, ¿qué decir que no sepamos?»

«Nosotros tramitamos los documentos vía Embajada en Madrid.»

«Tanto me alegro», repuso, sin devolvérmelos. «Pero los permisos no autorizan a hacer todo lo que se quiera en el campamento», advirtió. «No

pueden importunar. Estas personas han sufrido de sobra. No son monos de feria. Siento ser tan gráfico, hablo por experiencia. Hay zonas, y esto no les gustará, donde está prohibido grabar. Prohibición total. ¿Cuáles? Los módulos de mujeres: el de lactancia y el de atención psicológica. Porque sí, hay problemas añadidos al exilio: crisis de parejas, violencia de género... Así que ni acercarse, ¿entendido?», asentimos. «Y lejos también de las áreas infantiles. No hay escuela, pero sí una ludoteca que gestionan Safe The Children y Praksis. La verán rotulada. Ahí tampoco se graba, ¿está claro?»

«Son bastante conscientes de la situación, Stavros», intervino Nikos. «Han estado grabando llegadas en la playa, con los bomberos que arrestaron.»

«Entonces ya saben lo importante que es respetar, aquí, los procedimientos.» Al fin nos dio datos: «Tenemos tres mil alojados, en doscientos cincuenta *shelters*, las casas de Naciones Unidas», quiso asegurarse. «Hay veinte ONG, pero el paterfamilias soy yo. Responsabilidad encomendada por el alcalde y en la que no voy a defraudarle. No quiero sacar pecho, pero si visitan Kara Tepe sin prejuicios, reconocerán que, siendo un campo de refugiados y no villas de veraneo, las instalaciones no están mal. Podemos sentirnos razonablemente satisfechos de la atención que brindamos a nuestros usuarios. Que es lo que son para mí, huéspedes, usuarios. ¡Ojalá el resto de Europa les diera este trato! ¡Respeten nuestro trabajo...» instó expeditivo, «...y yo respetaré el suyo! Respeten, sobre todo, a los internos. ¡Y, de vuelta a España, no den ideas falsas sobre cómo se les trata!».

«Entendido», contesté como una soldado rasa.

«Adelante, pues, aprovechen la estancia», se guardó en el bolsillo nuestro permiso.

Decidimos dividirnos. Carlos y Jaime darían una vuelta de reconocimiento y grabarían recursos mientras yo buscaba gente entrevistable, que hablase suficiente inglés o francés para comunicarse con nosotros, o cooperantes que les tradujesen. Aquél era un campamento de sirios e iraquíes. «Buen tipo, Stavros», me fue diciendo Nikos mientras subíamos un repecho. «Compañero del colegio», me contó, «eficaz, como buen exmilitar». De frente, vi avanzar a un hombre que me miraba. Sonrió y me saludó, me señaló a su hija, que se ruborizó. Entonces me di cuenta. Eran Ayad Toman y, ella, Mariam. Me preguntó, por señas, si les recordaba. «Sí, claro. He is also journalist», les presenté a Nikos. «Les conocí en la playa», le expliqué a él. «Journalist»,

repitió Ayad y enseguida pasó a «¿Tea? ¿tea?», llevándonos al largo porche donde los refugiados lo preparaban. Una vez servidos, Ayad nos guió por el laberinto, entre olivos, de idénticas calles de tierra. Ascendiendo primero y luego, tras lo que parecían los servicios y el lavadero, cayendo hacia el Egeo. Frente a la caseta ciento trece, paramos y él palmeó sus manos en alto. Corriendo aparecieron Ali y Mustafa y él volvió a organizar la fila y a hacer, esta vez para Nikos, el recuento de sus cuatro hijos, incluido el vacío del ausente Muse. «Mujer, Alemania.» «Nosotros, ir», insistió. La otra familia iraquí que compartía shelter con ellos salió a saludar. Eran los hijos y nietos de la anciana en silla de ruedas que estaba a diez pasos, bajo un árbol. A ella también la vimos desembarcar del dinghy de los Toman. «Sabri Ali», nos indicó Ayad. Yo bajé los ojos en señal de respeto y la señora agarró mi mano, dio un beso a mi puño y lo llevó a su arrugada mejilla, donde lo dejó, sujeto con sus dos manos, como si fuera un pájaro. La abracé y reviví el olor, el tacto de mi abuela a sus noventa y cuatro años. Sabri Ali tenía setenta.

«Daesh, pum», gritó el adolescente Mustafa. Giré para mirarle y vi que Jaime y Carlos llegaban, tras Nikos, a tiempo de grabar. «Daesh to Sabri Ali, pum.» «¿A ella?», pregunté y el chaval hizo un revólver con los dedos, otra vez: «Daesh, Irak, pum, pum, pum».

En plena conmoción, llamó Boris Chesirkov, de ACNUR, que ya en Kara Tepe nos buscaba. «We'll come back in half an hour, I promise», me despedí de Ayad y los suyos. En dos calles pasamos del total desamparo de los Toman a la seguridad del representante de la ONU. Era portavoz, y esa voz que portaba era tan preeminente que no necesitaba alzarla. Al contrario, Chesirkov sonreía y hablaba con suavidad. Europa había requerido la ayuda de ACNUR, explicó en su primera respuesta, por primera vez tras la Segunda Guerra Mundial. El continente próspero y civilizado les necesitaba. Me pareció ver un destello de orgullo profesional o arrogancia por su juventud y atractivo en sus ojos búlgaros. Chesirkov era, lo evidenciaban sus respuestas, un inteligente y brillante orador. Nadie le hubiera puesto al mando, de otro modo, en Lesbos el año en que el ochenta por ciento del millón de huidos de Oriente Próximo que llegó a Europa lo hizo por la isla. Desgranaba las virtudes de ésta como modelo de acogida y solidaridad que, según él, debían seguir los países que querían cerrar las fronteras a los refugiados. Resultaba frío, constreñido por el argumentario institucional. Sería inexacto decir «por lo

políticamente correcto», porque cuando recabé la opinión de ACNUR frente a la denuncia de ONG de devoluciones en caliente o el temor a un acuerdo de deportación Grecia-Turquía, respondió: «UNHCR no tiene nada en contra, al contrario, respeta y apoya toda cooperación bilateral entre estados soberanos que se esté dando o pueda dar». Con todo no era un témpano. Alguna pregunta le hizo recordar noches concretas, rescates desesperados, personas a las que vio salir del mar ese invierno, con tales miradas, que sus ojos se empañaron. Algo que no habríamos captado sin haberle sugerido, al principio, que se quitara las gafas de sol. Tal asomo de emoción, me llevó, al terminar la entrevista, a comentarle que las mantas que repartían en las playas no secaban y que, si era imposible usar toallas, quizá serviría papel de cocina. «For the kids, at least», insistí, antes de que volviera a ocultarse tras sus lentes de espejo. Al volver a la calidez de la tienda ciento trece, Ali saltó alrededor de las cámaras y Jaime le enseñó un poco a grabar. Ayad, mientras, nos presentó a una chiquilla que jugaba con Mariam, de su edad. Sobre su atuendo rojo, mallas y camiseta de manga larga, su nombre escrito en un post-it amarillo con forma de corazón. Él habló con ella en árabe y la niña se abrió la cinturilla lo bastante para mostrarnos una cicatriz que corría ombligo abajo. «Daesh», repitió Ayad, y la niña asintió. «No babies, no more», dijo entonces él y su mano imitó una extirpación.

Teníamos que seguir grabando, a otras familias, a otros refugiados. Ayad quería que quedara constancia del encuentro en una foto.

«¿Os la hago yo?», se ofreció, en inglés, con desparpajo, un chaval sentado en una piedra. «Me llamo Bashar, como Bashar al Asad», guiñó y sonrió.

«¿En serio has dicho eso?», le pregunté. Y cuando hizo las fotos, «Con que bromista...».

«Abdulkary, Bashar Abdulkary. Kurdo-sirio, de Alepo.»

«Un placer conocerte», estreché su mano. «Y esto, ¿quién te lo ha hecho?», un dibujo a boli de colores, crecía como una planta, desde los dedos dorso arriba, trepando, en rojo, negro, azul y verde, del anular a medio antebrazo, cruzando la muñeca.

«Yo. Me gusta pintar. Se me da», presumió. «Pero prefiero el fútbol. ¿Españoles? Real Madrid, Cristiano», se tocó la camiseta celeste, más bien de la Argentina de Messi. Ayad, al ver lo bien que el chaval nos entendía, empezó

a contarle. «Dice que era funcionario en el Ministerio de Juventud y Deporte de Irak, cuando el presidente Sadam Hussein. Y que cuando llegaron los de EEUU y lo quitaron, aceptó colaborar. “Como muchos más.” Insiste: “era necesario”. Lo necesitaban los soldados norteamericanos y también ellos. Porque son suníes. Tras Sadam, dice él, que subieron los chiíes. Entonces le enviaron anónimos en el trabajo. “Por traidor”, dice, “por ayudar al invasor”. Y todo fue empeorando hasta que su hijo...»

«Stop», interrumpí. Ayad me entendió. Asintió.

«Puedo seguir traduciendo», se ofreció Bashar. «Escuchar cualquier cosa, me refiero.»

«No. Con tu edad no lo creo», objeté.

«Tengo catorce», respondió y al ver que eso me reafirmaba, añadió: «No me asustaré. Son sólo palabras. He visto cosas. Horribles. En Alepo y, luego, en Turquía. En mi país...». Sacó el móvil del bolsillo y cuando encontró la foto en la galería, nos la mostró. Era una reproducción, al óleo, de la de Aylan Kurdi ahogado. «Aylan era sirio kurdo, como yo. Por eso lo pinté.» Jaime, Carlos, Ayad, Nikos y yo nos miramos, abrumados por su madurez.

«Sabías lo que le pasó...», pensé en su miedo al lanzarse al Egeo.

«Claro. Todos lo sabemos. Hay tele, radios, teléfonos», movió la pantalla. «Pensé en Aylan, todo el tiempo, mientras cruzábamos. No quería que nosotros nos ahogáramos. Tuvimos suerte, llegamos», sonrió y apuntó a la sonrisa con su índice como el trofeo del ganador.

«¿Qué haréis ahora?», le pregunté. «¿Has venido con tus padres? ¿A dónde vais?»

«Estoy con tres hermanos, chico, chica y el pequeño. Los cuatro con mi madre. Vamos a Austria. Mi padre conduce una hormigonera, hace años, en Viena», precisó. «Y allí viven cuatro hermanos, dos hombres y dos mujeres. Hay otra hermana en Suecia y dos chicos en Dinamarca. ¡Somos muchos!», se rio de nuestras caras asombradas.

«¿Podemos hablar con tu madre y hermanos?»

«Claro, pero antes quiero enseñaros algo.»

Carlos envió a Jaime a grabar por el campamento, mientras nosotros seguimos al chaval. «Si alguien quiere contarte, en inglés o árabe, dale», le indicó. Bashar nos acercó a un módulo mucho mayor que las casetas, con pegatinas de Save The Children y Praksis.

«Aquí no podemos entrar, Bashar», le avisé.

«¿Por qué?», preguntó. «Tenéis que hacerlo para ver unos dibujos míos», me tiró de la manga.

«Nos encantaría», me apoyó Carlos, «pero está prohibido, es una zona...», y antes de acabar la frase ya teníamos delante a un voluntario.

«No se puede entrar. Es el área de protección infantil», nos bloqueó.

«Perdón, justo se lo estábamos diciendo a Bashar, pero él insiste en...»

«Obviamente, él no tiene potestad», cortó drástico.

«Ahí está mi dibujo», intervino Bashar. «Quiero que ellos lo vean».

Por el vano de la puerta, se adivinaba, pese al contraste de luz y oscuridad, un aula llena de dibujos. Carlos, como profesor de didáctica de Artes Plásticas, estaba deseando ver qué plasmaban, qué comunicaban. Incluso a mí me frustraba no poder acceder.

«No son dibujos sin más», insistió el veinteañero. «Dibujan de un modo terapéutico.»

«Justo eso es de gran interés para él», apunté. «Es especialista en la universidad española.» Entonces, desde la sala de lactancia, otra cooperante algo mayor, se acercó:

«A ver, Bashar, ¿qué te pasa?»

«Son periodistas, Joana. De España. Les gusta lo que pinto», mostró su mano. «Él es profesor. Quiero que vean mi dibujo de la barca. Sólo un momento. Por favor, por favor.»

«¿Respetarán que sea un minuto?», nos preguntó. «Sin grabar, por supuesto», apuntó a la cámara, mientras su joven colega desaprobaba y se marchaba. «Tenemos que velar por su intimidad», miró a Bashar y luego a niños que jugaban a la rayuela.

«Lo entendemos», «Prometido», contestamos. Carlos, Nikos y yo entramos tras Bashar. Él fue, flechado, a donde colgaba su dibujo. Pero, a nosotros, incontables imágenes nos interpelaron: caras sonrientes y llorando, aviones, barcos, ondas expansivas, barbudos gigantes, pistolas, ráfagas de disparos, misiles, un gato enroscado, una pelota, contornos de manos, familias andando, trazos, amarillos, naranjas, morados, de cera, rotulador, lápiz. Negros y rojos en las estampas violentas, bombas y rayas, agresivas, que traspasaban. La mirada y la hoja, a veces, rasgándola.

«Aquí», nos llamó. «Algunos ahí son también míos, pero éste es el de la noche que crucé.» Negro sobre blanco, líneas que se cruzaban. El Egeo, su oleaje engullendo la balsa. Los ocupantes, mínimos, aplastados, entre el agua y el peso, dos tercios del papel, del cielo con estrellas marcando una profundidad sin final. Sobrecogedor.

«¿Os gusta?», buscó, impaciente, nuestra impresión.

«Escúchame», se acuclilló Carlos frente a él. «Tú eres pintor, lo sabes, ¿verdad? Tenlo claro, Bashar. No dudes de tu talento, nunca ¿de acuerdo? Sigue pintando. Pinta siempre. Estés donde estés», el chaval le sonrió. Carlos y yo de reojo, sin hablar, compartimos la mala conciencia de alentarle, convencidos de que debíamos, aunque el arte es un camino precario hasta para los afortunados del primer mundo.

«¿Han acabado?», el desagradable voluntario no había dejado de espiarnos. «Pues fuera», nos conminó. Mientras nos íbamos Bashar nos provocó:

«¡Pintaré, pero futbolista también!»

«¡Artista es mucho mejor!», le revolvió el pelo Carlos. Justo entonces se me ocurrió.

«¿Querías pintar algo en mi libreta, Bashar? Eso sí podría grabarlo Carlos.»

Fue un paso a dos entre ellos. Nikos y yo, a distancia, para no entrar en el plano, disfrutamos como espectadores de ambos creadores. Cuando Bashar dio el dibujo por acabado, levantó la mirada, algo cohibido, y nos enseñó la escena que había parecido copiar del natural. Por el camino vacío frente a nosotros, inventó que subían tres mujeres de edades distintas, como abrazadas. Una bandada de pájaros las sobrevolaba y daba sensación de libertad. En la esquina inferior derecha, en primer plano, otra señora, con claveles en los brazos, miraba al espectador como si fuese a entregárselos. «¡Emocionante, Bashar!», dijimos. Enseguida, nos presentó a su familia y elogiamos ante su madre y hermanos su don extraordinario. Los Abdulkary nos presentaron a refugiados sirios e iraquíes a los que entrevistamos. Jaime se nos acabó uniendo y juntos grabamos a más. Obreros, agricultores, tenderos, universitarios, abogados. De pronto sentí una mirada. Era una persona acuclillada; juraría que mujer, aunque andrógina, huesuda, pelo rapado. «¿La conoces?», pregunté a Bashar. «¿A quién?» Pero ya no estaba cuando volví a

mirar. La tarde empezó a temblar. Las nubes volaban cambiando la luz en los planos. «Vamos a tener que dejarlo.» «¿Qué hace esto aquí?», tropecé con la copia de mi acreditación de prensa que había perdido en los primeros desembarcos. Mientras la echaba a la mochila, seguimos hacia la caseta ciento trece, a despedirnos de los Toman. Quizá para siempre, aunque con ellos y Bashar intercambiamos teléfonos y perfiles de Facebook. Salimos del shelter y Jaime saludó a alguien.

«Venid», nos dijo. «Ferhad Horo. They are my team, Ferhad», nos presentó. «Le he grabado antes, al final del campo, su historia, su viaje. En árabe. Aunque habla inglés perfecto», le animó a demostrarlo. El joven parecía cansado. Era muy guapo, pero sombras moradas cercaban su mirada. «Estudié Filología, en Siria», algo hizo sonreír su huesuda cara. «Ella es Shirin, mi mujer», miró a mi espalda y, al volverme, saludé a la muchacha. «¿Sabéis...», se preguntó y Carlos encendió la cámara, «...qué significa cruzar el Egeo? El gran amor a la vida. Los humanos amamos vivir, ¿verdad? Está en la sangre. Eso impulsa a avanzar».

«Pero, ahora, será difícil», pareció no entender y, reformulé: «Las fronteras están cerradas», frunció el ceño en su esfuerzo por entender. «La Policía gasea y dispersa con violencia», dulcificó la expresión, se compadeció de mi incompreensión. Boca y ojos sonrieron.

«Lo intentaré. Necesito ir.»

Con Ferhad y Shirin, pero también Ayad y los niños, nos acercamos a la carpa del té y, en un rincón, donde el suelo estaba plano, nos sentamos a beber un vaso. El niño pintor Bashar se acercó al rato. Carlos le presentó a Jaime, entusiasmado, y estuvieron hablando. Ali revoloteó, de nuevo, alrededor de las cámaras. Quería que le hicieran y hacer fotografías. Todos reímos.

«¿Tienes Facebook?», me preguntó Ferhad discreto. «Por si quieres seguir en contacto.»

«Por supuesto que quiero. Ten», le pasé mi móvil para que, en árabe, nos conectase.

Me fijé en cómo Shirin miró al chaval Bashar, a los niños, de quienes, por edad, estaba más cercana que de mí y del equipo. Ferhad también se fijó en esas miradas de su mujer, yo le vi mirarla. Bajó aún más la voz.

«Lo que queda por delante no puede ser peor que lo anterior, ¿verdad, hermana?»

«No puede ser peor», aquel adjetivo suyo me emocionó.

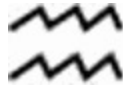
«Hacia delante, al menos, hay esperanza», dijo y agarré su mano, apretándola.

Sonreí a Shirin que nos miraba, que quizá escuchaba. Vi entonces su pie, malherido.

«¿Qué ha pasado? ¿Estás...?»

«Nada, nada», contestó, miró al suelo y lo tapó con el chaquetón.

De su boca sólo salió esa palabra: «nada».



Las siguientes cuarenta y ocho horas se aceleraron de forma extraordinaria, imprevisible. Todo arrancó con el mensaje, en mi teléfono, volviendo en coche al apartamento. Pilar Feo avisaba de que en Moria dejaban de registrar a todo no sirio o iraquí. No había ocurrido nunca, porque afganos, pakistaníes, bangladesíes, eritreos, argelinos, marroquíes y hasta los sudamericanos, venezolanos o cubanos, venían siendo apuntados en las listas de solicitud de asilo previas a emitir dictamen. Les denegaban el alojamiento, sí. Por eso vivían en Better Days o, si estaban en situación de especial vulnerabilidad, en PIKPA. Pero el trámite documental se lo hacían. Hasta que, al parecer, semanas atrás empezaron a darles largas, a esgrimir impedimentos técnicos y ahora ya les comunicaban que no les registraban. Ésa podría ser la primera noticia para eldiario.es. Tras comentarlo con Carlos y Jaime, acordamos adelantar al día siguiente, domingo 7, la entrevista con el coordinador de voluntarios en Better, el catalán Raül Torras.

Antes, teníamos previsto pasar la noche en vela, en la playa, con los voluntarios, alrededor de la hoguera, lo que hicimos nada más descargar el material en el apartamento mientras cenábamos. Fue una madrugada de insufrible humedad en la que, pese a guarecernos en el coche, con la calefacción a ratos, no dejamos de temblar. Más conscientes que nunca de la proeza de cruzar el mar que miramos, hora tras hora, hasta que, al acercarse el amanecer, empezamos a avistar las balsas. En esta ocasión, cuando el último autobús arrancó, lo seguimos a Moria y, una vez allí, comprobamos que, en efecto, tras hacer cola, los que no podían demostrar ser sirios o iraquíes eran despedidos sin papel que atestiguara su llegada, como si no existiesen. Sobre la marcha, fueron al solar anexo que, o bien conocían por referencias, o llamó su atención con sus coloridas pancartas de bienvenida en inglés, árabe, urdu y

farsi. Como ellos, entramos y fuimos a la carpa marcada como punto de información donde preguntamos por Torras. Resultó ser un chaval jovencísimo, «Veintidós años», «estudiante de Políticas», «de Tarragona», contestó a mis primeras preguntas. «Sí, es cierto», confirmó, «que el Registro oficial de Moria ha comunicado a estas personas que no les va a tomar los datos, ni a dar el formulario con el que, hasta ahora, podían seguir avanzando». Nos iba contando todo mientras caminábamos, grabando, por el campamento. «Es nuevo y preocupante», sentenció. «Ya lo eran las devoluciones en caliente y ahora», subrayó, «se intenta normalizar la violación del derecho al asilo en suelo europeo con esta negativa a considerar los casos, individualmente, como obliga la legalidad internacional». Por todo ello, informó, «refugiados y voluntarios hemos convocado una manifestación mañana martes a las tres. Ojalá podáis venir». Alguien pasó frente a nosotros, con el peto amarillo de los cooperantes. «Sha», le llamó Torras. «Veréis qué caso tan especial: él es expreso político, pudo haberse marchado meses atrás, se quedó por solidaridad y ahora, con esto, le dejan atrapado. Les empujan a recurrir a un pasador ilegal para sortear el bloqueo oficial. Ven, Sha, cuéntales, son periodistas españoles», nos presentó. «Quieren informar de la novedad...»

«Se niegan a registrarnos», denunció. Carlos me alargó la grabadora para ahorrarnos el micrófono. «Es una violación del artículo 14 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de 1951, en Ginebra. Que me inscriban cuando llego huyendo de la persecución política no es una dádiva que Bruselas pueda dar o negar, es mi derecho como ser humano. Al llegar, en octubre, pude seguir camino. Pero tengo estudios y hablo inglés, así que aquí soy útil para traducir. No soy un egoísta. Creo en luchas colectivas. Pagué tres años de cárcel en mi país, Baluchistán. Luchamos por independizarnos de Pakistán. Pero nos apresan, torturan, asesinan. Vuestros gobiernos sí lo saben, sus espías, la inteligencia. Sólo que, como Pakistán es amigo de las grandes potencias, hacen la vista gorda. Y si vosotros no pensáis mover un dedo para que paren de masacrarnos, nosotros no vamos a dejarnos matar sin más». Cuando Sha y Raül tuvieron que irse a preparar la protesta del día siguiente, recabamos varios testimonios. Al fin Raül volvió a donde estábamos, trayendo a otro muchacho.

«Os lo estaba buscando», dijo. «Es Adeel. Él estudiaba Empresariales en

Pakistán, ¿verdad? Su inglés es muy bueno, por eso aporta en la preparación de pancartas y discursos para mañana».

«Es intolerable», expuso Adeel, «que las autoridades discriminen por nacionalidad». De lomas cercanas, se acercaron chavales, como si Adeel fuera su portavoz. Nos rodearon. Carlos salió del círculo a tomar perspectiva. Jaime siguió detrás de mí. «¿Por qué nos rechazan por ser de Pakistán?» «Sirios e iraquíes, que venían en nuestras balsas, llegan a Moria y les toman las huellas, los datos, revisan sus papeles, tramitan las demandas de asilo, les dan cobijo. Pero Pakistán, dicen, no es violento, ¿de verdad?», me miró por primera vez. «¿No recordáis ya la matanza talibán de Peshawar?», me sonaba de forma vaga. «Si fue hace año y medio: ciento treinta y dos escolares muertos. La amenaza allí es constante», volvió a rehuir mis ojos, «y mientras el terrorismo persista, con ayuda de Alá misericordioso, tenemos que escapar, sobrevivir». El círculo a mi alrededor se estrechó tanto que perdí la referencia de Jaime y Carlos. Las miradas sobre Adeel eran de gratitud y admiración. «Europa querría que nos quedáramos en Turquía, pero los tentáculos del enemigo llegan allí. Las democracias deben garantizar la ley internacional», concretó. «Por eso digo a la Unión Europea: Por favor, registradnos y permitidnos avanzar. Please, register us», repitió con una impotencia que acabó por quebrar su voz. «Nosotros también somos personas, también tenemos problemas, pensamientos, sentimientos, sueños, derechos. Por favor, entendednos. Hemos estudiado, somos trabajadores, fuertes, sanos, jóvenes, luchadores. Podemos aportar. We are not useless.» La expresión, «inútiles», no la pude soportar: «Of course you are not», le interrumpí, y los dos nos apretamos los antebrazos para contener el llanto. Adeel viró su mirada, quizá a cámara, para decir: «Si la Unión Europea no nos ayuda, si no hay otra opción, yo intentaré... Me suicidaré».

«Ni hablar, ¿me oyes?», troné recordando a DiCaprio, en *El Renacido* de Iñárritu, resucitar guarecido en un caballo eviscerado. «Lucha hasta el final, ¿me entiendes? Hasta el último aliento y cuando creas que es el final, renace, vuelve a luchar, una y otra vez. Si te paran en una frontera, busca huecos, no te rindas, sigue...» Adeel sonreía, aunque lloraba, debía reírse del histrionismo de esa periodista europea. Me alivió que se riera, pero sentí pánico de que esa huida, a la que le alentaba, implicara meterse bajo un camión, en un motor, o cámara como la de la furgoneta de asfixiados sirios en Viena. «Prométeme

seguir, y yo te prometo contarlo», dije. «Eso no arregla nada de forma directa, somos de un diario pequeño, de un país modesto de la Unión Europea, pero hay gente que te verá y escuchará, esto se sabrá. Muchos juntos podemos promover una reacción.» Con frases así para confortarle y en las que yo también quería creer, nos despedimos, seguros de grabar la manifestación del día siguiente. Salimos de Better Days.

Un golpe sordo, el maletero. Luego tres, uno por cada puerta del coche. Jaime hizo contacto, pero no arrancamos. Nos echamos a llorar. Jaime, codos al volante, sujetándose la frente, Carlos, brazos colgando de impotencia, yo, a mi pesar, con hipidos.

«Mery, ehhhh», se volvieron, Carlos alargó su mano a mi rodilla. «Desahógate, échalo fuera. Si es normal», dijo. «Mierda de Europa», soltó. «Vergüenza y asco.»

«Ajjj», gritó Jaime, golpeando el volante.

«¡Qué malo hay que ser, es que hay que ser malo!», salté y ya fui una ametralladora: «Que huyen de la mierda de vida que llevan y se gastan todo en criminales que les pasen, y sobreviven al mar que cruzan aterrados y la recepción aquí... el rechazo es tan bestia, las puertas se cierran con tal violencia que les hacen sentir que da igual vivir que morir, ¡que sus vidas no valen! ¿Hay que ser malo? ¡Y nosotros pagando a esos desalmados que se atiborran de mejillones en Bruselas! ¡Hay que joderse, joder! ¡Escoria chupóptera!».

«Te has quedao a gusto, ¿eh?», volvió Jaime sus ojos, rojos, y sonrió.

«¿Lo has grabado, tío?», caí entonces. «Lo del suicidio.»

«No me he despegado de ti. Tienes casi una imagen subjetiva de lo que tú veías.»

«Menos mal», suspiré. «Ahí está la primera crónica: los últimos de los últimos, discriminados por su nacionalidad.»

Aquella noche, tras la previa en vela, hicimos la llamada más difícil a casa desde que llegamos a Grecia. Con los niños tenía que disimular como si nada me pasara, con mi madre y Marcos, aunque algo les contara, evitar a toda costa las lágrimas. Después de cenar, una vez que Jaime se acostó, Carlos y yo, frente a frente, en la mesa, nos pusimos a nuestras tareas. Él empezó a montar dos mini-videos, el de Adeel Ilyas y el de Raül Torras. Yo recapitulé y ordené testimonios y datos, redacté, releí y corregí una y otra vez lo escrito,

buscando transmitir la información, pero también los sentimientos del modo más verdadero e intenso. Consulté la libreta, transcribí lo manuscrito que en breve se volvería un jeroglífico, listé los nombres con sus declaraciones para evitar errores. Entré en las webs oficiales griegas donde constaban los cambios normativos de registro y peticiones de asilo. Carlos dijo: «Primero, montado». Me acerqué y le dio al *play*. Yo no había previsto el impacto de oír de nuevo a Adeel. Carlos estuvo trabajando con los cascos, oyéndolo como un martilleo: «Si no hay otra opción... Me suicidaré».

«Muy fuerte», resoplamos. «Te lo paso.» Y me lo copió al pen-drive para que yo hiciera la traducción que él necesitaba para subtitarlo.

«¡Listo!», le mandé el texto por mail, y seguimos.

Cuando él ya tuvo tanto ese vídeo como el de Raül y se fue a descansar, me los copié y yo seguí aún puliendo la crónica, intenté subirla al sistema, pero por la débil red wifi, no hubo manera. Así que redacté el correo para mis dos jefas, la nueva de Madrid y Lucrecia, adjuntando el texto y vídeos y avanzándoles que estaba convencida de que aquello les interesaría, pero dejando a su criterio si publicarlo sobre la marcha o esperar a completarlo con la manifestación convocada para ese mismo día en que ellas leerían mi envío, puesto que se lo mandaba a las cuatro de la madrugada del martes 8 de marzo.

Dormí mal, agitada, me despertó el primer rayo de sol. Lucrecia me confirmó la recepción con un pulgar levantado. Salí del apartamento a la panadería donde ya había comprado otras mañanas el desayuno y hojaldres que llevábamos en el coche para sustentarnos. Apóstolos, el panadero, se interesó desde el principio por qué hacíamos. Con solidaridad mediterránea -«Yo construía. Esto es mi crisis. Como en España, tenemos que reinventarnos»-, nos seleccionó lo mejor y lo metió con mimo en una caja de cartón. «Así aguantará el día de tumbos, reportera.» Fue, en efecto, una jornada de no parar, desde la base de los leoneses G-Fire, al campamento paraoficial llevado por alemanes del OpenKitchen, al puerto donde, según supimos por Pilar, iba a atracar una fragata con centenar y medio de rescatados de un *bigboat*. Visitamos, luego, Metádrasi, una ONG para menores no acompañados donde entrevistamos a la psicóloga Niki Moschovaki y la abogada Christina Dimakou. «A bastantes de los adolescentes que han pasado por nuestras manos les hemos perdido la pista y quién sabe qué será de ellos»,

contó Dimakou. «Pero es que vienen para reunirse con parientes que llegaron antes, y la UE y sus miembros, con la lenta burocracia, que tarda meses y años en reagruparlos, les entregan a los traficantes, que prometen resultados rápidos.»

Una de las veces que busqué en el teléfono mensaje de Madrid, me topé con la noticia: «La Unión Europea anuncia el cierre de la frontera en Idomeni y un acuerdo con Turquía para deportar refugiados». ¿Cómo? ¿En adelante o con efectos retroactivos? ¿De todas nacionalidades, o excluidos iraquíes y sirios? En algunos textos se hablaba de que únicamente se salvaría a los sirios y que procedieran de una zona en franca guerra, como Alepo. En otros, de que deportarían a todo el mundo, Turquía se encargaría de la identificación, registros y decisión y al final sólo mandaría a la UE un cupo de setenta y dos mil sirios. *Qué horror, qué disparate*, pensé. Imaginé el fragor en la redacción y que eso habría sepultado mi mail. Así que me atreví a insistir reenviándolo: «¿Habéis visto la crónica que mandé anoche? Voy ahora a la manifestación, por si queréis darme indicaciones», ofrecí. En efecto, volvimos a Better, donde las nuevas, pésimas, noticias habían exaltado los ánimos. Los refugiados estaban dispuestos en el centro del campamento, aferrados a pancartas con exigencias de respeto a sus derechos, dibujos que los niños ondeaban como banderas, pero por encima de todos, la frase que cantaban: «¡Despierta, Europa: abre las fronteras!». «Wake up, Europe: open the borders!» Alrededor, los voluntarios, de Better Days, pero también del resto de campamentos, del almacén de ropa Attica, bomberos, Pilar Feo, coreaban con ellos. Hubo silencio para leer el mismo manifiesto en inglés, árabe, urdu y farsi. La lectura inglesa corrió a cargo de una danesa. Era 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer Trabajadora y esa multitud, masculina y musulmana en su mayoría, escuchaba entregada al liderazgo de la joven por lo que intenté abrir una mirilla contra los prejuicios que identifican islam y machismo por el procedimiento de sacar fotos y vídeos y subirlos a Facebook. De modo bien intencionado pero etnocéntrico los cooperantes eligieron para concluir el *Imagine*, de Lennon. El estupor de los afganos, pakistaníes, bangladesíes y demás al ver a estadounidenses, australianos y europeos cantar lo que para nosotros es himno universal me hizo sentir ternura por la ingenuidad occidental. Pero los refugiados, en respuesta a la buena voluntad, tararearon como pudieron, sobre todo esa uuuu larga que precede al *You may say I am a*

dreamer. Luego, con sentido común, volvieron al «Despierta, Europa: abre las fronteras» y se pusieron a enumerar: «Afganos, dejadnos pasar», «Pakistaníes, dejadnos pasar», «Bangladesíes, dejadnos pasar»... Vi familias, con hijas de la edad de la mía, y fe en las protestas como yo tenía, a hombros de mis padres, en los 70.

Tras la manifestación, Carlos y Jaime se fueron a los bungalows con la mayoría de bomberos, pero yo asistí con el coordinador, Álvaro de León, a la reunión de ONG de rescate en agua que acordó Onio Reina con Proactiva, ERCI, la holandesa Boat Refugee Foundation y la irlandesa Refugee Rescue. Eran ya las siete cuando Álvaro me dejó en el puerto y reencontré a mis compañeros que, al fin, grababan el reparto de ropa y comida a los trescientos afortunados autorizados a dejar Lesbos hacia el Pireo.

«¿Hay noticias del diario?», volvió a preguntarme Carlos.

«Qué va. Y eso que he insistido», me justifiqué. «Estarán a tope con el pacto UE-Turquía.»

Seguimos allí, grabando a los voluntarios que entretenían a los niños con pompas de jabón para que sus padres les buscaran abrigo, sacos de dormir, y así llegar y resistir en las fronteras que sabían cerradas. Al declinar el sol, grupos y personas solas se fueron poniendo en cola. Esperaron, pacientes, a que los guardias les dieran paso a la larga y estrecha escalera mecánica sobre la enorme bodega-parking que se veía por la compuerta abierta. Se mezclaban entre una mayoría de pasajeros griegos, turistas, cooperantes, quizá periodistas. En unos días, también nosotros seríamos parte de la fila de personas abocadas a destinos opuestos, siendo iguales en derechos. Sonó el teléfono.

«¿Hola? ¿Se oye?», había barullo a sendos extremos. «¿Tienes reacciones al acuerdo?»

«Estoy en el puerto», me refugié del viento. «Grabamos el embarque a Atenas del cupo diario. Aquí no hay cambio hoy respecto a días pasados», me llegaba el frenesí de la redacción en Madrid. «¿Has visto la crónica, los vídeos que he mandado?»

«Imposible. Lo de Bruselas es una bomba. Y un desconcierto porque dicen que se firma el día 20, pero no aclaran si la aplicación es retroactiva, desde cuándo será efectiva...»

«La protesta hoy en el campamento de Better ha sido emocionante.

Actualizaré el texto y añado fotos. El pacto es la puntilla para estos desesperados.»

«¿A qué te refieres?»

«Los afganos, pakistaníes... Lee la crónica en diagonal cuando puedas y verás...»

«El pacto lo cambia todo, ¿entiendes?», la oí pero no, no entendí. «Hay que centrarse en sirios e iraquíes porque incluso a ellos se contempla deportarlos», mientras la escuchaba recordé que ya no tenía permisos para entrar en Kara Tepe. «¿No estás en el puerto? Pues ahí habrá sirios e iraquíes, ¿no?», miré la fila y me imaginé expurgándola: «*Disculpe, ¿es usted sirio o iraquí?*».

«Escúchame, por favor», le pedí porque iba a colgar. «Haré cuanto pueda, ¿sí? Pero te lo ruego, saca un minuto para el vídeo de Adeel Ilias, un joven al borde del...»

«Vale, pero, en serio, mándame testimonios de sirios e iraquíes.»

Colgamos y yo me quedé quieta mientras la explanada se fue vaciando. Cuando Carlos y Jaime, que me habían visto de lejos hablar por teléfono, volvieron me preguntaron si era del periódico y qué decían. Respondí que habría que buscar reacciones de afectados por el pacto. Debieron notar mi desánimo.

«Vamos a casa a comer algo, repongamos fuerzas», propuso Carlos.

Pero esa noche, en el apartamento, tras la llamada a casa en que, de nuevo, fingí entereza, mientras mis compañeros, uno en el dormitorio, otro en el salón, aún hablaban con su mujer e hijas, novia y padres, yo en la terraza hice una segunda llamada.

«Eh, qué sorpresa», descolgó enseguida Lucrecia. «¿Cómo lo llevas?», preguntó cálida.

«¿Has visto el vídeo?»

«Sí, por eso digo. Es duro aguantar la mirada al chaval cuando dice... Y eso que estoy aquí, con que allí, en persona, frente a frente...»

«La manifestación de hoy ha sido emocionante, Lucre. Más precisamente por el vergonzoso pacto que ha anunciado Bruselas.»

«¡Sí, el colmo de la indignidad ya!»

«Sentir, frente a esa traición, a esa degradación de lo que se suponía que

somos los europeos, Lucre, la dignidad de estos... hermanos, hombres y mujeres, como nosotros, cargados de niños y niñas, como los nuestros, con sus pancartas gritando: “¡Despierta Europa: abre las fronteras!”, a un continente dormido, sonámbulo, hipnotizado. Porque eso parecemos. Por Dios, ¿estamos muertos? ¿Cómo no se reacciona y se para este horror?», las dos callamos y yo oí los zumbidos del campo. «Si vieras qué bonito es esto», me apoyé en la baranda, «y cuánto sufrimiento. Pero, oye una cosa», me incorporé, «te he llamado por algo concreto, porque necesito tu ayuda».

«Claro que sí. A ver, cuéntame.»

«Hoy he hablado con Madrid y...»

«Al fin respondieron a tu mail, bien.»

«Sí, una llamada rápida por todo el jaleo del día. El caso es que me ha dicho que, con lo de Bruselas, hay que centrarse en sirios e iraquíes, en vez de todos éstos de mi crónica de Better Days... No había visto el vídeo, me ha prometido que...»

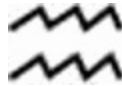
«Cuando lo vea lo sacaré, ya verás.»

«Eso espero. De hecho, ahora, en cuanto cene, voy a actualizar la crónica con testimonios y fotos de la manifestación de hoy.»

«Busca también los testimonios de sirios e iraquíes, para esa otra pieza de reacciones al pacto.»

«Te juro que lo haré. Se ha complicado porque tenía permisos para acceder al campamento de sirios e iraquíes, pero los gasté cuando fui allí días atrás. No pasa nada, lo arreglo. El tema es que, si pasan días y la crónica de los pakistaníes no... Sé que publicarla no va a arreglarles nada, pero... Me comprometí con ese hombre, con Adeel, a ser su altavoz, Lucrecia. Yo siento que, como periodistas, es nuestra obligación.»

«Escúchame, compañera», oí aquel tono suyo, decidido, de la convicción y el compromiso. «O lo da la edición nacional o ya me busco yo el enganche para darlo en la de Andalucía. Sea que la ONG de los bomberos es de aquí o... Ya veremos. El testimonio va a salir, se lo puedes asegurar a Adeel. Y no es un favor que le hacemos, sino que, sí, en efecto, es curro nuestro poner a la sociedad ante ese espejo, obligarnos a mirar a ese joven desesperado frente al destino horrible al que le empujamos.»



«Tenemos que volver a Kara Tepe.» Las seis palabras cruzaron mi sueño como vagones de un tren. Luego, en mi ida y vuelta a la panadería, me las repetí buscando el tono para convencer a mis compañeros de cambiar el plan que era rodar dos testimonios clave para el documental: el del jefe de policía del puerto, Antonio Sofiadelis, que detuvo a los bomberos, y el defensor Haris Petsikos. «Tenemos que volver a Kara Tepe», les dije al fin.

«¿Y eso?», preguntó Carlos. «¿Por tu jefa? No veo...»

«Escuchadme, he estado pensando...», les vi contrariados. «Yo reenvié anoche la crónica de Better actualizada, he insistido en que la saquen y estoy casi segura de que lo harán. Pero la reacción al pacto es verdad que es importante...»

«Incluso cayendo en discriminar por nacionalidad», verbalizó mi íntima objeción.

«Mery, nos cambia toda la planificación», terció Jaime. «Joder, tú eres la que has lidiado con el policía y el abogado para que nos hagan hueco. Sabes lo que te ha costado.»

«No vamos a perder sus entrevistas», contesté. «Sólo las retrasamos. Yo me encargo.»

«¿Y Nikos?», recordó Carlos que iba a acompañarnos.

«Como periodista lo entenderá, ya verás.»

«Eso si el tal Stavros nos deja entrar en Kara Tepe», apuntó Jaime lo que yo más temía.

«Nosotros volvemos y lo intentamos», dije y me callé *lo demás no está en nuestras manos*.

Junto a Kara Tepe había unas mesas de plástico con regletas multítomos

para recargar los teléfonos y esa mañana estaban, por la expectación sobre el pacto, repletas. Nos tentó grabar ya aquello, pero preferimos hablar enseguida con Stavros Myrogiannis. Le vi desde el umbral dirigiendo el montaje de una estructura de madera.

«Esperad aquí», pedí a los compañeros.

«Buenos días, Stavros», le toqué al hombro. «No sé si me recuerda. Vinimos con...»

«Nikos Grivas, perfectamente», y se giró: «¡Cuidado, se tuerce!», advirtió a los operarios.

«Perdone que le moleste», me excusé.

«Montamos un comedor. Siempre mejorando», dijo con satisfacción.

«Verá, unos refugiados amigos saldrán hoy a Atenas...», evité aludir al pacto UE-Turquía.

«Pasad a despediros, sí», me ahorró continuar la mentira. «Y no olvidéis contar que aquí, cada día, trabajamos por la comodidad de nuestros usuarios.»

«Por supuesto», prometí. «Gracias», dije y corrí a la entrada temiendo que rectificara.

Entramos bajo la luz grisácea de la mañana. Súbitamente oscureció. Voluntarios empezaron a repartir impermeables desechables, rojos, azules, amarillos, entre los niños. Ellos se los pusieron, divertidos, como si fueran disfraces, entre adultos demudados. Fuimos a la caseta ciento trece, pero allí no estaban ya los Toman, ni tampoco encontramos al niño pintor Bashar y la pareja de Alepo, Ferhad y Shirin. Hoy, «sirio-kurdo de Alepo» era en Kara Tepe casi todo el mundo. Quizá fuera cierto, pero también era verdad que, en la confusión informativa que manaba de Bruselas, se apuntaba que sólo los sirios de localidades fehacientemente masacradas podrían librarse de ser deportados a Turquía. El *pacto de la vergüenza* estaba en todas las bocas y cabezas. Habían leído sobre él en la prensa *online*, intercambiaron mensajes con amigos y familiares, delante y detrás de ellos, en la ruta del éxodo. No acababan de entender y nos pedían certezas que tampoco podíamos darles.

«A los que ya estamos aquí no nos devuelven, ¿verdad?», nos preguntaron. «¿Verdad que no lo harán?», insistían. Recabamos la ayuda para traducir de Nadia Krayem, de la ONG Action-Aid. Grabamos a personas y familias enteras como los Osman, los hermanos Ibrahim y Mohammed con sus mujeres Amina y Abir, sus niños, el del primero, un bebé de año y medio, y los del

segundo, Rushde y Mahmud, de siete y seis años. Vivían en el shelter de ACNUR con su tía materna Zlok Shabab, casada con Mohammed Kolen, los dos de cincuenta y tantos con su hija Avin Abdel Hannan, de doce años, la única en hablar un magnífico inglés. Acompañaba sus palabras con una luminosa sonrisa. «Es que venimos de muy lejos, ¿entendéis?», «Todo destruido en Siria, hace ya mucho, demasiado, van a ser cinco años». «No nos podíamos quedar y no volveremos», respondían ante la amenaza que se cernía sobre ellos.

Liberados de las citas con Sofiadelis, que pasé a final de la mañana, y con el abogado, cerrada para el día siguiente, miércoles, los tres nos permitimos aceptar lo que intuíamos desde que empezamos esas entrevistas post-pacto: que, en efecto, era un acierto estar allí, en Kara Tepe, recabando de los protagonistas sus reacciones al anuncio. Un vértigo como el de los desembarcos nos recorría ahora frente a los amenazados con la deportación. Aunque secretamente me avergonzara, indagaba enseguida si la nacionalidad era siria. Las respuestas eran siempre afirmativas. «Y allí nos devolverá la Policía turca de una patada, si Europa nos deporta», nos respondió el estudiante de Derecho Fadi Breem, junto a su mujer Zoozan Inhfir y el bebé Jan Been Zo Moanéh, nacido en la huida. «Yo amaba Siria, pero el país no existe ya, creedme», dijo Breem.

Sólo un hombre de los que preguntamos contó que era de otra ciudad, Idlib. Fue Firas Alnajjar, que se presentó como «obrero» y al principio se resistió a responder a nuestras preguntas. «Dice que ya le han hecho ocho entrevistas desde que desembarcaron, hace dos días», tradujo Nadia. «Y se pregunta si cambiará en algo la opinión pública lo que él pueda contar, pues hay imágenes, fotos y vídeos de las masacres y los europeos, la comunidad internacional, no mueve un dedo.» Contestamos que estábamos de acuerdo, pero que nuestro empeño era seguir intentándolo. El hombre, atractivo y devastado, con dos niñas pegadas a su pierna derecha, una mujer paralítica en la caseta, aceptó atendernos: «Demasiado tarde, Europa. Si nos hubierais frenado en Turquía, bueno, vale, nos habríamos resignado a vivir allí en un campamento como ese gigante que hay en Jordania, Zaatari. Pero ya nos jugamos la vida en el Egeo y hemos sobrevivido, ya estamos aquí. Nos hemos ganado el derecho a la protección porque esto es suelo europeo, ¿no?», se agachó a coger un puñado de tierra con la mano izquierda. «¿Lo es?»,

preguntó. «¿Tierra civilizada donde se ampara la vida humana... O no?», dejó la arena filtrarse entre sus dedos. El viento sopló vaciándole la mano y moviendo la manga derecha. Hueca. Ocultó con pudor el muñón.

Íbamos saliendo. Nadia tenía que volver a sus tareas y nosotros contábamos con testimonios bastantes. A pesar de todo, algo nos retenía, pesaba en nuestros pies cuando deshacíamos el camino hacia la explanada donde se repartía el té, y se alzaba el comedor. Un chaval me recordó a Ferhad. Fue un segundo, sentí un vuelco. Aquel «Lo intentaré. Necesito ir»... Hoy no teníamos nada así. Probé suerte con el muchacho.

«Somos periodistas», generalicé.

«No English, no understand», se excusó, cabeceando.

Entonces, otro joven, corpulento, ojos verdes, cabeza afeitada, dijo con timidez: «Journalist, my brother, speak well. My brother». Repitió «hermano» con tal confianza, hizo señas tan inequívocas de que le siguiéramos, que fuimos tras él. Andando a paso rápido le pregunté por su procedencia y al oír *yasirian*, entendí que asentía, «yes, Sirian». «Ismail Noh», se presentó. Giramos con él, en la última calle de casetas, al filo del acantilado, viendo ya el mar. Al fondo de la vereda había un corro, desdibujado, pero amplio. Distinguí a un joven, alto y esbelto, con chaqueta de espiga roja y fular, un líder al que escuchaban. Alguien como de visita o allí por error. Con la elegancia que pocas veces vi en ninguna circunstancia. «¿Quién es?», pregunté. «Es él: Salim.»

No era elegancia, me corregí mientras Ismail le contaba. Era carisma, confianza lo que emanaba, seguridad mientras todo se tambaleaba. Eso es lo que irradiaba, incluso altivez al mirarnos, considerando si atendernos o no. Sentí que tenía que convencerle. Que, periodísticamente, perder su testimonio sería un fracaso.

«Perdón, discúlpeme», intervine. «Somos periodistas españoles. Venidos con bomberos de nuestra ciudad, rescatadores. Rodamos para que la gente sepa, para que reaccionen a esta tragedia. Y hoy, tras el pacto con Turquía, el cierre que parece definitivo en Idomeni, aún es más urgente presentar a quienes se amenaza con deportar.»

«En Turquía, con la opacidad que hay, pueden esclavizarnos», dijo Salim. «O echarnos a los mataderos de Siria o nuestro Irak.»

«¿Sois iraquíes?», pregunté extrañada.

«Yes», contestó, pero me volví a confundir al añadir «*yasirian*». «Kurdish», eso sí lo entendí. «Se suponía que vosotros, Europa, respetabais la legalidad internacional», lamentó.

«Pero es mentira», añadió una joven, indignada en un promontorio. «Sin saber de qué huimos, sin preguntar qué monstruos arrasan nuestras casas, pactáis deportarnos. ¿Por qué habríamos venido, abuelos, padres, nietos, si no huyéramos del exterminio?», lamenté no estar grabando tal alegato. «Os gritamos: ¡Socorro! ¡Ayudadnos! ¡Que nos violan! ¡Nos matan! ¡Quemándonos vivas! ¡No oís los aullidos? ¡Podéis vivir tranquilos?»

Se hizo el silencio. En una entrevista normal, en España, le habría pedido que no añadiera más, hasta empezar a grabar. Pero aquí, ahora, era incapaz.

«Soy Suham, hermana de Ismail y Salim. Como Afrah», dijo y abrazó a otra más tímida.

«Encantada», estreché la mano a ambas. «Queremos entrevistaros, para que la gente os oiga y sienta la vergüenza que sentimos ahora mismo. Dejadnos, por favor, encender las cámaras y llevar vuestras reivindicaciones a los españoles.» Seguían indecisos. Un trueno nos sobresaltó y empezó a llover. Sentí haber perdido la oportunidad.

«Entrad», dijo en cambio, Salim, apuntando a un shelter. «Hablemos dentro», señaló el interior de la caseta sin ventanas. Yo temía que fuera imposible grabar en aquella oscuridad, pero vi a Carlos descalzarse junto al umbral. Me susurró: «Lo mejor es enemigo de lo bueno». Jaime y yo le seguimos, descalzándonos como ellos, pese a su insistencia en que no era necesario. Salim, Suham y Afrah se sentaron sobre las pantorrillas. Ismail y otros que no nos presentaron, fuera de cámara, se acucillaron.

«Empecemos por el principio», pedí. «¿Quiénes sois? ¿De dónde venís y de qué huis?»

«Somos kurdos de Irak», repitió Salim. Ahora se oía llover con fuerza. «Seguramente conocéis el genocidio de nuestro pueblo», y entonces volvió a añadir eso de «*yasirian*». Anoté la palabra en transcripción fonética. «Cuando llegó el ISIS», continuó, «mataron a cuatro o cinco mil de nosotros y secuestraron a más de diez mil. Antes, teníamos una buena vida, allí. Somos universitarios. Yo trabajaba de gestor hospitalario, Suham es licenciada en Filología inglesa y Afrah estudiaba para ingeniera».

Ella, susurró, «Difficult degree...».

«Vivíamos en Sinhal», retomó Salim. «Una casa grande porque somos muchos hermanos.»

«¿Cuántos?», pregunté.

«Nueve. El mayor llegó primero, hace meses. Vive en Hannover, Alemania. Y trabaja.»

«Mi madre», terció Suham, «viene enferma, deseando ver a su primogénito quizá por última vez. Sólo pregunta, ¿cuánto queda? Si nos deportan, ¿qué le diré? No lo soportará.»

«Por no hablar...», tomó el relevo Salim, «de que en Turquía estaremos condenados. Si nos dejáis allí, ¿qué creéis que será de nosotros? ¡Nada bueno! Lo sabemos porque venimos de estar con ellos. Mes y medio. Primero intentando atravesar por tierra y luego por mar. A nadie le ha importado si moríamos. Incluida la Policía. Una noche, los traficantes nos abandonaron en un bosque, a ochenta y nueve. Llovió tanto, los niños estaban tan empapados que llamamos a comisaría, desesperados. Yo les llamé: “Venid, detenednos, pero salvad a los niños de la pulmonía”. Les envié la localización GPS y ni aparecieron. ¡Turquía nos devolverá al infierno de Irak!».

«Los que han tomado nuestra tierra, de los que huimos», habló Suham, «no son humanos. Por fin, aquí, en Lesbos, hemos reencontrado humanos. Pero ellos, los que llegaron... No se les puede hablar, razonar, no se puede discrepar. Tienen el cerebro lavado. Son fanáticos, máquinas. Nos cogen, matan a los mayores que no les sirven, usan a los jóvenes. Para nosotras es lo peor: nos convierten en sus esclavas... Cogen a las mujeres, las fuerzan a... no puedo ni decirlo», el asco dominó su cara. «¿Cómo cometen esas atrocidades? Y si ellas se resisten, las meten en jaulas y ¡las prenden! ¡Hay vídeos en Internet! ¡A una prisionera le obligaron a comer carne de su hijo!».

«Daesh», precisó Salim. «Nosotros no somos ellos, como Europa nos acusa», añadió. «¡Somos sus víctimas! Traemos papeles de nuestro origen, etnia: *yasarian, yasirian*.»

«Yo podría convertirme en una de sus esclavas», siguió Suham. «¡Lo seré si me devolvéis a Turquía y me echan a Irak! ¿Quién en su juicio se resignaría a volver? No hablo sólo por mí: hombres, mujeres, niños... como él», señaló a un chiquillo. «Buscamos sobrevivir, librarnos de esos desalmados, inhumanos. No es cuestión de religión: árabes, cristianos o nosotros... ¿Cómo gente hace eso a otra gente? Somos hermanos. ¡Cualquier cosa es mejor que

volver a esos asesinos! ¡Morir en el Egeo! ¡Lo prefiero! O aquí en Europa.»

«Estábamos tan contentos», Salim sonó frágil. «Puedo enseñaros el vídeo de la madrugada en que llegamos. Reímos, lloramos, nos abrazamos de felicidad y dijimos: esto es Europa, lugar civilizado. ¡Ya no hay qué temer!» Pero ahora oímos en las radios, leemos en la prensa el cierre de fronteras, el acuerdo, ¡con Turquía! Llamarlo «país seguro» para que los europeos duerman tranquilos, mientras sus gobiernos se deshacen de nosotros es tan, tan...», se quebró y lloró. «Lo siento, perdón», se tapó la cara.

«Es duro», explicó Suham, sin contener ya el llanto. «¡No somos animales! ¡Somos personas educadas, con estudios!», se reivindicó con orgullo. «Pero no queremos más», temió ser malinterpretada, «que gastéis en formarnos, no queremos dinero, nada vuestro. Sólo os pedimos...», juntó sus manos, «*Peace, please*». «No en Alemania, cualquier lugar.»

Entendimos que debíamos acabar. Dos lágrimas me quemaban la cara. Carlos y Jaime estaban desolados.

«Perdonadnos por entristeceros», me abrazó Afrah. «No es culpa vuestra, disculpad.»

Su mano acariciando mi pelo y su perdón, los seguí sintiendo, en la entrevista al jefe de Policía. De algún modo me guiaron para ser inquisitiva, pero también llegar al lado personal que él quería tapar, negar. De camino a los bungalows de Proem-Aid, en el coche, leí un SMS inesperado: Jean-Philippe, que ignoraba que yo estaba en Lesbos, me anunciaba su visita en Sevilla. No tuve tiempo para procesarlo. Una vez en la casa de los bomberos, enseñamos a Guillermo Farrés y Ángel Lorenzo, a los voluntarios Pilar Feo, José Yanes y a la enfermera Marina Pomares la entrevista a Salim y Suham.

«Deportarlos es», se removió Farrés en la silla, «lo que dice la chica, ¡echarlos al matadero!».

«Yo es que...», empezó a hablar Lorenzo con la mirada perdida en el olivar, «cuando los veo, cada noche, venir en las balsas, como vienen y, cuando veo luego en la tele, que, en las fronteras están a palos con ellos, gaseándolos... ¡y que como no se los lleven a rastras, no se levantan! Me digo, ¿de qué vendrán huyendo para soportar esto?».

Se hizo el silencio.

«Somos... Ya no sé ni lo que somos.»



La oscuridad era plena, como corresponde al vacío. No existía nada. El mundo estaba por crear. El sonido fue lo primero. Un desplegar de abanico que nadie pudo oír. La trémula cola del pavo real era majestuosa, incluso ahí donde, al no haber luz, no podía brillar. El extremo de cada pluma semejaba, gran paradoja, un ojo, de pupila cobalto, iris verde, globo dorado, frente a la absoluta ausencia de referencias. El ave incubaba vida que lo desbordaría, que notaba abrirse paso. Salió de él, se desprendió, con dolor, aquel huevo perfecto, azul, que giró en torno a un eje y alrededor del pájaro-madre, único ser y, por tanto, soberano. El pavo, satisfecho, estalló de plenitud, disgregándose en una miríada de partículas. Desapareciendo y haciéndose a la vez ubicuo en esa reverberante onda expansiva. Los puntos más brillantes, estrellas, contenían su máxima esencia. De todos, uno, el sol, calentaba lo salido del huevo que se había bipartido en dos esferas: la celeste y la terrena. En ambas, los seres vivos se fueron creando, se mezclaron, evolucionaron y multiplicaron. De entre la infinidad de ángeles que poblaron el empíreo, Melek Taus fue el perfecto y el preferido. La estirpe humana, abajo, arrancó con un solo ejemplar nacido de la mezcla de saliva divina y barro, un bicho único y extraño, Adán, cuya memoria atávica le llevó a guardar saliva en una tinaja de arcilla de la que fue naciendo una estirpe sin pecado: los yazidíes. Cuando fue instado Melek Taus, cuyo segundo nombre es Saytán, por el Padre fecundador, a postrarse y reverenciar al frágil Adán -sin alas, ni arte de volar-, el ángel rehusó y lideró la primera rebelión. ¿Por qué, entonces, desde el surgir de la vida en el triángulo entre el Tigris y el Éufrates, los hijos del Adán onanista han adorado, pese a todo estigma, a Satán? Porque, según ellos evocan, Melek Taus lamentó su soberbia, se arrepintió del impulso de revuelta. Saytán pidió perdón y, siendo el Ave-Dios grande en amor, le

concedió su absolución. Epílogo éste de reconciliación de los dos hermanos, el ángel y el humano, ausente de la versión más canónica, extendida y exitosa del Génesis. Olvidado por la segunda hornada de hijos de Adán, los habidos con Eva, para quienes -ya evolucionaran a musulmanes, judíos o cristianos- Melek Taus ha sido siempre la pérfida serpiente. Y los yazidíes, por tanto, adoradores del Diablo.

Lograr una panorámica del yazidismo es, comprobé enseguida, complicado porque hay poco publicado, menos aún riguroso y actualizado, en español ya ni hablar. En el origen y esencia de esta minoría étnico-religiosa mesopotámica, asiria, preislámica, datada en el 2000 antes de Cristo está, de hecho, su vocación de aislamiento. A diferencia de las religiones del Libro, ellos no son llamados a extender su fe, pues sólo los nacidos de la vasija que Adán fecundó con su saliva son yazidíes y, por tanto, al contrario, hay un replegarse en sí, un carácter endogámico, para proteger ese ADN que perdería densidad divina si se mezclara con otros humanos. Eso, unido al pánico por las persecuciones que siempre han sufrido, les lleva al secretismo, al misterio, y a ser una población de ochocientos mil habitantes, la mayoría en Irak cerca de Mosul, pero también en Siria, Irán y Turquía. En esa zona, de cuarenta millones de personas, sin Estado: el Kurdistán.

La noche después de conocer a los Noh, sentada frente a Carlos, tecleé aquel «yasirian» y el buscador me vomitó vídeos de torturas rotulados con la palabra «genocidio» y cifras que contaban por miles las víctimas. Sobre todo, niños y mujeres. Enterramientos vivos, decapitaciones y mutilaciones públicas, violaciones masivas y jóvenes quemadas. Cremaciones de veintenas, treintenas de ellas, enjauladas. «Carlos, tío», le hice gesto de que se quitara los cascos «Mira. No lo puedo creer», giré el portátil y empezamos decenas de vídeos, de los que apenas soportábamos unos segundos. ¿Cómo no oímos jamás hablar de ese exterminio? La madrugada avanzó rauda frente a lo mucho por hacer para explicarlo bien. Carlos repasó lo grabado en busca del minuto que mejor transmitiese sendos mensajes de Salim y Suham. Yo leí documentación, ordené y seleccioné los testimonios de Kara Tepe y escribí, con ellos y datos actualizados del pacto, la crónica que, ésta sí, estaba convencida, nos publicarían enseguida, y con protagonismo de estos dos hermanos de etnia tan desconocida.

Cuando al fin me acosté, en el frío de la cama, imágenes espantosas y

bellas giraron en un agobiante mandala. Amanecería el jueves 10 y al día siguiente subiríamos al ferry. Quedaban por rodar cuatro entrevistas, tres fundamentales: la del abogado y las dos políticas, con la gobernadora de las islas del norte del Egeo y el alcalde de Lesbos. La primera, no obstante, era a un profesor universitario. Yo me había comprometido con el redactor jefe de *Vice News*, David Meseguer, a enviarle una crónica del día a día de los bomberos en Lesbos antes de volver a España. Y estuve pensando cómo organizar el tiempo. Me acabé rindiendo al sueño un par de horas antes de que amaneciese. Al primer rayo, me duché y salí a por el pan mientras armaba mis planes. De vuelta, comenté a los chicos: «Esta mañana necesitaría quedarme escribiendo en casa».

«Ah, bueno», asintieron, aún somnolientos. «Sin problema.»

«Intenté ponerme anoche con lo de *Vice*, tras mandar lo de Kara Tepe, pero no pude.»

«Nosotros entrevistaremos al profesor», me descargó Jaime. «Es nuestro terreno», guiñó.

«Incluso, si acabamos pronto», vi a Carlos ilusionado, «quizá vayamos al centro de la isla, al vertedero de chalecos salvavidas de Molivos», una idea que le rondaba ya en España.

«Perfecto», dije, sintiéndome liberada. Al principio, atribuí la sensación al inesperado hueco que me permitiría escribir, por fin, con margen y de día. Pero al poco de oír el coche alejarse, comprendí que deseaba aprovechar de otra forma esa soledad. ¿Cómo? Quería cruzar siquiera la carretera, ir por el camino y asomarme al mar tan cerca, a esa playa donde los refugiados desembarcan sin ayuda de voluntarios. *Lo quiero ver* se me metió en la cabeza. Llamé a Meseguer y le expliqué. «No problem, compañera», contestó empático. «He sido *freelance* por Turquía, Balcanes, Túnez, Libia, Siria, Kurdistán, diez años, ¿cómo no te voy a entender? Aprovecha sobre el terreno. Pero mándame el texto el 13 como tope para que entre en el especial quinto aniversario de la guerra.» Así lo cerramos, siendo yo consciente de que eso me exigía escribirlo en el avión de vuelta.

Salí a la vereda y, cuando llegué a la intersección con la carretera, sentí que podría ser otra distinta, una turista anclada para siempre en la isla, su gente y su suerte. Ahí enfrente estaba el carril al que fantaseé asomarme cada mañana sin osar por no retrasarnos. El camino desconocido pero familiar.

Porque me recordaba a El Palmar. Di un paso, otro. Mis pisadas levantaron el polvillo fino, blanco, de cuando, de chiquillos, íbamos los primos a buscar helados mientras los mayores aún comían en la venta Molina. Todo estaba tan silencioso esa fresca mañana de Pírgus, como en las asfixiantes sobremesas gaditanas en que los vecinos dormían la siesta en sus casas de caña. El panadero Apóstolos, como una madre en la infancia, me había advertido contra los desconocidos. «Ojo a los pakistanís», formuló su prejuicio. Intenté desprenderme de recelos, concentré mis sentidos. Olí a romero, aunque la base del aire era la esencia del mar y de los olivares. Entre mis pisadas, poco a poco, escuché la cadencia del oleaje. Mi pulso fue subiendo, como un eco. No me crucé con nadie, ni avisté ni oí a nadie, ni tras las cancelas, en las huertas, ni a través de las ventanas. En cuanto superé el cejo de una suave curva vi la orilla, menos playa que costa pura, una franja estrecha y tostada, de pequeñas piedras pulidas. A esa altura, en la última cuadra, no había casas. Sólo una nave a la derecha y dos a la izquierda, en fincas que parecían de labor. La de la izquierda era extraña, tenía montículos de rocas, como un antiguo cementerio. Al llegar al final del carril, a pleno Egeo, vi a alguien allí y aparté la mirada por pudor, porque rezaba o hablaba solo, emocionado. Para no molestar, caminé en sentido contrario, dirección sur, por donde el litoral llegaría a Kara Tepe. El sol no brillaba, pero la atmósfera estaba clara. Vi Turquía cerca, enfrente, como un saliente, un islote, casi desgajado, avanzando en la corriente. Llegué a la altura de un hotel con piscina a pie de mar, más adelante a una zona de sombrillas de alquiler. Y volví porque para seguir tendría que mojarme. Con la perspectiva amplia que da la costa, ahora regresando al norte, pude fijarme en esa persona, sentada, en lo que comprobé que no era un cementerio sino ruinas arqueológicas. Serían termas, dado el nombre de la pedanía. La figura, una mujer, miraba al horizonte, como camuflada de tan quieta. Quise acercarme. Miré con interés las excavaciones, pasando junto a ella y saludándola. Sin recibir respuesta, sin que se inmutara. Subí el desnivel de la loma y anduve entre las albercas. La persona no lloraba, ni se quejaba, pero algo la afectaba. Vencí el recelo y me atreví a abordarla: «Perdón», susurré como hice al saludarla. «¿Puedo ayudarla?», me miró airada.

«No. No puedes hacer nada.» Callamos. Ella ojos al suelo, yo alejándolos al horizonte. Me iba a ir cuando oí: «Periodista» y entonces recordé esa

mirada burlona y desconfiada, ¿era la acucillada en Kara Tepe! «Tienes que pintar, eres un artista, no lo dejes jamás», me imitó. «Demasiado ingenua, para tu profesión y edad.»

«No te voy a juzgar», le contesté despacio. «Habrás pasado un infierno, lo estarás pasando. Pero un par de frases pilladas al vuelo y tu prejuicio sobre los reporteros, quizá no basten para un cien por cien de acierto», pensé que lo dejaría estar.

«Quizá tenga más elementos», añadió y eso me hizo sentir vulnerable.

«Sería interesante escucharlos», respondí. «Pero parece reacia a hablar.»

«Exacto.»

«Bueno, pues no te molesto más» y, no sé por qué, dejé mi mirada vagar sobre el mar.

«¿Te gusta la vista?», continuó.

«Es hermosa.»

«Es una fosa.»

Apreté el paso alejándome, atenta a los sonidos, como si temiera que me siguiera, se me abalanzara, me agrediera.



En el cruce de la carretera me vi sin saber qué hacer. No quería llamar a Carlos y Jaime. Por no interrumpirlos en plena entrevista al profesor. Quizá incluso estuvieran en Mólivos. De forma instintiva me salió pulsar el número de Pilar. «¿Estás cerca?», pregunté. «Te acompaño donde vayas.» Tuve suerte porque andaba en Moria y su destino era PIKPA, el campamento de refugiados de especial vulnerabilidad, al que, antes o después, yo tenía que ir. La organización que lo gestionaba, Lesbos Solidarity, era la que nos prestaba el apartamento. Todo el mundo decía que su labor merecía ser conocida. Nosotros además queríamos aportar algo, en agradecimiento. Al poco de recogerme, Pilar paró en el arcén a atender una entrevista de radio. Luego, ya cerca del campamento, me advirtió con una fiereza que no le conocía: «No se te ocurra fotografiar ni identificar en eldiario.es a nadie que veamos. No me mires así. Tuve una pésima experiencia el mes pasado con una colega que reveló el paradero de una mujer maltratada y hubo que reubicarla».

«Entendido», contesté.

PIKPA resultó tener el aspecto de un camping setentero, o una colonia de campamentos infantiles, en medio de un pinar. Estaba abierta, poco concurrida, transmitía tranquilidad. Tenía una nave a la derecha, de oficinas, cocina y aseos cuya fachada decoraba un colorido mural, al fondo, shelters grandes, blancos, pero al principio, las casitas de troncos de madera de cuando, en efecto, se usaba como destino vacacional. Pilar iba a anunciarnos golpeando con los nudillos la puerta cuando volvió a mirarme.

«Dame tu palabra», insistió.

«Ni nombres, ni imagen. Prometido, Pilar.»

«A este chaval y su bebé les vi desembarcar hace tres semanas. La niña

tenía cinco días. Qué hambre traía...»

«¿Y la madre?», pregunté.

«Por lo que fuera, no sé, al final no subió», y entonces llamó y abrió.

Acercándonos al fondo donde estaba aquel joven abrazado a su bolita de lana rosada, pensé en el pavor a morir ahogada o la desgracia que pudo separar la familia en el último instante. La niña dormía. El padre intentó recibir a Pilar sonriendo, pero transmitía una tristeza infinita. «Treasure», dijo de Pilar. «Tesoro, tu niña», le respondió la canaria. Lamenté y entendí el no grabar ni fotografiar aquello. Rozar esa historia yo sola. Pero luego, cuando Pilar me presentó a los responsables de PIKPA, Efi Latsoudi, Michalis Aivaliotis y los voluntarios Joan Caronil e Isaac Pérez Valls, supe que propondría a Carlos entrevistarles mañana, último día en la isla.

Las horas volaron quizá porque nos acercábamos al final. Primero volví con Pilar a los bungalows y, allí, me reuní ya con el equipo. Luego nos citamos con Nikos en la sede del Gobierno regional, donde él nos iba a ayudar, traduciendo, a entrevistar a la gobernadora del archipiélago del Norte del Egeo, Christiana Kalogirou, del partido conservador Nueva Democracia. Una mujer tan accesible -para nosotros o el vendedor de espárragos que entró a despacharle un manajo-, como infranqueable. Recibía las preguntas con afable sonrisa y devolvía listados, de cifras de llegados, de nacionalidades, de normas distintas para cada una de éstas, sin empatía, ni mella. Como protegida por los parapetos de la burocracia: el escritorio, la chaqueta a lo Angela Merkel, compacta. «Tengan», nos tendió al final unos hermosos libros sobre las islas. De fotografías de paisajes, con papel satinado de alto gramaje. «Vuelvan de vacaciones, con las familias», invitó acogedora. De pronto citó a la vicepresidenta de Valencia del izquierdista Compromís, Mónica Oltra, y anticipé el afecto con que nos habían hablado en la isla, de su reciente visita y la de la eurodiputada de Izquierda Unida Marina Albiol. En los campamentos se ponderaba que la manta de agua que caía aquellos días no las arredrara en sus visitas. «Mónica Oltra dijo que se llevará a mil cien refugiados en un ferry... Balearia», demostró Kalogirou su memoria y pragmatismo.

Finalmente, tras comer con Nikos, él nos guió al despacho de Haris Petsikos, abogado de los bomberos, de Rebecca Michaelides y de *Empros*. Con Petsikos no hizo falta traducción porque habla español. «A pesar de lo cual, si os parece», propuso, «haremos la entrevista en inglés para evitar

malentendidos en tema tan delicado». Una vez que empezamos a grabar, el letrado explicó minucioso y didáctico la acusación que afrontaban los efectivos de Proem-Aid, las circunstancias del arresto y sus expectativas de una vista, aún sin fecha que, si el juez estimaba que se celebrara, podría tardar dos años. «La acusación sobre los rescatadores es muy grave. Les imputan tener la intención de introducir en el país a personas no autorizadas. Lo que lleva aparejado hasta una década de prisión por cada refugiado», exhaló con preocupación. «Algo particularmente cruel siendo su trabajo, tanto en España, donde son servidores públicos, como aquí en Grecia a donde vienen como voluntarios, el contrario al delictivo. Ahora bien, como se les acusa de tener la intención y no de haberlo hecho, puesto que no encontraron la balsa y dado que, en los Estados de derecho, como Grecia, no se juzgan intenciones sino actos, cabe esperar la absolución. Trabajo para ello», cogió aire, «pero no hay que dar nada por hecho», concluyó recordándome tantas conversaciones de mi padre y sus colegas abogados. Cuando acabamos de grabar, Haris Petsikos me dio su teléfono, y nosotros seguimos el coche de Nikos para tomar algo y despedirnos, pues al amanecer él volaba a Atenas con su mujer. «Conozco el sitio», sorprendí a los chicos cuando Nikos paró en el pequeño puerto. «En ese bar», expliqué, «fue la reunión de las ONG rescatadoras en agua». Nikos se dirigió a la terraza del siguiente local, Skiniko, con sillones y mesas de cañas, cubierta de lona blanca.

«Sentarse ante este paisaje da paz», explicó mientras llamó con un gesto a la camarera. «Yo un descafeinado, ¿y vosotros?», pedimos refrescos porque esa última madrugada volveríamos a grabar desembarcos en la playa.

La vista en aquel lugar era maravillosa. Los clientes locales, sobre todo mujeres, conversaban, pero nosotros mirábamos, en silencio, absortos, la línea azul enfrente, hacia la gris Turquía que el atardecer enrojecía. A la derecha, en el pequeño espigón con forma de «C» barcas de recreo se mecían, atadas al embarcadero. Mientras Carlos entró al bar y Jaime se alejó a disfrutar a solas el cigarro, envuelta en la melancolía de la inminente despedida, me permití compartir temores con el periodista veterano: «He mandado dos crónicas a España, Nikos, y no sé, la verdad, si las van a publicar».

«Oh, lo harán», me miró con ternura y respeto. «No lo dudes, mi muy querida... María.» Algo brilló en sus ojos. «No te he dicho... que mi hija se llama María. Como mi madre», casualidad emocionante esa tarde en que tanto

había añorado a mi padre hablando con el abogado. Volvieron Carlos y Jaime. Las bebidas no tardaron. Hablamos de Grecia y España, Europa y política. De nuestras trayectorias e ideologías. Del precedente y decepción de Syriza para los anhelos de Carlos y míos -Jaime había bromeado muchas cenas con nuestro *exagerado* interés político-.

«¿Cómo pudo el Gobierno de Tsipras», pregunté a Nikos, «traicionar al pueblo al día siguiente de ganar, en referéndum, su propuesta de insumisión a la Troika?». «¿Por qué?»

«Compañera querida» (fue tan enfático en inglés: «My so dear, colleague») «eres idealista, lo sé. Te he visto trabajar, la fe que tienes en que informar a la ciudadanía, en que la gente sepa y vea influirá, cambiará la realidad. Es hermoso que lo creas. Está bien. No quiero que dejes de hacerlo. O, quizá», se corrigió, «no quiero ser yo quien te diga que lo hagas. Pero tampoco voy a mentirte. Yo no comparto tu confianza. Que la opinión pública conozca, incluso que conociendo actúe en consecuencia, no cambia nada. Nada esencial, me refiero. Ahora pensamos así todos los griegos. Porque lo hemos vivido, lo estamos sufriendo. Nosotros elegimos a un partido nuevo para liderar un rumbo inédito, le dimos la fuerza de los votos en una situación desesperada para nosotros. La plaza Sintagma bullía y, en paralelo a Atenas, todas las localidades de Grecia, de grandes a pequeñas. Sentimos la euforia del desacato, la adrenalina de la heroicidad, David desafiando a Goliat, aplaudido por el resto de pigmeos que esperaba para unirse a la rebelión general. ¡Qué puesta de sol aquélla, cuánta energía concentrada! La noche fue luego más clara que el plenilunio ¡porque brillaba la esperanza! Pero, al amanecer, ese espejo en que nos habíamos mirado, la imagen tan gallarda de nosotros que nos sedujo se rompió en mil pedazos. Estalló sin explicación, como por accidente. Cuando lo cierto es que hubo una mano que lo martilló. Y, ¿cuál es la conclusión? Que la noche reina siempre, querida colega mía. No existe el día. Es una alucinación colectiva. Un espejismo, seguramente necesario para no ahogarnos. Porque el desierto es demasiado largo, sea de arena o de agua, de Egeo, aquí, Sahara o Río Grande. Siempre de desesperanza».

Me quedé sin aliento, aunque fue Nikos quien encadenó todo sin respirar. El ocaso teñía justo ahora de malva el agua que, en unas horas, negra, se tragaría vidas. Vi a la mujer de esa mañana, oí su palabra: «fosa», y suspiré

como quien descarga una losa. Pero sonó el móvil. Increíble. Sonó. Vi el nombre en la pantalla. «Mi jefa de Madrid», dije, y me acerqué a la baranda del puerto mientras descolgaba. El corazón me retumbó, noté seca la garganta: «Hola, dime, cuéntame», imposté naturalidad.

«¿Cómo vais?», sonó distinta, cercana. «He visto los vídeos de las dos crónicas», dijo. «Y entiendo», añadió las dos palabras que yo necesitaba. «Así que vamos a contarlo, ¿vale? Todo: primero, lo de sirios e iraquíes, lo de los yazidíes, espeluznante, y que transmiten de forma tan potente. Pero, luego, también lo de los pakistaníes», apreté el puño y pensé: *¡Bien!* «Eso en un par de días. Tendrá mucha menos repercusión, lo sé, y tú debes asumirlo también. Titularemos por la frase de Sha: “Rechazamos la etiqueta de inmigrantes económicos”.»

«Gracias, Gabriela», contesté emocionada.

«Nada, mujer. Quería que lo supieras, antes de publicar tu primera crónica mañana.»

Una vez que colgamos, me tapé la cara con las manos, en un gesto que ellos, desde la mesa, pudieron malinterpretar. Cuando, por fin me giré, Carlos me preguntó moviendo el pulgar arriba y abajo. «Sí», articularon mis labios de lejos. «Yes, yes, yes», cabeceé, puño en alto. E inmediatamente brindamos por la publicación levantando al horizonte los vasos: «Va por vosotros, hermanos».



El *Blue Horizon* de la compañía Blue Star estaba atracado. Nosotros esperábamos que los agentes de control dieran paso y la cola avanzara por la escalera mecánica. Era un barco capaz de sacar de la isla a mil quinientas personas al día. Pequeño en comparación con el *Venizelosque*, según explicó el alcalde, Spyros Galinos, en la entrevista de la mañana, tenía capacidad para tres mil pasajeros. «Contamos con él como campamento flotante de refugiados, si fuera necesario», aclaró de la embarcación enigmática. Como el regidor. Desgranó un discurso idealista sorprendente en un miembro del ultranacionalista de derechas Griegos Independientes, muleta de Syriza en el Gobierno estatal. Reivindicó la esencia humanista y democrática que Europa perdía, de la que, según él, Lesbos era reducto. Pero era la mirada mientras esperaba que su asesor tradujera mis preguntas y sus respuestas lo que le hacía inquietante. El cálculo político centelleaba en sus pupilas. Su golpe de efecto final me cogió tan desprevenida que me saltaron las lágrimas. Justo al terminar, del desordenado escritorio, cogió algo en que ni había reparado. «Para una mujer comprometida, un regalo solidario.» Sentí un escalofrío porque el barquito que me alargó estaba hecho de restos de los falsos salvavidas. «Artesanía de refugiados», explicó. «Así no están ociosos, ganan dinero y ayudan a reciclar.» Todo ventajas, pero el «Hope» rojo, escrito en el casco, parecía, más bien un «Help!».

Soplaba fuerte el viento, ahora en el puerto. Estábamos callados. Pensé en el último desembarco del amanecer. En los bomberos y Rebecca, después, cuando nos despedimos y la foto que hicimos como un solo equipo. La megafonía femenina que ya oíamos al acercarnos a la bodega me despabiló. Se hizo más y más nítida metiéndonos en la irrealidad de un centro comercial o esas ciudades artificiales hechas para veranear. El típico ambiente frívolo y

ligero de los cruceros, porque eso es lo que seguía siendo el *Blue Horizon*, que, en breve, zarparía sobre el Egeo. La bienvenida del personal uniformado nos franqueó el paso a una especie de gran hotel, algo anticuado, todo enmoquetado, pero lleno de bares y tiendas, espacios donde sentarse a leer la prensa o admirar el paisaje por los ventanales, confortable. Abundaban los letreros y pese a ellos era difícil orientarse hacia la cabina que habíamos reservado. Nos dimos cuenta, de pronto, de que no había, por ninguna parte, un refugiado. Lógico. Trescientos entre mil quinientos se diluían. Pero, ¿dónde estarían? En cuanto encontramos nuestro camarote y dejamos el equipaje, salimos con las cámaras. Antes de empezar a buscar, fuimos a cubierta y grabamos planos del *harbour*, de los edificios que ya reconocíamos. Lanzamos una última mirada al Lesbos que, como dijo el bombero Ángel Lorenzo, nunca nos dejaría, aunque nosotros nos fuésemos. Todo el mundo se asomó al espectacular ocaso, al aire libre, embozados, o pegando las caras en las ventanas. «¿Son ellos?», «¡Sí!», nos costó creerlo. Pero saludaban, se acercaron, eran los Noh. Sonrientes, hicieron el signo de victoria, como si salir de Mitilene todo lo resolviese.

«¡Lo logramos, lo logramos!», repetían los cuatro rodeados de primos, primas y hermanos.

«¡Qué gran sorpresa reencontraros!», les dijimos. Y pregunté a Salim: «¿Viste el enlace que te envié? Es de la entrevista, con vuestros vídeos».

«Oh, no, lo siento. Me he quedado sin datos. Quizá ahora me la puedas enseñar...»

«Claro, tranquilo.»

«Me gustaría que mis padres lo vieran. Y presentároslos», el gesto de su mano nos descubrió, tras una cristalera, el espacio de mesas largas y bancos de merendero, donde iban concentrados los trescientos. «Adiós, Lesbos, Adiós», saludó al aire porque empezamos a movernos. Los demás repitieron la despedida hacia su nueva vida. Nos quedamos mirando cómo se empequeñecía la ciudad, hasta ser un fulgor, una luminiscencia, sobre la oscura lámina acuática. En la negrura del cielo se empezaron a notar capas de oscuridad. Creí notar el vértigo que ellos estarían sintiendo al volver otra noche, a ese mar. Y sentí, yo misma, pavor de embestir a un dinghy.

«¿Entramos?», preguntaron, dubitativos.

«Sí, vayamos», y nos apretujamos en una mesa y tres bancos. Ismail nos

presentó a su mujer, que acunaba al hijo. Salim a una adolescente rubia, y un chaval moreno de risa blanca, Sahir. «Hermanos pequeños.» Éramos más de diez sentados, pero sólo un tercio de quienes viajaban en familia. «Tenemos que confesaros algo», anuncié tras mostrarles el enlace de eldiario.es. Carlos y Jaime entendieron. «No os lo dijimos por vergüenza, pero jamás habíamos oído de los yazidíes. Lo busqué luego en Internet».

«¿En serio?», se miraron incrédulos. «¿Ni de Nadia Murad?», preguntó Suham.

«¡Si está nominada al Nobel de la Paz!», se revolvió Salim. Sahir nos enseñó en su teléfono una foto de la joven reunida, la víspera, con el presidente Tsipras. «Fue esclava sexual del Daesh y, desde su huida, es la voz de nuestras víctimas.»

«No creáis que no nos avergüenza la desinformación, a mí en especial, como periodista. Pero os lo digo para que siempre contéis de qué huis a quien tengáis enfrente. Que sois yazidíes, qué significa, de dónde venís, quién y por qué os persigue. Que hay miles de vídeos en la red donde lo pueden ver. La persecución religiosa es una de las causas de asilo que se contempla en el artículo 14 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Remitíos a eso una y otra vez, cuando estéis tramitando la petición, con cada funcionario.»

«Vuestro inglés», intervino Carlos, «y el don que tenéis para comunicar, son grandes ventajas. Aprovechadlas. ¿Es habitual vuestro nivel de formación en Irak?», preguntó.

«Lo era en nuestro círculo y generación», respondió Salim. «Nuestro padre ganó dinero con la construcción. Pero estaba convencido de que lo mejor que podía dar a sus hijos era educación superior. Que los nueve fuéramos a la universidad.»

Nos describieron su casa, la vida que llevaban, que Suham recordaba de forma más idílica y Salim algo aburrida. «¿Diversión? Ver en la tele cuatro partidos de fútbol europeo a la vez. Con la pantalla partida, ¿sabéis? Oíamos gol y no sabíamos dónde, ni de quién», bromeó. Se levantó, llamó a sus padres y nos los presentó. «¿Sabéis? Nuestro padre», dijo cuando el matrimonio ya volvía al banco de sus cuñados, «que es un hombre curtido, que no derramó una lágrima en el entierro de su madre, la persona que más ha querido, pues hasta él lloró cuando salimos de Singhal... Hay un apego a la tierra donde se

nace. Una raíz que te une a ella, aunque emigres, que va en tu corazón, donde tú vas».

«La sentirán hasta vuestros hijos, nietos...», me salió decirle. «Mi bisabuelo emigró hace dos siglos y aún yo me siento de su aldea, al otro extremo del país. Escribí su historia...»

«¿En el periódico? ¡Un libro!», adivinaron.

«Vosotros deberíais escribir la vuestra, este éxodo», les alenté.

«Salim la escribirá», dijo Suham.

«O tú», le contesté, «o Afrah. Lo hará quien sienta tal necesidad que no se pueda contener». La hermana chica apartó la mirada. «Quizá tú», le dije y Afrah la abrazó. «Hay precedentes», pensé. «Mirad, una autora húngara magnífica escribió en francés... Lástima no recordar su nombre... Se parece al de... Me vendrá. Sufrió la ocupación nazi, luego la soviética. A final de los 50, casada y con un bebé huyó andando, como vosotros, a Austria y luego a Suiza. Allí trabajó de obrera, en una cadena de montaje de la industria relojera. Mientras ensamblaba las piezas, apretaba tuercas de relojes, de pulsera o sobremesa, o espantosos cucos, iba montando mentalmente una historia inspirada en la propia que tardó ¡treinta años en crear! Fue *El gran cuaderno*, primera entrega de una trilogía brutal, que se tradujo a treinta idiomas... ¡Agota Kristen, eso es! Si ella pudo, vosotros podréis.»

Carlos, en un punto de la charla, pidió permiso para grabar planos nuestros conversando. Ahora que había apagado y vuelto a guardar la cámara, sacamos los sándwiches que partimos, «así comemos en los bares españoles, tapeando», les dijimos. Ellos, por su parte, nos contaron de sus costumbres y creencias, nos enseñaron las medallas que llevaban del Templo de Lalish. «En Irak está prohibido fumar. Y lo cumplimos, no como en Lesbos», dijo Salim cuando Jaime salió a echar un cigarro. «Para matarnos preferimos las metralletas al tabaco», nos sorprendió su humor negro. «Lo que si haré...», balbució tras hablar de si los yazidíes eran endogámicos, «en Europa es cambiarme el nombre a Jason. No quiero llamarme como tantos asesinos del Daesh», y vi en los ojos del resto que ya se lo habían oído.

«No digas eso...», le pedí «¿Acaso no hay responsables de lo que pasa en Oriente Próximo con nombres ingleses, como Jason?», asintió. Media hora después, Ismail y su mujer fueron a buscar un hueco en el suelo donde acostarse con su pequeño que ya dormía. «Yo también estoy agotado», anunció

Jaime. «Me marcho.» Carlos y yo nos resistimos a despedirnos, pero era obvio que todos estaban cansados y, por respeto, nos fuimos pronto. Sin grandes gestos. Quedamos en reencontrarnos al amanecer para desembarcar juntos.

«Esto hay que sacarlo, Carlos», susurré cuando, ya en pie, vimos tantas familias dormidas por el suelo y que con sólo cruzar la puerta pasaríamos del Tercer Mundo al Primero. El cruce de miradas evidenció que creíamos importante grabar, con respeto a la intimidad -había madres bajo las mantas amamantando a sus crías-, rápido y a distancia. La puerta metálica se cerró, luego, a nuestra espalda como la de una cámara acorazada.

Cuando entramos en el camarote, Jaime roncaba suavemente dormido. Carlos pasó por el baño y, al entrar yo, le oí que se acostaba. Cuando me cambié, del bolsillo trasero del vaquero cayó un papel al suelo. Sólo una palabra: «Kristof». Sonreí. ¡Agota Kristof, no Kristen! Era una corrección. Pero, ¿quién la habría escrito? ¿Cuándo metió la nota en mi bolsillo? ¿Para burlarse o...? Sentí una corazonada, sin poder precisar de qué. Así que me acosté. Boca arriba, en el cuarto apagado, el papel blanco en mis dedos me pareció el boleto de un sorteo. Quizá justo así lo viera quien lo escribió. Yo podía encontrar o no la nota esta noche; salir o no en busca de su autor, podía, al vagar por el barco, hallarle o no. Y, si lo hacía, ¿quién sería? ¿Lo reconocería? ¿Me querría contar algo? Quizá sólo deseaba llamarme, anónimamente, «listilla». Lo dejaría pasar. No tenía importancia. Pero no podía dormir. Carlos parecía que sí. Yo dudaba: ¿y si me ponía la ropa sobre el pijama y volvía a echar un vistazo rápido? Sentí vértigo, hasta temor. Estaba claro que ése era uno de los momentos vitales en que o haces algo o la ocasión pasa. Episodios nocturnos que desvanece el alba. Si no me levantaba me preguntaría siempre qué habría ocurrido. Así que me incorporé. En una milésima de segundo pasé del miedo que me mantenía acostada, al pavor a que Carlos o Jaime me pillaran. Si algún ruido mío les despertaba y me preguntaban, yo diría: «Nada, voy al baño» antes que confesar: «Alguien me ha pasado una nota y le voy a buscar». Porque querrían disuadirme o acompañarme. *No te echas atrás* me repetí, saliendo de la cabina. *Sigue andando*, apreté la llave en mi palma sin guardarla. *Igual no le encuentras y en un minuto estás de vuelta*, fue lo último que pensé al empujar la enorme puerta y regresar al espacio de los refugiados. Nadie se removió por mi ruido,

ni levantó la cabeza. Me sentí aliviada. Si no le encontraba no sería por mi cobardía. Iba a marcharme, pero seguí mirando en esa dirección cuando la vi fuera, tras el cristal, en cubierta. La mujer de las termas. Ella. Con un gesto le indiqué: «Espera» y, a su modo, sonrió. Al salir, me arrebujié en el chaquetón.

«Agota Kristof», pronuncié como si parodiara una contraseña.

«No es un error tan grave», reencontré su altivez. «Al menos», concedió, «tienes la curiosidad y valentía de buscar», me pareció que dulcificó su voz.

«Me alegra que estés menos crispada que la otra mañana», le dije.

«Ayer», precisó. «Sigo igual de...», se ensombreció. «Y tú en tus trece: *Escribid, escribid*, hoy a los yazidíes, como al chaval: *No dejes de pintar*», era más burlona que hiriente.

«Tú tampoco te corriges» y añadió: «Si aceptas que te lo diga: algo cotilla».

Su espalda buscó apoyo en el barco. Resbaló el cuerpo hasta quedarse sentada, con las piernas cruzadas. Me senté a su lado.

«No soy cotilla, sino algo peor», su mirada, antes de bajarla, brilló con cierta malicia.

«Te gusta el misterio», suspiré. «No habrías escrito la notita si no quisieras hablar.»

«Ha sido una debilidad», concedió y me miró. «No contaba con volver a verte. Cuando ayer te alejabas, más y más pequeña, me tentó salir a la carrera para... Que supieras de mí algo, como yo sé de ti. Pero me di cuenta de que era un modo de justificar mi genio. Me alegró resistir la tentación de tu perdón o... aprobación. Pero hoy estabas en el ferry. Y he vuelto a escucharte y a identificarme contigo, y no me he enfurecido tanto con nosotras como sentido, sí, dilo», se ordenó: «ternura», soltó con esfuerzo. «No tenemos remedio, ¡somos tan absurdas! Cantando las maravillas, casi curativas, de la literatura. ¡Babeando como un perro ante su hueso!», se secó la boca. «Buscas, como yo he buscado, historias. ¿Las llevas en la maleta?», se señaló la sien, «¿Te pondrás a escribirlas como loca?», y para que entendiera que sabía mi nombre y había buscado información sobre mí, me enseñó en su móvil la foto de mi acreditación de prensa.

«Por eso apareció en... Pero, ¿quién te la...? Da igual. ¿Tú cómo te...?»

«¿Cómo me llamo, de dónde vengo y cuál es mi historia? Hace tan poco que yo organizaba y participaba en seminarios, dando vueltas al tema, en

Damasco, Alepo, capitales internacionales. ¿Sabes lo que importa un libro en la guerra?», se irritó de nuevo. «Atesoro relatos ahora para llenar otra biblioteca de Alejandría. ¡Pena que la literatura me importe ya una mierda! ¡Y los lectores y conciudadanos: los humanos!»

«¿Escribías? ¿Profesora de Filología?», tanteé. «El espanto, la guerra no es culpa... Crear es lo opuesto a... Se intenta construir. No puedes haber perdido todo el deseo, la fe...»

«¡Sé que no lo crees! ¡Por eso me irritas tanto!», suspiró con desánimo. «Eres la versión previa de mí, que querría borrar, despabilar. ¡Mira por mis ojos lo que fui incapaz de prever, preocupada por mi carrera en la universidad, por publicar y ¡triunfar! Hace sólo cinco años, ¡nada! El reconocimiento, las alabanzas. De crítica, colegas o lectores, ¡ja! ¡Han muerto!, ¿entiendes? ¡O asesinado a otros!... y muerto al final. ¡O callado ante los asesinatos para sobrevivir, para luego morir! Eso han hecho esos lectores por los que tanto suspiraba. Y mientras, mi maldito cerebro atesorando historias, recordando datos, fechas, sensaciones, nombres inspiradores y atando unos con otros con nudos, suaves y recios, quisiera yo o no, ¡escribiendo! en mi podrida cabeza. Todo el trayecto, atravesando la frontera con Turquía y ¡en Turquía! El Estambul y Ankara a los que íbamos de turismo o congresos eran de ensueño. En este viaje he descubierto un lado tan siniestro. Pero Alemania saca pecho por acoger a un millón de refugiados. Como Turquía aloja a tres, habrá que aplaudirle también. La literatura no sirve para nada, hermana», dijo «hermana» sin emoción: «¿Se ha traducido a español la novela turca *Daha!*?», preguntó. «Yo la leí, en 2013, en este mismo móvil, en mi piso, aterrada por mis vecinos, y no creía lo que contaba el inmundo niño psicópata, hijo de traficante, víctima y verdugo, narrador. El autor, Hakan Günday, tenía que ser un maldito oportunista queriendo ganar dinero exagerando la depravación porque... Si un libro contaba eso, un libro de éxito, premiado, traducido al inglés y al francés, si la opinión pública supiera, empezando por la turca, la intelectualidad comprometida... ¡Mentira sobre mentira en la que yo, anteayer, aún creía! Porque, ¿sabes? La realidad para nosotros en Turquía supera toda la depravación de esa ficción. Y nadie ha movido un dedo para cambiarlo.»

Estaba tan dolorida que habría sido mejor callar y abrazarnos. Pero ella no me dejaría.

«Sabes...» empecé dubitativa, «que no se escribe porque sirva... Se escribe porque no puedes no hacerlo».

«Claro», concedió. «Más me avergüenza y más asco me da. Es una pulsión irracional que se busca justificaciones. Pero me la he amputado, me la acabo de extirpar. Haré cualquier trabajo manual. Si puedo, si encuentro uno. Un empleo alienante, sin falsas expectativas de llenarme. Nada me llenará jamás.»

«No puedes arrancarte el deseo de...»

«Tu temblor prueba tu miedo a darte cuenta de que tengo razón. ¡Hay tanto que creía inextirpable! Mira ahí», delante el agua y el cielo, negros. Su voz se hizo más grave y empezó a encadenar frases con un ritmo y decisión nuevos, abriendo paso a lo que la mortificaba: «¿Crees que el mar se puede extirpar? Jamás volveré a nadar, ni a mojarme los pies. No sabes lo que fue la travesía, no... Habíamos pagado mil euros cada uno porque iríamos en una balsa con pocos pasajeros, todos sirios, y saldríamos una noche en calma. Pero luego nos sacaron de la cochinería esa madrugada que lloviznaba y cuando llegamos a la playa vimos a muchísima gente. Algunos protestaron recordando a los traficantes las condiciones pactadas, hubo quien intentó negarse a subir con sus hijos, a arriesgar las vidas, mientras la lluvia arreciaba. Pero con quien tiene armas y carece de escrúpulos, ¿qué vas a negociar? Valía más callarse y atender a la explicación sobre el timón que daban a aquel Ferhad. Mi pelo afeitado», siguió, «mi aspecto, han tenido ventajas en el trayecto. Ahora llegaba el inconveniente de verme sentada a horcajadas en el borde de la lancha en vez de en medio, con las mujeres. Me obligaron, aunque muchos sospechaban. Como el chaval delante de mí, menor, sin familia. Yo acepté y me senté. Le oí susurrar una letanía en un dialecto que no reconocí. Navegábamos ya. Hasta que, a fuerza de repetirse las palabras se me hicieron transparentes y comprendí que decía: “Tengo miedo, miedo, miedo”, muy ligero. Algunas veces introducía algo en medio, una palabra dicha más baja aún, como si le avergonzase. “Tengo miedo, mamá”, eso era. Pensaría que era impropio de su edad. ¿Sólo yo le escuchaba o, como otras veces, me lo inventaba? Que temblaba, sí lo veía claramente. Pero nadie le mandaba callar, mientras que cualquier asomo de nerviosismo, en otros, se atajaba de inmediato. Y los había, variados. Porque seguía lloviendo y estaba muy oscuro y no veíamos luz por delante y las de detrás ya eran demasiado pequeñas como

para atreverse a girar sin perder el rumbo que nos marcaron antes de zarpar y quedar a merced de una corriente que, nos advirtieron, podía estrellarnos contra los acantilados o sacarnos a alta mar donde moriríamos sin que nadie nos encontrara. “¿Qué ha sido eso?”, dijo él claramente y, entonces sí, le chistaron. Llevábamos el pie izquierdo fuera de la balsa, se metía en el agua y yo también notaba sensaciones extrañas, de corrientes más frías, peces o algas. “No ha sido nada”, le susurré, por primera vez. “No sé nadar”, me confesó, como explicación. “Da igual”, le contesté, “porque no vamos a volcar”. Aún en la marejada, creciente, mi murmullo sonó convincente. *Ventajas de ser una profesional de la mentira*, pensé. Quizá por mi vicio incontenible, aunque la excusa que me puse a mí misma fuera intentar distraerle, le pregunté en murmullos nombre, edad, ciudad. Podía haber sido alumno mío. “¿Qué quieres hacer en Europa? ¿A qué país vas? ¿Te espera familia?”, le seguí preguntando. Por entretenerle, para que dejara de pensar en la angustia de naufragar. Una angustia exagerada, porque muchos se ahogan sí, pero otros pasan y, ¿por qué íbamos a tener tan mala suerte? “Saydnaya”, articuló flojísimo. El matadero humano, la cárcel de donde no sale nadie. Como si adivinara mis pensamientos dijo: “Ella pagó a un carcelero. Me salvó... mi madre”. Y tras otro silencio: “No le puedo fallar... Pero no sé nadar”. En el centro de la lancha, había una mujer dormida. Era increíble, pero debíamos contagiarnos de su calma. Fingirla, en el peor de los casos, pero seguir tranquilos. En cambio, pasó. Tan rápido que parece que no lo viví: una niña chica cantó algo, alguien pensó que demasiado alto, la mandó callar y ella o no entendió o no fue capaz de vencer ese impulso de sentirse quizá a salvo, en casa, lejos de la balsa... Un brazo la alzó, ¡la levantó, zamarreándola, como para tirarla! Otra víctima, ¿entiendes? Aterrada de que una fragata turca apareciera y nos devolviera. Porque tendríamos que pagar otros mil euros por persona para embarcar. Quizá su familia fueran media docena y no tuvieran seis mil. A veces, los turcos pinchan los botes, mientras apalean a la gente, hay vídeos en las redes. Nadie salió a defenderla. Apenas yo parecí escuchar al chaval: “No, por favor, suéltala”. “No le hagas mal, por favor.” “No la mates, déjala”. ¿Se movió? Fue mínimo, alargó el brazo más que para bajarla, para convencerlo. ¿El otro le empujó o se asustó? El bote se desestabilizó, entró agua, hubo gritos, histeria, y voces que chistaban para acallar. No vi, lo vi tarde, al joven braceando, cerca, desesperado. Llevaba, como todos, el salvavidas falso que nos hicieron pagar. Estiré mi pierna en un acto reflejo. Por suerte no la vio.

Fue una estupidez. No habría podido salvarle con mi pie. Me habría tirado, de haberme agarrado. No teníamos nada que lanzarle, flotador o cabo. En una de las vueltas que dio sobre sí, sin control de su cuerpo, sus ojos me vieron. Sin reproche, sólo imploró “por favor”, que le salvara. Yo le había prometido que no volcaríamos, yo sé nadar, aun sin ser profesional. ¿Debí lanzarme? Miré a Ferhad que tampoco movió el timón. No pensé un segundo en saltar. Me vi deseando que se ahogara ya, rezando que no tardara, que no sufriera más... ¡Acaba con él ya, Dios, mar, quien sea! ¡Ahógale de una vez!», ella lloró lágrimas lentas.

Nos abrazamos, costado a costado, mi cabeza en su pecho, como si ella me confortara a mí. Murmuró: «Necesité un colofón de horror, la guinda macabra para convencerme... La guerra y la huida no bastaron... Seguía creyendo, en mi fuero interno, que algo que se escribiera, que se contara, haría clic en algunas cabezas. Hasta que le vi morir. Luego en las horas que aún navegamos, me prometí que, si pisaba la orilla, a esa Europa llegaría otra yo, recién nacida, que afrontaba la verdad sin hipocresía», oía sus latidos cerca de mi oído. «Escribir es absurdo, chocarse la cabeza contra una piedra, por gusto. Remar contra una corriente que va a pasarte por encima. No lo haré, no creeré», se convencía.

«Quiero saber tu nombre», le dije sin osar moverme, «que sigamos en contacto».

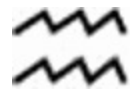
«No te enfades... O hazlo», un quiebro dulce, la traicionó. «Pero no creeré en nadie, no esperaré nada y, para eso, mejor no aferrarse, no... Trabrar relación», seguimos abrazadas.

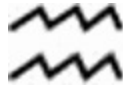
«Como quieras», dije deseando mirarla, pero aferrándome un segundo más al contacto entre ambas. «Tú sabes quién soy, puedes escribirme. Tengo un blog, redes sociales. Es fácil localizarme», le propuse, ya cara a cara.

Después, seguimos hablando bastante tiempo. Comprobé que sí, que Ferhad era el de Shirin. Ella me reveló algo que me espantó, que Bouthaina Shaaban, la profesora que yo entrevisté, en Sevilla, años atrás, era ahora la asesora y cara amable del régimen de Al Asad. Me costó asimilarlo, entender. «Toma, ten», me dio un cigarro. Y cayendo, por primera vez, en la vergüenza de que el 2011 en que empezó su guerra, para mí hubiera sido sólo de euforia política por el 15-M en España, y de alegría, más egoísta, por publicar mi primera novela, alegato idealista mientras ellos morían... Yo, que al final de

Lazos de humo digo que ni en la peor ansiedad he llegado a fumar, cogí el pitillo que me ofrecía, lo consumí a caladas ávidas y, juntas, encadenamos, luego, varios más. La nicotina en la lengua fue, de hecho, una vez de vuelta al camarote, mi prueba de haber estado con ella. Dormí dos horas. La sirena sonó y los tres nos sobresaltamos. Era de noche aún. El barco llegaba con adelanto. Por los pasillos se corría. Ni vimos a los yazidíes, ni yo a ella.

En el vuelo a Madrid, aturdida, empecé a escribir mi crónica prometida a *ViceNews*. Carlos levantó la cara de su portátil en que, él también, tecleaba: «Tengo el título del documental», dijo. «Une la idea de huida del horror a esta Europa que cierra puertas, con la acogida que brindan los voluntarios a diferencia de la política oficial. Refugiados y cooperantes, juntos, en una palabra, que invita al espectador a sumarse a la reacción: *Contramarea*». *Cómo me gustaría, pensé, que ella lo oyera.*





«¿Lo peor? No sé», respondí cuando me preguntaron sobre el chapoteo del desembarco en el estudio de radio. Era lunes. Acabábamos de volver. Ayer. Agradecía al periodista Jesús Vigorra, con quien trabajé, tres años, en el programa de libros de Canal Sur TV, que nos invitara porque su magazín era líder de audiencia en Andalucía y yo sentía urgencia porque la gente escuchara y reaccionara. El telediario del día que llegamos abrió con una manifestación de pro y antitaurinos, doce mil personas, en Valencia. Movilizadas por eso, frente a cómo estaba sufriendo la gente, en nuestro continente, mojados, helados, hambrientos y, ahora, con la deportación pendiendo sobre ellos. Expulsión a una Turquía que hoy saltó a la palestra por un atentado en Ankara: treinta y siete muertos, ciento veintidós heridos. El gobierno de Erdogan lo atribuyó a los independentistas kurdos del PKK. Se hablaría más de ello que de los refugiados, de nuevo. Yo quería transmitir lo que aún tenía en la retina, pero ¿qué fue lo peor, lo que más nos impactó? «Los niños despiertan ternura instintiva», balbuceé, «pero las ancianas son tan vulnerables», volví a oler la piel de Sabri Ali. «Había una, en silla de ruedas... Hay mutilados de guerra, o del Daesh...» Carlos hizo una señal a control y pusieron el segundo corte. Oí a Suham, traduje la indignación de sus palabras. Los ojos de Ferhad se me aparecieron. «Lo que veo claro, lo que en Lesbos ha sido un rayo, revelador, es la fuerza incontenible de los jóvenes. Preguntamos a uno, Ferhad, para el documental: *¿Qué vais a hacer? Las fronteras están cerradas, será difícil cruzar...* Y sonrió asombrado. *I will try. I need to go.* Lo intentaré, tengo que ir. Eso harán, él y todos. Con veinte años, sin nada que perder, avanzarán. Lo intentarán hasta el final.»

«Estoy deseando que montéis el documental para ver esos testimonios», dijo Vigorra.

«Vamos a ponernos a ello de inmediato», respondió Carlos.

Pero, de un lado, nos quedaban por grabar dos entrevistas en Sevilla, a Manuel Blanco y a Nissrin Aljundi, a quien conocimos en la manifestación del 27 de febrero, recién llegada desde Lesbos. Además, como en redes sociales leí a Rafael Rodríguez, presidente de la Asociación de la Prensa de Sevilla, y a miembros de la directiva, como Pepe Bejarano o la gerente, Carolina Fernández, muy activos denunciando el maltrato a los refugiados y la criminalización de los bomberos, les pedí que nos reuniéramos y, juntos, concebimos la campaña con el lema #AcojamosALosRefugiadosYa y un logo que creó Carlos haciendo del círculo de estrellas de la UE una alambrada cortada. El objetivo era que figuras respetadas del periodismo nacional y regional lanzaran mensajes instando a la acogida en España de los diecisiete mil seiscientos ochenta refugiados a los que se comprometió el Gobierno en septiembre de 2015, de los que, a marzo de 2016, habían llegado dieciocho. Hicimos las gestiones ante una docena de profesionales que aceptaron en tiempo récord. Así, el 11 de abril, viajamos Carlos y yo a Madrid y grabamos sus llamamientos llenos de convicción: ahí tuvimos al enorme referente Iñaki Gabilondo, que al fin conocí, clamando contra las excusas del Gobierno; a la gran Pepa Bueno ahora al frente del histórico *Hoy por hoy*, alertando contra la indiferencia que, en un pasado no lejano, permitió el holocausto; a figuras de nuestra generación como Ignacio Escolar, mi director de eldiario.es y Ana Pastor de La Sexta, él denunciando el pacto de la vergüenza y ella recordando a su entrevistada Malala Yousafzai, pakistaní, como tantos que se quería deportar; al excorresponsal de TVE en México, Javier Gutiérrez, compañero de facultad, que evocó como ese país acogió a los exiliados de nuestra guerra civil y mi buen amigo Dani Mateo, que insistió en la responsabilidad ciudadana de, con independencia de su ideología, por humanidad elemental, presionar hasta que se lograra acoger.

«Grabemos otra, la definitiva», propuso Dani, en su estudio de *Yú* en 40 Principales, pese a que ya teníamos tomas buenas y, en Gran Vía, le esperaba el coche de *El Intermedio*.

«No te preocupes, no queremos entretenerte más.»

«Ese Raül Torras», se refirió al coordinador de Better del que le habíamos hablado, «con veintidós años, está allí a cargo de cuatrocientas personas. Lo que está en mi mano es clavar un mensaje que ayude a movilizar. Así que

vamos allá». Fue un gran colofón a una jornada en que el compromiso impregnó todo el material. Me hizo sentir orgullosa de los compañeros y me alegró que Carlos, como tantos, decepcionado y con razón con los medios de comunicación, viera que cosa distinta son tantos periodistas, tanta profesión.

Volvimos en el último tren a Sevilla porque al día siguiente sería el primero de la Feria de Abril. Este año el contraste de lo que había vivido en Lesbos con esa semana de fiesta y alegría se me hacía difícil de soportar. Pero la asociación de periodistas iba a entregar su tradicional premio Clavel de la Prensa a Proem-Aid, con asistencia de autoridades como la presidenta de la Junta, Susana Díaz, el del Parlamento, Juan Pablo Durán, el de la Diputación, además de consejeros y líderes de la oposición. Me habían pedido que antes de entregar el galardón, diera testimonio de la situación en Lesbos y la tarea allí de los bomberos y aproveché para insistir en la promesa de acoger, ante quienes tienen poder. «Cada día pesa sobre los huidos de la violencia y sobre nuestras conciencias. Los europeos deberíamos proteger de inmediato a quienes escapan del horror. Asegurarles que aquí ya nada malo les pasará. Librarles de esos campamentos que en verano son un infierno de calor y sed como lo serán en invierno de lluvia y frío. Españoles, andaluces en particular, deberíamos liderar la ayuda a Grecia, el reparto de refugiados. Si no por solidaridad, por egoísmo siquiera. Porque Andalucía tiene una situación geográfica similar a Lesbos, tan cerca de Marruecos como ellos de Turquía. Los griegos no anticiparon la llegada de refugiados, ni el impacto en su turismo, en su economía y en sus vidas. Escarmentemos en cabeza ajena.» La presidenta Díaz, toda ella respaldo a los bomberos, tuvo el detalle de dirigirme una frase antes de correr a agasajar a su aún afín secretario general, el que ella había aupado al cargo en las primarias frente a Eduardo Madina - quedaban seis meses para el Comité de los cuchillos largos en Ferraz: «A mí no tienes que convencerme de nada, porque yo soy una convencida». Sonreí con el esfuerzo que un minuto antes puse en contener mi tono reivindicativo. Ya que lo que yo quería era que ella desplegara en la acogida esa pericia que siempre se le atribuía en el tablero del ascenso político. Ojalá lo hiciera, pensé, pero ni sus palabras ni su lenguaje no verbal me invitaron a confiar.

En nuestro modesto rol, en lo que Manuel Blanco llama «suma de eslabones en la cadena de la ayuda humanitaria», Carlos y yo grabamos, ahora, a periodistas andaluces para la campaña: Mabel Mata y Rafael Fernández de

Canal Sur TV pusieron la lupa, ella, sobre los diez mil niños perdidos, según Europol, nada más pisar Europa, y él sobre la injusticia de negar el asilo a los «huidos de guerras provocadas por Occidente: Afganistán, Pakistán o Irak»; Lola Domínguez de TVE-A lamentaba que la muerte de Aylan no evitara otras; Joaquín López-Sáez y Óscar Gómez, directores de COPE Sevilla y *El Correo de Andalucía*, reflexionaban sobre el pasado migrante español y un inminente futuro en que el pacto UE-Turquía reactivaría rutas peores a Italia y España; y Jesús Vigorra instaba a que Andalucía, «con más población que trece países de los veintiocho de la UE», hiciera oír su voz decidida a acoger. Carlos se encerró en el estudio de su casa y, en tres días, montó los vídeos, intercalando planos de desembarcos. Con el impulso de los periodistas grabados, de Proem-Aid, la APS y la Asociación de Apoyo al Pueblo Sirio logramos seis mil visualizaciones, aunque la campaña aparejada, en Change.org, sólo recabó dos mil ochocientas firmas cuando iniciativas irónicas para que a los refugiados los acogiera un presentador como Wyoming triplicaban los respaldos. Eso fue decepcionante. Igual que comprobar el acierto de mi jefa Gabriela Sánchez en su predicción: nuestro reportaje de los afganos y pakistaníes en el campamento de Better Days logró trescientos impactos, frente a los tres mil del texto sobre sirios y yazidíes.

Marcos, mis amigos, mi madre y mi hermano, quizá hasta, por intuición, los niños, estaban preocupados por el efecto emocional que tuviera en mí lo vivido en Lesbos. Cuando bajara el ritmo y, con el cansancio se viniera encima el desánimo. «Atenta a la vuelta», me advirtió Fran Algaba ya antes de ir, «que el *shock* desorienta». Casi pasé por alto la visita que, cuando estaba en Lesbos todavía, me anunció Jean-Philippe. El día en que caí en la cuenta les faltaban, tras toda una semana en la ciudad, dos días para que volaran a París. Con las ganas que yo había tenido y lo poco que confié en que cumpliera su promesa de venir. Aquí estaba, no obstante, con su pareja, y yo sin atenderles. Incluso, cuando al fin quedamos, sin ánimo. Al acompañarles de regreso al apartamento alquilado, nuestros cónyuges charlaban a unos pasos, los niños correteaban, me dijo: «Volveremos a vernos, no te preocupes. Es normal que, con lo de Lesbos, tu mente...».

«Temo», le confié, «que una parte de mí, se ha quedado allí».

«¿Te acuerdas del granado, del mito de Core?», apretó mi hombro: «Tú me alentaste esa noche. Piensa ahora que hasta del infierno se vuelve. Hay que

interiorizar la experiencia. Crecerse. Confiar en que la naturaleza reverdece».

«No ha sido el infierno, Jean-Philippe», le respondí. «No fue el atentado de Daesh ayer en Estambul, o el de noviembre en París. No era estar en Bataclan, sino agazapada en el callejón donde la gente saltó de las ventanas. No vi el horror, apenas el reflejo en sus caras. Y lo peor es que, en la esquina, la Policía les detenía acusándolos de terroristas o falsas víctimas, les recluía en campos de internamiento, amenazando con devolverlos a la sala donde los criminales torturan y masacran. Todo retransmitido por los medios. Yo, de hecho, soy parte de ellos. Trabajo retransmitiéndolo a gente que, en sus casas, de pronto, se cansa y cambia de canal o apaga.»

«¿Qué lograrás si te rindes?»

El día que cogieron el avión a París hubo dos brutales atentados en Bruselas, en el aeropuerto y el metro, reivindicados por el ISIS, con treinta y cinco muertos y trescientos cuarenta heridos. «El horror sigue, amiga», me escribió un SMS. «Es increíble. Pero no nos paralicemos.» No lo hice, al contrario, intensifiqué mi actividad como periodista y activista. Cubrí para eldiario.es manifestaciones y actos que promovían tanto la acogida de refugiados como el rechazo a atentados y la guerra e impulsé, además, con Carlos, Proem-Aid y la APS reuniones como la del Defensor del Pueblo Andaluz, una exposición de fotografía en la Casa de la Provincia, debates y mesas redondas. Siempre se acercaba alguien a preguntar cómo ayudar. La bibliotecaria Angelina Delgado, a la que conocía por la escritora Aurora Delgado, me contó: «Llevo todo el invierno diciendo, si yo pudiera ir... Y resulta que puedo: mis hijos son mayores, pediré permiso sin sueldo o vacaciones».

Desde que volvimos tuvimos noticias de Lesbos, como que habían desmantelado Better Days, echado a la gente y arrasado las tiendas y carpas asistenciales que con tanto trabajo se levantaron. También recibí mensajes de refugiados. A la vez, alegraba seguir en contacto y daba angustia saber cuánto sufrían sin poder ayudar. La primera en escribir, Afrah Noh, me envió fotos del aparcamiento donde los ubicaron en Atenas. «No hay agua, las condiciones son malas, ¿podrías hacer algo?» Llamé a Boris Cheshirkov de ACNUR en Lesbos, que me dio el teléfono de su homóloga en Atenas, Stella. «Entiendo tu preocupación», me respondió ella, amable, «pero debes entender tú que mi tarea es atender a los cuarenta y cuatro mil refugiados que, según el Ministerio

del Interior griego, están atrapados desde que las fronteras se cerraron». Cierto. Lo comprendía. Por eso en ninguna gestión en Andalucía, España, Grecia o Bruselas pedí auxilio para una persona o familia concreta, porque yo les conociera. Respaldé iniciativas en que pidieron mi firma, fueran campañas de acogida a algún niño con discapacidad o para traer a una veintena en situación de especial vulnerabilidad. Pero yo opté por reclamar que se cumpliera la acogida de los diecisiete mil seiscientos ochenta. Aceptando incluso la aberración denunciada por activistas y compañeros progresistas, del límite numérico. Pues el derecho de asilo no depende de cantidad o nacionalidad. La protección es individual, para todo perseguido por las causas que se detallan en el artículo 14 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. «¿Que se está incumpliendo? Quizá sea momento de quitarlo», propuso la diputada autonómica del PP, Carmen Céspedes, en un foro universitario. Pero por la coyuntura, acepté ese mínimo umbral. Que, al menos, España salvara a diecisiete mil seiscientos ochenta personas, que hiciéramos nuestra lista de Schindler, como la que tanto emocionó en la película de Spielberg. «Serían dos refugiados por municipio de España», insistía didáctico el presidente de la APS en todos los actos.

Pasado un mes, Afrah me mandó otra ubicación y fotografías. Estaban en las ruinas de alguna instalación militar, a setenta kilómetros al norte de Atenas, pocos árboles e incontables cascotes y cristales rotos. Un lugar en mitad de la nada, Ritsona. Los Toman, por su parte, llegaron a Atenas. En las fotografías parecían casi turistas. No me chocó porque Nikos Grivas, en Lesbos, ya nos contó que, en sus viajes de trabajo a Turquía, coincidía en los hoteles con huéspedes, sirios e iraquíes, de clase media o ex altos funcionarios, que podrían pagar vuelos a las capitales europeas. Cualquier avión es más barato que la plaza en una balsa. Se jugaban la vida sólo por la imposibilidad de viajar de forma legal. Adeel era el más preocupado y con razón. El hecho de ser pakistaní, todo un plus para el reconocimiento de su compatriota la Premio Nobel 2014 Malala Yousafzai, a él le cerraba el camino para pedir el asilo. Una tarde de domingo, yo columpiaba a mis hijos en el parque bajo mi edificio. Me vibró el teléfono, era un mensaje suyo. Abrí la espantosa fotografía de un brutal atentado. Enseguida me llegaron sus palabras: «Mira esta matanza en Lahore. Ahora mismo, madres y niños masacrados. Y yo aquí, escondido como una rata, porque se empeñan en que sólo huimos de la

miseria, que en Pakistán no hay violencia». Consulté la prensa. Eran setenta y dos muertos, trescientos heridos, en un parque igual a donde yo estaba. Sentí como si el albero fuera a tragarme. Mareo. Pasaba a veces. Por eso había pensado dejar de estar siempre localizable. Conectar los datos dos o tres veces al día. Pero me costaba. Ferhad, sin ir más lejos, escribía a horas intempestivas. Fue de los primeros en comunicarse y de los más cariñosos, aunque el contacto en Lesbos hubiera sido muy breve. Pero aquel «Lo intentaré. Necesito ir» y cómo me miró al decirlo eran imborrables. Él y Shirin, me contó, estaban en un lugar llamado EKO Camp. Asumí que sería un campamento como el resto -Ritsona, Kara Tepe, Moria...-. Pero cuando me envió fotos, vi que era una gasolinera abandonada. EKO, la marca del combustible, coronaba la estructura. Se hacía extraño verlos, jóvenes y guapos, en ese rincón sin sentido. «Está cerca de Idomeni», me explicó, «y es menos loco. Aquello es una extensión infinita de barro y suciedad. Tiendas pegadas, de gente diferente pero igual de desesperada, con prisa por pasar, pensando que tienen prioridad y... Lleno de niños», añadió. «Niños y niños, jugando y saltando o llorando, con hambre, mojados, de lluvia o de orín, de heces sueltas porque el agua... Es mala aquí, como todo. Es insoportable ver sufrir a los niños. ¿Cuándo abrirán las fronteras?», me preguntó. «¿Qué se dice?»

«No lo sé, Ferhad. Se habla poco, por desgracia», le contesté. «¿Hay ONG ahí?», viré a lo práctico. «¿Funcionarios, griegos o europeos, para tramitar el asilo? Otros refugiados me cuentan que lo están haciendo. Tenéis que dar con el sitio, con el procedimiento, ¿eh?»

«Claro que sí, hermana», usó el apelativo habitual en él, como en Adeel el «madre», «mum».

Una de aquellas noches, mientras dormía, oí un grito. Salté creyendo que era uno de mis hijos. Llegué al cuarto, pero nada. Me asomé al de Paula. Los tres dormían. Noté el frío en mis pies y volví rápido por el pasillo. Tumbada de nuevo no conseguía entender.

«¿Qué pasa?», se incorporó Marcos. «¿Por qué has gritado?»

«¿Yo? Ah... soñaba», mentí, preguntándome si habría sido así.

«Tranquila, todo está bien», me dijo, me dio un beso y volvió a quedarse dormido.

Pero nada estaba bien. Ahora me daba cuenta, torpemente, en el

duermevela. Llevaba sin soñar dos meses. Un bloqueo total desde Lesbos que duró hasta esta noche. Empecé a desandar el camino, entre la nebulosa de mi cama y una tienda de campaña. La mujer tumbada de lado era incapaz de descansar. Estaba al límite: en los huesos, tiritando, boca seca, desesperada de esperar, sin perspectiva de escape. Y, de pronto, se vio también rodeada de niños, suyos, que sufrían. ¿Por qué los tuvo? ¿Cómo habían llegado a ese punto? Ellos la miraban con la confianza de que la adulta les protegería, pero no podía. Y entendí que mi horror era el espanto de ser yo esa madre, esa mujer. Como tantas españolas, de izquierda, republicanas, hacía nada, en los años 40. Podíamos volver, con un soplo de viento, a las andadas. Por eso mi grito. Grité de miedo. De certeza de que la humanidad, como dijo *la sin nombre*, en el barco, no mueve un dedo. Lloré de terror a vernos tirados en un campamento y vergüenza de llorar por ese futurible en vez de por el dolor, ya real, de quienes, por teléfono, me llamaban «hermana».

Noches, días, semanas y meses se engarzaron recibiendo historias que siendo ciertas parecían ficción. Como la de esta mujer que mira a sus hijos una penúltima vez antes de dejarlos allí. La voluntaria insiste en asegurarle que estarán bien. Lo dice en inglés, pero refuerza con su sonrisa exagerada eso, que no pasará nada el tiempo que estén lejos, fiados al resto de refugiados, a cooperantes extranjeros. Ella se vuelve y los besa por turnos y acaricia sus cabezas y les dice a su vez que no tardará. Que volverá, por supuesto, eso no deben dudarlo, no tienen que sentir miedo. Y que los jóvenes, que van a ocuparse de ellos, son buenas personas. No obstante, añade, bajando aún más la voz, que no se separen los hermanos. *Tú, hija, no pierdas de vista al chico*. Lanza una mirada al mediano, que mira al suelo. Porque él, en la herrumbrosa silla de ruedas, no podría llegar lejos solo, ni queriendo. De otra tienda viene, corriendo, el que sabe inglés e irá con ellos, para traducir. La voluntaria insiste, ahora a través de él, en que se tienen que marchar ya, que se tarda una hora en llegar a Atenas, que luego tendrán que dar con el hospital, que no pueden perder la cita, que el equipo médico espera para que autoricen operar a la recién nacida. Ella lo sabe, todo. No quiere hacerse la lista, pero se lo han repetido sin descanso, como si estuviera sorda. O fuera idiota. Nadie desea más que salven a la pequeña. Pero ha vivido ya suficientes desgracias para no poder descartar nada. ¿Y si al volver estos tres han desaparecido, alguien se los lleva, para traficar con sus órganos o hacerles daño? Puede, simplemente,

no volver a verles y estarse toda la vida torturando con que tenía que haber ido sólo el marido. La voluntaria ha insistido. *Que no, que la opinión de ella también cuenta, que debéis ir los dos.* Comprende su buena intención, pero está aterrorizada con que pase algo peor. Peor que haber acabado en aquel campamento en medio de ninguna parte. Sin perspectiva, con hambre. Incluso sólo un accidente, un mal golpe jugando. La voluntaria, leyéndole el pensamiento, insiste al traductor. *Dile que, a la menor novedad, tu hermana nos llamará al móvil y volveremos. Pero dile, por Dios, que hay que irse ya.* Ella también es madre, aunque sus hijos tengan la edad de la iraquí que cuidará de los críos. Confía absolutamente en la chica, le ayuda traduciendo en el cuentacuentos que, desde que llegó de España, hace cada tarde. Extienden una jarapa bajo la hilera de escuálidos pinos, de manera que las pocas copas dan sombra a los chiquillos, y empiezan juntas su tarea de contadoras.

Angelina atesora décadas de experiencia de animación a la lectura. Es bibliotecaria, con plaza en el municipio sevillano de Camas, pero tiempo atrás tuvo una empresa que organizaba talleres con los que recorría escuelas y bibliotecas de toda Andalucía. Ahora, cuando levanta la vista y ve a estos niños embobados, siente que todo lo previo, que tanto la ha llenado, no era más que preparación para esta acción. La ayuda de Afrah es clave para que los críos entiendan las historias. Se ha traído un cargamento que incluye *La ola*, de Suzy Lee, *El globito rojo*, de Iela Mari, *El silencio del bosque*, de Cristina Pérez Navarro, *Nadarín*, de Leo Lionella. Dramatiza como una actriz veterana la acción, emociones de los personajes, comenta las ilustraciones, página a página. Por su pasión fotográfica, además, ha repartido veinte cámaras desechables entre adolescentes con la sola consigna de que saquen lo que quieran. Con calma, con cabeza, pensando qué desean comunicar. Cuando los chavales hayan terminado, tras la semana de plazo, llevará los carretes a revelar, dará las fotos a sus autores y montarán una exposición. Paredes no faltan, porque Ritsona es un antiguo cuartel destruido, expoliado de cuanto pudo ser vendido -tubos, cables...-. Quedan en pie muros que no forman cuartos útiles ni para guarecerse, ni como barracones o almacenes, pero servirán como posmodernos cubículos expositivos. Evocadores del abandono (de Europa), el deterioro (de los valores humanitarios), el frío de lo que debería cobijar (las leyes, las instituciones).

Tras aguardar el turno en el mostrador del hospital, dice a la auxiliar

griega que estos padres iraquíes tienen cita con los doctores de su hija. «¿Nombre de la niña?» Y le explica que aún no tenía cuando ingresó. «Apellido, entonces.» Pero, aunque lo repiten, deformando más y más la pronunciación original para asemejarla a la europea, la mujer no entiende. Escribir, dada la caligrafía árabe, tampoco ayudaría. Angelina acaba de darse cuenta de algo. En esa recepción no hay ordenador. La mujer busca, en su cuaderno de anillas, por la transcripción fonética que ella habría elegido. Si la sanidad griega no tuviera ya suficientes problemas con los recortes obligados por las autoridades comunitarias, el Banco Central Europeo, el Fondo Monetario Internacional y los monstruosos organismos antidemocráticos y asfixiantes que no ven las caras de enfermos desesperados y sus acompañantes, ahora hay que afrontar, sin informatización, sin medios, la atención a sesenta mil potenciales nuevos usuarios con endiablados idiomas extranjeros. La funcionaria resopla. Mira, como pidiendo perdón, a la voluntaria. «*Lo siento. Bastante tienen ellos. Ha sido un desahogo. Por el desbordamiento. Por el agobio que tengo porque no acabo de encontrar a la niña y no quiero decírselo. ¡Dios!, ¿quién escribiría el ingreso? ¿Qué pondría?*» «¿Ah, que nació aquí? Busquemos entonces a la madre. Nombre y apellido.» Y vuelta a empezar.

«Ahí estábamos los cuatro al fin con los médicos, una mujer y un hombre, cirujanos pediátricos. Jason y yo entendíamos antes lo que luego él traducía a los padres: “Lo primero, sentimos mucho el dolor, la enfermedad de la niña y que no puedan, por la situación familiar, por los otros hijos, quedarse con ella. Sobre la situación médica, hay que afrontar la verdad, la cardiopatía es grave. Pero hay opción a revertirla con una operación que debe hacerse cuanto antes. De ahí esta reunión”. Jason trasladaba todo al árabe de forma casi simultáneamente hasta aquel: “Pero la niña sufre también una parálisis congénita. Desconocemos su alcance y sólo lo sabremos con el paso del tiempo. Las piernas no las mueve, de momento”. Fue tan llamativa la interrupción, el silencio, que la madre inmediatamente preguntó. Yo, sin entenderla, sabía que decía: “¿Qué pasa?, ¿qué más le pasa a mi niña? ¡Dímelo enseguida, dímelo!”. Vi la noticia transformar sus caras y luego repitieron: “Por el amor de Alá, por el amor de Alá”. Sin llorar, la madre muy bajo, el hombre las manos juntas, mirada al cielo, como si rezara. “Pero caminará”, dijo, al fin, el padre y tradujo Jason. “La operaremos, ¿verdad,

mujer? Eso por supuesto, primer paso: el corazón. Y luego, ustedes son grandes médicos, estamos en Europa y harán lo necesario. Con la ayuda de Alá, lograrán que vuelva a caminar”. Los doctores habrían querido sacudirse tal responsabilidad. Si aquel padre hubiera sido un usuario habitual, un padre griego, habrían sido mucho más claros. Estaban acostumbrados a rebajar expectativas. A la larga convenía. Pero en este momento, ante este matrimonio cuyo pasado inmediato era un horror, que acababa de cruzar el Egeo, con tres hijos, uno ya paralítico y la mujer embarazada de esta cría... Bastante esfuerzo hacían, los doctores, para no echarse ellos a llorar. Estaba segurísima de que en cuanto saliéramos por la puerta, se desahogarían. La madre seguía mirando, las manos juntas en el regazo a un punto indeterminado del suelo, como si hubiera desconectado, como si ya no estuviera allí, quizá de vuelta en el campamento o, más lejos, en casa, antes de que su vida se malograra, o en la de sus padres en el pueblo, cuando era ella la niña y su abuela le hacía trenzas y le cantaba canciones viejas. Pero el marido la animaba, le pasaba el brazo por los hombros y parecía que no mentía, que su esperanza era genuina. “Ya verás, caminará. Alá se compadecerá de nosotros, porque ya es bastante pena lo del otro. No consentirá que ésta tampoco vaya a andar. Le costará esfuerzo. La vida es lucha, nosotros lo sabemos. Pero hemos luchado y aquí estamos. ¡Cruzamos! ¡Esto es Europa! Lo hicimos por ellos, para que tengan estos médicos, esta medicina. Si en algún lugar hay oportunidad es aquí.” La esposa asintió cabeceando. Aunque me dio la impresión de que era para que él se callase, para no escucharle más. Dijo sí, sí a los médicos. Sobre la operación de la niña. Firmó los papeles con signos griegos, oscuros, mudos, tanto para ellos como para Jason y para mí. Estábamos ya de pie, a punto de irnos, cuando ella dijo algo, sin mirar a nadie. “Necesita verla”, tradujo Jason. “Por supuesto. Contábamos con ello. Pueden pasar los dos”. Agarré el antebrazo a Jason antes de que él tradujera. “Diles que ella pasará primero, unos minutos sola. ¿Podría ser?”, pregunté. “Claro que sí”, autorizaron. Jason y yo nos quedamos fuera esperando e imaginando el encuentro tremendo. Sabemos, sin haberles preguntado, que no pudieron cogerla. Justo metieron los brazos por los agujeros de la incubadora, para acariciarla. Y eso porque el hombre, en el trayecto de vuelta en el coche, no paraba de repetir: “¿Has visto el temblor en su muslito cuando la he tocado? ¿No? Yo lo he notado. Estoy segurísimo”. Ella no ha dicho palabra. No ha levantado la vista, no ha mirado por la ventanilla. Como replegada dentro del cascarón. A resguardo del mundo hostil, camino al

campamento que ahora es su hogar. Que, con todo, valoran. “Han decidido que la niña se llame Ritsona”, me anunció Jason, una vez les dejamos. “Los chicos les preguntaban cómo está la hermanita”. Jason, por cierto, te manda un abrazo, amiga. Yo me despido ya y me acuesto sin saber si desear que la pequeña salga de la operación mañana. Lo único que deseo es que no sufran más. Aunque tú y yo sabemos que el sufrimiento volverá a estar aquí al amanecer, por supuesto.»

Angelina Delgado acabó recalando en Ritsona, con los Noh. Jason era Salim. No até cabos enseguida pese a que él nos lo anunció en el barco. Creí, vanidosamente, haberle convencido con mi objeción al imperialismo estadounidense. Luego, además, había aprendido que su Salim, سليم, es hermoso porque está vinculado con «paz», «lo que está a salvo», «lo no dañado», como Selima, Salima, Saleemah y Salma. Entroncado con el tradicional saludo musulmán *As salamu Alaikum* y su respuesta *Walaikum us salaam*. Tan parecido a *A la paz contigo. Y con tu espíritu*. ¿Qué de malo hay en Salim? Quería seguir llamándole así. Pero yo llamaba *Charly* a Carlos y él *Mery* a mí. Jaime usa *Jimmy* de nick en Facebook. Salim es tan libre como nosotros de sucumbir a la colonización cultural. Visto lo cual acepté Jason que, para mí, pronuncio a la española, Jasón, como el héroe griego. Y, siempre que puedo, reemplazo por «amigo» o «hermano».

«¿Abren fronteras, *mum?*», me preguntó un Adeel ahora clandestino en Macedonia. «¿Algún avance o empiezan a deportar?», indagaron los yazidíes. Cuando Ayad Toman me mandó la foto con los niños subiendo a un avión no supe qué pensar. La palabra que me envió luego aún me desconcertó más: «¡Chipre!». ¿Por qué?, pensé. Y al segundo: ¡No cojáis ese avión! Se lo iba a escribir, pero me llegó la geolocalización. ¡Ya estaban allí, en un campamento en Larnaca! Fui empequeñeciendo el Google Maps hasta comprobar cuán cerca de Líbano, Siria y Turquía estaba la isla. Mil cien kilómetros más lejos de la Alemania donde Hanan les esperaba. ¿Cómo les convencieron? Siempre que me conectaba, llegaban mensajes de refugiados, activistas y periodistas.

«Ferhad», indagué una vez, «¿habéis vuelto a ver a la mujer de Kara Tepe, de pelo corto...».

«Rapado», me corrigió. «Sí, está aquí», me alegró escuchar. «Bueno, cerca. Prefiere no juntarse con la gente. Pero es buena persona, está bien.»

«No me dijo cómo se llama», evité preguntarle directamente.

«No lo dice a nadie, hermana. Es desconfiada. Hemos vivido... No puedes... Y mejor así. En situaciones límite, agachas la cabeza ante hechos que te quitan la fe en el hombre, en ti. Te llenan de amargura y mala conciencia.»

«Dale un abrazo de parte de la periodista del barco. Ella sabrá. Y mi ánimo para resistir y pasar.»

«Aquí, la esperanza flaquea, hermana», confesó. «Estamos como alimañas. ¡Más sucios que en la guerra! Eso, la suciedad, la porquería. ¡Éramos limpios, María! ¡Shirin era una princesa! ¡Es! Si sus padres la vieran... Todos nos esforzábamos por mantener niveles humanos. Mi padre y yo cuando... Nos mataron a mi madre y hermana, ¿sabes? Nos las mataron. A Fátima, ni la devolvieron. La torturarían o quién sabe qué le harían. Pero mi madre, reventada por un proyectil, la llevamos a casa y la limpiamos, mi padre y yo, de sangre y vísceras. Porque hay un respeto a la vida, a la dignidad, en la limpieza.»

«Ferhad», le llamé, pero no paraba de llorar.

«Yo soy un humano», dijo con rabia. «Soy un ser humano: Ferhad Horo, sirio-kurdo de Alepo, procedente de Afrin, tierra de olivos. Olivos justamente. Está en vuestra Biblia, ¿no es cierto? La rama de olivo en el pico de la paloma sellando la paz del hombre y el creador.»

«Ferhad», lo volví a intentar.

«Dime, hermana», me contestó al fin.

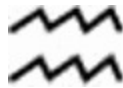
«Aunque no sirva de nada, ni te saque de ahí, vosotros os queréis los dos, vuestra familia os quiere y muchos os queremos. Resiste, lucha, confía en que esta época horrible pasará. Habéis hecho lo más difícil...», no sabía cómo alentarle. Él acababa de mencionar el olivo y... «Ferhad, aquí, junto a donde vivo, hay un granado, en una casa abandonada. Nadie lo ha regado en más de dos años. No sólo no ha muerto, sino que cada otoño da fruto, ¿sabes? No lo invento, te lo juro. He probado sus granadas, incluso. Este octubre, cuando ya estéis en Francia, Alemania, Suecia, os mandaré fotos del granado. Díselo a Shirin. ¿Le gustará? Veréis que él resiste, como vosotros haréis ahora y, luego, en esas tierras donde arraigaréis.»

«La guerra lo pudre todo... A mi madre le encantaban las granadas. Pero quizá lo que la mató... en árabe la misma palabra significa ambas cosas.»

«Lo siento tanto, Ferhad. En mi idioma también, pero ni lo había

pensado...»

«No es culpa tuya, no, no. Perdona, tú. Destruyen toda la belleza hasta hacerla olvidar... Había... granados en el campo de mis abuelos, en el pueblo. Nosotros llegamos a Alepo desde el norte, Afrin. Volvíamos los veranos. Era un lugar divertido para los niños: mi hermana y yo, los primos. Frutales y olivos, plantas aromáticas, romero, donde nos escondíamos, almendros de los que cogíamos las bolas de resina, pegajosa y dorada. Granados. Pero sobre todo olivos. Vivíamos del aceite. No sé cómo decirlo en inglés, se hacía aceite. Un taller, fábrica, donde se aplasta la oliva. Nosotros lo llamamos...» Los dos pronunciamos a la vez: «almazara».



«Pasa», me abrió Carlos. Reyes ya había salido, con Carla y Candela, rumbo al colegio y al trabajo. Le seguí al estudio, con la pizarra sobre dos grandes pantallas, cables, altavoces, teclados, una batería, guitarras. Me tendió unos cascos, poniéndose él otros. «El sonido aún hay que tratarlo», advirtió inusualmente cohibido al compartir su pre-montaje. Decidimos que durase cincuenta y dos minutos, el estándar televisivo, para llegar a la mayor cantidad de espectadores. El arranque fueron voces angustiadas sobre fondo negro. Cerré los ojos y volví a la playa de madrugada. Un laúd vigoroso me devolvió al estudio. Fijándome en la pizarra descifré el esquema de la película. En rojo sobre blanco, Carlos había consignado introducción, cierre y cinco capítulos que abordarían los interrogantes: ¿Cómo empiezan el éxodo y Proem-Aid? (Aylan), ¿Quiénes son los refugiados? ¿De qué huyen? ¿Respuesta oficial europea? ¿Alternativas? Bajo cada uno, en azul, detalló los testimonios que se sucederían. En pantalla, aún dominaban el mar, olas, gritos angustiosos, música imperiosa como la necesidad de pisar tierra, y de nuevo oleaje. Él tuvo claro desde el principio que el mar debía ser protagonista. Por el simbolismo estético y porque como declaraba Manuel Blanco: «Se está dejando que el Egeo decida quién pasa y quién no, quién sobrevive o muere». Así que, cada capítulo empezaba con una cita griega clásica, sobre la naturaleza humana, vinculada al agua. Y el montaje zambullía. Aún no habíamos grabado la voz en *off*, del narrador. Habría que prepararla tras esta visualización. Carlos me escribía alguna palabra en su libreta, pero no parábamos para no interrumpir el ritmo de la película, una emoción ascendente que se desbordó a mitad de metraje cuando me volví a encontrar en Kara Tepe, frente a Suham: «We are not animals, we are educated people. Please, please, we just want that you save our lifes. Un lugar seguro, vivir en paz». El capítulo

tercero, en el ecuador, era el que menos podía imaginar. Como experto en bancos de imágenes libres de derechos, Carlos había encontrado fotografías y vídeos de la guerra, potentísimos. Algunos sacados con el móvil de milicianos o ciudadanos. Si la calidad no daba para reproducir a pantalla completa, lo salvó con un montaje partido, en una especie de tríptico. De la necesidad hizo virtud, dando preponderancia al sonido. Me sobresaltó el silbido de un artefacto, en la imagen central, y cómo el estruendo al detonar coincidió, en las imágenes que lo flanqueaban, con estallidos simultáneos, metralla y cascos volando, impactando, hiriendo y matando. Me acordé tanto de Ferhad. De su madre. Ante nosotros teníamos ahora el escenario y las granadas que les caían encima antes de su huida. Ferhad... Íbamos por el minuto treinta y no había aparecido. Su entrevista fue tan corta. Surgió de improviso, parecía una charla. Quizá mi voz pisó la suya en exceso y Carlos no pudo editar un fragmento válido. Ahora, vi la imagen de la go-pro del casco del bombero malagueño Antonio García Ocón. La toma del rescate cuyos gritos oí al arrancar el documental. Esta vez, Carlos reemplazó el audio por dos acordes de guitarra, repetidos, en un crescendo, que aceleraba mis latidos. «¿Y esto?», le pregunté. Su mirada me hizo saber que lo compuso y tocaba él. Todos aparecieron: Onio, Manuel, Antonio, Ángel, Guillermo y el resto de bomberos, Nikos y Rebecca, los Toman, en Kara Tepe y llegando en dinghy, además de Suham, Salim, Ismail y Afrah, el niño Bashar, Raúl Torras y Pilar Feo, Marina Pomares, Thanasis, y otros voluntarios griegos alemanes, españoles, daneses, el alcalde de Lesbos, la gobernadora de las islas del Norte del Egeo, también el presidente del Consejo Europeo, ex primer ministro de Polonia, Donald Tusk, al anunciar el pacto con Turquía: «Hago un llamamiento a todos los posibles migrantes económicos en ruta hacia aquí. Seáis de donde seáis no vengáis a Europa». Y Sha y Adeel hablando de Baluchistán y Pakistán. Adeel desolado, rodeado de compatriotas de ojos enormes en sus rostros famélicos. «Si no hay más opción para mí, me suicidaré.» No vi rastro de la mujer rapada, por más que la busqué. Su historia, pensé, sería parecida a la que Nissrin nos contó, en el monumento a la tolerancia esculpido por Chillida, ese abrazo de piedra junto al río de Sevilla. Seguía añorando a Ferhad. Incluso yo aparecí secando al bebé empapado. Recuperé el olor de su pelo. Y pareció que la película acababa. Pero no, Nissrin volvió con un llamamiento a las naciones europeas, para que reabrieran las fronteras. Hubo segundos de la marcha del 27-F y la campaña

#AcojamosALosRefugiadosYa. Fundido a negro. Y apareció Ferhad. Mi pregunta y su gesto: «I will try, I need to go. Las horas, de noche, en el mar significan el gran amor a la vida. El ser humano ama la vida, vivir, ya sabes. Lo intentaré. Necesito ir».

«¿Qué te parece? Ahora afinar el guion, voz en *off*...»

«Impactante. Cuesta... Pero hay que... ¿Has pensado en alguien para locutar?»

«Sería genial que fuera alguien con quien trabajé en 2932. Llevamos tiempo sin contacto, pero quizá por el tema, acepte: el actor Antonio Dechent.» Era una opción increíble, perfecta para evocar una personificación del mar, un Poseidón, y esa conciencia colectiva ciudadana que en Lesbos ayudaba. Me inspiré en él al redactar, mientras Carlos pasó las pistas de sonido a su colega Francisco Cuadrado.

Ferhad, como todos los refugiados con quienes tenía contacto, sabía que la película avanzaba, pero hablábamos más de la realidad que les rodeaba, las preocupaciones que les acuciaban.

«¿Recuerdas, hermana, que te hablé de gente buena por aquí?», me preguntó. «Voluntarios griegos, y de todas partes, como en Lesbos. Pues hace poco vino un músico de EEUU, un tío estupendo, Stephan Said, con una larga carrera de artista y activista. Va grabando un tema, *No more lines*, por los campamentos. Y participé cantando lo que seguimos reivindicando, que abran la maldita frontera... Fue esperanzador, liberador. Además estamos montando una radio. Sí, eso es muy interesante también. No tenía ni idea de cómo se hacía, la parte buena de este desastre es que cada uno que conoces puede transmitirme algo nuevo... Intentamos, intento aprovecharlo. Pero también hay gente, no sé si mala, rara. Por los alrededores... Es normal, están en todas partes. También había en Siria, antes de la guerra, me refiero, y estarán en España igual. Gente que no te mira con sinceridad, que esconde intenciones. En situaciones donde pueden sacar provecho, rondan para eso... Carroñeros. Aquí es más disimulado que en Turquía. Pero no se ocultan del todo porque necesitan que sepamos. Empiezo a pensar que son la única esperanza de cruzar.»

«¿Traficantes, dices?»

«¿Cambia algo que los llamemos así o... guías?»

«¿Es eso una sonrisa, amigo?»

«El bien y el mal, aquí, se mezclan porque... Ojalá no me malinterpretes, los activistas, buena gente, amigos, con los que cantamos, reímos, que nos ofrecen que les visitemos en sus casas cuando pasemos, vienen y van, pero no nos meten en el maletero cuando se vuelven, claro está. No pueden intentar cruzarnos, lo entiendo. Sería absurdo que lo hicieran, nos pillarían. En cambio, los otros, los sospechosos, de los que no te puedes fiar, que te cobrarían hasta por respirar, son los únicos que saben, si existe, cuál es la opción de pasar y cuándo. Así que...», se hizo el silencio.

«Entiendo, Ferhad.»

«Yo hago lo correcto... Pasos legales. Rellenamos papeles, los entregamos y esperamos. De momento, somos demasiado jóvenes y sanos, los dos, para ser prioritarios. Con que, a seguir esperando», calló. Hasta que oí: «A Shirin le ha gustado, creo».

«¿Qué?», creí haber perdido una frase o palabra clave.

«La granada, el símbolo de la esperanza. Le... Nos hice unos colgantes, cortando una lata de refresco. Aquí basura no falta. Y, como te dije, aprendes muchas cosas. Aunque la lata es traidora, corta. Con cuidado, paciencia y tiempo, que tiempo también nos sobra, evitas rasguños y salen cosas bonitas. Ceniceros con forma de flor o estrellas, broches, juguetes, pequeñas bicicletas... Alguna gente vende sus manualidades, por calderilla. Yo no lo he hecho para vender, sino... Porque me ha apetecido, porque me da ánimo mirarlo, me recuerda lo que hablamos.»

«¿Has hecho un colgante de granada recortando una lata?», pregunté incrédula.

«He destrozado varias hasta lograrlo. Luego, lo envolví en un papel y se lo di, ya sabes, de regalo. Ella sonrió. Por eso te digo que sí, creo que le ha gustado. Lo llevamos los dos puestos. Un voluntario me dio un cordón de cuero que tenía en la muñeca, liado, como pulsera. Lo corté en dos... Es un invento el colgante, te enviaré una foto cuando acabemos de hablar. Porque pueden acoplarse por un enganche interno. Dos mitades.»

«Estoy deseando verlo, Ferhad.»

«Tu amiga, la rapada, hizo una mueca y...»

«¿Ella sigue ahí? ¿La saludaste de mi parte?»

«Sí, como te prometí. Sin entrar en detalle, le dije que me habías contado una historia en que la granada simboliza la esperanza. Entonces dijo, no como

crítica, sonreía con su ironía: “No tiene solución”.»

«Como si la viera», reí yo también. «Sé lo que piensa de mí.»

«Pero lo cogió, lo inspeccionó y antes de irse reconoció: “Te ha salido muy bien, es bonito”.»

«Tened cuidado. Todos, ¿de acuerdo, Ferhad?»

«Descuida.» Íbamos a colgar. De hecho, él dijo: «Bueno, pues, seguimos en otro momento, ¿de acuerdo?». Pero antes de que yo respondiese, añadió: «Hermana, espera».

«Dime, dime, sigo aquí.»

«Es una tontería... Pero... Te la quiero decir.»

«Claro, dime lo que necesites.»

«Cuando has dicho “Tened cuidado”, he recordado el mensaje que me transmitió mi padre antes de marcharnos: “Morir es la derrota, Ferhad” dijo. “Mientras se vive todo se puede superar. Sólo el que muere pierde la oportunidad para siempre. Vive, hijo mío. Tu madre, Fátima y yo vamos contigo”.»

Me sentí honrada de que hubiera querido compartir aquello para él tan íntimo conmigo.

«Creo, Ferhad, que, la esencia de ese legado de tu padre está en la respuesta que tú me diste sobre vuestra travesía como prueba del amor a la vida.»

«Supongo que sí», le oí. «Y me lo repito muchas veces: como aún estás vivo, Ferhad, aún no has perdido. Incluso, ahora que tengo nuestra granada, la cojo, cierro mi palma en un puño y me lo repito: aún vivimos, no hemos perdido. Pero, al repetírmelo, me hago más consciente de la responsabilidad. Porque sólo nosotros dos, Shirin y yo, hemos podido escapar, tenemos esta oportunidad. Ellos vienen, con nosotros, ¿entiendes? Nuestras familias, o siguen o terminan.»

«Entiendo, Ferhad. Pero tampoco te cargues con demasiado peso.»

«Quiero resistir y ganar», pareció no escuchar, sólo pensar en voz alta, «pasar la frontera, avanzar y llegar. Por nosotros y para alegrar a mi pobre padre, para no decepcionarle...».

«A eso me refiero, Ferhad. A él no le decepcionas, tranquilo. Saluda a Shirin, ¿de acuerdo? Dale un abrazo.»

«Claro, hermana. Seguimos en contacto, ¿verdad?»

«Por supuesto», respondí, «conectados».

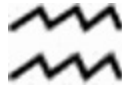
Fue un segundo. Colgué y sonó el mensaje. En la pantalla, la foto del colgante de la granada. Era increíble que estuviera hecho de una lata. El fondo rojo, las letras blancas y el modo en que lo repujó hacían que la fruta fuera perfecta. No sólo le felicité enseguida, sino que, yo sí, lo convertí en un amuleto, imprimí la imagen y, antes de clavarla en la pared sobre mi escritorio, escribí en boli rojo, *El granado de Lesbos*, como un pie de foto. Sentí que el talismán me acompañaba e inspiraba al crear el guion. Era un estímulo y un destino: el objeto de mi compromiso con Ferhad, con los tirados en EKO, en todos los campamentos y también con la lucha diaria, en mi caso, con las palabras.

Dechent aceptó ayudarnos y en cuanto tuvimos el texto definitivo, quedamos en el estudio de Paco Cuadrado. El final, además de grabarlo, lo rodamos. Él mirando a cámara: «La Europa oficial se parapeta tras el mar. Alienta una marea de rechazo a los refugiados. Pero los voluntarios demuestran que es posible otra respuesta. Todos debemos embarcarnos en esta titánica contramarea: la supervivencia, con derechos humanos. Nosotros aportamos este documental, convencidos de que el desafío trasciende los vaivenes de la actualidad. Porque vivir una vida digna, donde los derechos no sean papel mojado, no es sólo el reto de los refugiados. Es nuestro reto. El mayor y más urgente que, como especie, afrontamos».

Tuvimos la película lista en junio. El 20, Día Mundial de los Refugiados, según Naciones Unidas desde 2001, se viviría con especial intensidad ese año. Organizaciones sociales, sindicatos y partidos de izquierda prepararon manifestaciones en toda España, incluidas Andalucía y Sevilla. Nos pareció bueno estrenar *Contramarea* como colofón de la marcha «SOS refugiados. No te refugies en la resignación» y la plataforma de treinta y cinco entidades aceptó. En cuanto se leyó el manifiesto, junto al Ayuntamiento en Sevilla, fuimos al cercano cine Cervantes. La fila en la calle Amor de Dios evidenció que el público doblaba el aforo, de trescientas sesenta butacas. Federico Noriega y Carolina Fernández, generosos, entregados, fueron claves para la difusión de la proyección y la gestión de la entrada de espectadores, desde autoridades -presidente del Parlamento, Defensor del Pueblo, diputados regionales y concejales- a miembros de Proem-Aid, Onio, Álvaro, Jorge, José

Amor hasta Ángel Lorenzo llegado de Madrid, cooperantes, periodistas, colegas de la APS, también amigos, familia, contactos de varias etapas y activismos y esa mayoría ciudadana, sin vínculo con nosotros, que acudió tras manifestarse. Por encima de todos, dos: Nissrin Aljundi y Rateb Ramadan, sirio como ella, cuya mujer e hijos aún seguían atrapados por la guerra. La lámpara de araña del antiguo teatro se apagó y mi corazón se paró, como quizá los de Carlos, Jaime, Paco y hasta Dechent. El deseo de que el pase saliera perfecto desbordaba lo profesional: «Aquí los tenéis, decídselo a la cara. Díselo, Suham, “que no somos animales, que somos gente educada, que no somos Daesh, que huimos de ellos, que nos violan y matan, que antes de quemarnos nos fuerzan a comernos los hijos descuartizados”», y Adeel, y Bashar y Salim, y Nissrin frente a la Nissrin cerca de mí. Y el cadáver de Aylan, al final, como un aldabonazo de: *¿No vamos a evitar que mueran más? ¿No vamos a sumarnos a los bomberos a los que, encima, persiguen judicialmente?* Ahora el plano de Dechent a cámara, exhortando a luchar por los derechos humanos y, tras él, Nissrin que pide: «No les deportéis, acogedlos». Y tú, Ferhad, el final del final, tus ojos y sonrisa, todo tu amor a la vida, en ese gesto que no me canso de ver: «Lo intentaré, necesito ir».

Cuando se encendió la luz, sonaba el *Tell Me (Where To Begin)*, que nos cedió Jim Kroft. Sentí la conmoción alrededor. Vi lágrimas. Nissrin y yo nos abrazamos. «Mi madre, hermana y sobrinos en Damasco...», me susurró al oído. Yo pensé en todos vosotros, un poco más en ti, amigo mío, porque tu mirada, la última, siempre me araña el alma y porque contigo fue con quien más hablé desde la vuelta, quien más me contó su vida previa. Sinceramente no, no temí por ti y Shirin. Tu decisión de cruzar era total. Otros, los Toman, estaban peor. Bashar, el niño-pintor, que dejó de dar noticias. No imaginé que tú te esfumaras. De haberlo sabido, me digo, habría sido distinto. No es que piense que habría podido disuadirlos. Pero podría haber... Y te habría dicho cosas que luego, ya tarde, he pensado. Como mínimo, habría salvado los textos y fotografías que intercambiamos. Todo cuanto dejé ahí flotando, dando por hecho que lo que está en las redes es eterno, como en realidad sólo lo es el recuerdo.



1.256 km y 253 h a pie. De Alepo a Lesbos: huellas de una crisis desatendida. Así tituló Oxfam el encuentro donde nos invitaron a participar por el documental. El Ayuntamiento de Sevilla se comprometió, a iniciativa de Izquierda Unida, a usarlo como instrumento de concienciación en los centros cívicos y a interceder ante Canal Sur TV. Reunidos con la responsable de la cadena, Pilar Vergara, nos trasladó que sería complicado, por cuestiones de plazos «y presupuestarias».

«El dinero no va a ser problema», le dije, «porque nuestra prioridad es que, cuanto antes, la mayor cantidad posible de gente vea este horror y reaccione. Pero como profesional», me sentí obligada a defender, «yo creo que todo trabajo periodístico hay que pagarlo, por dignidad del colectivo y porque si uno regala el material se deprecia el trabajo del sector».

«Me alegra oírte hablar así. Lo veremos con atención y os llamaré», prometió en el umbral del despacho lleno de monitores donde la vertiginosa actualidad relampagueaba.

Acababa de salir el sí al Brexit, de haber otro atentado con cuarenta y tantos muertos y casi doscientos cincuenta heridos en el aeropuerto Atatürk de Estambul, y quince días después, el 14 de julio, Fiesta Nacional en Francia, una matanza en Niza con un camión que atropelló a la multitud matando a noventa personas e hiriendo a trescientas, más, la noche del 15 al 16 de julio, aquella extraña intentona de golpe de Estado en Turquía, tanto más rara cuanto que dio lugar a una caza de brujas contra cualquier, no ya opositor político, sino profesional crítico: de policías a maestros, de jueces a médicos, periodistas por supuesto, encarcelados por cientos, sin que la comunidad internacional reaccionara. Abordamos los nuevos acontecimientos en los debates donde participamos porque todo se iban enlazando: el miedo al

migrante y refugiado se azuzó en la campaña británica para justificar la salida de la UE y el blindaje en la insularidad tras el Canal de la Mancha, los atentados nos hermanaban a las víctimas de los bárbaros, en Europa, Oriente Próximo y la Turquía, bisagra, por posición geográfica. En espera de la respuesta de Canal Sur exploramos alternativas. El productor Gervasio Iglesias nos facilitó el contacto de Filmin, y Cristina Alcelay, mi jefa de producción en Paramount y actual directora de Desarrollo en Viacom España, me enlazó con la jefa de Producción externa de TVE. En una proyección en Cádiz para el Centro Andaluz del Libro, que su director, Juan José Tellez, nos propuso a Angelina Delgado y a mí, la delegada de Cultura Remedios Palma, impactada, se mostró confiada en que *Contramarea* se vería en la televisión pública de Andalucía. Al poco dieron luz verde.

La emisión sería el 18 de agosto a las doce y veinticinco de la madrugada. No es el instante que una sueña para estrenar su documental. Pero además yo me lo perdería. Teníamos alquilada casa esos diez días en Pechón y quedarnos en Sevilla sería hacer perder dos días de vacaciones a toda la familia. Así que, aquel jueves, tras completar los ochocientos kilómetros, ya en la aldea, habiendo deshecho las maletas, dado la cena y acostado a los niños, salí a la noche montañesa. Oí los cárabos entre el rumor de hojas del bosque cercano. Respiré la deliciosa brisa del eucalipto, terrible invasor. Y escruté el cielo negro buscando alguna rezagada Perseida, lágrima de San Lorenzo.

«¿Qué, pidiendo que todo salga bien esta noche?», me abrazó Marcos.

«Y que lo vea gente y sirva... El momento no es...»

«En verano se sale y se trasnocha. De vuelta, quizá enciendan el televisor», me alentó. «Te cuesta mucho estar aquí, lo sé.»

«No importa, está bien», le dije. «Anda, acuéstate. Cuando Carlos me avise de que empieza, subiré.»

«Como quieras, tranquila», me besó.

Entré con él a coger una chaqueta y apagué la luz del salón para ver mejor fuera. Tras un rato de pie, me recosté en la tumbona, y cubrí mis piernas. Al fin vi el primer cometa, dos seguidos. Cuando levantas la cabeza y te haces consciente de la pequeñez, te sientes más unida a la especie. El cielo puro, cuando no lo surcan bombarderos, es un lujo al alcance de cualquiera, incluso en campamentos de refugiados. La hora del arranque había pasado, y nadie avisaba. Tampoco Carolina Fernandez de la APS, que también prometió estar

pendiente. Temí lo peor, algún problema que, por lo que fuera, retrasara la emisión o la cancelara. Al fin Carlos puso «Ahora» en el grupo con Jaime y Paco, y ellos contestaron: «Allá vamos». «Aquí pegado.» Y yo: «Gracias, dedos cruzados». Simultáneamente, Carolina escribió: «Empieza, bonita». Y, para mi sorpresa, Palmira: «Arranca tu documental. Miguel y yo estrenando vacaciones en Vejer. Ante la tele. Oímos gritos. Corazón encogido». Mi cabeza hizo algo que no había previsto. Miré el reloj. Y, con el tiempo marcándome el paso, recité para mí la transcripción completa de la película, lo que contaba Dechent y los testimonios de la treintena de entrevistados que se sucedían en un orden que para mi sorpresa yo había memorizado. Palmi y Carol, en el minuto siete o doce y medio con «El niño pintor que temía ser otro Aylan» o «Siempre me estremece el bombero que se echa a llorar» confirmaban el ritmo o me hacían reajustarlo. Las dos confluyeron a mitad del metraje. Suham era punto y aparte. «Ella», dijo Carol, sabiendo que yo entendería. Palmi tardó un poco, hasta que Suham acabó de suplicar: «María, qué mujer, qué fuerza, ¿cómo no reaccionamos y paramos este espanto?». Y así llegamos, juntas, yo en posición fetal, hacia el final de la película, unida a mis amigas y a cuantos vieran ahora esas escenas, sintiéndome parte de un dolor, pero también de una fuerte comunión. «I will try, I need to go», envió Palmira. «Cómo mira el chaval, sonrío y mira...», Carolina.

Eras tú, Ferhad. Tú que, al día siguiente, me enviaste los emoticonos de aplausos cuando os conté que, según los datos, siete mil quinientas personas os habían escuchado -una minucia comparado no ya con la audiencia del espantoso *reality* de Las Campos líder esa noche, sino con los ocho millones de habitantes de Andalucía que crecen en verano con los turistas-. Tú que me contaste los avances en la emisora de radio no sonabas preocupado o yo no supe notarlo. Adeel sí que, cuando conectábamos, tenía la cara desencajada, aunque disimulara. Acababan de soltarlo tras días arrestado en Salónica por intentar cruzar, tras el fracaso por la frontera de FYROM, ahora por Bulgaria. Ayad me envió una foto de Ali hospitalizado, con máscara de oxígeno, por un problema bronquial. Después de recibir mensajes de gente que vio *Contramarea* y descubrió conmovido el drama yazidí, viendo que Salim estaba en línea, le escribí: «Hola, amigo. ¿Cómo va la espera? ¿Novedades? Os escribo porque, tras la emisión no paro de recibir mensajes de solidaridad con vosotros. Díselo a Suham, Afrah y todos».

«Gracias, hermana. Se agradece porque esto es desesperante. Se lo diré, de tu parte, aunque hoy no estoy con ellos en Ritsona. Mira dónde te leo», y me mandó una fotografía del Partenón. «No salimos del campamento, obsesionados con que pueden venir a buscarnos, pero es absurdo. ¡Llevamos ahí cinco meses y quién sabe cuántos quedan! Así que me he dicho: ¡A Atenas! Y ya ves, parezco un turista», me envió un *selfie*.

Aquel 2 de septiembre de 2016, de aniversario de la «crisis de los refugiados», de la muerte de Aylan, el recuerdo seguía muy vivo. En el acto de la Alameda de Sevilla se conectó por vídeo con voluntarios en Grecia de la ONG sanitaria Rowing Together, montada por los rescatadores de Proem-Aid Jorge James y Javi Murillo. Saludaron chiquillos del campamento. «Soy Saloua Bouzid, ¿me recuerdas?», se me acercó al final la mediadora intercultural de Cepaim: «Quiero presentarte al cámara iraquí Raid Alabrash, refugiado ahora con su familia aquí». El otoño fue un continuo de reuniones, proyecciones, charlas y debates. Una tarde, al entrar en la Casa del Pumarejo, abarrotada, para oír la experiencia de la Caravana Abriendo Fronteras, recién llegada de Grecia, me alegró ver, al fondo, la sudadera naranja y la mirada vibrante de Onio. El 2 nos despedimos con prisas, él llevaba en brazos a su niño agotado. «Me tiene manía», me susurró. «Dice que no le hago caso, que prefiero a los niños refugiados.» No supe qué contestar. Si a mí me era difícil integrar el activismo con la vida cotidiana, a ellos, que seguían rescatando en Lesbos, imaginaba cuánto les costaría. Su plan era, además, y para eso sacaban títulos de navegación, encontrar un barco grande y patrullar por el Mediterráneo central, donde la ruta de Libia a Italia, más larga y mortífera, era ahora la principal. Onio me hizo un gesto para que, acabado el acto, nos buscáramos. Al terminar, nos encontramos en el patio.

«Ha muerto el marido de Rebecca», me dijo.

«¿Cómo? Yo...», ni siquiera sabía que estuviera casada.

«Él era militar, iba en un tanque por su base. Parece un accidente. No se sabe.»

«Dios... La llamaré, o...»

«Un mensaje, mejor, ¿no crees...?», y añadió su apelativo cariñoso: «¿... bicho?».

«Sí, mejor un mensaje. ¿Y tu niño?», le pregunté.

«Me castiga», medio sonrió. «Si se acuerda, me niega la palabra. Paro

poco en casa...»

«Habrá que parar más», dije pensando en mí tanto como en él.

«Lo s , pero hay tanto que hacer...»

De mis tres hijos, Paula era la más consciente del cambio desde mi vuelta en marzo. Notaba que yo estaba siempre más ocupada, ella prestaba atención a las llamadas, e incluso en algún Skipe salud  a Mariam, Ali y Mustafá, en su caseta de Larnaca. Por un lado, me parecía lo correcto actuar con naturalidad, pero también comprob  que se preocupaba. Vivía asustada su paso a una preadolescencia en que, de pronto, el mundo, la gente que lo formábamos, éramos hostiles y malvados con muchos. Aunque no viera *Contramarea*, los informativos colaban en casa la violencia de lejanas guerras, pero también la saña con que, en Francia, se desmanteló el campamento, llamado la Jungla, de Calais. Las autoridades estatales y comunitarias europeas se enrocaron en el castigo a migrantes y refugiados. Nosotros aprovechamos cada oportunidad ante algún responsable institucional para insistir en el ruego. De tanto repetirlo éramos molestos, pero no habríamos tenido que serlo si los gobernantes hubieran cumplido el compromiso ya mezquino que firmaron un año atrás. Podemos llevó al Parlamento andaluz una pregunta sobre qué iba a hacer el gobierno autonómico en pro de esa acogida, all  me fui con chapas de la campaña #AcojamosALosRefugiadosYa. Ni los políticos del PP -cosa de esperar-, ni los de Ciudadanos se las pusieron. En cambio, la líder de Podemos, Teresa Rodríguez, y diputados de su grupo como Begoña Gutiérrez ya las llevaban cuando preguntaron a Susana Díaz. Pero además aceptaron prend rselas diputados de IU y el PSOE, en el Gobierno. La presidenta de la Junta, a la salida del pleno, hizo ostensibles gestos de reconocerm  y me invitó al despacho. All , ante el portavoz Miguel  ngel Vázquez, Díaz dijo estar, «como madre, consternada» y que haría cuanto estuviera en su mano para cumplir la acogida. «Pero los periodistas nos tenéis que hacer sentir el aliento en la nuca. Es la única manera de que avancemos.»

En lo que de nosotros dependía, el aliento se hizo sentir. Recogimos en Málaga el premio Periodismo Social de la Gala Solidarios de la ONCE-A, diciendo en el estrado: «Lo agradecemos, pero no habría mejor premio que lograr que acogamos a los refugiados ya». Arropados por la presencia de los bomberos de Proem-Aid en Málaga, Guillermo Farr s, Antonio García Ocón y Joaquín Hidalgo, nos dirigíamos al alcalde del PP, Francisco de la Torre, el

presidente del Parlamento, Juan Pablo Durán, y la Consejera de Igualdad, María José Sánchez Rubio, del PSOE. Miembros destacados, con poder, como se constataría después. Pues bien, las palabras que los políticos pronunciaron fueron otras en el escenario y cuando los focos se apagaron. Antes de salir volando, el alcalde De la Torre nos dijo: «Acoger a todo el que sufre es imposible, el efecto llamada sería insostenible». Pero más lamentable resultó escuchar a Sánchez Rubio saltar rápido al tema que le urgía, despidiéndose de Durán con un «¡A ver si nos cargamos a Pedro!», así, literal y sin secretos que tardó poco en concretarse. Al final de esa misma semana, Sánchez Rubio y Durán fueron de los diecisiete miembros del total de treinta y ocho de la Ejecutiva Federal del PSOE que dimitieron. Forzando el Comité Federal fratricida en Ferraz, que le costó el cargo al Secretario General, Pedro Sánchez, de un modo que pareció definitivo.

El doble discurso oficial en el tema de los refugiados llegó a un cinismo tal, que el delegado del Gobierno en Andalucía, Antonio Sanz, del PP, en la entrega del Premio Cruz Roja al Periodismo Social para *Contramarea*, donde volvimos a clamar, en el Teatro Lope de Vega, que vinieran los diecisiete mil seiscientos ochenta, contestó que pocos eran: «Vendrán cuantos sea necesario». Así, con convicción y sin empacho. Pero no venían. Jordi Évole estrenó *Astral*, el segundo documental, tras *To Kyma*, sobre Proactiva ahora mostrando rescates frente a Libia y se reactivó la reivindicación. Pero ni así llegaron. El PSOE, con la gestora presidida por Javier Fernández, en la que, como se sabe, porque ella se encargó de evidenciarlo, tanto mandaba Susana Díaz, se abstuvo por primera vez en la historia en la investidura de su oponente Rajoy como presidente del Gobierno, sin pedir nada a cambio. Desde luego no la llegada de los refugiados que tanto proclamaba que le dolían en el alma.

Aquel otoño, un sencillo episodio doméstico, nos dio alegría. «¡Mamá, mira!», gritó Mateo y los tres lo celebraron con aplausos y saltos. De nuevo daba fruto el granado que, como animistas, adorábamos. Ellos pasaron por alto que había desaparecido el cartel de «Se vende», por lo que, aunque no enseguida, pues la casa necesitaba gran reforma, recuperaría la vida. Ya no cogíamos los frutos, pero alguien se encargaría del árbol, lo regaría, compensaría su empeño en sobrevivir. Deseé felicitar a los dueños, mientras fotografiaba la copa repleta de incipientes granadas. Mandé una foto a Ferhad:

«Promesa cumplida, amigo», seguida de un guiño. No respondió de momento, como era normal por las limitaciones de conexión. Tardé en ver su respuesta porque, tras almorzar, llevé a Paula a inglés, pasé, con los mellis, por el supermercado, la recogimos de la academia tirando del carro. La vida cotidiana, aunque no se aluda a ella, nunca para. Al fin vi la llamada perdida. Con Marcos en casa, se la devolví.

«Hola, hermana.»

«Hola, Ferhad, ¿cómo lo lleváis? ¿Me ves por la webcam? Aquí no va...»

«Sólo llamada, mejor.»

«¿Por qué, pasa algo?», siempre quería su sinceridad y a la vez la temía.

«No, nada. Sin imagen se cuelga menos, va más en tiempo real.»

«¿Shirin está ahí?», pregunté, no sé por qué.

«Sí... bueno, no aquí, exactamente, cerca. Por aquí.»

«Pero está bien también, ¿no?»

«Sí. Resistiendo nunca se está... No es lo ideal. Pero cada día es uno menos para que acabe esto... Seguimos con la radio y, ¿sabes qué? Un voluntario me dejó su guitarra al volverse a Holanda. Estoy aprendiendo. De momento no soy... virtuoso, ni creo que llegue a serlo. Dicen que “toco con sentimiento”, lo poco que toco. Muy poco en realidad.»

«Me encantaría escucharlo, ¿me mandarás audios?»

«Y tú fotos de las granadas creciendo y cuando se puedan comer, dame envidia, ¿eh?»

«Sí, te las mandaré, claro. Recuerda tú el audio. Yo estoy leyendo mucho de...»

«La guerra.»

«Bueno, del éxodo y la guerra, pero también de cosas previas de las que no tenía ni idea de todo Oriente Próximo, como los yazidíes y los kurdos...»

«La política me agota, quita las fuerzas...»

«Perdona, lo que te iba a contar es musical. De un gran guitarrista de mi región, el mayor, Paco de Lucía, le vi tocar una vez y fue sobrenatural: salió él solo al escenario...», noté el interés en su silencio, como siempre que hablábamos de algo que podía sacarlo mentalmente de donde estaba. «Autor de muchos discos y temas muy conocidos, hasta para quienes no somos expertos en flamenco...»

«Sé qué es flamenco. He oído, un poco.»

«De Lucía forma, con el cantaor con el que tocaba en su juventud, Camarón, parte de una memoria secreta que tenemos sin saberlo. Uno de sus discos se llama *Ziryab*. Yo lo sabía de antes, como sé que otro es *Fuente y caudal* y otro *Entre dos aguas*. Nunca me paré a pensar por qué *Ziryab* se llama *Ziryab*. Ahora he leído la razón del nombre de ese álbum que hizo cuando ya era prestigioso internacionalmente, en un esfuerzo por revolucionar el arte de la guitarra, tocando con otros grandes flamencos, como Manolo Sanlúcar, pero también con músicos de jazz, como el estadounidense Chick Corea, y los españoles Carles Benavent y Jorge Pardo. Pues *Ziryab* fue un poeta y músico nacido en Irak a final del siglo VIII que trajo a una ciudad muy cercana a la mía, Córdoba, en tiempos de Al-Andalus, las melodías orientales, de origen grecopersa, que luego han sido la base de la música en esta Península. Se dice que él añadió una quinta cuerda al laúd, en un primer paso de la evolución que, a través de décadas y siglos, ha acabado dando esa guitarra que en EKO tocas. Con la casualidad, de que *Ziryab* era kurdo, como tú.»

«¿Lo inventas todo? No respondas, da igual, me gusta cuando me cuentas historias, en las que parece que la casualidad lleva unas cosas a otras...»

«Lo he leído de un experto en Kurdistán, Manuel Martorell, periodista e historiador.»

«Seguramente él sepa tanto o más que nosotros de cosas nuestras. A nosotros, en la escuela... de nuestra etnia no... Yo me sentía sirio también, las dos cosas. La revolución fue esperanza para buscar... Lo importante era vivir en libertad y democracia...»

«De ahí viene seguro el sentimiento cuando tocas la guitarra.»

«Bueno, y de más cosas... Esta frustración, esta rabia...»

«¿Cómo van los papeles?»

«Todo parece inútil, nos dan largas, si hay una lista, Shirin y yo debemos estar muy al final. No mutilados, jóvenes y enamorados. Con eso, se ve que no hace falta comer...»

«¿Pasáis necesi...?», siempre es delicado tantear el resorte donde la ofensa puede saltar.

«Podríamos trabajar. Los dos tenemos formación y capacidad. Pero no está previsto que trabajemos. Y con el aspecto que tenemos, casi lo comprendo...»

«Vamos, ánimo», yo también sentí el alma en los pies.

«Sí, remontemos el vuelo.»

«Justo a Ziriyab le llamaban el mirlo por cómo acompañaba, cantando, a su guitarra.»

«Que los mirlos sean negros también tendría que ver...», suspiró.

«Lamento, amigo, que ya nos conozcas tan bien», al oír su sonrisa casi la veía.

¿Cuántos días pasaron hasta que la imaginé congelada, rota, como si Ferhad se volviera estatua y reventara en esquirlas de metralla? Íbamos por la calle, aún soleada a final de octubre. El grito me asustó. Fue simultáneo al descubrimiento, como un foco sobre aquello. Salió de Paula, con un par de lágrimas. Una reacción involuntaria. En la cuba, frente a la casa, el granado arrancado estaba boca abajo. Era una imagen violenta. Incluso para mí. Porque las raíces, ahí, en lo alto, parecían dedos, o pelos, o gusanos. Vibrantes, atrapados, por el amasijo de cascotes, solería y azulejos, tubos extirpados, entre los que se agolpaban, aún prendidos a sus ramas, frutos casi plenos, aplastados.

«¿Por qué, mamá?», preguntó bajo. «¿Por qué?, ¿por qué?», asustada, y eso me angustió más que el grito o las lágrimas. Reaccioné, susurrando también: «No sé», «No sé», «No sé», y les apresuré como si fuera a descargar tormenta.

«Pero, era muy chulo», se resistía Mateo, «Avísales, mamá, de que lo vuelvan a plantar», me frenaba. Y viendo que yo no cejaba, que tiraba de él, me dio una alternativa: «Pues vamos», me empujó, «lo cogemos», vi a dos operarios llenos de polvo blanco, «y nos lo llevamos», vaciaron otra carretilla sobre el árbol.

«Mateo, por favor», el ruego fue más efectivo que una orden. Creo que entendieron. Bruno, que no dijo nada, me miró serio y luego al suelo. Su pena era la de manos en alto, bandera blanca. Acaricié su coronilla, pelo recio. Preferimos callarnos, tanto como siempre hablamos. Evitamos la calle Cruz muchos días, cuando iba con ellos. Luego, tras dejarlos en el colegio, me asomaba. No por el árbol que desapareció al vaciar la primera cuba, sino por ver a quién le había estorbado tanto para mandar arrancarlo, qué gran alternativa decorativa para el patio elegía. Cuando lo peor del derribo estuvo terminado, vi alguna vez a una mujer, joven y guapa, de rubia coleta alta,

inspeccionando, resuelta, determinada, buen exponente de quien sabe lo que quiere. Pensé: «No se habrá planteado un segundo salvarlo». Y luego me dije: «Qué injusta, haciendo juicios sobre alguien de quien nada sabes». Sentada en el muro bajo de la casa de enfrente intenté ponerme en su piel. Quizá pensó que la copa oscurecería la habitación. Pero el árbol no estorbaba. Era una maravilla. Me di cuenta, de pronto, de que ya no quería entenderla. Ella detestó el granado con motivo, fundado o injusto, o sin ninguno. Yo la detestaba a ella. No la odiaba, la detestaba. Admitía y aceptaba mi sentimiento. Me lo permitía. Por haber acabado con aquel superviviente, que era un héroe. No porque la casualidad hubiera querido que, en mi amistad con Ferhad, se convirtiera en un símbolo, sino por el simbolismo que tenía la destrucción de esa vida, lo mucho que comunicaba del tipo de sociedad en que estábamos mutando. Pensé todo aquello meses antes de que la obra acabase. Antes de que la restauración, por lo demás hermosa, más respetuosa con el estilo original que tantas casas de los alrededores, se rematara con macetas, en pretilles y ventanas, de brezo, color rosa, en los tiestos metálicos de Ikea; una docena, idénticas. Entonces se me escapó la risa. Risa amarga como lágrimas.



Al fin vi a Hanan. Estaba sentada en una litera. El somier de arriba la hacía parecer enjaulada. Ella no lograba vernos, pero nos oía. Saloua y yo le pedimos un momento para resolver el «problema técnico». Saloua salió y por la rendija vi, en la sala de espera de Cepaim, una madre subsahariana que insistía a su niña que no saltara y una pareja sudamericana que sonreía y decía que no se preocupara. Volví a mirar a Hanan. Me asombró su aspecto joven, para los hijos que tenía, pese al calvario que reflejaba su cara. Me resultó increíble haber tardado tanto en caer en que para ayudar a Ayad y los niños debía hablar con Hanan. «¿Seguro que ella quiere reunificarse?», me preguntó Belén Cuadrado de ACNUR Sevilla cuando le pedí que contactara con sus homólogos alemanes. «Aunque a nosotras nos suene raro, a veces, ellas no quieren. Puede haber mil razones, a saber.» No le pregunté si tiene hijos. No es imprescindible para entender que sólo circunstancias de excepcionalidad brutal harían que una exiliada, separada de sus niños, sabiéndolos mal, el menor, hospitalizado, no deseara llevarlos con ella a un país con mayor bienestar. Incluso sin que Daesh le hubiera secuestrado ya un hijo.

De pronto, los ojos de Hanan me vieron. Yo no hice nada, pasó.

«Hallo», dijo y agitó la mano, saludando.

«Hallo», repetí y sonreí. «Wait.» Fui a la puerta. «Saloua, arreglado.» Vino y cerramos.

Escuché emocionada cómo se comunicaban. Me habría encantado saber árabe, pero no era estrictamente necesario. Saloua y yo nos habíamos hecho en poco tiempo buenas amigas. Y yo le había contado cuanto sabía de los Toman, a los que ella identificaba del documental. Juntas apuntamos dudas a despejar para intentar ayudarles. La mayoría sobre el viaje de Hanan, sus circunstancias en Alemania, si tenía asilo o no.

«No, se lo han denegado. En dos instancias. Esa vía está agotada», traducía Saloua. «El abogado le ha dicho que sería raro que la deportaran.» «Sí, sí», contestó a mi pregunta. «Trabaja, limpia casas. Doce horas, de cinco a cinco», resoplamos. «Espera que sigue», atendimos. «El mismo abogado, el segundo que tiene, experto en el tema, turco de origen, le ha contado que sin asilo es imposible reunificarlos. Pero que, aunque lo tuviera, las reunificaciones han parado. ¿Por qué? Porque Merkel aceptó a ochocientos mil y empezaron a reunificar. Te puedes imaginar: ahora, con el rechazo social y la oposición de Alternativa por Alemania creciendo, como los del Brexit a base de azuzar el miedo a los refugiados, la puerta se ha cerrado.»

«Pero eso cómo va a...», empecé. Giré a lo práctico: «Dile que nos escanee los documentos», Hanan señaló una carpeta repleta. «Lo que vea de interés», precisé. «Insístele en que si escanea con el teléfono tenga el pulso firme, que el texto sea legible.»

«Dice que de acuerdo», respondió Saloua, «que, en cuanto colguemos, se pone a ello», Hanan volvió a hablar: «...y que te dé las gracias, nos las da a ambas, por ayudarla».

«Dile que ni hablar, lo que faltaba.»

«Insiste en que nos agradece toda ayuda», Saloua bajó la voz para poder ir traduciendo mientras seguía escuchando: «que, después de año y medio está muy derrotada, por momentos. Que, como leeremos en los interrogatorios que va a mandarnos, a su hijo Muse se lo secuestraron en Bagdad y es algo... en lo que no deja de pensar, un desgarró cada hora del día, todos los días de su vida. Que los sueños son crueles y algunas veces... Pero que ahora, encima, no la crean y le nieguen la reunificación con los hijos que le quedan, tras jugarse todos la vida en el mar...», el rostro de Hanan se oscureció.

«Tradúcele esto, por favor, Saloua, igual que has hecho ahora, despacio, pero seguido: que nosotras somos madres, como ella», mis palabras iban sonando en árabe, «que tenemos tres hijos, díselo, como sus tres en Larnaca. Dile que yo los vi llegar a Lesbos esa madrugada, en la barca. Los vi, Hanan. Ali reía y daba saltos, con sus ojos negros, tan grandes. Es muy guapo, tu Ali. Los tres lo son. Mariam se parece mucho a ti. Pero Ali...», Hanan sonrió. Las tres lo hicimos. «Nos gustaría poder llevártelos. Vamos a buscar, a preguntar. Pero, siempre se lo digo a Ayad, que somos dos mujeres normales. Quizá no consigamos nada. Te mandamos un abrazo muy fuerte, hermana. No estás sola,

compartimos el dolor por lo de Muse... Y la impotencia de tener en Chipre a los tres. Siéntete muy orgullosa de Mustafa, Mariam y Ali. Son muy valientes, Hanan», mi garganta se estrechó. «Ojalá que muy pronto os podáis abrazar.»

«Insha'Allah», contestó sin necesidad de traducción.

«Insha'Allah», «Insha'Allah», agitamos las manos, nos lanzamos un beso y colgamos.

«Qué panorama», exhalé al colgar. «¿Qué será de ellos? ¿Qué hacemos?»

«No te agobies», contestó Saloua. «Paso a paso.»

«La mochila, amiga», le respondí, aludiendo a lo que me contó un día. Entonces desahogó su angustia de que tantas africanas llegadas a la Península iban, sin creer sus advertencias, de cabeza a la trata, vía un amigo o familiar. Esa vez dijo: «Pesa como una mochila de piedras saber que sólo soy un descanso entre la patera y el club de carretera».

«Venga», me animó ahora, «que para ayudar hay que seguir hasta con la mochila».

Saloua, tan fuerte e inteligente, que no para de pensar cómo lograr permisos de acogida, de residencia, de trabajo, pero también arrendadores y empleadores para los adultos, colegios y clubes deportivos donde los niños se integren, insiste siempre en no aferrarse a un cordón umbilical, en respetar al otro como adulto y dejarle volar. Con sus aciertos y errores, ¿quién se atreve a juzgar?

Ferhad dejó mensajes sin responder. Yo no me preocupé. Afortunadamente, los yazidíes dieron la mejor noticia: Francia les concedió el asilo y, aunque de forma paulatina, en grupos y a localidades distintas, viajarían pronto allí. Usé su caso, para dar esperanza a Adeel y Ayad, orillando que el genocidio étnico yazidí, que empezaba a conocerse, les daba prioridad. Acababan de anunciar el Premio Sajarov, la mayor distinción del Parlamento Europeo en derechos humanos, a Lamiya Aji Bashar y Nadia Murad, exesclavas sexuales del Daesh y torturadas yazidíes. Murad era aquella que a Suham y Salim, la noche del barco, no les entraba en la cabeza que yo no conociera. Ahora ya sí era un nombre y cara tan conocidos como los de la pakistaní Malala; de hecho llegaría a ganar también el Nobel de la Paz. A pesar de lo cual yo acababa de leer en una entrevista que ni Murad podía reunificar en Alemania a su hermano malherido en Irak.

Por mi parte, entre proyecciones de *Contramarea* -en Sevilla, el Matadero

en Madrid o la cárcel Puerto III- volví a la biblioteca a escribir. Me costaba concentrarme al releer las notas de esos ocho meses, dar con un hilo conductor. No quería reproducir, tal cual, la experiencia de Lesbos, sino regresar, reencontrarme con bomberos, refugiados, cooperantes y políticos rastreando algo significativo, pasado por alto. Tenía demasiadas distracciones, el ánimo disperso. Alguien me avisó de la existencia de una biblioteca nueva en el Parque de María Luisa. La primera vez que fui me prometí, para centrarme, encender el móvil sólo dos veces al día, a media mañana y media tarde. Avancé por el jardín y, sin tiempo para reaccionar, entre un aleteo y un ulular, me vi rodeada de pavos reales. Fue un presagio estimulante. Ahí estaba, el creador yazidí, retándome. Me abstraí al máximo las semanas previas a Navidad. Con todo, extrañada de que Ferhad no contestara, entré en su Facebook y constaté algo inquietante: llevaba dieciocho días sin colgar nada. Ni foto en EKO, ni imagen o vídeo de la guerra en Siria, ni canción, verso, cuadro esperanzador. El histórico de mensajes, aunque largo, se fue cargando. Lo releí a saltos. Buscando, sin saberlo, una razón de su silencio. Volví al final y ahí sí que releí la última conversación completa. Él ya no preguntaba por la apertura de fronteras. Hacía tiempo que buscaba directamente en la prensa europea o webs de la UE y hasta me daba pistas, él a mí, de detalles, cada vez en la senda más restrictiva que aperturista.

«Ahora que ha ganado Trump, todo se arreglará», bromeó aquel día. «Solidario y pacifista, seguro que...», tardaba en terminar la frase, la pantalla marcaba el aviso «Escribiendo».

«¿Prefieres que hablemos?», le pregunté justo cuando llegó la continuación.

«Volcará a la Administración en sembrar granados. Leo que empieza en la frontera con México», entonces me llegó: «No, por escrito mejor».

«Ese humor negro... De viva voz podría comprobar qué tal estás de moral.»

«Lo mejor posible, en serio», envió. «¿Sigues ahí?», me preguntó.

«Por supuesto, Ferhad.»

«Perdóname, sólo bromeaba. No quiero manchar el símbolo tan bonito de nuestro árbol», él me pidió, alguna vez, más fotos, pero con excusas evité la verdad y ya no insistió. «La espera se hace larga y das vueltas a la cabeza.»

«Pero, ¿cómo está Shirin? ¿Vuestras familias, en Afrin? ¿Habláis con

ellos?»

«Es todo tan difícil. Merecíamos algo distinto, mejor. Lo hemos hablado ya, la revolución, el sueño de parecernos al mundo civilizado, lo que hemos descubierto, ahora aquí. Las palabras se han convertido en un remolino... Mejor dejarlas atrás, para no hundirnos.»

«Como tú veas, Ferhad. Para lo que quieras, desahogarte o callar, yo estoy aquí. Para ti, para Shirin y...», nunca sabía cómo referirme a la sin nombre.

«La saludo, de tu parte. Aunque habla más con Shirin. Voy a apagar ¿vale? Cuídate.»

«Tú, igual», solíamos decirnos algo así antes de colgar. «Hasta pronto, hermano», pero esta despedida mía ya quedó colgando. Desconectó.

En todo el mes de diciembre no supe más de ellos. El 19, hubo en Berlín otro atentado por atropello, ahora en un mercadillo navideño. Once muertos, sesenta heridos. Volvió a señalarse injustamente a los refugiados a raíz de un documento de identidad hallado entre los restos. Cuando el 22 empezaron las vacaciones escolares, mis días se precipitaron hasta el fin de año entre espumillón, bolas de árbol y el renovado sentido que Lesbos daba, a mis ojos, a la historia del Evangelio de esa pareja errante, alumbrando a su hijo en pleno éxodo. Desde mi ateísmo, reenvié, como felicitación, a laicos y creyentes de cualquier confesión, la que me envió el arabista Emilio González Ferrín con la leyenda «Y, tras concebirlo en su seno, se fue con él a un lugar apartado», extraído de la Azora de María del Corán. Todos contestaron, antes o después. Menos Ferhad.

El Año Nuevo solemos estrenarlo en la playa de Conil con mi amigo Antonio Sánchez y su mujer austriaca Barbara Wastlebauer, nuestros hijos y los suyos, Paul y Nico. Esta vez les avancé que, en algún momento, necesitaría que me ayudaran a traducir documentos alemanes. Así que, tras mañanas paseando a la orilla del Atlántico y tardes de juego de mesa, mientras los cinco niños aún se resistían a dormir, en la planta de arriba, estuvimos, dos noches, los cuatro adultos desentrañando las dos sesiones de interrogatorios a Hanan. Grabando en el móvil lo que Antonio tradujo con supervisión de Barbara, cuanto matizaban, volviendo atrás y retomando. Incrédulos mis amigos, enseguida, respecto al tono del funcionario, irrespetuoso como poco, chulesco en varios tramos. «¿Es esto lo que realmente le está diciendo? ¿Cómo se lo pregunta así?» Y, paso a paso, internándonos en la horrorosa

historia de esa señora, anónima limpiadora en la región de Renania del Norte-Westfalia, con quien tantos vecinos se cruzarían sin imaginar su vida, de quien las autoridades cuestionaban que tuviera un tercer hijo, Muse, desaparecido en Bagdad a manos del Daesh.

«¿Estás segura de que el niño existe?», me preguntó Antonio ante la foto de la denuncia.

«Estoy segura», respondí, «de que se parece muchísimo a su hermano mayor, Mustafa».

«¿Crees que podría ser Mustafa de pequeño?», preguntó Barbara.

«No. No lo pienso», concluí. «Creo, además, que si hubieran urdido todo un plan para apelar a ese secuestro como prueba de su persecución étnica o política, Hanan no caería en las contradicciones que habéis dicho, ¿no? Lo llevaría todo ensayado. ¡Se juegan tanto!», los cuatro, en silencio, sopesamos. «Sobre todo, ¿sabéis de qué estoy segura?», añadí. «De Mustafa, Mariam y Ali. A ellos los vi salir del dinghy, ellos están en Chipre, a ellos les niegan vivir con su madre, aunque todos estén en la UE. Tiene que ser un derecho humano básico, llevar a esos niños con su madre y ya. Porque, sólo en este año, han crecido tanto. Yo puedo atestiguarlo. Y si yo no soporto ver las fotos de Ali ingresado, con la máscara de oxígeno, ¿qué no será para Hanan esta crueldad?»

De vuelta de vacaciones, yo transcribí la grabación de los papeles de Hanan y Antonio contactó con Flora Alexandrou, la corresponsal de EFE en Nicosia, que habla perfecto español, para ver si se podía interesar por los Toman. Carolina, de la APS, de pronto, una mañana, me sorprendió con la noticia de que me concedían, junto al compañero *freelance* en El Cairo, Francisco Carrión, el XXV premio de la Comunicación. Abrumada y honrada, asumí el reto del discurso ante una audiencia de colegas periodistas y, de nuevo, autoridades para dar voz a quienes un año después seguían sufriendo, sin que España ni la UE les acogiesen. A nueve meses de expirar el plazo, había llegado el diez por ciento. Preparando mis palabras, volví a buscar los mensajes de Ferhad. Pero, para mi espanto, su perfil no estaba. Había desaparecido. Caí en que, estúpida de mí, no guardé copia de las conversaciones, ni descargué las imágenes. Todo lo que intercambiamos se había perdido. No supe qué hacer. Sólo con Marcos me permití compartir el dolor y los pasos, peregrinos, que di buscándole. Rastreeé perfiles de

Facebook vinculados con EKO Camp, de ONG y voluntarios que pasaron por allí y envié mensajes, con la foto de Ferhad sacada de un plano del documental, preguntando si les conocieron, a él y Shirin, si sabían qué fue de ellos. Nadie contestó. Salvo, al fin, una tal Sara Montesinos, que fue cooperante y había vuelto a Barcelona.

«Sí, los conocí. Muy majos. Sólo sé que se acabaron marchando. Volvieron», leí estupefacta.

«¿Cómo? ¿Estás segura de eso?», tecleé. «¿Te puedo llamar?», necesitaba oír aquello.

«Por supuesto.»

«¿Sara?», la interpelé en cuanto descolgó.

«Sí. Hola», era una voz jovencísima, igual que Shirin o menor.

«¿Cómo sabes que se han vuelto? ¿A Siria te refieres?»

«Siria o Irak, no sé, pero que sí que se fueron para atrás.»

«¿Cómo van a volverse? ¡Con lo que les costó llegar! Yo les conocí en Lesbos.»

«Bueno, un año en EKO es muy duro. Ella deseaba muchísimo quedarse embarazada. Parecía que lo estaba... Y luego nada. Así varias veces... Necesitaba a su familia.»

«¿Tú tienes o conoces a refugiados o voluntarios que puedan tener su móvil o mail? Nosotros hablábamos por Facebook, pero como te escribí ya no tiene activo el perfil.»

«Yo no tengo nada más, pero pregunto, ¿de acuerdo? En Barcelona preparamos protestas para febrero y estamos muy en contacto. Si averiguo te cuento.»

Incapaz de dar por buena la versión del regreso, necesitando al menos una confirmación, a la desesperada, escribí una entrada en el blog que tengo, vinculado a mi web y la de eldiario.es. Fue una carta abierta, más bien telegrama, para ella, la sin nombre, con la esperanza de que quizá alguna vez mirara lo que yo colgaba. Nunca antes pensé que lo hiciera, pero ahora era la única opción con que contaba.

Cuando Ferhad Horo desapareció del todo, borrando su perfil de las redes sociales y, así, cualquier rastro de lo que hablaron, ella buceó a diario buscándolo en el mar digital. Necesitaba reencontrarle.

O al menos que la marea le trajera la nota en una botella donde todo se explicara. Ese mensaje encerrado en un vidrio que da sentido. Tan necesario en la existencia, como en las películas y los libros.

Afronté la entrega del premio de la APS como otra oportunidad de reivindicar los derechos humanos de esos refugiados a quienes no refugiábamos, pero también los laborales del colectivo periodístico tan precarizado. No lo hice por interés corporativo, sino por convencimiento del papel de la prensa en democracia y porque, ¿en qué otro foro o momento sería más procedente hacerlo? Antes de abrir la boca, frente a la sala, repleta de amigos, familia y colegas, entre caras que no identificaba, anclé mi mirada a las de Marcos, Paula y mi madre, Carlos y Manuel Blanco, Saloua y Rateb, feliz porque su mujer e hijos ya volaban desde Líbano. Pero sobre todo a las de Ferhad y Shirin, al fondo frente a mí, fantasmales. Entonces empecé: «Qué distinta esta noche a la noche de Lesbos», modulé mi voz para transmitir el miedo allí en el Egeo. Estaban ahí en la presidencia de acto, el delegado del Gobierno, el vicepresidente de la Junta y el alcalde de Sevilla. Yo había ensayado el discurso para intentar conmoverles a ellos, los circunspectos, para traspasar la piel, gruesa y fría, para llegar al tuétano donde quería que resonara el sufrimiento de los naufragos y la certeza de que por este camino volverían las cifras de pateras y cadáveres en el Estrecho de los años 90. Hubo aplausos y halagos. Me felicitaron pese a haberles afeado en el atril su incumplimiento del acuerdo de acogida, aunque anticipé que casi no creía ya en su buena voluntad. Pues con todo, me dio la enhorabuena el vicepresidente, Jiménez Barrios. Dos veces. Al entregarme el premio y, luego, acabado el evento.

«Gracias, pero, en serio, sólo deseo que actuéis», contesté. «Aún no sé cómo el PSOE ha hecho presidente a Rajoy, sin pedir siquiera que los diecisiete mil seiscientos ochenta refugiados vinieran.»

«No sólo habla bien», dijo al portavoz Vázquez como si yo no estuviera. «Además es lista. Debimos forzar al PP. Qué razón tienes», me lanzó sonriente y se fue.

Yo dejé que la adrenalina bajara, hablando con quienes nos acompañaban en la copa posterior. «Emocionante intervención», se presentó Antonio Yélamo, director de la Cadena SER en Andalucía. «Conocí en Cádiz a tu

padre, todo un luchador y gran amigo de los periodistas, bregado en juicios complicados. Me ha gustado reconocer en ti su compromiso.» Se despidió con un prometedor «a tu disposición».

Marcos, Paula y yo fuimos de los últimos en salir del edificio y cuando, ya en la calle, activé el móvil vi aquel mensaje.

«¿Qué pasa?», notó él mi preocupación.

«Léelo tú», bajé la voz, y entendió que no quería que Paula se enterara.

El breve texto de Adeel decía: «Esta noche me voy a jugar la última oportunidad. A vida o muerte, *mum*. Habría querido hablar contigo, pero no contestas. Reza por mí o deséame suerte. Un abrazo, hasta siempre». Marcos llevó a Paula unos pasos a delante distrayéndola con algo. Yo no me atreví a llamar porque no sabía si el sonido arruinaría su intento de cruzar, sino que respondí al mensaje y aun así aterrada de perjudicarlo: «Perdóname, Adeel. Acabo de verlo. Estoy aquí». No lo recibió. Pero añadí: «Suerte. Toda la del mundo. Rezaré y lo que haga falta. Avisa al llegar. Un abrazo».

Cuatro días después de esa noche, el 27 de enero de 2017, en la playa de Barbate, a veinticinco kilómetros de El Palmar por el que paseamos en Navidad, amaneció sobre el cadáver de otro niño, un Aylan congoleño, llamado Samuel Kabamba. No hubo foto, ni vídeo. Así que no se convirtió en símbolo del éxodo en el Estrecho de Gibraltar, recrudescido, como era fácil prever, desde el blindaje del Egeo. La madre, Véronique, apareció en Argelia con otros cadáveres del hundimiento. El año empezó a acumular partes de la guerra salvaje entre las olas del Alborán y quienes las desafiaban con su sueño de llegar a puerto. Los boletines de radio, casi en cada matinal, sumaban rescatados por Salvamento Marítimo: tantos hombres, tantas mujeres, de ellas, tantas embarazadas, tantos menores no acompañados, con signos de hipotermia, ataques de ansiedad o buen estado general. En el listado se fue filtrando el goteo de muertos. Suma de cadáveres que presagiaban naufragios masivos que, por esta senda, no tardarían.

La tendencia que constatamos en Lesbos de rescates civiles frente a inacción o incluso boicoteo oficial se consolidaba. Ahora Proem-Aid había sellado una alianza con la ONG vasca Salvamento Marítimo Humanitario y puso en marcha el proyecto #maydayterranceo para unirse a los rescates frente a Libia de Proactiva, Médicos Sin Fronteras, Sea-Eye y Sea-Watch, SOS Mediterráneo o Safe The Children. Mientras, los países europeos complicaban

los requisitos y obligaban a aceptar policía en sus barcos. Algo a lo que Médicos Sin Fronteras se negó. Yo, siguiendo la actualidad a distancia, volví a aislarme en semanas de escritura que no fructificaban. Cualquier cita, periodística o de activistas, se imponía. Así que intenté dejarlo. Dejar de escribir, como la mujer del barco. No le dije nada a Marcos -el único que, con Palmira, sabía lo que estaba tratando- pero no hizo falta. Tu pareja de veinte años se da cuenta del dolor cuando te haces una amputación. Me limité a trabajar para encargos, con el pago de siempre, pero crecientes. Con Flora Alexandrou, la corresponsal chipriota de EFE, niña refugiada ella de la guerra en su isla entre Grecia y Turquía, y con activistas alemanes, exploramos vías para reunificar a los Toman. Ninguna resultó. Al menos, a finales de mayo, Flora me llamó diciendo que Chipre concedía el asilo a Ayad y los niños. Era algo que celebrar, aunque al no ser Chipre territorio Schengen, ni Hanan podía visitarles y volver, ni ellos viajar a Alemania.

A medida que se acercó el verano, los desastres se fueron jalonando: el 3 de junio hubo un atentado en Londres. Cincuenta heridos, once muertos, entre ellos el español Ignacio Echeverría, que intentó salvar a otra persona enfrentándose, con su patinete, a los terroristas. A los quince días, el incendio en la también londinense torre Grenfell dejó setenta muertos, gente modesta, incluso refugiados en viviendas de protección oficial y, por eso, de mala calidad. Ya en julio, el 5, se produjo la mayor catástrofe en una década en el Mediterráneo español. Lo que se veía venir, acabó pasando: cuarenta y nueve muertos, flotando. Se les sacó y enterró. No fueron revulsivo social, ni político. El gobierno del PP mantuvo la política migratoria de contención en frontera, encierro de los que pese a todo llegan en centros peores que cárceles, condena a mínimo tres años de clandestinidad, sin permiso de residencia ni trabajo, y deportación o vaciamiento sin más de los CIES para meter dentro a nuevos internos. El 14 de julio, aniversario del atropello masivo en Niza, supimos de la muerte, en China, del Nobel de la Paz 2010 Liu Xiaobo. Me acordé de Felipe González, que tanto defendió al presidente Deng Xiaoping en aquel libro *Liderazgo en tiempo de crisis*. Diciendo que se le debía el reconocimiento que merecía, y ocultó que fue quien ordenó la matanza de Tiananmén. En 1989, con una cifra de diez mil muertos, según estimaciones de fuentes diplomáticas británicas. Esa carnicería marcaría para siempre a Xiaobo, pues muchos eran sus alumnos, pero no le disuadiría de seguir

reivindicando democracia y libertad. Hasta pagar él su precio: le encarcelaron por sus ideas y le mantuvieron preso mientras el cáncer le devoraba, sin permitir los tratamientos ofrecidos por potencias como Alemania, ni la visita de su esposa Liu Xia, ni el levantamiento del arresto domiciliario de ésta, menos aún el permiso para que ella se exiliara, lo último que él, en su lecho de muerte, suplicaba. Xiaobo murió, ultrajantemente rodeado de esbirros del poder, de los que jamás faltan, ni en las dictaduras ni en las democracias. Queda constancia gráfica de la macabra estampa. A ella la hicieron desaparecer. Aquí paz y después gloria. Silencio en los medios y la comunidad internacional.

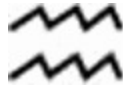
De nuevo llegó el calor del verano, sofocante para los condenados, a distinta intensidad de castigo: bajo la lona de una tienda en campamentos de refugiados, bajo una chapa en nuestros asentamientos chabolistas de rumanos y gitanos, en pisos minúsculos sin aire acondicionado de los barrios obreros - siete de los quince más pobres de España están en Sevilla- que mi jefe de Local en *Diario de Sevilla*, Juan Carlos Blanco, me hacía llamar «populares». Lo recuerdo porque tras nombrarle Susana Díaz portavoz del gobierno andaluz del PSOE, le he oído a menudo ese «obrero» de la sigla que tanto le chirrió en los años del PP de Aznar en el gobierno de España y nuestro Ayuntamiento. Calor llevadero, en cambio, para los privilegiados como nosotros con piscina comunitaria. «¿Sigues en contacto con tus refugiados?», me preguntó al borde de ella, cerveza en mano, otra trabajadora de clase media, supuestamente comprometida. «Acogerles era demasiado idealista, ¿no? De buen corazón, pero imposible aplicación, ¿verdad?», lanzó, ahí, en bañador. Y así, encontré la respuesta a la pregunta que Jesús Vigorra me planteó en la radio cuatro meses antes: ¿Lo peor? Escocía el choque de realidades desde que salí de mi zona de confort a Lesbos. En dos meses, en septiembre, expiraría el plazo y sólo habían llegado dos mil de los diecisiete mil seiscientos ochenta refugiados. Pero el tema no interesaba a la mayoría. Languidecía como noticia, ante otras como la venganza de un renacido Pedro Sánchez en las primarias del PSOE frente a su mentora-ahora-archienemiga Susana Díaz, o el órdago catalán que se anunciaba para el 1 de octubre tras el precedente del 9 de noviembre de 2014. Ningún segundo aniversario tiene la fuerza del primero y el de la muerte de Aylan no iba a ser excepcional. La ONG catalana Casa Nostra, Casa Vostra había hecho, en febrero, una gran demostración de fuerza,

en Barcelona, llenando el Palau Sant Jordi con quince mil personas, y las Ramblas con medio millón. Pero incluso en Cataluña el activismo pro-refugiados se había desinflado. Si la locomotora frenaba, ¿qué lograríamos el resto? Por si todo fuera poco, el maldito 17 de agosto de 2017, Daesh atentó en las Ramblas y Cambrils: hirió a ciento cuarenta personas y asesinó a dieciséis, entre ellos dos niños, de tres y siete años.

Aquel septiembre, de vuelta de Pechón a Sevilla, descubrimos el éxodo de los rohingyas entre Myanmar y Bangladés que llevaba casi treinta años, aunque no en tal cantidad: ahora seiscientos mil huían de una cacería étnica perpetrada por el ejército de la Nobel de la Paz, Aung San Suu Kyi, promovida por monjes budistas contra la minoría musulmana. El 1-O, como se presagió, estuvo dominado, en España, por el referéndum unilateral de independencia en Cataluña, bochornosamente ilegal y chapucero, y la brutal represión policial, la violencia injustificable del Estado contra civiles desarmados. Pero fue el día de la mayor matanza en EEUU desde el 11-S de 2001, el tiroteo de un loco, como tantos, con acceso a mortíferas armas, en la primera potencia mundial. Durante el concierto de Jason Aldean, en las Vegas, el lobo solitario Stephen Paddock disparó desde su habitación en el hotel Mandalay Bay, del piso treinta y dos: segó cincuenta y nueve vidas y dejó seiscientos heridos. El crimen acaparó portadas, eclipsando, quince días después, el peor atentado en Somalia, un camión bomba en Mogadiscio que dejó trescientos muertos y cuatrocientos heridos. Pero el atentado no se abordó como un desafío a analizar para evitar réplicas. Se borró, a conciencia, a diferencia de los que sirven a la Casa Blanca para apuntalar el miedo a un enemigo exterior, la teoría de un «choque de civilizaciones» con que justifican guerras invasoras para controlar recursos energéticos y posiciones geoestratégicas. En el desorden mundial se encadenaron hecatombes a un goteo de lacerantes dramas individuales. El 19 de noviembre asomó a la prensa, escuetamente en España, que la Policía austriaca investigaba el suicidio de un niño de once años en un albergue de Baden, cerca de Viena. Estaba al cargo de seis hermanos, les traducía y hacía gestiones administrativas, ante la incapacidad del primogénito, de veintitrés años. Esperaban el estatus de refugiado. El defensor de los derechos, Günther Kräuter, anunció que investigaría el caso. ¿Lo hizo? No nos enteramos. Abrumada por el panorama desolador, recibí la llamada de Manuel Blanco:

«María, se ha fijado el juicio. Será el 7 de mayo», me asombró que aún hubiera que esperar medio año. La vista sería dos años y cuatro meses después del arresto, en enero de 2016. Atribuí la demora al subdesarrollo al que la crisis-estafa financiera arrastró a Grecia. Hasta que la realidad, vía periodismo, puso mis prejuicios en su sitio. Porque se anunció el inminente juicio, en España, contra el padre del costamarfileño de ocho años Adou Ouattara, llamado *el niño de la maleta*, al haber sido descubierto escondido en una en el escáner del paso fronterizo de Ceuta. Cuando Ali, el padre que, desesperado tras años intentando sin éxito la reunificación legal, se sentase en el banquillo, en mi país, por recurrir a traficantes, ignorando que el sistema de éstos pondría en riesgo la vida del hijo que tanto quería, habrían pasado tres años del sofocante día de mayo en que Adou pudo asfixiarse. «Je m'appelle Adou», dijo el chiquillo a la Policía cuando abrieron la maleta. ¿Era nuestra justicia más diligente que la griega? ¿Más sensata, acusando al padre en vez de a los traficantes? ¿Pidiendo cuentas al eslabón más frágil de la cadena en vez de apuntar a la cúpula política cuyas decisiones lanzan a los desesperados a manos de pasadores sin escrúpulos?

«Yo quiero acompañaros, Manolo», dije a Blanco, ya en esa primera llamada en que me habló del juicio. Carecía ahora del proyecto de documental de dos años atrás, no tenía compañero, equipo, la migración era más intensa a este lado del Mediterráneo. Pero pocas cosas he tenido más claras en mi vida: la primera semana de mayo de 2018, mi lugar en el mundo sería la sala de un juzgado en Mitilene, Lesbos, Grecia.



La cabeza me iba a explotar. Necesitaba dormir algo esa tarde para despejarme, pero llevaba un rato tumbada en la cama y no lo lograba. Sentí la ansiedad en el pecho. Así que pasé del colchón a sentarme en el suelo, crucé las piernas, espalda recta y me concentré en respirar. Estaba allí, pero podría ser cualquier parte. Yo había pedido a Rebecca alquilar un estudio a través de su agencia, Nirvana Travel. Pero surgió el viaje previo, a Zagreb. La Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía, todo un referente del activismo solidario durante casi treinta años, me invitó a conocer, la segunda semana de abril, la ruta migratoria de los Balcanes, en el tercero de ocho encuentros que organizaba con las ONG Un ponte per, italiana, la griega Antigone y Udruga-PANK, croata. *The route of solidarity* era la iniciativa, nacida del voluntariado en la emergencia de refugiados en Lesbos, para tejer una red de activistas frente a las fronteras cerradas europeas. La primera noche en Zagreb se abrió el ascensor y apareció Thanasis Voulgarakis. El Thanasis de Lesbos, amigo de la bombera Ángela, que nos consiguió el apartamento en Pirus; el Thanasis, de ojos tristes, que vi desembarcar a tantos refugiados, como un bombero, con su neopreno. De los veinte participantes, cinco pudimos visitar el *squat* de Sid, una fábrica en ruinas en el confín occidental de Serbia donde medio centenar de afganos, pakistaníes y bangladesíes, con algún marroquí y argelino, llevaban meses tratando de pasar a Croacia y siendo detenidos y devueltos. Condujo el coche el realizador croata Matija Kralj y nos guió, como copiloto, Leire Itoiz, la voluntaria navarra que desde noviembre se unió a la ONG No name Kitchen que proveía, allí en Sid, de dos comidas diarias, duchas portátiles, ropa y soporte afectivo a los chavales. En el asiento de atrás íbamos Thanasis, la licenciada en Políticas italiana Ilaria Zambelli, y yo, que aproveché para entrevistarles

sobre su vínculo con la llamada «crisis de los refugiados». Porque había propuesto a *Público* un reportaje que ellos aceptaron sobre esa *Ruta de la solidaridad* sufragada, paradojas de la UE, por el programa *La Europa de los ciudadanos*. Tras Sid y media jornada en Belgrado, después de que al anochecer entráramos en el bosque fronterizo donde hablamos con migrantes escondidos, compartí con esos compañeros *Contramarea* en el plasma del *hostel* de un Vukovar cuyo silencio hacía atronar en mi memoria el recuerdo de aquella ciudad devastada en los 90 por la guerra. Ahora rugió el Egeo y todos nos conmovimos de solidaridad y vergüenza. Flotaba en el aire el «I will try. I need to go» de Ferhad. Ilaria se levantó y me abrazó: «Yo conocí a ese chico en EKO, ¿cómo y por qué se volvieron? Volvieron...». Thanasis que a tantos reconoció, vino y me susurró: «Maraki, mía, la semana del juicio te quedas en casa, ¿entendido? Estaremos deseando acogerte los dos, mi perra *Mirto*, y yo».

Oía, ahora, los pasos de *Mirto* sobre el parqué de la entrada y sus lengüetazos en el bebedero de latón. Hacía calor. El bochorno previo a la tormenta. También por eso me dolería la cabeza. Pero, sobre todo, porque el juicio era mañana. Y yo me había comprometido, quizá, a más de lo que podía abordar. De casualidad, pese a sacarme los billetes por mi cuenta, vine sentada justo con los cuatro bomberos de Proem-Aid, tanto en el tren a Madrid, como en los vuelos a Atenas y Lesbos. Con Onio, Manolo y Julio ya me unía amistad, pero a Quique, Enrique Rodríguez, le había conocido una semana antes. «Llámale, Julio, por favor, y dile que tomemos un café», propuse porque se me hacía raro conocerle en Lesbos, sin habernos cruzado esos dos años. «Eh, la famosa María», me saludó, bromista. «Me he empollado para el juicio tu entrevista a Haris», guiñó aludiendo a la del abogado Petsikos que saqué en *Público* aquel febrero. Esa mañana, cinco días atrás, encontré muy tranquilos a Quique y Julio. En el viaje, aunque de buen humor, los nervios fueron poco a poco en aumento. La expectación mediática, a la salida, en la estación de Santa Justa, ayudaba a hacerse una idea de la gravedad del tema. Aunque todos, con el abogado al frente, queríamos confiar en que serían absueltos, el cargo de «tráfico de seres humanos» era grave, como las penas de diez años de cárcel por cada supuesto traficado. Esta mañana, tras el cálido reencuentro con Petsikos, repasar las circunstancias, los pasos de la vista, las opciones que existían, nos puso a todos serios. Cuando

salimos del despacho, ellos se fueron a almorzar y yo a preparar mis piezas para prensa y radio. Ambos medios, sí. Eso explicaba mi tensión mental: afrontaba varios trabajos simultáneos. *Público*, con quien colaboraba desde noviembre, gracias a un excompañero, su responsable de Investigación, Carlos Enrique Bayo, estuvo desde el principio interesado en cubrir el juicio a los bomberos. Mi experiencia con el redactor jefe, Pedro González de la Calleja, venía siendo magnífica, desde que escribí para ellos de la cumbre en Madrid, *Límites de la desigualdad: hacia una sociedad sostenible*, organizada por el Common Action Forum del exdirector general de *Al Jazeera*, Wadah Khanfar. Informé, no obstante, a eldiario.es, porque en 2016 ellos me acreditaron. Pero Gabriela y Lucrecia entendieron, creo, que el mayor pago y número de piezas me decidieran esta vez por la otra cabecera. Los de *Público* querían un despliegue potente. El mismo sábado, día del viaje, sacaron en portada mi reportaje sobre los dos activistas de la ONG danesa Team Humanity acusados de igual delito en el juicio, Mohammed Abbassi y Salam Aldeen. Sobre todo éste, que como decía el título pasaba «De niño refugiado moldavo a acusado de traficante de personas». Hoy, de nuevo, el caso abría portada, ahora con mi resumen de cómo nació la ONG de bomberos, por qué les detuvieron, a qué penas se enfrentaban y cómo se preveía el desarrollo de la vista. Titulé con declaraciones de Julio: «Quieren quitarnos de en medio como testigos de lo que pasa en el Mediterráneo». Tanto si el juicio acababa el lunes como si seguía el miércoles, *Público* quería una crónica previa al veredicto y un análisis final. Pero, además, cuando el caso se cerrara y sus protagonistas, ojalá absueltos, regresaran a España con los amigos y familias que llegaban esta noche de domingo, yo me quedaría unos días para informar de la situación en la isla. De cuántos demandantes de asilo quedaban en Lesbos y cómo estaban. Pero, también, de la relación con la población local tras un terrible suceso acaecido recientemente: el ataque de fascistas griegos a ciento veinte afganos en la céntrica plaza Safo de Mitilene, el domingo 22 de abril, con cócteles Molotov al grito de «¡Quemémoslos vivos!», que hizo vivir a la ciudad, según el testimonio de la activista belga de PIPKA, Carmen Dupont, su propia «Noche de los cristales rotos».

Una vez que acordé la cobertura de prensa, me atreví a llamar a Antonio Yélamo de la SER, que la noche del premio APS me brindó su colaboración. Él me puso en contacto con compañeros de la cadena en Andalucía y Madrid y

tras cerrar los detalles, tanto anoche, al aterrizar, como esta mañana envié crónicas a los servicios informativos nacional y regional: «Ya están en Lesbos los tres bomberos de Proem-Aid...», «Reunión preparatoria con el abogado, en vísperas del juicio a los tres bomberos españoles...». Como si no fuera bastante, por último, compartía el proyecto de un nuevo documental con el realizador austriaco Matthäus Weißenbacher, al que conocí, aquí en Lesbos, una noche en la playa durante el primer viaje. Queríamos imágenes del juicio a los bomberos para un proyecto sobre la criminalización de la ayuda humanitaria con casos de los cuarenta listados en informes como *Humanitarianism: the unacceptable face of solidarity*, del Institute of Race Relations, y los recientes de Helena Maleno en Marruecos y Proactiva en Sicilia. Y, como Matthäus no podía acompañarme, porque esos días estaba a punto de nacer Julia, su primera hija, contratamos al cámara griego Pavlos Avagianos.

Estaba en una situación exigente y estimulante. Ante un reto. Sabía valorarlo, quería responder a él, incluso disfrutarlo. Pero eso no evitaba que, por la tensión, los vuelos de ayer o la falta de sueño, sufriera jaqueca. Busqué despejarme usando el Kapalabhati, esa técnica respiratoria del yoga, en que se espira de forma exagerada y rápida, lo que vuelve las inspiraciones cortas e instintivas. Saca, saca, saca aire. La palabra sánscrita significa «frente, cráneo», *kapala*, y *bhati* «luz, limpiar». Un trueno estalló tras la persiana, bajada, y oí tres golpes, de puertas y ventanas. *Mirto* no ladró. Yo seguí respirando, fuerte y con ritmo. Cuando, al fin, paré, manos, palma con palma, pegadas al esternón, di las gracias, no por mero ritual, sino porque, en efecto, el dolor se atenuó. Ya despejada, fui por el piso cerrando ventanas. Fuera, descargaba una tormenta eléctrica, sin agua. *Mirto* asomó el hocico bajo el sofá. «No tengas miedo», dije y pensé que yo también me debía convencer. El desafío mayor era la radio, porque era el medio en que tenía menos experiencia y se trataba de una gran cadena. La que siempre se escuchó en casa. Recordé a mi padre, afeitándose, con el *Hoy por hoy*. Imaginé, esta semana, a mis niños desayunando, mientras su actual responsable, Pepa Bueno, me daba paso. El móvil vibró en la mesa. Mensaje de Rebecca. «¿Te recojo y cenamos pronto? Mañana será un día largo.» La respuesta fue un sí, inmediato y poco después estábamos en la terraza de una callejuela, bajo un emparrado, con coloridos farolillos metálicos. Le pregunté por su ánimo ante el juicio

donde iría de testigo. «Estoy deseando declarar», dijo. Antes de pedir, nos llegaron mensajes y llamadas. Los bomberos iban al aeropuerto a recibir a sus familias y las autoridades políticas que les respaldarían: la consejera de Justicia e Interior de la Junta de Andalucía, Rosa Aguilar, el cónsul en Atenas, Juan Sáenz de Heredia, una delegación del Parlamento andaluz -incluida la diputada del PP Céspedes, tan campechana siempre como dispuesta a borrar el artículo 14 de la Declaración de Derechos Humanos- y una concejala del Ayuntamiento de Sevilla, la comprometida Cristina Honorato, de Participa. Yo había quedado con Onio y Manolo en pasar por el hotel cuando estuvieran todos y hacer alguna foto, pero avisaban de que los aviones se retrasaban. Llamaron también de la SER para el directo de mañana, desde el juzgado. «Entras a las ocho de España, nueve griegas. Te dará paso Aimar Bretos.»

«De acuerdo, estupendo. Hasta mañana», colgué. «Perdona, Rebecca.»

«Tranquila. He pedido platos compartidos, para que pruebes variedad ¿lo ves bien?», me pareció perfecto. Una cena entre amigas, como si llevara en Lesbos toda la vida.

«¿Es cierto que anoche llegaron tres dinghys a la playa?», busqué su confirmación.

«Sí. ¿Oíste como contó en la cena Nora, la voluntaria alemana, que están llegando a la costa tres o cuatro balsas al mes? El resto, hasta cincuenta, son rescatados en alta mar por los buques de Frontex o las fragatas griegas. Bueno, pues anoche después de acercarte al piso de Thanasis en el coche, la llevé a ella a Camp Fire porque le tocaba turno de vigilancia y justo un bote llegaba y luego otro y otro más. Tres.»

«¿Por qué no llamasteis? Hubiera ido en taxi y ayudado, en lo que pudiera.»

«No dio tiempo a avisar... Mira que era una suerte tener aquí a los Proem-Aid», suspiró.

De ahí pasamos a cómo la isla no acababa de retomar el curso previo a 2015, de cómo su sector, el turístico, seguía afectado. Hasta que me atreví a lo más delicado.

«Tenía muchas ganas, Rebecca, de verte y decirte que siento el golpe... de tu marido...»

«No estábamos casados, pero sí, llámale así. Kostas era, es, el hombre de mi vida... La vida es rara», dejó suspendida su mirada. «Antonio Ocón, por

ejemplo», nombró al bombero del retén 7. «Onio me contó que había muerto ahogado», se refirió al accidente que Antonio sufrió mientras sobrevolaba el pantano de Bornos. «El destino es tan cruel», dijo. «Con nosotros lo ha sido.» Empezó a contarme cómo conoció a Kostas Bourantas. «Por algo que nunca he podido explicarme, desde adolescente, mis fantasías románticas eran escenas de películas bélicas. Ésas en blanco y negro, con soldados de uniforme y enfermeras tras la guerra mundial. Bueno será que veía muchas así, en la tele, en Londres, donde me crié. Cuando llegué a Lesbos por primera vez, en 1993, trabajando para un tour-operador británico, recuerdo la sensación en el *harbour* de, *¿Puedes crearlo, Rebecca? ¿Era esto lo que veías en tus sueños, era aquí!* Ya sabes, este ambiente de destacamentos y fragatas. Sí, claro, por la eterna tensión con Turquía. Nadie como los chipriotas calibramos tal riesgo de invasión. En 1995 fue cuando ya vine y creé mi agencia. Luego, en 2004, conocí a Kostas, que estaba destinado en la base del norte de la isla, en Petras. Me enamoré mucho más allá del uniforme, obviamente», bromeó. «Era un gran hombre. Yo le decía, porque era más joven: cuando me haga vieja, tendrás demasiada tarea cuidando de mí, los perros y gatos... No sé si sabes que tengo a *Leila* y *Pluto* y de gatos a *Sia*, *Tigger*, *Kasper* y *Mickey*. Pero además rescato y cuido a los que encuentro abandonados y busco familias que deseen adoptarlos. Y ya ves, él murió con treinta y ocho años. Va para dos», constató. «A pesar de lo cual, desde ese 6 de septiembre de 2016, espero que reaparezca, de repente, en la puerta. Aquel día», rememoró, «tenía turno de tarde. Entraba a la base, a un cuarto de hora de casa, tras almorzar y volvía pasada la cena. A veces hasta a medianoche. Amanecemos sin prisa, desayunamos y cuidamos del jardín. Eso me reconforta, la forma tan calmada en que hicimos juntos las tareas de la casa, con música de fondo... Comimos, nos adormilamos en el sofá un rato. Nos dimos un beso y nos dijimos: *Hasta luego*. Lo he recordado tanto después. A las nueve de la noche sonó el teléfono y viví el diálogo de película que nunca habría querido protagonizar:

-¿Rebecca Michaelides?

-Sí, ¿quién es?

-Le llamo del acuartelamiento. Kostas ha tenido un accidente.

-¿Cómo? ¿A qué se refiere?

-Desgraciadamente, no hemos podido salvarle.

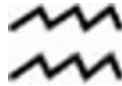
-¿Qué?

-Ha muerto.

«¿Imaginas? Llevaba tres horas muerto. Estuvieron de gestiones...»

«¿Por qué murió? ¿Qué pasó?», pregunté.

«Aún lo investigan», contestó. «El accidente fue en Kammenos Dassos, *Bosque Quemado*. Volcó a un kilómetro entre la carretera y la zona donde tenían que hacer sus prácticas. Yo sé que, cuando acaben, quedará probado que hubo un fallo o varios en el blindado. Porque Kostas era prudentísimo. Él conducía y no habría hecho ninguna maniobra innecesaria, arriesgada. Además, un vuelco lateral no mata a sus ocupantes. Estos vehículos están hechos para la guerra, ¿comprendes? Y en el improbable caso de un accidente así, quien conduce es el más protegido del habitáculo. En cambio, él falleció mientras que su compañero sólo salió herido. Algo estaba mal en el carro de combate. Yo sigo luchando para que se aclare. Algunos me dicen o yo sé que piensan, “¿Para qué insistir, meterte en problemas? Nada ya te lo devolverá”. Y es cierto. En el sentido de que ninguna indemnización, las cuantías que los códigos contemplan, te devuelve la vida de la persona que quieres. Pero ésa no es la lucha. Ni el dinero, ni la por supuesto imposible resurrección de Kostas. Sino que se esclarezca la verdad tras la tragedia. Porque hay una responsabilidad del Estado y es mi deber exigirla, no ya como víctima en este caso, sino como ciudadana. Porque eso sí podemos y debemos lograrlo, que no se destruya la vida de ninguna otra pareja como han destruido la nuestra.»



A las ocho y media, cuando Thanasis y yo bajamos, Rebecca ya estaba en su furgoneta parada en el semáforo. «Kalimera», saludamos y arrancamos rumbo al juzgado.

«Quedaos aquí y aparco», frenó frente al solemne edificio. Las escaleras eran un hervidero de medios, entre los que reconocí al equipo de Canal Sur TV, las compañeras de EFE-Grecia y mi cámara, Pavlos Avaglianos. Me dio el micro y empezamos las entrevistas.

«Buenos días, *periodista orquesta*. Me asusta tanto trasto», bromeó Julio, apuntando a mi libreta cogida bajo el cinturón, el micro de mano y la cámara de fotos al cuello.

«Hola, *maifren*. Tranquilo, todo irá genial», fingí seguridad. «¿Entrevista antes de entrar?»

«Dale», me guiñó, y él fue el primero a quien preguntamos sobre expectativas. Después vinieron Manuel y Quique. Comparecían con el uniforme: pantalón, polo y sudadera azul con la inscripción «bomberos de Sevilla» en blanco sobre raya roja e insignias del Ayuntamiento, la Diputación y la Junta de Andalucía. Tras ellos, entrevistamos a Petsikos hasta que fue a recibir a Helenis Jaratsi, la trabajadora de la Embajada en Atenas, que iban a intentar que el tribunal acreditara como traductora de los bomberos. Jaratsi llegó con el cónsul, la principal autoridad junto a la consejera de Justicia, Rosa Aguilar, que fue incluso ministra en el Gobierno del socialista Zapatero. Mujer de larga trayectoria, sobre todo en Izquierda Unida, con quien fue diputada nacional y alcaldesa de Córdoba, de 1999 a 2009. Sonó mi móvil. «Entro en directo en la radio, Pavlos. Graba por favor a los daneses», pedí, pues Salam Aldeen y Mohammed Abbassi estaban llegando.

«Aquí la SER, María. ¿Lista?» Ahora venía el mortal sin red. Sin opción de repetir y en transmisión para todo el país. Escuché la introducción de Aimar Bretos hasta darme paso.

«Buenos días desde esta puerta de los juzgados de Mitilene, capital de Lesbos», comencé, «donde hace unos minutos han llegado los bomberos Manuel Blanco, Julio Latorre y Enrique Rodríguez...». Bretos retomó la palabra y, tras la señal acordada, yo desgrané los antecedentes del caso, en aquel 2016 de la emergencia humanitaria. Vi de pronto que todos empezaron a entrar en los juzgados y justo ahí trastabillé, cambié «rescatadores» por «refugiados», y el corazón se me paró. «Perdón, rescatadores profesionales que vinieron a salvar a huidos de Oriente Próximo, que aquel invierno de 2015-2016 llegaban a razón de tres mil diarios», retomé. Tras dar paso a cortes de audios de los bomberos, Aimar me preguntó qué cabía prever y expliqué: «La vista puede terminar hoy o proseguir el miércoles 9. Ahora, eso sí, una vez concluya, la jueza comunicará la sentencia de forma oral, contando con dos o tres meses para redactar la argumentación jurídica. Lo que esta causa ya evidencia», fui acabando, «con la de Helena Maleno en Marruecos y Proactiva en Italia, es la creciente dificultad para ejercer la ayuda humanitaria».

«María Iglesias, en Lesbos. Seguiremos atentos», despedimos la conexión y fui hacia dentro.

«Gráficos, fuera», atronó un policía en griego e inglés, «Out», señaló mi cámara de fotos. La dejé a Pavlos, crucé el *hall* y salí a un jardín con la maleza cubriéndonos las rodillas, donde reconocí a Mohammed Abbassi con su abogado, Themistoklis Kefalas; Salam Aldeen con activistas de Team Humanity; Manuel, Julio y Quique preparando, con Haris y la consejera Aguilar, el testimonio que ella iba a prestar; y cerca a Sandra, la mujer de Manolo, con la hija mayor de él, de diecinueve años y la pequeña de dos, y las novias de Quique y Julio, Gabriela y Míriam; Lara Lussón, de prensa de Proem-Aid; Patricia Martorell, psicóloga de la ONG Cuidando; Rebecca, Thanasis, Efi, miembros de Proem-Aid como Lolo y Felipe; y periodistas griegos como Anthi Pazianou y Stratis Balaskas. Radio Sevilla llamó para otro directo. «Vamos», acuciaron los abogados justo cuando acabé la retransmisión. Ahí en el umbral, vi por primera vez a Fragkiskos Ragkousis, el histórico, casi reverenciado, defensor de izquierdistas, incluso en

procedimientos donde eran acusados de terrorismo. Un hombre, en sus setenta, que encaraba la tarea más compleja, la defensa de Aldeen quien, como conté en *Público*, estaba más en el punto de mira como patrón de la lancha. De hecho, tuvo que pagar diez mil euros en vez de cinco mil de fianza y, a pesar de ello, fue obligado a quedarse en Grecia dieciocho meses.

La sala del fondo, la mayor del edificio, era la asignada al juicio. Hicimos cola y, aun así, entramos a cuentagotas. Dentro, a la derecha estaba el tribunal, para mi estupor presidido por un pantocrátor, Dios padre ortodoxo, con actitud de juez y en pan de oro. Algo impensable incluso en una España ni laica ni tan aconfesional como dicta la Constitución. En el estrado, la jueza, flanqueada por la fiscal y el secretario. Frente a ellos, abajo, en dos bancos, los acusados y a la derecha, los tres abogados. Al lado opuesto, juristas y estudiantes interesados en el proceso. Nadie con toga. Desde una baranda de madera hacia atrás, estábamos el resto: público, parientes, amigos, compañeros, periodistas, junto a los políticos, y, me sorprendí, en las últimas cinco filas jóvenes presos, unidos, de dos en dos, con grilletes. La habitación funcionaba, de forma simultánea, como sala de vistas y de espera de los casos dirimidos en las contiguas. Razón que parecía justificar la presencia de nueve a quince policías armados, intimidadores y vociferantes. «No, no», nos gritaban y empujaban cuando buscábamos asiento. «No», cuando tocábamos el móvil para silenciarlo. «No», si nos susurrábamos el estupor. También fue objeto de reprimenda Helenis Jaratsi que, al serle denegada su petición de ser la traductora de los bomberos, intentó ir explicando el proceso al cónsul y la consejera. Ofició de traductor de los acusados españoles Ignazio Hatzivasilellis, secretario de los juzgados, que hizo Hispánicas en su juventud. El ruido en la sala, de los otros detenidos, de los policías, del batir de puertas por las que venían a buscar a los reos era tan abrumador, que apenas oíamos nada del pleito en griego. Prestábamos atención extrema a los gestos. El traductor susurraba a Manolo, Quique y Julio frases mucho más cortas que las de abogados, jueza y fiscal en la fase de la prueba documental. Los primeros testigos fueron dos miembros de Guardacostas griegos. Me sorprendió que ninguno fuera Antonio Sofiadelis, el jefe de la autoridad portuaria a quien entrevisté en *Contramarea*, tan elocuente y seguro. Atendiendo al lenguaje no verbal, los dos policías respondían a la defensiva. Hombros bajos, cabeza gacha, parecían más acusados que acusadores. Sus respuestas eran balbuceos.

Al acabar se sentaron en el alféizar de una ventana lateral, junto al resto de policías, al amparo de la complicidad gremial.

Llegó entonces aquel tercer hombre que, según nos explicó Onio, era el capitán Babis, primer testigo de Petsikos. «Ha sido patrón de nuestra embarcación desde el arresto en 2016, para evitar nuevos malentendidos en los avisos a Salvamento.» Luego, al fin, vino Rebecca, respondiendo, resuelta, sin dejarse interrumpir ni por la jueza, ni menos por la fiscal que lo intentaba con frecuencia, en su explicación de los rescates de Proem-Aid. Tras ella declaró Giorgos Tallis, el diputado de Syriza por Lesbos en el Parlamento de Atenas, que conoció a los rescatadores españoles desde su llegada a la isla; y, finalmente, fue el turno de la consejera Rosa Aguilar. «Como miembro del Gobierno de Andalucía vengo a dar fe de que los tres bomberos son funcionarios de la Administración española. Y, como tales, conocen y son respetuosos con todo protocolo de actuación pública. De hecho, algunos vinieron en Comisión de Servicios, es decir, rescatando como parte de su trabajo oficial, de forma comunicada a sus administraciones españolas e informando tanto al Ministerio de Asuntos Exteriores español, a través de la Embajada en Atenas, como a las autoridades griegas locales, guardacostas y bomberos de Lesbos.» Aguilar, finalmente, subrayó que las «misiones de solidaridad internacional no son infrecuentes entre los bomberos españoles y andaluces. Por citar un par de ejemplos», precisó, «están los rescates en el terremoto de Haití o la ayuda en la extinción de incendios forestales en Portugal el pasado verano». Rosa Aguilar es una política conocida en España, mucho en Andalucía. En ese momento, dos impresiones contrapuestas convivían en mi cabeza. De un lado, gratitud, incluso orgullo de ver testificando en defensa de los rescatadores de refugiados, pero también de nuestros valores democráticos, de la dignidad colectiva europea a una representante de mi gobierno, de nuestra política. Alguien a quien yo había votado e incluso defendí cuando legítimamente cambió a un partido con más poder. De otro, vértigo profesional. Porque teniéndola ahí, justo hoy y por este motivo, siendo yo periodista estaba obligada a hacerle una pregunta que iba a incomodarla. La respuesta que me diera no iría en la crónica para el periódico, ni la radio. Sería quizá para el documental, si salía, a largo plazo. «Ya sabes que eres capaz de incomodar, tampoco es tu obligación ser la antipática de la reunión», me dije. Sólo que sí lo es, si existe una razón. Y la

razón era enorme. Mayor que esa sala, mayor que la acusación a tres rescatadores profesionales españoles y dos amateurs, daneses. Era la causa por la que los cinco estaban sentados en el banquillo. La causa de fondo.

La declaración acabó y se dictó un receso. Volvimos al jardín y el nerviosismo era ahora palpable. Quizá por la tensión ambiente, con tantos policías tan exaltados, por el agotamiento de atender sin entender, porque la juez y sobre todo la fiscal parecían ir a pillar. Llamé a *Público*, me llamaron de la SER. Hablé con Pavlos que seguía fuera esperando. Sobre las 12.30 h volvieron a convocarnos a la sala donde el tribunal había juzgado, en el receso, otro caso. Los primeros acusados en declarar fueron Aldeen y Abbasi. Jueza y fiscal les interrogaron intensamente y, al fin, comprendimos, pues los dos se vieron obligados a testificar en inglés en una lengua distinta a las suyas, maternas -árabe, danés o ruso en el caso de Salam-: «¿Cuándo creó su ONG, Sr. Aldeen? ¿En qué país la registró? ¿Con cuántos miembros cuenta? ¿Cuál es su formación en rescate? ¿Operaba con Proem-Aid de forma sistemática? ¿Quién le enviaba los avisos de auxilio? ¿Avisaban a Salvamento? ¿Lo hicieron la noche del 14 de enero de 2016? ¿Mantiene que llamaron? Pues autoridad portuaria lo desmiente. ¿A quién pertenecía su lancha? ¿Cuáles son sus fuentes de financiación? ¿Cuál es el papel, en la ONG, de Abbasi? ¿Voluntario o cofundador con usted?». La rueda de interrogantes se repetía, o desde el principio o desde una pregunta intermedia. Salam, a quien yo conocí fugazmente, en marzo de 2016, a quien entrevisté, cuarenta minutos, por teléfono haría un mes, elegante en su traje de chaqueta, se veía ahí más inseguro que nunca. Consciente de que su circunstancia era la más complicada. En la primera línea del público reconocí a su mujer, Amal, con quien se casó en febrero, y a quienes por edad debían ser la madre, Zenaida, y el padre, Adel. Salam me contó que ambos se conocieron en la URSS, ella moldava y él iraquí, estudiante de Ingeniería agrícola y que, en los 90, cuando la guerra civil, se vieron obligados a huir, a pie, atravesando los Balcanes, también en plena contienda, hasta lograr refugio en Dinamarca. Salam Kamal era el hijo mayor y ya tenía entonces a sus dos hermanos pequeños, Samer y Anis. También los reconocí allí de espaldas.

«¿Periodista?», pregunté a la señora que, junto a mí, tomaba incontables notas.

«No. Embajada de Dinamarca.»

«¿En apoyo de los dos acusados?», indagué.

«Sólo observando», matizó. A su costado reconocí al muy joven Jonas Bruun, también danés, a quien había telefonado para el reportaje porque él estaba rodando el documental *La Odisea de Salam*. «Lo estrenaremos en marzo de 2019, en el Festival de Copenhague», anunció. «He pedido permiso para rodar en el juicio», había añadido. Obviamente no se lo concedieron. De hecho, me di cuenta, ahora, de que no parecía que quedara registro de la vista. Ni había taquígrafo, ni, aparentemente, la peana con micro, entre los acusados y la jueza, estaba enchufada ni amplificaba nada. El abogado de Salam, el famoso Ragkousis, dejó su asiento para amparar a su defendido en el intenso interrogatorio, blandiendo un abanico de folios. «Es la lista de llamadas de la compañía telefónica», tradujo Helenis Jaratsi. «Ya la aportó en la prueba documental. Sólo recuerda que demuestra que avisó a Salvamento.» Tanto la jueza como la fiscal fueron menos duras en sus interpelaciones a Mohammed Abbassi, más rápidas. Y enseguida llegamos a Manuel que, quizá, porque en el descanso alguien le avisó de que desde atrás apenas se oía, testificó en un tono tan alto como para que entendiéramos. «Yo, Manuel Blanco, sargento bombero de la Diputación de Sevilla, vine por primera vez a Lesbos en Comisión de Servicios para tareas de salvamento en diciembre de 2015...» empezó su relato. «¿Por qué vinieron? ¿Por cuánto tiempo? ¿Cuánto duraba cada turno? ¿Volvían a España? ¿Se reincorporaban al trabajo? ¿Y regresaban a Lesbos en sus siguientes descansos? ¿Por qué? ¿Cómo se les ocurrió crear la ONG? ¿Quién les financiaba? ¿Qué relación tenían con Salam Aldeen y Team Humanity? ¿Y con otras ONG? ¿Constituían una red?». Intuíamos las preguntas a partir de las respuestas que Manolo daba. Ningún juicio es un trámite. Yo lo sabía por el de mi despido, el de mi compañera Nuria Castaño en el que, antes, había sido testigo, o incluso aquél en que acompañé a mi padre, de niña, donde acusaban a su defendido de robar naranjas. Pero esta vez, todos, salvo Manolo, previmos una vista más ágil y breve, quizá más superficial porque estaba claro que esos bomberos no habían ido a traficar. «¿Quién avisó a Guardacostas?», siguieron. «¿Se molestó en averiguar si el señor Aldeen realmente llamó? ¿Ah, sí, le vio llamar? ¿Seguro que le descolgaron? ¿Solían ir a rescatar en el barco de Team Humanity? ¿Entonces por qué esa noche sí? ¿Por qué pidió Aldeen ayuda a Proem-Aid y no a otra ONG? ¿No es menos cierto...» la fiscal lanzó las frases, echando el cuerpo hacia delante, «que esa

noche dieron un viraje súbito de 180 grados porque percibieron que guardacostas griegos les estaban vigilando?».

«Por supuesto que no», sonó más tajante, aunque calmado, Blanco. «Nosotros, como funcionarios españoles, sabemos cómo trabajan colegas en cualquier administración europea y nos coordinamos con ellos. Cuarenta y ocho horas antes del arresto hicimos un rescate conjunto con Salvamento griego, a petición suya. Y la tarde previa a la detención coincidimos con Salam Aldeen, cada uno en sendos barcos, en otro rescate que los guardacostas de Lesbos autorizaron. Pero luego, ya en puerto, al revisar nuestra documentación, nos pidieron un ajuste técnico de la embarcación y que tradujéramos del inglés al griego el seguro, razón por la que nos la sacaron del mar. Justo esa noche nos buscó Salam, porque nos conocía, todos los rescatadores nos conocemos aquí. Supongo que pensaría en nuestra profesionalidad. Salimos con él. Yo le pregunté si había llamado. Dijo que sí. Pero, por mi insistencia, llamó de nuevo. Lo vi. Sólo zarpamos con el visto bueno del puerto. Y para mala suerte, ni encontramos el dinghy que dio aviso de naufragio.»

Este punto reapareció en el interrogatorio a Julio Latorre cuando la fiscal preguntó: «¿Cuánto tiempo buscaron la balsa que supuestamente naufragaba?».

«No sabría exactamente...», empezó a responder Julio cauto, «porque, como rescatadores, vamos concentrados en el trabajo: Salam manejaba la lancha, Manuel controlaba, con el GPS, el límite de las aguas territoriales, y Quique, Moh y yo buscábamos, en la noche, entre las olas, intentábamos oír alguna voz. Pero...», se dio cuenta de que la mujer no quedaba satisfecha, «yo diría que, de cuarenta minutos a tres cuartos de hora, sería».

«¿Y ya está?»

«¿Perdón?», preguntó Julio dudando si el «Ya está» era de la fiscal ya que, antes, en el banquillo, el traductor dio su propia opinión al decir: «Mala idea traer a un testigo político».

«Le pregunta la representante del Ministerio fiscal», precisó el intérprete, «si sólo buscaron durante cuarenta minutos». Julio se mordió el labio y contestó: «Sí, cuarenta o cuarenta y cinco».

«¿Y por qué dejaron de buscar tan pronto?», insistió la fiscal en su provocación. «Si se supone que son rescatadores, ¿con eso les bastó?» Antes de que Julio encajara el golpe que más podía herirle, oyó: «Y ¿cómo explica

su viraje de 180 grados al ver que eran vigilados por la guardia costera? ¿Por qué emprendieron la fuga hasta su detención?».

«¿Fuga?», saltó Julio: «No hubo ni giro repentino, ni persecución. Ya volvíamos a puerto, tras no encontrar el dinghy, cuando un barco enorme nos puso la proa impidiéndonos avanzar. Fuga, ninguna», dejó patente su malestar.

«¿Quiere decir que la autoridad griega, que dice lo contrario en su informe, miente?», Julio, al ir oyendo al intérprete, suavizó hasta la actitud física.

«Yo no digo eso, por supuesto. Cuento cómo fueron los hechos. Testifico la verdad de lo que ocurrió esa noche porque no tengo nada que ocultar. Y ni existió ningún “viraje súbito de 180 grados”, retomó las palabras exactas de la fiscal, “ni la menor persecución”.»

Llegado el turno de Quique, que solía ser el más optimista y alegre, su cara evidenciaba preocupación. Al ser el último tenía la responsabilidad de no contradecir ningún detalle de las cuatro versiones previas. Y con la repetición insistente de preguntas cabía dudar en nimiedades: «¿Cuánto tiempo pasaron buscando?», una y otra vez, podía hacer que los minutos bailasen. Llegó un punto del juicio, cerca ya de las tres, con el sol caldeando la sala, en que la propia jueza, minuciosa en su pesquisa, pareció hastiada del agresivo interrogatorio de la fiscal. En especial, cuando ésta tras pedir: «Explíqueme detalladamente el proceso por el que recibían los avisos de socorro», y una vez que Quique le contó, como los otros cuatro, que había un grupo de WhatsApp de las ONG donde se compartían los avistamientos de balsas, «o mensajes de auxilio de los propios migrantes a los que les han dado el contacto amigos o primos que en días previos rescatamos», la fiscal lanzó, convencida de que era el golpe definitivo: «¿Y en ese WhatsApp tenían metido el teléfono de Salvamento Marítimo?».

«¿Se refiere...», Quique dudó, sin poder creerlo, «... al fijo?», «¿en el grupo de WhatsApp?» El abogado Haris Petsikos se acercó a su representado mientras respondía a la fiscal: «Salvamento Marítimo ni puede, ni tiene por qué estar incluido en un grupo de comunicación privado, ya sea creado por amistad o motivos prácticos. Basta que, como es preceptivo», añadió, «los rescatadores, siempre que reciban aviso de naufragio, y piensen rescatar, avisen y esperen la autorización antes de zarpar. Lo cual ocurrió esa noche, como todas, tal como ha acreditado el letrado Ragkousis en la prueba

documental». Nadie podía más. Este segundo tramo había sido extenuante. La última hora, sin que nos diéramos cuenta, los arrestados de las filas de atrás habían desaparecido. Era el único juicio que seguía en el edificio que, en principio, a las tres se cerraba hasta la siguiente jornada. La juez se levantó y el resto siguió su ejemplo. Yo me acerqué a Petsikos: «Receso», dijo. «En media hora volvemos y, luego, una hora y media más para escuchar la petición fiscal, nuestras alegaciones, de los tres defensores, y la sentencia.»

Ya había primera noticia, ésa: hoy tendríamos veredicto. Manuel, Julio y Quique, a los que todos reconfortábamos, se declararon más animados de lo que sus rostros mostraban en los audios que mandé a la radio y con los que monté mi crónica para *Público* y la web de la SER. «Contra ellos no hay nada», bullía el mentidero periodístico griego. «Pero a Salam le pueden caer de seis a ocho meses. Por debajo de tres años no se entra en prisión, pero sería un tirón de orejas, para disuadir a las ONG», especulaban. Salam no debía ser ajeno a esa opción, pues era el más inquieto, recorriendo el largo pasillo, hablando por teléfono. Cuando dos horas después y no media, a las cinco, se retomó el juicio, la mayoría no habíamos comido más que una fruta. Hacía mucho calor y los rayos, entrando por el estrado, hacían cabecear incluso al secretario. Arrancó la fiscal, bien despierta, con una retahíla de argumentos que enumeró con los dedos, mientras Helenis y Rebecca, cabeceando, negaban.

«¿Qué?» indagué. Helenis, entre el cónsul y la consejera, apenas torcía los labios, contenida, diplomática. Rebecca, en cambio, puso el pulgar boca abajo.

«¿Qué dice? ¿Qué pasa?», preguntaron Míriam y Gabriela, las novias de Julio y Quique.

«La fiscal defiende a la Policía, es normal», evité inquietarlas, pero las caras de la delegación política eran de circunstancia.

Entonces Fragkiskos Ragkousis que, en la distancia, parecía incluso cercano a los ochenta años, se puso de pie. Era el momento de su alegato, que hizo desde su puesto, dirigiéndose enérgico a la juez y, con frecuencia, a la fiscal. Abrió el código penal, leyó del articulado. «¿Es la letra de la ley lo más importante o el espíritu que protege? ¿Qué es la justicia realmente? ¿No consiste en amparar al ser humano, sus derechos? ¿Cuál es mayor, más básico, que el derecho a la vida? ¿Acaso no estaba en juego aquel invierno de fin de

2015 e inicio de 2016 en que tantos voluntarios internacionales vinieron a Lesbos a rescatar en el Egeo? ¿Con sus conocimientos técnicos, su tiempo y dinero, con su propio riesgo? Ayudando a evitar naufragios y ayudándonos a ayudar a nosotros, ciudadanos y autoridades griegos. ¡No echemos en el olvido la solidaridad que nos ofrecieron! ¿Es eso lo que va a castigar el código penal heleno en este juicio? ¿Es...», siguió Ragkousis, «el precedente que sentaremos? Porque concurren dos circunstancias, importantes ambas, a tener en cuenta. La primera, no por obvia, menos merecedora de ser citada, que para condenar por un delito se precisan pruebas de que se ha cometido, y la carga de la prueba no pesa sobre el acusado. Sería la Policía quien tendría que haber aportado evidencias de crimen o falta administrativa. Pero no es el caso, venimos constatándolo. Además, el segundo extremo, menos evidente, si se quiere, más de contexto y, sin embargo, clave, determinante, de lo que está pasando en Lesbos, Grecia, Europa y el panorama global actual es que los poderes fácticos no quieren que las ONG, la ciudadanía solidaria y activa actúen, porque consideran que eso es meter las narices en ámbitos de su competencia, como sería el Salvamento Marítimo aquí en Grecia. Incluso aunque el Servicio Oficial de Guardacostas carezca, como ha reconocido ininidad de veces, públicamente, de medios, técnicos y humanos, para rescatar a la cantidad de personas que esos meses llegaron. Y uniendo uno y otro, la falta de pruebas para acusar de algo tan abyecto como el tráfico de seres humanos a cinco ciudadanos que vinieron generosamente a rescatarlos con ese contexto general de criminalización de la ayuda humanitaria, cabe preguntarse: ¿Acaso actúa la Fiscalía como instrumento al servicio de un interés político para acosar al desempeño de la cooperación humanitaria a través de la encomiable tarea de rescate? Tengo que preguntármelo a la vista de lo imputado hoy por la fiscal en sala y con la agresividad de la que ha hecho gala». Se me saltaron las lágrimas. Un instante. Recordando a mi padre, su fe en la justicia, encarnados en ese colega batiéndose allí el cobre con tantos años, justo tras unas semanas en que, en España, sufrimos la vergonzosa sentencia que rebajaba la importancia de la violación grupal de *la Manada*. Me pasé la mano por la cara, para resituarme, al tomar la palabra el abogado de Mohammad Abbassi, Themistoklis Kefalas. «Yo voy a centrarme, y así lo anuncio ya, en la cuestión concreta y clave de la falta de rigor, tanto en la denuncia como en la investigación policial. Puestas en evidencia por la contradicción entre lo que la Policía ha declarado hoy y lo que declaró en la

fase de instrucción. En el juicio rápido, de enero de 2016, que sirvió de base para señalar éste, quien hoy ha sido primer testigo de la acusación negó que jamás Salvamento Marítimo griego hubiera autorizado a ningún particular u ONG a rescatar en una lancha de recreo como la de Team Humanity. Pero, en el interrogatorio de esta mañana, ha reconocido que existieron precedentes. Numerosos, por cierto. No es menor tampoco que se haya sembrado dudas sobre la llamada a la autoridad portuaria, pidiendo permiso para rescatar. Algo evidente en los documentos de la compañía telefónica. Por no hablar del asunto determinante, hasta para calcular los años de cárcel, de que en la primera denuncia policial se diga que la balsa traía a ciento diez personas y hoy los guardacostas hablen de ciento sesenta. ¿En qué quedamos? Porque el delito lleva aparejado diez años de cárcel por cada introducido en Grecia. ¿Cómo dan cifras si la balsa no fue hallada? En los dinghys caben, a lo sumo, sesenta personas. ¿Eran dos? ¿O era una embarcación de madera, un *bigboat*?»

Llegado el turno de Haris, pensé que haría un alegato formalmente distinto a los previos, menos enérgico y performativo, por su forma de hablar, tono grave, tempo lento. Pero, una vez en pie, le vi transformarse, alzó la voz y anticipó: «En mi turno, digamos que aunaré lo macro y lo micro: daré un contexto a los hechos que hoy son juzgados porque parece mentira, pero es como si lo hubiéramos olvidado. Los hombres y mujeres que vivimos en esta ciudad e isla vimos, aquel otoño invierno, llegar a miles, hombres, mujeres, niños y ancianos, enfermos, discapacitados, heridos, de guerra o por el ISIS, amputados... Llegaban a las playas sin parar. De madrugada o a plena luz del día. Estaban por las calles abarrotadas, alrededor de las casas, en el jardín de mi despacho hubo familias acampadas, semanas. ¿Recordamos aquello a lo que costaba dar crédito, que nos hacía llorar de espanto? ¿Lo que no podíamos afrontar solos, por lo que reclamábamos, autoridades y ciudadanos helenos, la solidaridad internacional, empezando por la del resto de estados europeos? Dicho lo cual», tomó aire y dejó sobre su mesa las fotografías con que acababa de avivar los recuerdos, «paso al hecho preciso del arresto, acusación y proceso: es evidente que, de principio a fin, ha sido un ejemplo de chapucería. Y para demostrarlo voy a enumerar los puntos más llamativos, no los únicos. Los hitos, por así decirlo. Empezando por un cargo que luego fue retirado, el de «tenencia de armas». Sin duda lo recuerda el tribunal. En el

juicio rápido, se acusó a los detenidos de tenencia ilícita de armas por el cortacabos de todo equipamiento básico de rescate, como Salvamento Marítimo bien sabe. No fue, pues, el desconocimiento, sino la mala fe la que llevó a querer dibujar a los acusados como «malhechores portadores de chuchillos», buscando acortar de esa forma chapucera la distancia en el imaginario colectivo entre estos rescatadores y supuestos traficantes de seres humanos. Una segunda acusación chapucera es la de no haber pedido permiso de rescate, que los compañeros Ragkousis y Kefalas han subrayado ya. Otra tercera, decir que ambas ONG operaban en Lesbos sin registro ni conocimiento oficial cuando, al menos, Proem-Aid ha podido acreditar que presentó sus documentos a Salvamento Marítimo, al parque de bomberos de Mitilene y a la embajada de España en Atenas. En cuarto lugar, el supuesto «súbito viraje de 180 grados» que hoy tanto tiempo y energía ha ocupado, gracias a la insistencia de Fiscalía, no ha podido acreditarse ni en la declaración de ningún testigo hoy, ni en la afirmación concreta de un agente que se identifique y se haga responsable de la acusación en el informe citado, en el cual sólo aparece, como fuente anónima, o plural mayestático. Acabo con algo tan gráfico», avivó Haris la expectación, «que haría sonreír, si no hubiera tanto en juego y tan grave: decir que una fragata de Salvamento Marítimo de Lesbos, de sesenta metros de eslora, atrapó, tras una persecución, a una lancha rápida como la de Team Humanity es tan inverosímil, por la potencia de sus motores y el peso de las embarcaciones, como defender que la Policía griega, patrullando en bus urbano, sería capaz de detener, en pista abierta, a alguien que huyera en un Ferrari». Así terminó Haris su alegato y se sentó. ¿Había acabado? Eran las seis y diez, una hora menos en España. ¿Ahora qué? «*Énochos*, (pronunciado *enojo*, como enfado) significaría culpable y *athóos*, inocente», recordé. Hubo un removerse de sillas, murmullos y enseguida. «Inocentes, todos», se extendió por la sala. «Inocentes, todos», un eco que no paraba. Y estallaron aplausos y hubo risas y llanto y los abogados mandaron callar y los amigos locales conminaron a abandonar la sala para no estropear tal final. «Inocentes, inocentes», mandé mi emocionado audio a los cuatro jefes: Pedro González de la Calleja de *Público*, Mariola Lourido, Diego Suárez y Susana Elgea de la SER Nacional, Andalucía y web.

Manolo fue el más sereno. Julio y Quique tenían los ojos húmedos. «Va a ser difícil hablar», dijo este último mientras Onio lloraba, liberando la tensión

por la responsabilidad de esos dos años como fraguador de Proem-Aid. Moh Abbassi estaba feliz, su cara empapada. «Mi familia, mis amigos», imaginó la alegría, en Copenhague, de su círculo. «Ahora, a seguir trabajando allí, en Cruz Roja, pero libre ya de este miedo», avanzó planes. Salam Aldeen casi no podía creer el desenlace: «Hoy me he llegado a ver como chivo expiatorio», reconoció. «Menos mal que se ha hecho justicia. Seguiré ayudando donde sea más necesario.» Los compañeros gráficos, cámaras y fotógrafos que llevaban ocho horas esperando, a la puerta del juzgado, estaban más que preparados y en cuanto salieron los protagonistas tomaron la imagen de la absolución, la celebración y el abrazo de los cinco, clamando juntos: «¡Salvar vidas no es delito!». Luego, de forma organizada y paulatina, españoles y daneses atendieron a los medios de sus países e internacionales: «Lo primero que tenemos que hacer es dar las gracias», dijo Manuel Blanco, «a cuantos nos habéis ayudado con vuestro respaldo, ciudadanos, autoridades, periodistas, todos. Pero», añadió, «mi pensamiento es para los que siguen muriendo. Porque el foco mediático está hoy aquí. Pero los verdaderos protagonistas son quienes se siguen ahogando en el Mediterráneo, cruzando hacia España, Italia o Grecia. Y tenemos que aprovechar, que hoy estáis pendientes del juicio, para recordarlo». «La verdad ha imperado frente a una acusación absurda», agregó Julio. Quique añadió: «por fin, podremos descansar». «Además de verdad» le sonrió Julio, «Menudo peso nos quitamos de encima». «Ésta tenía que ser la sentencia», me dio Onio su valoración. «Pero había que conseguirla. Y ahora Proem-Aid seguirá trabajando en el proyecto de #maydayterraneo, porque el problema real sigue: cientos de personas se están ahogando».

Ellos se irían a celebrar la absolución y yo al apartamento a terminar el trabajo. Quedaba recabar la reacción política. La responsable de prensa de la consejera lo organizó para que nos atendiera de forma colectiva. «¿Primera valoración?», lanzó el compañero de Canal Sur. «De alegría, por supuesto, por la absolución de estos tres bomberos andaluces...», empezó a contestar Aguilar. «¿Sienta un buen precedente contra la criminalización de la ayuda humanitaria?», y ahí la consejera desarrolló que Manuel, Julio y Quique eran «la mejor cara de Europa, la de la Europa de los valores, de la solidaridad y la convivencia». Yo sentía que debía, y a la vez no quería, hacer mi pregunta sobre la raíz política de todo. «Consejera», me lancé, «la justicia griega ha hablado pero, ¿qué iniciativas políticas debe emprender Europa para proteger

a los rescatados por ONG y voluntarios?». Fue un fiasco de pregunta, lo supe enseguida, tan genérica que permitía repetir las frases previas, sacadas de esos argumentarios que los partidos hacen memorizar a sus políticos. «Perdón...», vi tus ojos, Ferhad, y decidí repreguntar. «Los bomberos vinieron por un éxodo que era, en su mayoría, de sirios que huían de la guerra que empezó en 2011 Bashar al Asad. Usted, como alcaldesa de Córdoba, en 2001, fue su anfitriona cuando sucedió a su padre, dictador por treinta años: ¿deben las democracias europeas hacer autocrítica de sus relaciones con las tiranías de Oriente Próximo? ¿Y», añadí, «puede, como actual consejera de Justicia e Interior de Andalucía, garantizar que las relaciones de España y Andalucía con la antidemocrática monarquía marroquí no causarán en el Estrecho de Gibraltar un éxodo como éste por Lesbos?».

«Esa visita», respondió sorprendida, «fue cultural. Debo aclararlo. Fue por una exposición sobre el esplendor Omeya. Avalada por el rey de España y los presidentes de Andalucía y España. Porque la mayoría de piezas procedían de Siria». Yo asentí, esperando a que dijera algo de fondo, pero nada. Orilló toda mención a Marruecos, la menor autocrítica. «Yo lo que creo muy importante es que Europa recupere sus mejores valores», empezó a desplegar un discurso bienintencionado difícil de objetar, «que cambie la política de cierre de fronteras internas e incumplimiento de acuerdos de acogida o pacto con Turquía para levantar un muro de contención. Que vuelva a ser la UE del compromiso, cooperación, diversidad, ayuda humanitaria e interculturalidad». Cuando acabamos, busqué a Pavlos que iba a hacerme el favor de acercarme en coche al piso y ahorrarme así un tiempo preciosísimo. «¿Nos vamos, compañero?» En la cancela estaban en corrillo los políticos que, al día siguiente, a las seis de la mañana, regresaban, el cónsul a Atenas, el resto a España.

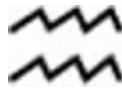
«¿Tú vuelves con los bomberos, el jueves?», me preguntó la consejera.

«No. El domingo. Me quedo unos días para entrar en los campamentos de refugiados», les estreché la mano.

«Ten cuidado, no te metas en líos y nos necesites de testigo», dijo con desenfado.

«¿Yo?», me desconcertó. «Soy muy prudente», le devolví la sonrisa sin entender todavía. «Por mis hijos», la mueca se me congeló, segura ya de no ver la gracia a sus palabras.

En casa, acaricié a *Mirto* al paso y, en el cuarto, tecleé el texto para el periódico, grabé crónicas para esta noche, para el matinal de mañana, nacional y regional, mientras las fotos se descargaban al portátil desde la cámara. Luego, manda, manda, manda, confirma recepción, y aquí modifica y repite y actualiza. A medianoche griega, once en España, cuando acabé y, sentada en el suelo, fui a comer el hojaldre que compré al salir de los juzgados, oí, al fin, lo que llevaba sonando un rato: eran golpes y quejidos, un hombre pegando a una mujer en este edificio o el de al lado. Por primera vez vivía lo que en España tanto se denuncia, y pasa. ¿Qué hacer? ¿Cómo actuar? «Para, para», pensé. «Que vas a matarla.» Pero siguió. Y yo con la empanada en la mano.



La primera vez que estuve sentada aquí, fue hace dos días. Lesbos, dilata el tiempo. Creí que, el lunes por la noche, se había acabado mi trabajo sobre el juicio. Eso respondieron a mis envíos, en el periódico y la radio. Pero el martes a las nueve, ocho en España, me despertó un mensaje de la Cadena SER diciendo que querían un directo con los bomberos en el magazín local de Salomón Hachuel y luego llegó otro de *Público*, encargándome que, si visitaban un campamento o las playas donde solían rescatar, lo *reportajeara*.

Avisé a Onio y me dijo que fuera al hotel. «En la cafetería hemos montado la oficina de prensa», rió. «Tenemos la agenda repleta.» En el pasillo me topé con Thanasis.

«Voy a preparar la manifestación antifascista de esta tarde, en la plaza Safo. ¿Vendrás?»

«Sí, claro, pero espera un segundo. Anoche, los vecinos...»

«¿Se pelearon? Cuando la Policía viene, ella lo niega. Pero descuida que ahora llamo.»

Al subir a la primera planta del hotel Lesvion, me impactó la vista del *harbour*, el mar, los barcos -veleros y lanchas de recreo, fragatas militares, al fondo el ferry a Atenas-. Pero ni eso eclipsó el espectáculo del equipo Proem-Aid, organizado, resuelto, habiendo previsto, ellos sí, la que hoy se les vendría encima, uniformados, con sus camisetas y sudaderas naranjas, repartidos entre mesas, ellos con sus parejas, portátiles abiertos, repasando las webs de los diarios, compartiendo en redes, respondiendo a mensajes, llamadas, cerrando horas para entrar en antena con Carlos Herrera, o en el programa televisivo de Susana Griso. Una mujer empezó a retirar el bufet pero le rogué:

«Perdón, ¿puedo desayunar? Lo que sea», me miró extrañada. «Soy periodista», leí su nombre, Charichia Hapy, en la chapa. «Ayer almorcé una manzana y casi no cené», expliqué. Su sonrisa, el cacao hirviendo, el pan blanco, los gajos de melocotón con canela devolvieron la energía a mis venas. Me dieron la fuerza para, antes de conectar con Radio Sevilla, ir al Ayuntamiento a por mi permiso de visita a Kara Tepe. Sería el jueves, después de la cita que la embajada griega en España me consiguió para entrar al hermético campamento de Moria, dependiente del Gobierno. Tras la entrevista en la radio local, visité la cooperativa Mosaic, de clases y artesanía, impulsada por la ONG de Efi y Thanasis, Lesvos Solidarity, responsable también del campamento de vulnerables de PIKPA. «¿Podemos ir allí esta tarde?», les preguntó Onio por teléfono. Dieron el visto bueno y, antes, almorzamos en el restaurante NAN que ellos también han creado para dar empleo a refugiados. Cuando llegamos a PIKPA, sobre las cuatro, los bomberos y sus compañeras, la psicóloga Patricia Martorell, la voluntaria de *Holes in the borders* Laila Ben Chaouat, el periodista y activista brasileño André Nadeo y yo conocimos a Nasser y Mahmud, kurdo iraquí y sirio kurdo. Durante la entrevista contaron que llevaban en Lesbos, el primero desde enero y el segundo desde hacía dos años, con cinco y cuatro hijos. Onio se fijó en que una chica caminaba mal y, al revisarle el pie, vio que tenía el talón lleno de espinas del campo. Tumbada en un poyete, sin derramar una lágrima, la chiquilla dejó que le sacara, con unas pinzas, cada doloroso pincho. «Gracias», se acercó la madre, la siria Howaida, con quien, una vez completada la cura, yo seguí hablando. «Llevamos aquí un año y medio», me contó, «y, aunque al principio, sí, claro, queríamos ir a Alemania, porque allí, además, vive mi hermano, ahora las niñas, son tres, hablan bien griego, tienen amigos, nosotros trabajo: mi marido cose en Mosaic los bolsos reciclados de plásticos de los dinghys y salvavidas y yo cocino en NAN. En Lesbos, la gente es buena, por eso queremos quedarnos. Aunque los ataques del día 22, nos asustan, claro. Yo voy mirando por si alguien va a decirme o hacerme algo», vi miedo, dolor en su mirada, pero sabía que apenas anticipaba lo que vería en Kara Tepe y Moria.

No había pedido cita en estos campamentos el miércoles, sino el jueves, porque el juicio podía haber continuado ese día. Al concluir el lunes, esa jornada quedó vacía. «Haremos algo», anunció Onio. «Lo tengo pensado.

Iremos, en furgoneta y dos coches, al norte de la isla. Os enseñaremos, a familia y periodistas, el famoso depósito de salvavidas en Molivos, y la franja más próxima a Turquía por donde, al principio, llegaban las barcas, donde está To Kyma, el hostel de Proactiva. Veréis dónde rescataban todas las ONG.» Por triste que fuera su evocación de lo vivido en 2016, sería una jornada de recargar pilas para cuando, ya sola, me quedara el reto de informar sobre el presente de los campamentos.

«Para aquí, Thanasis», le pedí al volver con él a Mitilene. «Subo al piso para escribir la crónica y tiro, luego, a la manifestación.»

«De acuerdo», dijo. «¿Te traes a *Mirto*?»

«Cuenta con ello.»

Ahora que temía al vecino de rellano, aún me alegraba más llamar a *Mirto* al abrir y verla acercarse, aunque lenta y pacífica, impresionante, por lo grande. A los tres cuartos de hora, en pleno atardecer dorado sobre el *harbour*, iba sintiéndome otra, con mi perro por Lesbos, tranquila, enviados ya los deberes del día. De lejos, constaté que la concentración seguía en la plaza. Así que me permití hacer una videollamada a casa. «¿Qué haces con un perro, mamá?», se sorprendieron los chicos. *Mirto* fue, pese a los otros temas de los que Marcos y yo hablamos, el centro de la conversación. «Voy colgando», avisé finalmente. «Tengo que hacer una foto de la manifestación para que la incluyan en el reportaje donde la he citado.» Sin ver aún a Thanasis, oliéndolo quizá, *Mirto* se desbocó. Estaba allí, en el centro, con David, el joven irlandés que vivía también en el piso. «Aquí tienes, Thanasis», le pasé la correa, *Mirto* puesta en pie sobre él, casi besándole. «Envidio tu forma de tratarla. Vuestra relación. Yo, en realidad, no sé qué hacer.»

«Trátala como si fuera humana», me dijo. «Lo entiende todo, lo he comprobado.» La multitud se empezó a mover. Onio llegó, yo hice las fotografías para *Público* y subí otras de móvil a Facebook. Entonces me sonó el teléfono: «¡Esa *Mery*!», gritó Carlos. «¡Qué alegría el veredicto ayer!» «¡Sí, me acuerdo tanto de ti! Escucha, voy de manifestación.» «¡Lesbos, gi antifasistiki», *Lesbos, tierra antifascista*, se coreaba por el dédalo de callejuelas. Y así vino Carlos en la distancia conmigo un rato. Poco después de colgar, llegó Onio y seguimos marchando. La oscuridad era completa cuando volvimos a los pies de la estatua de Safo.

El miércoles desayuné también aquí en Lesvion. Coincidí con los británicos Ann Singleton y Tony Bunyan de la web StateWatch dedicada a «monitorizar las libertades civiles en Europa», que asistieron al juicio y me dieron pistas para el reportaje de Moria, como que «las obras para adaptar el recinto como centro de refugiados empezaron en 2014, un año antes de la llegada de huidos de Oriente Próximo que se vendió como algo inesperado». En cuanto salimos de Mitilene y se abrió la perspectiva al campo y el litoral, supe que mis expectativas sobre el día se verían superadas. Pero aún no imaginaba la sorpresa que me esperaba. Después de una hora por la amplia carretera, el camino de cabras que arrancó frente a Molivos, a la derecha, nos llevó al vertedero que Carlos quiso grabar en 2016 y era, en efecto, impresionante, aunque las montañas de salvavidas hubieran mermado, desde el especial que grabó allí, en la primavera de 2016, Buenafuente con Serrat. Tanto por el reciclado de ONG ecologistas, que hacían manufacturas con sus plásticos, como por la degradación del material a la intemperie. Aquí y allá un zapato, una prenda infantil. «¿Qué habrá en el lecho del mar?», planteó Manolo, junto a su veinteañera hija Marta, Sandra y la niña que ella esperaba cuando le arrestaron, Sofía, ahora de dos años.

El Egeo era maravilloso. Especialmente ahí arriba, tan cerca de la franja de Turquía. Un día así, luminoso, radiante, en que la brisa tranquila aliviaba el calor sin rizar el agua. Lo que me sorprendió no estaba, sin embargo, en la línea de costa, sino al otro lado de la carretera, en el campo. Los árboles de tronco fino, ramas largas, hojas menudas, verde vivo y flores rojas anaranjadas eran granados. Los había por todas partes. Sin embargo, hacía dos años, no vi ninguno. Cierto que por febrero estarían ya sin fruto, marrones o deshojados. Ahora, destacaban en el paisaje, cada árbol lleno de sus coloridas campanillas. Los había en los jardines de los chalets y casas de los pueblos que atravesamos, como al pie de las carreteras. Nadie hizo mención de ellos, ni quizá los notó. Yo tampoco los mencioné porque, para el resto, nada significaban. Pero me avivó tanto el recuerdo de Ferhad que me costaba respirar. De hecho, tras almorzar en To Kyma los veintitantos, como una gran familia, quise salir, crucé la carretera y me senté, los pies casi en el mar, inspirando hondo y preguntándome «¿Dónde estarás? ¿Vivirás?».

En el corto trayecto, luego, a Skala Skamia, las hileras de tumbonas blancas, donde ya tomaban el sol los primeros turistas de la temporada,

aumentaron mi extrañeza. Por la convivencia del disfrute y la tragedia. Una vez en el hermoso pequeño puerto pesquero, al pie de la ermita de la Virgen Sirena, yendo con el grupo a tomar un café antes de volver, llamaron mi atención tres pescadores descalzos que cosían sus redes tensando el cordel con el pulgar del pie. Seis u ocho gatos maullaron asustando a un loro que parecía de plástico. Sólo entonces vi la tiendecita, modesta y fina, no de *souvenirs*, sino de artesanía local, cerámica y platería. Me quedé petrificada. Porque casi todo, lo más llamativo, entre platos con forma de pescado y pendientes de hoja de olivo, eran granados y granadas. Árboles realistas y esquemáticos, frutas de barro esmaltadas en cestas, que se vendían por unidad, o como adornos de pared o móviles colgando del techo, mecidas por el viento. «¿Qué es? ¿Por qué?», pregunté. La vendedora, rebuscando en su parco inglés contestó: «Tradición. Suerte. Hogar».

Deseé tocar, coger una de esas granadas tan auténticas. Llevármela al pecho, fuerte, atravesármelo, como para un injerto, llenando el hueco tremendo que estaba sintiendo. Hasta el tacto estaba conseguido, era tibio, no parecía cerámica. La quise. Pagué los quince euros. La vendedora no entendió mi emoción. Al volver con el grupo debieron pensar que, mi ánimo, taciturno, se debería al cansancio. Luego, ya en Mitilene, redoblé mi esfuerzo por no amargar la última velada, en el alegre restaurante de emparrado y farolitos de multicolores, con Rebecca y el abogado Haris Petsikos.

«Ha sido un placer y un honor conocerte, Haris. Gracias por todo lo que has hecho. No dejes de venir a España a visitarnos.»

Luego, en la puerta del Lesvion llegó el momento de decir adiós al resto.

«Cuídate estos días, bicho», me abrazó Onio. «Prométemelo, que te conozco.»

«Te lo prometo. Ya sabes: soy cero bombero.»

«Pero periodista hasta la médula, no sé qué es peor. Mañana cuando te sumerjas en los campamentos, recuerda: enfúndate un buen neopreno que te proteja y bucea hasta donde debas, pero midiendo tus fuerzas para volver e informar.»

«Lo haré, en serio.»

Apurando el café recordé, por SMS, a Stavros Mirogiannis mi visita a Kara Tepe y me emplazó a llegar a las dos. Me comprometí con él, sabiendo que tenía razón en advertirme. Madrugué y me obligué a tomar el desayuno

potente del hotel, aunque tenía el estómago cerrado temiendo lo que iba a reencontrar. Llevaba mis dos permisos, el de Moria y Kara Tepe. El primero, me autorizaba de diez a once menos cuarto. Menos de una hora. Algo a valorar, sin embargo. Teniendo en cuenta que, en España, la entrada a los Centros de Internamiento de Extranjeros está vedada no sólo a periodistas sino incluso a senadores y diputados. Rebecca se había ofrecido la noche anterior a llevarme. «Atiendo también a los perros y gatos de Moria que, como verás, son muchos. Quizá te ayude tenerme cerca.»

«María, ¿cómo aquí?», me sorprendió aquella familiaridad.

«Boris», reconocí a Cheshirkov, que me dio un apretón de manos enérgico. «Me habían dicho que estabas en Atenas.»

«Sí. Ahora llevo el UNHCR de todas las islas del Egeo. Pero, ¿qué te trae por Lesbos?»

«He venido a cubrir el juicio a los bomberos.»

«Absueltos, ya sé. Enhorabuena. ¿Siguen aquí?»

«No. Despegaron hacia España esta madrugada. Yo me he quedado para ver los campos.»

«Ah, me alegro porque... Bueno, vas a verlo, es complicado.»

«Me interesa tu testimonio para el reportaje, Boris», le planteé.

«Llámame y quedamos, claro. Eh, qué alegría reencontrarte, en serio», sonó cálido.

«Igual, Boris, cuídate», le dije también con una cercanía nueva y sincera.

Cuando ya en la furgoneta de Rebecca avistamos Moria, lo primero que llamó mi atención fue el olivar donde se alzaba Better Days, cuyas tiendas doblaban ahora las de 2016, con lo que fácilmente habría ochocientas personas, calculé. Al salir del coche, recibí el bofetón de olor a aguas fecales e identifiqué el origen: un pútrido canal marcando el perímetro del recinto de altos muros alambrados. Habían borrado la pintada del «No one is illegal». Tampoco estaba la que le sucedió, según vi en televisión de «Bienvenido al Infierno». Tuve una sensación engañosa en la puerta. Porque yo entré con facilidad. Bastó mostrar mi permiso y carné de identidad. Las jóvenes de la garita confirmaron por teléfono que los responsables del campo me esperaban. Además, los internos, a diferencia de en marzo de 2016, podían salir y entrar. De hecho, fuera, cerca, había un par de tenderetes a modo de bares junto a la parada del bus a Mitilene. «Servicio hasta las 22.00», marcaba el cartel.

Estaba previsto que me atendiera el director de Moria, Giannis Balpakakis, pero fue su segundo, Dimitri Vafeas, quien me recibió. «Mr. Balpakakis está enseñando el centro a su superior, responsable de todo el Egeo», se excusó. «Pero yo le daré cuantos datos necesite, como primer delegado en Moria del Gobierno griego. Mr. Balpakakis viene de la empresa privada», añadió, enigmático. «Luego podrá usted recorrer el campamento acompañada de una trabajadora, respetando las normas que en el permiso le indicamos.» Vafeas invitó a que nos sentáramos, extendió sobre la mesa una fotografía aérea del campamento, «de cuarenta y cinco mil metros cuadrados. Por población es, tras Mitilene, el segundo municipio de Lesbos» y se levantó para apuntarme en la pizarra la cantidad de internos que había ese jueves 10 de mayo: «siete mil trescientos treinta y cuatro para una capacidad de tres mil aunque la infraestructura de retretes está hecha para mil. Razón por la cual nuestro problema principal son las aguas residuales. Ya habrá olido...», asentí. «Cada día, de veinte a treinta camiones las llevan a un depósito biológico en el centro de la isla. Pero está previsto rehacer la canalización.» Frente a ese objetivo a futuro, «cada día llegan en dinghy noventa refugiados. Si el ritmo se mantuviera, serían seiscientos treinta a la semana, dos mil setecientos al mes y treinta dos mil cuatrocientos al año... Pero el verano siempre dispara las llegadas. Estamos ante cantidades muy alejadas de esa punta, en 2015-2016, de tres mil personas diarias, pero consolidando la tendencia de los siguientes. En 2017, llegaron a Grecia treinta y cinco mil cincuenta y dos personas», apuntó el dato que retrataba a Grecia como segundo receptor de migrantes del Mediterráneo, tras Italia, con ciento diecinueve mil trescientos sesenta y nueve, y muy por delante de España, con veintidos mil cuatrocientos diecinueve. Si bien la ruta del Estrecho de Gibraltar es la más mortífera, con su ratio de un ahogado por cada veintinueve llegados. «En verano de 2017, el perfil fue de africanos, varones, solteros. Pero, estos dos meses, ha vuelto a cambiar a familias con niños, el sesenta y seis por ciento de Siria», informó, «por los ataques de Turquía al norte kurdo de Afrin», me estremecí, «y también de Irak y Afganistán. Hay de Jamaica, Haití, Congo, Somalia... cincuenta y ocho nacionalidades», siguió. «El noventa y ocho por ciento solicita asilo, pero la cita que pidan mañana se les dará para noviembre, dentro de seis meses. La estancia media es de un año. La frustración por la espera hace que el departamento de petición de asilo esté, como verá, aún más alabrado que el resto. Es un punto caliente. En Moria

tenemos revueltas cada seis meses.» Justo por eso esa tarde zarparían a la cercana isla de Quíos Thanasis y Carmen para acompañar al maliense Mohammad Diara al juicio, acusado de un incendio, aquí en Moria, en la protesta del 10 de julio, cuando, según los activistas, Diara es un pacificador de ánimos de la comunidad africana. «¿Solución?», planteó Vafeas. «Grecia no puede gestionar sola esta sobrepoblación. Tras el acuerdo UE-Turquía, quedaron atrapadas en el país cincuenta y dos mil ochocientas personas, trece mil trescientas en las islas. Hungría, Serbia, Bulgaria, Chequia no están acogiendo a nadie y, por temas burocráticos, la deportación no es eficaz. Frente a las seiscientas treinta llegadas semanales, la media de deportación no pasa de entre cien y doscientas.»

Vafeas siguió desgranando datos: «de los siete mil trescientos treinta y cuatro internos en Moria, hoy, novecientos noventa y uno están en secciones protegidas, de ellos, doscientos noventa y uno son madres o familias con hijos, noventa menores no acompañados, trescientas mujeres solas, de ellas, treinta y siete embarazadas. Y, confinados en una zona de reforzada seguridad, los ciento cuarenta y uno para ser deportados». Me acompañó a la puerta para despedirnos, mientras comentaba: «Sí, en la ciudad, se ven menos migrantes porque, en 2015-2016, llegaban muchos dinghys a las playas, pero, tras traerlos ACNUR, en buses, a Moria, pronto cogían el ferry a Atenas y seguían por Europa. Mientras que ahora, en cambio, permanecen aquí dentro, estancados». Y en el umbral, como guinda a la amabilísima entrevista, hizo un comentario bromista: «Como suele decir Mr. Balpakakis, que haya un infarto en cualquier ciudad no es noticia. Si lo hay aquí, se convierte en tema Internacional», aludió, así, al afgano muerto de un paro cardiaco el 18 de abril, por quien ciento veinte compatriotas, familias con niños, acamparon una semana en la plaza Safo hasta que, la madrugada del 22, sufrieron el ataque neonazi contra el que nos habíamos manifestado.

«Que su visita sea fructífera», me deseó Vafaeas, dejándome al cargo, o vigilada, de una trabajadora de Moria, tan correcta como él. Nada más salir de la oficina prefabricada eché de menos el aire acondicionado. A las diez y veinte de un 10 de mayo el calor agobiaba tanto como la densidad de gente por metro cuadrado. Caminar era chocar con adultos o niños, solos o en grupo, de la mano. Las vallas, rejas, alambradas impresionaban. «Ya estaban aquí, por el uso militar y carcelario del centro, sería caro quitarlas», fue la versión

oficial que me dio la empleada. Pasando frente a los módulos de ACNUR y ONG diversas, salimos a la calle principal, donde Rebecca saludó a mi guía y se nos unió. Yo no podía evitar la cara de estupor por los pasillos enrejados en que debían hacer cola siete mil quinientas personas para recoger su comida. «Es que se pelean», argumentó la mujer. «Un segundo, voy a entregar un papel», se acercó a un lugar más enrejado. «Es la zona de aislamiento», indicó pasando el documento, entre las vallas, a un soldado.

«¿Para quienes se deporta?», quise confirmar.

«Y los... problemáticos.»

Yo hacía cuantas fotos podía. «Ahí no, policías», «Ahí no, niños».

«Traigo documentos de cesión de derechos. Si los padres firman, autorizándolo...»

La mujer estaba cansada. Quizá harta de los periodistas que, como me informó Vafeas, mandábamos cincuenta peticiones de visita diarias. De la situación. El lugar, espantoso para los refugiados, bien podía minar la moral de cualquier empleado. «Rebecca conoce bien esto», me sorprendió. «Tengo tantas cosas que hacer... ¿Les importa seguir solas? Bien, pues respeten las normas.» Así, empecé mis entrevistas sin la celadora.

«Moria es igual o peor que Afganistán», denunció tajante, Amidi Mohammdi, traductor para la OTAN durante nueve años gracias a su dominio del inglés, ruso, turco, urdu, darí, pastún y azerbaiyano. «A mí me amenazaron los talibanes por colaborar con la UE y la OTAN: “Primero vamos a violar a tu mujer ante tus ojos”, me dijeron, “y luego y te mataremos. Para que mueras sabiendo el infierno en que la dejas en la Tierra”. Así son esa gente. Por eso huimos con nuestros dos hijos. Llegamos el 25 de marzo, hace mes y medio. Atravesamos el Egeo, en dinghy, para llegar a esto», señaló el campamento. «No es vida: no hay higiene, se lucha en la fila por una comida pésima, todo entre rejas. El calor es insufrible en las tiendas. Dan las citas médicas para dentro de dos meses», enumeró hasta que lanzó esa súplica como la de Adeel Ilyas, dos años atrás, justo allí: «Por favor, europeos, por favor, somos humanos, cuidadnos como a vosotros mismos. En Moria he reencontrado el horror del que creí escapar». Me despedí deseándole suerte y, tras saludar a una familia somalí, cuajada de mujeres, jóvenes madres, niñas y recién nacidas, hermosas, lavando en barreños, conocí a Mayida y Omar Isa, un matrimonio sirio, padres de siete hijos. Él esperaba ante el consultorio y vino

corriendo a mostrarme sus brazos y manos cubiertos de un horrible eccema blanco. Empezó a levantarse la camiseta por el pecho y la espalda para enseñarlos completamente cubiertos. «Tranquilo, entiendo.» Me pidió que le fotografiara, que lo contara, contradiciendo la eterna versión oficial de que los impedimentos a la prensa son para preservar la intimidad y derechos de los internos que no quieren que les molestemos. Con la ayuda de otra siria, Fátima Khalid, de veintitrés años, que sí sabía inglés, supe que Omar decía: «Pica, duele, escuece. No se puede soportar. Llevo suplicando desde que llegamos, diecisiete días. Pero sólo me dan esta crema», mostró el tubo apretado. «No cura, ni alivia. Por favor», volvió a rogarme a mí como cable que quizá conectara con una ciudadanía decidida o un político con conciencia y coraje. «Ayudadnos, lo suplico. Yo tengo que estar bien, por mis hijos, mi mujer. Ni sé si puedo contagiarles, no me atrevo a tocarles. Los niños no aguantarían una tortura así.» A su lado, Iman, otra siria con su pequeño Yusef, de dos años. «Mi marido llegó hace un año a la isla de Samo, pero no quieren reunificarnos.» «Yo también tengo un crío», me asombró mi joven traductora. «De tres años y medio», costaba creerlo.

«¿Y tu marido?», pregunté.

«Estoy con mis padres y mi tía», se esforzó en sonreír.

Jugueteé con los críos, sobre todo con Yusef, que me chocaba los cinco y se moría de risa cuando yo fingía que, por su fuerza, casi me caía. Abracé a las madres con el corazón encogido y salí con Rebecca, sabiendo que no volvería a verles. Al final habían sido tres horas, en vez de cuarenta y cinco minutos, en Moria.

«¿Estás bien?»

«Acalorada», contesté.

«Bebe, ten», me pasó agua. «Voy a llevarte a un sitio», dijo nada más arrancar.

«La cita de Stavros...», me sentía mal apremiándola, pero... «es a las dos y ya son...».

«Tranquila», dijo, «llegamos enseguida. Es sólo un rodeo. Cruzar el pueblo de Moria, en vez de ir por la costa. Un segundo... de paz y belleza para continuar».

«Gracias, sí.»

«Los migrantes, a veces, sin dinero para el bus, van andando, por aquí, a

Mitilene», dijo mientras entrábamos al pueblo, en la colina cuyas ventanas daban ahora al infernal centro de internamiento. De nuevo en todos sitios, granados florecidos. Me recorrió un escalofrío. En jardines, lindes, aceras, huertas. Iba absorta cuando paramos en medio del campo. «Mira.» Levanté los ojos y descubrí el acueducto más impresionante que he visto. Por el paraje, el lugar, el instante. El vestigio olvidado de un pasado espléndido, alto hasta el cielo, entre el verde moteado de rojo de los granados. Salí del coche y respiré estremecida por el estallido de flores de los granados.

«Rebecca, necesito que me expliques. ¿Hay una relación entre el granado y Lesbos? Algo especial, me refiero. Porque en Skala Skamia, una tienda estaba llena de granadas de cerámica, la isla está cuajada y... Para mí es un árbol vinculado a un amigo refugiado que he perdido que ha... desaparecido.»

Entonces nos contamos. Fue uno de esos instantes en que de verdad el tiempo se para, de verdad conectas y compartes. Descubrí, de repente, que una tradición griega que ignoraba respondía a mi necesidad instintiva, atávica. ¿Qué significaba, si significa algo, que el mito de Core no sólo siga vivo en Grecia, sino que tantos en el mundo, incluso ignorándolo, lo llevemos enraizado en lo más profundo? ¿Puede un hilo tan fino servirnos de ayuda en el recorrido de nuestro laberinto?

«Hay misterios que no pueden desentrañarse», escuché a Rebecca. «Puede que a nosotras nos toque aceptarlo. Yo en relación a Kostas, tú sobre tu amigo Ferhad. Pero, te confieso, amiga mía, que estos guiños de la vida, estos susurros del viento los recibo y los siento como un estímulo. Los veo y oigo tan claros, en todo caso, que soy desde luego incapaz de negarlos.»



Cuando Rebecca me dejó en la puerta de Kara Tepe me sentía mareada. Hacía calor, eran las dos y media y mi estómago rechazaba hasta la imagen de la manzana que llevaba. Me superaba estar, justo allí, donde le conocí, otras dos, tres, cuatro horas, sumando desgracias. Implanteable pensar en el esfuerzo de volver a casa y redactarlas.

«Eh, nos reencontramos sin citarnos», vi a Cheshirkov. «¿A ver al amigo Stavros?»

El acceso a Kara Tepe había cambiado. Ahora una barrera y un guarda controlaban la entrada y, con frecuencia, la impedían. En los minutos que estuvimos ahí, rechazó a varios grupos de mujeres con niños sin los identificativos de residentes. Al avanzar, tras la zona de cocina-comedor que yo vi construir, descubrí un campo de fútbol y otro espacio, de multideporte, techado. Las paredes estaban grafiteadas con murales. Todo tenía un aspecto aún más agradable que dos años atrás. Esa área, a la izquierda, era la de gestión y ONG. La oficina de ACNUR estaba frente a la de Stavros. Su figura, compacta, impecable, se alzaba en el umbral de su despacho, despidiendo a dos jóvenes, entusiasmadas con su trato. Quizá el responsable de Kara Tepe, aún con su atuendo kaki, multibolsillos, que le daba un aire de sheriff, se había hecho más diplomático, tras lidiar con activistas, periodistas y recibir incluso a reinas, como Rania de Jordania, estrellas del cine, como Angelina Jolie, o el mismísimo Papa Francisco.

«¡Amiga María! ¡Boris, hermano!», nos dio su proverbial apretón de manos. «Pasad, pasad», abrió su oficina. «¿Café?», asentimos. «¡Agua también!», indicó a la joven ayudante. «Eran de la BBC, las de antes. El trasiego no disminuye, como ves, María. Me alegra que hayas vuelto. Me alegra la absolución de los bomberos y que te hayas quedado para informar de

esto que sigue por resolver. ¿Qué noticias traes?», preguntó a Boris.

«La noticia es Evros», se refirió al río entre Turquía y Grecia, por donde, como me dijeron en Zagreb activistas griegos, subían las llegadas. «En abril llegaron dos mil novecientas personas. La mayoría huye del ataque turco a Afrin», volví a ver a Ferhad y Shirin.

«Yo no soy político, bien lo sabe Dios», lanzó Stavros.

«Podrías serlo», «Sí que lo eres», nos pisamos, Boris y yo.

«Pero», retomó sin oír, «he ido a Bruselas, cuando me han invitado a dar testimonio, y he aprovechado mi minuto con el presidente del parlamento, Antonio Tajani, porque la solución de fondo pasa por forzar que Hungría, Chequia, Bulgaria, Serbia, los países que se niegan a acoger, lo hagan. E incluso que Francia o Alemania, que ya han recibido cantidades importantes, reciban cuotas mayores, pues el flujo sigue llegando. Si no, ¿qué pretende la UE? ¿Que Italia y Grecia seamos países-cárcel de los refugiados?»

«Lo más grave y urgente», añadió Boris, «es el tema de los menores no acompañados y la lentitud o hasta la parálisis de las reunificaciones familiares. En Grecia, hay tres mil menores solos y las instalaciones tienen capacidad para mil cien. Así que, como dice Stavros, se necesita más implicación en el reparto por países. Está habiendo incluso abusos sexuales a menores. Como también un evidente hacinamiento: quince mil refugiados en las islas del Egeo, de ellos, ocho mil, aquí en Lesbos, cuando la capacidad es de mil trescientos en Kara Tepe y en Moria dos mil», bajó así, en mil plazas, el dato que Vafeas me había dado. «La situación es insostenible, para los refugiados, y para los locales», apuntó desde roces menores, al extremo del reciente ataque contra los afganos.

«¿Qué se quiere?», se preguntó Stavros. «¿Alzar favelas tipo rascacielos, con gente en jaulas, perreras? ¿Habéis visto?», aludió a Moria sin citarla, «¡Dos plantas y subiendo!».

«Vengo de allí», le confirmé.

«Yo a eso me niego. De ahí que me aferre a mi límite de mil trescientas plazas. ¡Con sus consecuencias! No duermo a pierna suelta, la comida no me pasa porque cada día rechazamos familias que suplican vivir aquí. Para garantizar calidad, no puedo hacinar.»

Eran casi las tres de la tarde, sentía mis fuerzas flaquear e inicié la despedida.

«Siento tener que marcharme, pero debo...», empecé.

«Por supuesto, sal, habla con ellos», se levantó Stavros. «Son los protagonistas. Ve y que te cuenten y cuéntalo tú a tu vez, de nuevo», me despidió con su apretón de manos.

«Mantengamos contacto con regularidad, ¿de acuerdo?», propuso Boris.

«Cuando quieras. Por supuesto.»

El calor era sólido. Del que, igual que en julio en Sevilla, pesa como una plancha metálica en la cabeza. Avancé entre las callejuelas de Kara Tepe, con mi cuaderno, cámara y desánimo. Suspiré. ¿Quién sabría inglés? Me sentí observada. Un padre con su crío en el carrito me pidió que les fotografiara y siguió. Dos jóvenes, chico y chica, sentados en un colchón me dijeron adiós. Una afgana, con su niña de la mano, me miró mientras pasaba de largo. Entonces dos ojos se me clavaron. Un señor curtido, mejillas y frente de arcilla cocida. Estaba sentado frente a un chaval en silla de ruedas, al que yo veía de espaldas. Bajo un olivo, como Sabri Ali años atrás. Bajé mi cabeza en señal de respeto y el hombre se levantó y llevó la mano al pecho. Me acerqué. Vestía pantalón gris y camisa celeste de manga corta, pulcra, que me recordó la dignidad de tanto obrero, jornalero y pescador español. Le tendí mi mano diciendo, despacio, mi nombre y país:

«María. España.»

«Akbar Husein», respondió. «Afganistán.»

Ofrecí mi mano al muchacho. Era obvia su parálisis cerebral, pero no el grado de interacción de que sería capaz. Apretó mis dedos y emitió un sonido entre risa y llanto.

«Farshad, Farshad», me dijo el hombre y, por gestos, me indicó que era su hijo.

Detrás de mí, se acercaron la madre y otra hija, de exóticos rasgos y melena rubia que escapaba al velo rojo, que podía ser adorno como precepto religioso. Los labios, rojos también sin pintar. Su inglés bastó para hacerme saber que se llamaba Frested, su madre Rugel. Que había otro hermano, menor, Amir Husein, por el campamento, y que el apellido era Torjik. Pero no podíamos avanzar más. Así que la muchacha fue a por alguien y volvió con él, con ese intérprete sirio que sería para mí tan importante esa tarde.

«Hola, hablo farsi», se presentó. Juraría que me dijo «Soy Ali», pero ni eso puedo asegurar de él. Con la traducción de Ali, los Torjik me contaron:

«Estamos desesperados, por Farshad. Nos pusimos en marcha para salvarles, a él, de diecisiete años, y al mayor, que padecía la misma enfermedad. Se nos murió en la frontera de Irán. Para que Farshad no sufra igual destino, seguimos y ahora debemos continuar. Porque aquí en Lesbos dicen que el tratamiento sería en Atenas», contó el padre. «Pero el problema», tomó la hermana la palabra, «es que las autoridades sólo autorizan a un familiar a acompañarle». «Y ellos se niegan», explicó Ali. «No es que no queramos separarnos, como familia, por pena», aclaró el padre, «sino que ninguno de los cuatro podemos moverle solos. Pesa demasiado. Somos viejos», bajó el hombre la vista. «¿Qué podemos hacer si los dos lo somos?», se refirió a él y su mujer. «Ni siquiera estábamos seguros de llegar andando de Afganistán a Turquía. ¡Atravesando Irán! Veníamos con dos veinteañeros en sillas de ruedas, ¿lo imaginan? La pena de enterrar al primogénito, allí, y seguir... Hicimos cuatro mil kilómetros, en sólo un mes, en pleno invierno. La noche del 15 de febrero tuvimos que cruzar el mar», apuntó al Egeo. «Meter la silla en la barcaza, ¡las caras de los pasajeros!, ¡Nadie quiere embarcar con ese peso, les comprendo! Nosotros también tuvimos miedo. Pero es nuestro hijo y sin la silla, ¿qué sería de él? Al fin sobrevivimos, quiso el creador que no nos ahogáramos, y aquí estamos.» «Pero», oí entonces la voz de la madre, «¿de qué servirá todo, de qué habrá servido, si nadie atiende a nuestro hijo? ¿Para enterrarle en Grecia? No queremos casa, ni comida, ni paga de ningún tipo... Sólo tratamiento para nuestro hijo, por favor lo pido», imploró con sus manos. «Es mi hijo, ¿entiende? No tiene culpa, su hermano y él no tienen... Son nuestra responsabilidad.»

«Dile, por favor», pedí al traductor acercándome, «que, como madre, la entiendo» y escuché la voz de Ali superpuesta a la mía. Rugel y yo nos abrazamos.

«Perdonad», dijo dubitativo, «pero yo debo... Me tengo que...»

«Marcharte, claro, lo entiendo. Muchas gracias por ayudarme», se alejaba cuando le grité:

«¡Eh!» y se giró. «Diles que tengan suerte, por favor» y nos lanzó su traducción. Rugel quiso hacerse una foto que nos sacó Frested. Ella, en cambio, fue la única que no posó en la imagen familiar para *Público*.

Nos despedimos, agitando las manos, mientras yo seguí camino para hacer más entrevistas por el campo. Como la de Yousid Mahmood, joven iraquí de

Samar que llevaba seis meses en Kara Tepe, con su mujer. «Ese día de noviembre», me contó, en un inglés fluido, «estábamos calentando el almuerzo, cuando oímos disparos abajo, en el piso de mis padres. Fui corriendo, vi a mi madre llena de sangre, abrazando a mi padre y hermano mayor, acribillados. ¿Por qué?», repitió mi pregunta. «Mi padre ha sido del partido comunista siempre, hablaba en prensa, radio o televisión de la necesidad de convivir, distintos y unidos en un solo Irak frente al caos actual, que va a más, de suníes contra chiíes. Mi madre me dijo: «Vendrán a por ti también, porque saben las ideas que os hemos inculcado, con las que os habéis criado». Así que ella vendió sus alhajas, nos dio el dinero y nos aconsejó: «No miréis atrás, no volváis jamás. Vivid, seguid». Esa ilusión, de una vida mejor, nos trajo a Europa. Pero, de momento», se ensombreció, «se ha malogrado el hijo que esperábamos». Veinte minutos después, hacia el fondo de un carril rumbo al acantilado, dos hombres y una mujer, sentados en dos palés que hacían de sofás, bajo otro olivo, me invitaron a sentarme. Un niño de cinco años, como los míos, trepaba del tronco a las ramas bajas y saltaba, luego, sobre sus padres. «Amash Zabraui y Nissrin Mshbd, sirios. Damasco», se presentaron. «Bashar Ali, igual», añadió el vecino. «Cuatro hijos», indicaron los primeros, con los dedos. Ése era el mayor, Mohammad. Luego venían Noor, Manaa y Shan, que dormían la siesta en la cercana caseta. «Ven», me indicaron, y desde la puerta presumieron de sus pequeños. Su inglés era muy limitado. Daba para frases como «Bashar al Asad no good», que completaban con el rugido de aviones bombardeando. O, con esquema idéntico: «Kara Tepe good, Moria not good». Una mujer afgana se acercó insegura. Llamaba la atención su elegancia, en su atuendo sencillo, vestido negro con topes blancos, pañuelo amarillo. Algo en ella, una íntima inquietud, conmovía nada más verla.

«Buenas tardes», la saludé. Le tendí mi mano y me presenté.

«Kobra Rezai. Afganistán», confirmó ella su origen.

«¿Quiere sentarse?», le pregunté porque era evidente que venía a hablar. No sabía inglés, me dijo por gestos. Tenía urgencia, necesidad de contarme algo. «Bien», dije y me levanté y despedí de los sirios: «Suerte, mucha suerte». Con gestos a Kobra de que me siguiera volví por donde había venido, sin plan concreto, sólo deseando encontrar a un afgano que supiera inglés y nos tradujera. Paramos bajo un templete de madera, donde chavales charlaban sentados en pilas de neumáticos. Dos veinteañeros pasaron con libros o

apuntes bajo el brazo. Ella les pidió ayuda y uno pareció dispuesto. Pero entonces resolvió algo mejor. En dos pasos llegó a una caseta amarilla, como un punto de información, encontró a quien buscaba y nos señaló. Era de nuevo él, el sirio Ali, traductor de farsi. Alguien dentro de la caseta le encargaba algo. Le hizo el gesto de que esperara y nos acercamos. Allí, los tres, en el lateral de la garita, empezó a traducir las urgentes frases que ya Kobra Rezai le lanzaba.

«Dice que quiere, que necesita contar la historia entera desde el principio, si tienes tiempo para oírla», asentí, transmitiendo que por supuesto. Mientras la mujer sacaba de la bolsa una carpeta de plástico y la posaba en la barra que rodeaba el quiosco, Ali y yo buscamos también apoyo en la madera. «Se llama Kobra Rezai y su marido, Ali Mohammad Khosi, de treinta y dos años, ha muerto», yo empecé a apuntar en las páginas agitadas por el viento. «Muerto, repite, dejándolas solas, a ella y su hija de tres años, Sanaz», Ali estaba conociendo la historia en este momento, pero, en sus ojos, vi que anticipaba la sucesión de espantos. «Ha muerto, y eso es lo que quiere que se sepa, por culpa del infierno que es el campamento de Moria. Porque ignoraron los avisos, las súplicas. Le dejaron morir. Pero para llegar ahí, y que entendamos», explicó, «tiene que remontarse atrás». Yo volví a asentir. «Su marido y ella se casaron hace cuatro años. Muy poco», eso lo añadía Ali. «Emigraron a Irán donde él trabajaba cosiendo ropa, ¿cómo decir? Sí, para la industria textil. Pero no en fábricas, en talleres. Clandestinos, sin contrato, pagos ínfimos, horario esclavo. La Policía le detuvo dos veces, en dos redadas. Por eso, finalmente, cosía en el cuarto en el que vivían arrendados. A escondidas. Por más que querían, y se esforzaron en disimular, los vecinos descubrieron su actividad. Les denunciaron.» Ali me hablaba, pero yo tenía la mirada fija en la cara de Kobra, demudada, viviendo de nuevo el miedo a esas familias entre las cuales vivían, que les delataron y la dejaron sola, en la casa, con su hija pequeña, mientras se llevaban al esposo a no sabía qué comisaría. «A la tercera va la vencida, ¿entiendes?», le dijeron al marido. «Se acabó, fuera de Irán.» En los tres meses de encierro le quitaron el pasaporte y cuando, al fin, le dejaron en libertad provisional para recoger a su mujer y ser expulsados los tres, ellos aprovecharon y aceleradamente se escaparon. «Pedimos a los parientes, a los amigos», dice, «que, por favor, vendieran lo que pudieran, que, por favor, nos lo enviaran, que nos prestaran», yo recordé

los giros por Western Union a refugiados sin domicilio y la alta comisión cobrada. «Prometimos que lo devolveríamos trabajando en Europa, con creces, hasta deslomarnos.» Era extraño y conmovía que Ali lo contara en primera persona. «Juntamos ocho mil euros. Lo que nos costó el trayecto, con traficantes, de Irán a Lesbos.»

«Pregúntale, por favor, cuándo llegaron», pedí.

«Cruzaron el Egeo el 26 de marzo de 2018.»

«Hace muy poco, entonces. Mes y medio...», se me ocurrió que quizá, por la fecha, pero lo descarté. Sería demasiada casualidad.

«En el poco equipaje que trajimos, sigue ella, venían, no podían faltar, los informes médicos de Ali Mohammad. Por su cardiopatía», mi corazón dio un salto. Enfermo cardíaco, afgano, muerto recientemente, en Moria. ¿Entre siete mil quinientos internos, cuántos coincidirían?

«¿Estaba mal por el viaje?», pregunté, «Quiero decir...». Ali pidió a Kobra que esperase mientras yo buscaba las palabras. «¿Llegó, a Lesbos, ya en condiciones preocupantes, por el cansancio o la ansiedad de cruzar el mar?»

«No, su estado general no era malo al llegar», dice. «Se agravó en Moria», insiste. «Y nada más notarlo lo avisamos. ¿Y qué hicieron ellos? ¿Qué decidieron?», se pregunta. Juntarnos en la misma, diminuta, tienda de campaña a tres familias de enfermos cardíacos. Uno, incluso, con marcapasos. Al hombre, claro, le perturbaban las risas y llantos de nuestra Sanaz. Es normal, no le culpábamos. Pero, ¿qué podíamos hacer? Es una niña. Pasábamos todo el tiempo que podíamos fuera de la tienda porque allí no se cabía. Pero de noche, a la hora de acostarse, no te dejan estar fuera, es inevitable. Sufríamos porque Ali Mohammad se sentía mal, pero también por no molestar. Creíamos que la situación era ya insoportable cuando ¡metieron a dos embarazadas!», volví mi cara a Ali para cerciorarme de lo que oía. Asintió. «Sí, sí, dos más, con las tres familias. Sí, en una tienda de campaña de iglú. Esto pasa», confirmó. «Ya sí que no cabíamos», prosigue. «Para dormir, desde luego que no. Así que nosotros lo hacíamos por turno, Ali Mohammad y yo. Tras días así», cuenta, «el tercer enfermo, el que no tenía marcapasos, cogió diarrea. ¿Cómo no iba a cogerla?», plantea, «si la comida que nos dan es, además de poca, asquerosa. Y, como en el campamento abundan las ratas, por la basura que hay, el lodazal de aguas fecales, a veces los animales mordisquean la fruta, el mendrugo de

pan, ¡y con tan poca comida y tanta hambre no lo podemos tirar, ¿Entiendes?, te pregunta», dijo Ali, porque él claro que lo entendía, quizá él mismo lo sufrió, en Moria, antes de venir aquí. «Así que todos se contagiaron. Adultos y niños enfermamos», sigue. «Pero ni por éstas nos separaron. Ali Mohammad se sentía muy mal y yo ya no sabía si era del corazón o del vientre. En el dispensario y las ONG nos decían: “Nada, está ok. Todo ok”, la cara de Kobra imitó el desprecio con que les trataron. «Siempre igual: ok, ok. Tras mucho insistir le dieron alguna pastilla, analgésicos», explica. «Como no mejoraba y volvíamos e implorábamos... Nos acabaron dando polvos en una botella de plástico para que le echáramos agua», agua de Moria, pensé yo. «Dijeron que la agitáramos y, a buches, lo fuera tomando. Yo le repetía, como una madre, intentando no regañarle, pero insistente, porque era lo único para que se curase, la única esperanza: *Ali Mohammad, bebe un poco, amor mío*. Y él obedeció, dócil, al principio. Pasaban horas largas como días y días como semanas y no hablemos de las noches, el agujero negro del infierno eterno», Ali me confirmó, con su mirada, que era traducción exacta. La mujer contenía las lágrimas. «Pero él empezó a ponerse oscuro».

«¿Oscuro?», pregunté.

«La cara azul. Con esta parte», señaló Ali las ojeras, «negra, negra. Y las manos, los dedos, las uñas, todo azulado». Dice: «Sufría, mi amor, sufría muchísimo». Kobra Rezai se echó a llorar, y tampoco lo pudimos evitar Ali y yo. «*Más, Ali Mohammad, bebe, por Dios te lo ruego*», dice que le pedía, «pero él no podía casi respirar, ¿cómo iba a beber? ¿Cómo pude insistirle, aunque creyese que era por su bien? *No puedo beber*, me contestó. *No puedo tragar ni mi saliva ya*. Y yo salí a la puerta de la tienda y me puse a gritar: “¡Auxilio, auxilio!”. ¿Sabes qué dijeron? ¿Qué creían? Los del campamento, y otros internos, ¡qué era una histérica, que exageraba, para que nos llevaran a una tienda menos abarrotada!», llorábamos los tres, pero no paré a sacar pañuelos, seguí anotando. «¿Sabes qué dijo la Policía? ¿Qué contestaron? “¡Esto es lo que hay!”», señalaron al campamento, como diciendo que somos muchos, tantísimos, que ¿qué van a hacer? Les faltó decir lo que quizá piensan: ¡Que mejor si nos morimos! Volví impotente a la tienda», cuenta, «y, a la mañana siguiente, al dispensario donde, de nuevo, nos ignoraron. Pero no dejé de llevarle, seguimos yendo, cada día mientras aún se podía mover. Luego ya era incapaz. Esa noche...», retomó Ali, «mi marido empezó a toser. ¿Por qué

toses?, le pregunté. *Porque sólo así consigo respirar*, me susurró, ojos bajos, vencido y humillado. Yo le abrazaba y cuidaba, no podía hacer más que eso, mecerlo. La niña preguntaba: *¿Qué le pasa a papá? ¿Qué le pasa?* Y empecé a notarle frío, más y más, muy rápido, se helaba. Por más que le friccionaba con mis manos, se le iba la temperatura, la vida, me dije. Volví a salir, a riesgo de que otra vez se rieran de mí, o me insultaran, gritando: “¡Socorro, socorro, que se muere mi marido, que se está muriendo, auxilio!”», la mujer revivió aquel momento. «Y cuando al fin se acercaron, él había colapsado. Ya ni veía, ni hablaba. Ahora sí, llamaron a una ambulancia, y cuando subimos a ella, Ali Mohammad y yo, con Sanaz, ¿sabes qué me dijo el médico? “El infarto empezó hace tres días”.» «Era», tradujo Ali, «la madrugada del martes 17 de abril». ¡Ahí ya supe que no podían ser otro hombre, otra mujer! «Yo soy la viuda del afgano por quien ciento veinte compatriotas huyeron de Moria a Mitilene, horrorizados, y acamparon una semana en la plaza Safo. Hasta que, encima, los fascistas les rodearon y atacaron. A familias, indefensas, a niños, tirándoles bombas incendiarias, al grito de ¡A quemarlos! ¡A quemarlos!». Así me lo confirmó. «Se escaparon de Moria, por miedo a que les pasara lo que a mi marido. Porque creyeron que esa noche él murió. En realidad, cayó en coma. Estuvo así horas». Ali hizo una pausa y escondió su cara entre las manos para secarse los ojos y recomponerse. Pensé, por primera vez, en su propia historia, su huida de Siria, sus tragedias y cómo, pese a ellas, y tantas que habría escuchado, ahí seguía, compadeciéndose, emocionado y ayudando. Con esa belleza de Ferhad, de quien, pese al horror, se empeña en no abjurar de la humanidad. «Esto pasa», me dijo. «No es un caso aislado», quiso asegurarse de que le entendía. «Está pasando», suspiró. Retomó la traducción. «Dice que, esas horas en coma, incluso cuando ella le empezó a hablar, diciéndole que ya no se tenía que preocupar, que al fin estaban en el hospital y ahí le iban a salvar... Él me apretaba la mano», dice. «Incluso le rodaron lágrimas, de alivio. Yo le decía: “No te preocupes por nuestra hija, por nuestra Sanaz, porque no vas a faltarle, ahora, aquí te curarán” y él lloraba. Mi amor lloró. Pero me pidieron que saliera de cuidados intensivos. Al ver que tardaban me inquieté e insistí: “Quiero entrar, estar con él” y entonces, entonces ya fue: *Se ha acabado. Ha muerto*. Y ya está. Nada más. Ni un consuelo, ni un abrazo», y se derrumbó, llorando, ahora, con espasmos, doblada sobre esa barra, con lo que sólo pude abrazarla de costado. «No acaba ahí el maltrato», levantó la cara, para seguir. Ali aclaró: «Quiere que

sepas esto también. Después de ignorarnos, días y semanas, de pronto, todo eran prisas. Que hacía calor ya, que no podía tardar en enterrarlo, que autorizara hacerlo en Lesbos. Él estaba recién muerto, porque en Moria le dejaron morir. No podía enterrarle aquí, éste no es el lugar de su descanso eterno. Oía nítidos mis pensamientos, pero no me salía una palabra. Al fin, con mucho esfuerzo logré completar: “Si algo tengo claro en esta vida, ahora mismo, son dos ideas: que mi marido se va a enterrar en Afganistán y que mi hija y yo no volveremos a Moria jamás”. Lo dije así, con una voz que me asustó de tan calmada y segura. Y el traductor debió ser fiel a mi sentimiento porque ellos, la gente del hospital, me miró con miedo. *No se preocupe*, respondieron. *En las dos cosas la ayudaremos. Iniciamos hoy mismo los trámites oficiales para repatriarle*. Los días que siguieron me decían que sí, que sí, que lo estaban haciendo. Que era una gestión complicada. Hasta que, el viernes, me dijeron: *Denos de margen hasta el lunes. Venga esa misma mañana*. Ya estábamos aquí en Kara Tepe las dos, Sanaz y yo. Sólo una persona, de una organización, llegó al hospital a ayudarme y reconfortarme y yo estaba tan mal que le dije: “No sé si ya puedo fiarme de alguien”.»

«Pregúntale, por favor, Ali, ¿quién era? ¿Cómo se llamaba?»

Kobra buscó en la carpeta. Dispuso en abanico los informes del hospital y médicos previos, el certificado de fallecimiento y el resto de documentos en los que, escritos en farsi o griego, yo sólo distinguía el nombre del marido, cuya fotografía vi por primera vez.

«Ésa es», me tendió la tarjeta. Leí: *Efi Latsoudi. Social Scientist. Refugee Support Aegean*. ¿Cómo no? La misma Efi que en 2016 adelantó la provisión de la fianza de los bomberos.

«La conozco, la conozco», confirmé.

«Muy buena», tradujo Ali. «Dice que está muy implicada en organizar las manifestaciones antifascistas. Que ella querría ir, por un lado, explica. Pero, por otro, ha estado demasiado... Lo cierto es, sigue, que el lunes, cuando fue al hospital, era el lunes tras la madrugada del ataque a los afganos en la plaza Safo, ¡justo esa mañana! Y por eso o por lo que fuera, no sé por qué, dice, pero qué coincidencia ¿Qué dijo el personal? *¿Repatriar a su marido, señora? ¿Qué nosotros lo dijimos? Sería algo que se dice, como una broma o malentendido*. “Broma” es la palabra que usaron. Y no, el traductor del hospital tampoco sabía qué cara poner, cómo reaccionar.»

«¿Qué hizo entonces?», interrumpí a Ali. «¿Él está enterrado aquí?»

«De ninguna manera, responde. Llamé a mi hermano, a Alemania. Le hice venir y de nuevo suplicamos dinero a las familias, a conocidos... Nuestra deuda... Mi deuda, ahora es mucho mayor, y estoy sola para trabajar y devolverla. Pero... Con todo el horror que hemos pasado», dice, «ahora sufro el tormento de dolores terribles en mis pechos», la vi palpase las mamas, en la zona baja. «Aquí, y aquí y aquí tengo bultos, se notan. Duelen y quemán. He avisado, pero, igual que con mi marido, me ignoran. Dicen que, si fuera cáncer, aquí en Lesbos, no hay servicio para tratarme. Tendría que ir a Atenas. Pero no me llevan», se tapó la boca, incapaz de llorar más pero también de parar. «¿Qué va a ser de nosotras? Ali Mohammad era quien nos cuidaba y ahora estamos solas. Yo no le puedo faltar a mi Sanaz, ¡no puedo! Ya sólo le quedamos en la vida, mi dios y yo, Dios y su madre, ¡no puedo morir! No es por mí, tiene tres años, ¿qué sería de mi niña? ¿En manos de quién se quedaría? ¿Qué le pasaría? Si a nosotros, adultos, nos hacen lo que nos hacen, ¿qué le ocurriría a ella?»

No cabía más que contar, ni había ánimo, ni posibilidad. Sólo el tacto. El abrazo, las caricias en el pelo, los besos de desconocidas y el ruido de las palabras que no se entienden.

Me volví a Ali. Un brazo que salía del quiosco le reclamaba, se tenía que marchar. «Espera un segundo. Quiero que le digas una cosa y necesito clarificar otra.» Él atendió como si nadie le apremiase: «Dile que está bien, que es normal que se desahogue y llore. Humanamente necesario. Pero que no se puede rendir justo por su niña. Dile que, como madre, sé lo que pasa por su cabeza, pero que se tiene que reponer como sea y luchar e insistir por la asistencia médica urgente, hablar con Efi y todas las ONG que pueda hasta que la atiendan y la lleven a Atenas. Por Sanaz, tiene que ser fuerte», él se lo transmitía con mi misma fiebre. «Y luego pregúntale, por favor, algo que, necesito saber: esto que nos ha contado, ¿era por desahogarse o porque quiere que sea publicado? Espera, Ali. Porque dile que cualquiera de las dos cosas, para mí, está bien. Dile que yo, como periodista, quiero que estas cosas se conozcan, porque sigo creyendo que, si los ciudadanos saben, la gente con conciencia reaccionará, debe hacerlo contra esta inhumanidad, contra el pisoteo de los derechos humanos. Pero que sería un efecto general, a medio y largo plazo. Que no le va a resolver nada a ella. Por supuesto, no le devolverá

a su marido, pero ni siquiera va a acelerar que le den esa cita médica, ni que tengan más en cuenta su solicitud de asilo. Tienes que asegurarte, por favor, Ali, de que lo ha entendido y que contesta con pleno conocimiento de lo que he dicho y total libertad de decidir si lo publico, o no.» Ali asintió y tardó el tiempo necesario para trasladarle todo lo que yo había planteado.

«¿Le aseguras que no le traerá ningún problema publicarlo?», preguntó finalmente.

«Por supuesto que no puedo hacerlo. A eso me refiero. Es ella quien tiene que sopesar las consecuencias que puede tener que esto se sepa y, en virtud de ello, con su responsabilidad personal, decirme sí o no», la vi asentir antes de que él tradujera. En realidad, creo, desde el primer momento, su decisión estaba tomada, por eso me buscó.

«Está diciendo: A mí me da igual todo ya. Mi marido ha muerto y yo estoy sufriendo una enfermedad muy grave y que puede acabar con mi vida, dejando sola a mi hija. Yo necesito contarlo. Somos seres humanos. Han destruido nuestras vidas. Merecemos que esto no pase, sin que se entere nadie, sin que a nadie le importe.»

«La gente lo sabrá, díselo, Ali, por favor», y en cuanto lo tradujo nos miró y le entendimos.

«Yo lo siento, disculpadme, pero me reclaman y tengo que marcharme», dijo.

«Claro que sí. Espera», saqué de mi mochila mis tarjetas y les di una a cada uno. «Dile, por favor, si podría hacerle una fotografía para la entrevista.» Kobra me autorizó y cuando Ali se marchó, la enfoqué. Sobrecogía, hermosa y rota, de amarillo en el cobertizo amarillo. Machacada por la vida, con los ojos que se le iban a la tarjeta verde con la foto de su marido. Dijo algo al retrato, con dulzura, acariciándolo. Les fotografié, así. *¡El teléfono!*, caí y lamenté no haber pedido tampoco el de Ali. Por señas, me hice entender y ella me apuntó un móvil en la libreta, aunque con un prefijo desconocido para mí. Guardó todo en su carpeta y, al terminar, se nos acercó la mujer afgana con quien me crucé al principio, llevando ahora de la mano, no una niña, sino dos. «Sanaz», me indicó Kobra. Tras un instante allí las tres con las dos pequeñas, volvimos a despedirnos con el abrazo largo de quien sabe que no volverá a encontrarse. Nos volvimos varias veces tras separarnos, agitando las manos, cerrando el puño, en señal de lucha y ánimo.

Fuera de Kara Tepe, a pie de carretera, avisé y esperé el taxi, indignada. No podía quitarme de la cabeza que el subdirector de Moria, Dimitri Vafeas, había minimizado el infarto de Koshi. Tachó de ridículo que recibiera la atención de la prensa internacional.

Cuando llegué al apartamento y metí la llave en la cerradura llamé a *Mirto*, como siempre, para que no ladrara. Abrí y acaricié a la perra, yo diría que, como los otros días. Pero, ella, en vez de quedarse en la entrada, o volver al salón, o la terraza, empezó a seguirme. «¿Y tú a dónde vas?», le pregunté, en el pasillo, «si puede saberse». Me adelantó y, con el hocico, empujó justo la puerta de mi cuarto. «Ah, ¿sí?», logró hacerme sonreír. «¿Y ahora qué?». Entonces, se metió bajo el escritorio, donde jamás me había visto trabajar y, en cuanto me senté, se tumbó a mis pies. Su compañía, su calor, fueron clave para empezar el reportaje. Lo dejé sólo esbozado, porque merecía más lucidez de la que ya me quedaba. Me acosté, a reponer fuerzas, para terminar por la mañana.

Ahora estaba aquí, por última vez, sentada en la primera planta del Lesvion, con mi delicioso desayuno aún intacto, sola en la sala, tras el cristal de la privilegiada terraza. Toda la vista del *harbour* de Mitilene para mí, el Egeo celeste y el celeste cielo, brillando con la luz suave de la hora temprana. La belleza. Previa a la fealdad que, de vuelta al cuarto, esperaba retratar, con los rasgos más precisos, ya con el detalle exacto. A tiempo para tener el reportaje enviado, a mediodía, como me comprometí. «Un último esfuerzo, venga. Luego ya no estarás sola. Verás, siquiera un momento, a Nikos. Y por la tarde, con Rebecca, el paseo de despedida.» Entonces empezó a sonar. El hilo musical estuvo de fondo, todo el tiempo, como cada mañana, sin que, casi, lo notara, pero aquello, esas notas... Me pareció identificar el vals de la película *Amélie*. Tan naif y delicado, en aquel segundo tan perfecto que hacía daño. Porque Kobra estaba cerquísima, al lado.

«¿Está bien?», me preguntó Charichia *Hapy*, la encargada del bufet, toda calidez.

«Me voy mañana», respondí. «Vine por los bomberos. Soy periodista, ya sabe», asintió sin entender. «Aún me queda escribir...», por fin di con la información relevante: «Ayer entré en los campamentos de refugiados. No puedo soportar el contraste con este instante».

«¿Puedo sentarme?», preguntó y dejamos de vernos como personal y

huésped, para ser simplemente dos mujeres. «Aquel verano de 2015 en que todo empezó», me contó, «yo estaba embarazada de mi tercer hijo. Era muy deseado. Tenía que ser un momento feliz. Pero, con lo que estaba pasando... Un día, al salir del trabajo, lo tengo clavado, yo ya tenía una gran barriga y había tanta gente en la calle: familias, madres y padres, cargados de niños, que chocábamos unos con otros, una y otra vez. Como si sólo yo fuera a contramano. Yo, a salvo; ellos, condenados. Empecé a llorar y llorar y estuve días llorando. Disimulaba ante mi marido y los niños para no preocuparles. Enferma, ¿comprende?» y acariciándome la cara añadió: «Y ahí vamos. Ahí vamos, luchando por superarlo. Siente mi apoyo, amiga.»



Yo sabía que lo haría. Lo necesitaba. Pero desde mi vuelta de Lesbos no encontraba el momento. El domingo compartí en las redes sociales el reportaje, para que, como prometí a Kobra, en lo que de mí dependiera, se conociera su historia. En paralelo, confirmé, extraoficialmente, que había motivos médicos para que se preocupara y que ONG y entidades humanitarias trabajaban para trasladarla a Atenas con Sanaz. Su prefijo, como temí, no era válido. Probé con el de Grecia y nada. Quise dejar de pensar, de verdad. Pero también seguir al tanto de todo. Vi el nuevo documental de Évole, *Después de Astral*, sobre la migración en el Mediterráneo central, con el Secretario de Estado de Seguridad, José Antonio Nieto, del PP, diciendo que no sabía si los ciento treinta millones de euros que la UE daba a Libia eran para atender a los migrantes o para torturarles. Vi las imágenes de la masacre de Israel contra palestinos cuando protestaban contra el traslado de la Embajada de EEUU a Jerusalén, inaugurada por la hija del presidente Trump, el día del septuagésimo aniversario de la Nakba, «el desastre» como llaman a la ocupación de Palestina los árabes. El presente palpaba, tan rápido y fuerte, que acababa imponiéndose. Yo debía, además, atención atrasada a los niños y a Marcos. Cada día pasaba sin encontrar cuándo escribir el post que lanzar como una botella al mar. Hasta una madrugada de sueño incómodo como tantas, pero en la que, esta vez, me levanté. Salí sigilosa del dormitorio y cerré puertas hasta el salón donde empujé la mesa hacia la ventana y ahí, a la luz de la calle, la luna y la pantalla y teclado retro-iluminados, empecé:

Ella seguía sin noticias de Ferhad dos años después de conocerle. No sólo no lo había olvidado, sino que le angustiaban testimonios que le contaban que él, con su inmenso amor a la vida, él que simbolizó la

esperanza en su amuleto con forma de granada, volvió a la guerra de la que huía. Entonces, justo antes de regresar al campamento de Kara Tepe donde se conocieron, hizo un descubrimiento. Un hallazgo que quería compartir con él, contarle, como un cuento, allá donde se encontrase: en la isla griega de Lesbos, donde volvió a nacer cuando sobrevivió al Egeo, la granada es símbolo de esperanza. Trae salud, vivifica la sangre, en Año Nuevo cada uno elige un fruto, jugoso, grueso, rojo, maduro y lo estrella con su mayor fuerza en el umbral del hogar. Se lanza con el ímpetu del alma porque cuantas más pepitas salgan volando, libres, más feliz será el año, más lleno de bellas sorpresas. ¿Podría esta historia viajar hasta Ferhad como esporas al viento? ¿Él o alguien que supiera qué le había pasado podría darle noticias de Ferhad y Shirin a ella?».

Clareaba, tras las agujas del pino junto al balcón, cuando colgué en línea lo escrito. Volví a acostarme, buscando el calor de Marcos, hasta que sonó el despertador.

Como la primera vez, nadie contestó. Pese a lo cual, cada noche seguí levantándome. Fue como si al escribir aquello del granado que Rebecca me había revelado, abriera una espita por la que brotaba, ahora, la historia entera. Hasta que, para mi estupor, me llegó tu mensaje por el blog: «Creí que inventabas el festejo de Lesbos para llamar mi atención. Como anzuelo. Pero he buscado y he visto que es cierto. No cambia nada. Quiero decir, que yo lo dejaría estar. No preguntaría más. Intenta pasar página. No negaré que es una gran casualidad. Revela algo de nuestra naturaleza... El querer creer, el querer confiar. Pero rendirse también es humano. Yo no sé dónde están. Lo siento. No puedo ser tu enlace con ellos».

Estabas ahí. No en ese instante. Tu mensaje era de horas antes. «Ahí» podía ser, además, cualquier lugar y circunstancia. Pero habías contestado. Aunque decías ignorar dónde estaban era evidente cuánto ocultabas. También que comprendías mi necesidad de saber más. Quizá, si insistía, al fin cederías. Así que te respondí: «Gracias, gracias con toda el alma por contestarme. Espero que estés bien, a salvo. Dudo si preguntarte dónde, cómo, pero te ruego que me aclares qué pasó con Shirin y Ferhad. Si de verdad se volvieron y, en ese caso, ¿por qué? ¿Qué ocurrió en concreto? Yo necesito saberlo. De todos cuantos entrevisté para el documental, Ferhad era el más decidido a cruzar las

fronteras. El más seguro de vivir en Europa. No me entra en la cabeza que regresara. Podemos hablar cuando quieras. Te mando mi email. El servidor tiene una mensajería instantánea donde verás si estoy conectada de día o, como ahora, de madrugada». Te envié aquello con mi más cálido abrazo y los días siguientes comprobé, obsesiva, el buzón de correo. Hasta que al fin esa noche, la luz parpadeó:

«¿Estás ahí? Soy yo.»

«Sí. Estoy. Menos mal que...»

«¿Podemos hablar?»

«Claro», contesté sin saber si hablar quería decir escribir, chatear.

«Ahora. Videollamada.»

«Claro», repetí con miedo a que cualquier otra palabra fuera equivocada.

Entonces te vi, nos vimos. Ya no tenías el pelo rapado, pero sí corto, enmarcando tu cara más delgada. Me sorprendieron, incluso en la penumbra, tus canas.

«Hola», susurré. «Gracias, tantas, tantas gracias por contactar. ¿Cómo estás?»

«En Francia. En un retrete», reencontré tu ironía. «Es el reducto de intimidad en los pisos compartidos», aclaraste. «Tendré que colgar, si alguien necesita entrar.»

«Claro, claro.»

«Pero sana y salva. Al menos, yo crucé.»

«¿Y... ellos?», me atreví.

«Ellos... De verdad te entiendo. Sé que aquel “I will try, I need to go”, su mirada...»

«Has visto el documental...»

«Al llegar aquí, mucho después de separarnos en EKO, ese lugar que me cuesta llamar campamento. Un surtidor de gasolina abandonado. Una techumbre en la isleta de una carretera. Su única ventaja, estar cerca del famoso Idomeni. Pero sin formar parte del lodazal donde se hacinaba la gente, tantas familias, frente a las vallas alambradas y la Policía armada. Que gaseaba. Los primeros tiempos había muchos voluntarios, europeos, de todo el mundo... Bien intencionados. Yo, ya sabes, descreída, me apartaba cuanto podía. En la última linde me hice con plásticos, una medio cabaña sobre el

tocón de lo que fue un árbol por no compartir tienda con otros. Ferhad y Shirin, en cambio, participaban de cuanto actividad se planteaba: una radio, una escuela-ludoteca para los niños, grabaciones de vídeos-protesta. Ellos por edad, por ser pareja, por carácter y vivencias conservaban ilusiones. Las mantuvieron, lo sabes. De ahí lo del amuleto... No necesito convencerte de que, tampoco con ellos, intenté mantener ningún vínculo. Pero Shirin se acercaba a donde yo estaba. No se imponía. Quiero decir, hablando. Venía y sonreía. A veces se sentaba y allí esperábamos que las horas pasaran. “¿Y Ferhad?”, indagué alguna vez. “Ha ido a preguntar sobre los papeles”, “Se ha acercado a ACNUR”, “Ha rellenado otra instancia”. Ella iba con él a cumplimentar los formularios. Como yo, como todos. Sólo que él, luego, volvía para insistir. Se suponía, queríamos suponer, que igual que la frontera se cerró de repente el 7 de marzo, la volverían a abrir. Porque ya estábamos allí. No íbamos a esfumarnos. Existía, claro, la amenaza de deportación a Turquía. Pero incluso yo, con todo mi sarcasmo sobre la esperanza, sobre vuestras granadas, a mi modo, esperaba. Ellos querían un hijo. Ella lo deseaba muchísimo. Ni las voluntarias, ni yo, ni tantas mujeres cargadas de chiquillos o recién casadas, pero más sensatas la entendíamos. Una tarde empezó tímida: “Creo que estoy... esperando” y, como era lo que todos hacíamos, me tuvo que aclarar “Embarazada”. Sonreía y bajó la mirada. “¿Lo sabe Ferhad?”, le pregunté y ella volvió a sonreír. Esa tarde le vi de lejos, estrechando la mano a un grupo de muchachos que le estarían felicitando. Yo me llevé la mano al pecho. Él me respondió con el mismo gesto. Por unos días Shirin no vino donde yo estaba. Luego reapareció. Todo seguía bien, me contó. “Aunque, debería comer más, por el bebé. Dicen que una ONG traerá una ambulancia para partos.” “Bien”, contesté. “También dicen que los primeros meses de embarazo, muchos bebés se pierden”. Ni yo pude resistir su mirada. “No lo perderás, ya verás” y le hice una caricia en la cara.

»Pero lo perdieron. Sangró y lo perdió. Fue duro para los dos. Sabes que los ojos de Ferhad todo lo reflejaban. Evitaron hablar de ello. Lo vivieron entre los dos. Creo que con la familia tenían poco contacto. Espero que no les anunciaran el embarazo. Las llamadas, como cualquier gasto, se recortaban porque con los meses se hizo evidente que, para intentar cruzar, tendríamos que explorar vías distintas a la legal.

»“¿Si te pregunto algo me contestarás la verdad?”, me planteó ella en

verano. “Te contestaré o no, pero no te mentiré”, le respondí. “¿Por qué no has cruzado todavía?”, indagó. “¿Acaso tú has encontrado por dónde?”, bromeé ganando tiempo para entender a qué se refería. “No, en serio”, repuso. “Pues porque es caro. No tengo todo el dinero... Y hay que tener buen ojo para buscar al indigno de confianza en que depositarla”, le dije. “Creo que estoy embarazada de nuevo”, me contó ahora más cauta. Al levantarse, buscó mi mano. La apretó. “Nosotros, quizá, lo intentemos”, me miró. “Ah... Bien... Ojalá lo consigáis en cuanto os decidáis”.

»Al día siguiente me asomé temprano y, como sospechaba, se habían marchado. Ellos, la pareja con quienes compartían tienda y otros más. No llegaron lejos. Les interceptaron y trajeron de regreso. También eso era rutina en el campamento. Rutinario y dramático. Sobre todo cuando te pillaban después de que ya hubieras pagado. La vi venir, en silencio, subiendo apenas los hombros como diciendo, *Ya ves, aquí de nuevo*. Después de mucho tiempo sentadas, en silencio, murmuró un pálido “Y, además, lo he vuelto a perder”. Pasé mi brazo por sus hombros y así nos quedamos, enlazadas pero quietas, como piedras. Cuando dismantelaron Idomeni, EKO se nos llenó de gente. Se resistían a ser trasladados a campamentos alejados de la frontera porque habría que intentar la vía clandestina las veces que fuera: colarse sin ayuda, o rogar a los pasadores que aceptaran deudas o pagarles con lo que, sin tener ya nada, cada uno tuviera. Yo juraría que Shirin volvió a quedarse embarazada, pero debió volver a abortar. Ya no decía nada. La luz de Ferhad también se apagaba. Le vi demacrado, sobre todo la tercera vez que les detuvieron. Era a finales de otoño. Nos iban a echar a todos. Se decidió dismantelar EKO como antes Idomeni... y el Calais francés. Traerían las máquinas y aplastarían aquí también las tiendas de campaña. El EASO, que en esos meses no nos había conseguido asilo, puso entonces sobre la mesa “una alternativa”.

»“Y esto, ¿qué es?”

»“Un billete de avión.”

»“¿En serio? ¿A qué ciudad, a dónde?”

»“De vuelta.”

»“¿Cómo que de vuelta? No vamos a volver. No me obligaréis.”

»“Claro que no. Es voluntario.”

»“¿Voluntario? Si la guerra sigue. ¿No habéis escuchado las declaraciones que nos habéis tomado? El infierno sirio, el infierno turco... Aquí tantos

meses, ¿para nada?”

»“Y tú, ¿escuchas? Tu solicitud ha sido denegada. EKO se desmantela como Idomeni. ¿Puedes cruzar la alambrada? Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Quedarse en Grecia? ¿Como clandestino? ¿Hasta que te identifiquen? ¿Sin trabajo, atención médica, escuela? Bueno, hijos no hay. Vale. Entonces, caridad, mendicidad, calle... y lo que sea. Una mujer lleva las de perder, o ganar, según se vea, ¿verdad? Bueno, si éste es tu sueño europeo, de acuerdo. Suerte. Vete enseguida y que no te pille la Policía. Porque en ese caso, la deportación será inmediata y sin el dinero que te ofrecemos: quinientos euros. Sópésalo. No es volver con las manos vacías. Ni os habríais arriesgado por nada. Probasteis suerte cuando se podía pasar. Llegasteis dos días tarde. Da rabia. Se entiende. Pero la frontera ya está cerrada y así va a continuar. La oferta, en cambio, no se mantendrá mañana. Debes decidir ahora. Es muy sencillo en realidad. Firma y a final de semana, sin hacer nada, en un abrir y cerrar de ojos, estarás con los tuyos, en casa”.»

«Ahora ya sabes qué paso», rompiste el silencio desde el otro lado de la pantalla. «¿Acaso es mejor? ¿Le ves sentido?».

«Yo... Todavía no...»

«¿No puedes creerlo? ¿Porque no les pegaron, no les subieron a rastras al maldito avión? Se puede ser muy violento sin... A mí aquel tipo siniestro, viendo que me obstinaba en el no, me lanzó: “¡Muchos preferirían que no gastáramos sus impuestos en esto! ¡Aprovéchalo!”. Me mordí la lengua para no soltar: “Se diría que llevas comisión de las compañías que operan los vuelos de deportación”. Yo debí prever que Ferhad y Shirin no aguantarían la presión. Debí haberles advertido, fortalecido durante el tiempo que compartimos. Cuando salí al pasillo y nos vimos, ya se habían entregado. Y, aun así, debí plantarme y decirles: *No. Volved a entrar y negaos o Escapemos, huyamos*. Debí darles mi dinero. Intercambiar mi destino y el suyo. Ellos tenían futuro, querían tenerlo. No sé si habrían soportado todo lo que yo luego... Yo... Soy la prueba de lo que está hecha la vida. Estoy aquí, pese a no haberles salvado, a ellos que me querían, a quienes yo... Estoy en Europa porque fui más desconfiada, menos idealista y pura y por eso más dura. La frialdad, la resistencia son la clave para sobrevivir. En eso nos adiestra toda esta violencia. Y sobrevivir es lo máximo a lo que podemos aspirar. Eso también, ya aquí dentro, te lo puedo confirmar. Ahora bien, en

cambio, los que llevan las riendas de todo, hermana, quienes se abren camino y triunfan, quienes imponen su ley son los... ¿Recuerdas a la chica yazidí diciéndote del Daesh *¿Cómo esa gente le hace esto a otra gente?* ¿Sólo ellos son monstruosos? ¿Por qué nos hacemos las personas lo que nos hacemos? ¿Por qué se hace cada vez más daño y si machacas abiertamente a otros ganas más y más respaldo? ¿Acaso no es el signo de los tiempos? ¿Puedes negarlo? ¿De verdad, sinceramente, crees que tenemos remedio? Ni aún exhausta, deslomada, tras mis infinitas jornadas logro dormir sin decirme: *Es un erial, es un erial*. ¿En serio sigues creyendo que la esperanza humana vale siquiera lo que un amuleto de lata?». ».



Cuando alguien que sabes que está en dificultades aunque no conozcas los detalles, una noche, desde el piso donde vive con desconocidos a quienes sólo le une el exilio, desahoga su dolor por la pérdida de vuestros amigos, sólo sale del alma reconfortarla. Incluso por miedo a que, perdida toda esperanza, también se rinda, del modo más fácil que encuentre a su alcance. Pero ella me planteó un dilema que yo ya intuía. Y que no desapareció al colgar. Imágenes de Ferhad y Shirin llegando a Afrin aún me martillean. Nunca distingo sus rasgos, al contraluz de un amanecer o un ocaso. En cambio, el gesto del padre, su mínimo fruncir el ceño cuando, al ver de vuelta a su hijo y su nuera entendió, pero se fingió entero para darles consuelo, sí que lo veo. Sigo rastreando las más infrecuentes, pero siempre terribles, noticias de la guerra en Siria. Y, puesto que me obligué a ver la imagen con los pechos y el sexo mutilados de la miliciana kurda Amina Omar que tanto luchó contra el Daesh para caer al final ultrajada por soldados turcos de Erdogan y sirios de Al Asad, cuando el presidente Trump, con su vacuidad, ¡por Twitter!, anuncia la retirada de tropas tras «derrotar al califato del Estado Islámico», sé que está declarando el sacrificio de los kurdos como esta valiente *Barin Kobane* verdaderos héroes del repliegue del ISIS.

Me esfuerzo en no dulcificarme la realidad. En no hacerme trampas. Así que miro de frente el suculento negocio de destruir y reconstruir. La lucha geoestratégica: de un lado, Rusia, Irán, Turquía y China; de otro EEUU, Israel y Arabia Saudita. Nombrar a estos dos últimos me lleva, primero, a la incesante tortura a Palestina. Luego, al suplicio de Yemen estos ocho años. Decir Arabia hoy es recordar al periodista Jamal Khashoggi, descuartizado y disuelto en ácido, pero debería ser también acordarnos de Raif Badawi, encarcelado desde 2012 y condenado a mil latigazos por defender la libertad

en su blog. Se me engarzan Anna Politkóvskaya, José Couso, Daphne Caruana, Jan Kuciak, en representación de tantos periodistas, ¡setecientos dos asesinados durante la última década! ¡Sesenta y tres en 2018! Y Wa Lone y Kyaw Soe Oo, prisioneros por investigar la matanza de rohingyas en la Birmania de la Nobel de la Paz Aung San Suu Kyi. ¡Trescientos cuarenta y ocho encarcelados! La mayoría en China, Egipto y Turquía. Hasta llegar a la filipina María Resa que aún resiste, denunciando en el diario *Rappler* las doce mil ejecuciones extrajudiciales del presidente Rodrigo Duterte pese al asedio de éste.

Como ciudadana, acudo a los compañeros que, en prensa de papel y *online*, televisión y radio cuentan lo que está ocurriendo. Como periodista, me toca asomar a los ciudadanos a otros abismos. Una jornada eldiario.es te encarga entrevistar a Ahmed Zefzafi, un sexagenario que viene al Parlamento andaluz con jóvenes exiliados del Rif marroquí. Suplica ayuda para su hijo Nasser en prisión, junto con quinientas personas más, por solidarizarse con un vendedor ambulante de pescado. A Mouhcine Fikri la Policía empezó por requisarle el género y acabó triturándole en el camión de la basura donde el hombre se lanzó a recuperarlo. A cincuenta y tres personas de este movimiento popular a favor de la democracia y los derechos humanos, el Hírak, les han condenado a trescientos años de cárcel. Veinte para cada uno de los cuatro portavoces, entre ellos Nasser. Todavía están pendientes de juicio cuatrocientos presos preventivos, incluidos menores. Pero es que otra semana subes a Madrid a cubrir, esta vez para *Público*, unas jornadas organizadas por quien en 2009 era llamado el mejor ministro de Exteriores del mundo, el brasileño Celso Amorim. Les escuchas a él, al filósofo Noam Chomsky, al juez Garzón, los expresidentes italiano y francés, D'Alema y De Villepin, Zapatero y hasta Felipe González, este último con sus vínculos con el gran empresariado latinoamericano, alertar contra una maniobra de las élites financieras para, con herramientas jurídico-mediáticas, encarcelar al expresidente Lula da Silva y que en Brasil gobierne un exmilitar nostálgico de la dictadura, violento, machista, homófobo y fascista. Y al mes, el tal Jair Bolsonaro ha ganado y nombra ministro de Justicia al juez que apartó a Lula: Sergio Moro. «Ya sólo creo en conspiranoias», me dijo Amorim. No hacerlo resulta complicado. «Dios por encima de todos», clamó Bolsonaro en su toma de posesión. Acto seguido dio a los madereros poder para devastar el

Amazonas y propugnó la impunidad policial para asesinar.

A veces no puedo más. Necesito sosiego. Entonces vamos a Conil. Da la casualidad de que Onio y Chus frecuentan El Palmar. Si coincidimos, los niños juegan en la playa, Chus y Marcos les echan un ojo y, en su infinita paciencia, permiten que Onio y yo podamos pasear y seguir hablando de cuanto nos mantiene preocupados.

«¡Cómo voy a llevarlo, bicho! Cansado, agotado. Está pasando lo que sabíamos: el pacto con Turquía y, peor, con las milicias libias no acaba con el éxodo a Grecia e Italia. Han frenado las llegadas, sin atender a las causas sino a las bravas. En todo el Mediterráneo han pasado de un millón en 2015 a ciento quince mil en 2018. Pero, ¿a qué precio? ¿Qué estarán sufriendo en la otra orilla? ¿Cuántos están muriendo ahí y en el mar? Y mucho flujo, claro, se ha redirigido al Estrecho. El año pasado vinieron sesenta y cuatro mil, el triple que en 2017, que ya duplicaba a 2016. ¡Mil de los dos mil ahogados en la cuenca mediterránea murieron aquí!, ¡la suma de los cinco años previos! ¿Lo dijimos o no? De sobra sabían los políticos que pasaría. Pero falta voluntad para acabar con el horror. Los gobiernos, de hecho, han cambiado de estrategia y para frenarnos a los voluntarios, más que arrestar, que aún arrestan, sobre todo cierran los puertos. Salvini en Italia, pero también Malta, donde nosotros fondeamos el barco el invierno pasado. ¡Los cierres lo complican todo tanto! Para empezar, está la responsabilidad de salir a buscar náufragos sin saber dónde y cuándo les podrás dejar a salvo. Asumir más días en las condiciones de navegación y clima que se presenten, vagando, con migrantes exhaustos. Aproveccionarte de más comida y agua, y mucho más combustible, lo que dispara el presupuesto. Eso dificulta la tarea hasta de las ONG grandes, ¡conque imagínate de Proem-Aid!» Callamos frente al mar embravecido donde decenas de surfers cabalgaban olas gigantes. «Pero, ¿qué hacemos? ¿Qué esperan que hagamos? Conocemos a esos hombres y mujeres, les hemos mirado y tocado. Sabemos de qué vienen huyendo. De guerras, sí, y de este invento por el que para que nosotros compremos a nuestros críos camisetas a tres pavos, los hijos de otros deben ser sacrificados. ¡Qué estampas vimos en el Mediterráneo central! Balsas a rebosar, en alta mar, los niños, llorando, a hombros ya de sus padres ¡porque éstos sujetaban los bordes deshinchados con las manos! Y cuando, tras el rescate, patrulleros libios nos abordaron, encañonándonos, se tiraban al agua, preferían morir allí,

rápido, que volver con los libios a donde son torturados.» Al día siguiente de mi paseo con Onio, me envió una foto. «Esto es ahora, aquí...» Y vi, en nuestra playa, a la Guardia Civil procediendo al levantamiento de cadáveres.

Es difícil no acabar viendo la tragedia cuando vives sobre la brecha de más desigualdad del planeta. Hace treinta años llegó el primer cadáver de una patera a Cádiz. Yo tenía doce. Tres décadas de políticas equivocadas. Que no se cambian. El muro. El que sin los aspavientos de Trump sobre el de EEUU y México, los europeos tenemos cuajado de cuchillas entre Marruecos y Ceuta y Melilla. El saqueo de África que mantenemos esquilmando su gas, uranio, coltán, tantas materias primas que procesamos en nuestra industria, creando nuestros empleos. El pago que hacemos a la monarquía marroquí y su corte, el Majzén, para que cierren el paso en la frontera. Pago en dinero y en complicidad con las violaciones de derechos de subsaharianos, de los propios marroquíes y de cuanto español, europeo, se solidarice con ellos.

Quisiera creer que hay diferencia en la respuesta política. Pero en estos treinta años se han sucedido gobiernos del PSOE y PP y las líneas maestras han sido las mismas. En 2017, el Gobierno popular de Rajoy fue condenado por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos por dos devoluciones en caliente en Melilla y, ese mismo año, pidió a Marruecos que enjuiciara a la defensora de derechos humanos Helena Maleno por avisar a Salvamento Marítimo español de naufragios en el Estrecho. La solidaridad de esta investigadora con los migrantes africanos en sus quince años en Tánger ha hecho que ellos se pasen su teléfono y el consejo: «Si algo malo te pasa en el Estrecho, llama a Helena». Los efectivos de Salvamento me han reconocido que ella es clave para salvar vidas. La ONU califica su persecución judicial de «hostigamiento». Pues bien, el gobierno de Pedro Sánchez, que tanta esperanza suscitó al empezar tras la moción de censura contra la corrupción del PP, en junio de 2018, abriendo el puerto de Valencia a los seiscientos veintinueve rescatados del *Aquarius*, ha recurrido la citada condena del Tribunal Europeo, mantiene devoluciones en caliente y concertinas y, lo más decepcionante, en su visita al rey Mohamed VI, el presidente en persona manifestó su «plena sintonía con las políticas marroquíes de control migratorio». Pasando por alto sufrimientos como el de Maleno y hasta la reciente muerte en el Estrecho, ametrallada por la Marina marroquí, de la estudiante de derecho Hayat Belkacem.

Soy muy crítica con los socialistas porque la Europa del estado del bienestar, que buscaba la igualdad por medio de la redistribución de riqueza vía impuestos era, en gran medida, su hija. Mi generación creció junto a esa Unión Europea que, con sus fallos, era faro de democracia y libertad. Pero algo fue ocurriendo en paralelo: una renuncia o resignación se abría paso, un fatalismo sobre las opciones reales para los ciudadanos y un vaciamiento del compromiso democrático. Primero de forma sutil, progresiva. Luego, con el crack de 2008, radical. El presidente francés Nicolas Sarkozy llegó a hablar de la necesidad de «refundar el capitalismo con bases éticas». Para mí es evidente que su voracidad insaciable es el epicentro de la catástrofe. E incomprensible que el fracaso soviético, aquel régimen de espanto, se use como coartada para mantener los horrores capitalistas sin buscar alternativas. Todos hemos visto en qué ha consistido la refundación capitalista: la exclusión se ha extendido en círculos concéntricos, a más y más capas de la sociedad. De modo que, mientras se azuza el miedo al migrante de otros continentes, europeos sin expectativas, del Sur, griegos, españoles, pero también del Este y los Balcanes migran, lo intentan o desean a Francia, Alemania, Austria, países nórdicos, Escandinavia, Gran Bretaña... Paraísos fallidos para sus propios nacionales. Nadie se resigna a la falta de presente y futuro. A la condena de que «los hijos vivirán peor que sus padres». Ni en Europa, ni en el resto del mundo. Por eso los chalecos amarillos franceses. Por eso la caravana centroamericana a EEUU. Por eso el cámara tunecino Abderrazak Rezgui se quemó a lo bonzo al final de 2018. «Quiero provocar una revolución como la de Bouazizi», dejó grabado. «Me daré por satisfecho con que un solo parado logre trabajo.»

En vez de promover alguna reacción constructiva, se nos va inoculando que toda opción, no ya de progreso, sino de armonía humana, de sostenibilidad es imposible. Una utopía. Infantil. Buenista. Porque nuestra especie es quizá la de peor calaña. Desalmada. Ante las desgracias que se nos abren, cada día, desde todas las pantallas, uno da gracias al dios en que crea o al azar de no estar tan mal, todavía, como para emigrar. No al menos jugándose la vida, subido a una balsa con la familia. Pero aun con los pies en la tierra, es imposible ser tan ingenua como para no notar ya el ondular de la lona plástica, el mareo, la náusea de estar embarcados, de forma colectiva, en una travesía peligrosa sobre un océano de crestas, artificiales, activadas por partes

interesadas, criminales. En el colmo del absurdo más patético y peligroso, los mismos que nos encaminan al colapso -desde medioambiental, a económico, social y hasta bélico- montan y financian los partidos fascistas que, de un lado, convencen ya a amplias masas ciudadanas y, de otro, están contagiando sus propuestas racistas a partidos liberales, conservadores y hasta socialistas. No teorizo, lo vivo. En Andalucía ha pasado lo que ninguno creíamos que veríamos: un partido fascista de cuyo nombre no quisiera acordarme ha logrado por primera vez, desde la muerte de Franco, diputados en un parlamento autonómico. Lo ha conseguido defendiendo acabar con las autonomías y volver al viejo centralismo de la etapa totalitaria. Se hace llamar Vox, aunque su voz es más bien grito amedrentador. Punto común con el resto de partidos fascistas europeos a quienes abona, de consignas y dinero, en un monasterio italiano, el exconsejero ultra de Trump, Steve Bannon. Ahí están el Frente Nacional de Le Pen, la Liga de Salvini y este Vox de Santiago Abascal. En nuestra Andalucía mestiza y de concordia, sociológicamente progresista, con tantas condiciones históricas y geográficas para ejercer de puente Norte-Sur, con un chapucero vídeo recreando las gestas del Cid y don Pelayo, llamando a «reconquistar España empezando por Al-Andalus», es decir, a imponer con espada y a caballo, la noción ultra-católica de su añorado Franco, azuzando la islamofobia, el odio al migrante como herederos de los cruzados medievales, y atacando a feministas, homosexuales, a la gente de izquierda e incluso de derecha moderada, «mariconservadora», les llaman, logra cuatrocientos mil votos de seis millones y medio. Doce diputados de ciento nueve. Siendo poco les ha bastado para erigirse en la llave con que, por primera vez en los treinta y seis años de democracia, el centro-derecha de Ciudadanos y PP ha desalojado al PSOE del poder. La llave se hace valer, obedecer. Marca la agenda. El PP se radicaliza con su nuevo líder, Pablo Casado quien, guiado por el Aznar de, entre otras mentiras, las falsas armas de destrucción masiva de Irak, se acerca a la secta de Bannon. Casado también miente, hablando del riesgo de invasión de millones de africanos, cuando en 2018, aun habiendo llegado a España por la Frontera Sur la mayor cantidad de migrantes desde que hay registros, han sido sesenta y cuatro mil. No llenan ni el estadio del Real Madrid. La supuesta invasión es el cero coma uno por ciento de los cuarenta y seis millones de españoles. ¡Sesenta mil personas llegaban a Lesbos en dos días en agosto de 2015! Es más, de las quince nacionalidades extranjeras más numerosas en España, según las estadísticas

oficiales, ninguna es subsahariana. La mayoría de los ciento cincuenta mil empadronados anuales de otros países son europeos o latinoamericanos, venezolanos o colombianos.

La verdad no les importa. En ninguna materia. Con tal de avenirse con Vox en Andalucía, el PP hasta niega la violencia machista que en 2018 causó en España cuarenta y siete feminicidios, unos mil desde 2003. Vox, como todo partido fascista, para ganar necesita suscitar miedo, construir un enemigo: migrantes, las que llaman «feminazis», o independentistas catalanes. Con cada tesis que impone a los dirigentes del PP y Ciudadanos, que se definen como conservadores y liberales, logra normalizar ante el electorado su discurso reaccionario e iliberal. Ha emergido «sin complejos» un franquismo hasta ahora latente que ondea símbolos e ideario: ataca los derechos de aborto, muerte digna, memoria histórica... hasta profana las tumbas del fundador socialista, Pablo Iglesias y la comunista Pasionaria. Buscan ganar influencia en cada elección, generales, autonómicas, municipales, con la meta de sumar fuerza a sus socios fascistas franceses e italianos, austriacos, alemanes, holandeses, húngaros, polacos... para desbordar el Europarlamento y, desde dentro, demoler los pilares de la convivencia europea dañados por el austericidio, el cinismo de los burócratas y los atropellos de la Comisión y el Consejo contra la única institución comunitaria que sí votamos.

Cada cual tiene más cerca el análisis de su país. En Andalucía y España sabemos cómo llegamos aquí. Los herederos políticos y familiares del franquismo siguieron en primera línea, institucional, financiera, judicial y mediática. En los veinte años de Gobierno socialista en España y casi cuarenta en Andalucía, al principio por prudencia o miedo, luego injustificadamente, no se enjuició al franquismo, ni se explicó en los colegios, con lo que se ha quitado hierro a la dictadura, trilliza junto al nazismo alemán y el fascismo italiano, que duró cuarenta años. Un rasgo se mantuvo en democracia: premiar la sumisión y reprimir la crítica. El poderoso socialista Alfonso Guerra lo enunció al ganar ese esperanzador 1982: «El que se mueve no sale en la foto». Bajo esa obediencia debida, la corrupción minó como un cáncer desde la Casa del Rey, al PSOE de la financiación sucia con González y el clientelismo en Andalucía con Chaves y Griñán, las comisiones de la catalana CIU de Pujol y, sobre todo, el PP de Aznar y Rajoy con la caja B de donaciones de empresarios por obras públicas que les pagaban cumpleaños

infantiles, burdeles y sobre todo gastos de campaña con lo que competían dopados y, así, ganaban. Cuando el PP vio llegar la rendición de ETA y temió perder una baza electoral, empezó a demonizar lo catalán. Recuerdo a las señoras de abrigo de piel, en el conservador Los Remedios, recoger firmas contra el Estatut, idéntico al andaluz y que, sin embargo, recurrieron y tumbaron en el Constitucional. Ese agravio injustificable dio a CIU cómo tapar su corrupción: sumándose al independentismo de Esquerra Republicana y que ha cobrado, afrenta a afrenta, gran respaldo social. Siendo universalista, respeto otros sentimientos identitarios. Siendo demócrata defiende que las diferencias políticas se diriman con referéndum garantistas como los de Quebec y Escocia. Eso no me oculta que el enfrentamiento instigado entre Cataluña y España engorda al emergente neofascismo tanto o más que el racismo anti inmigrante y la frustración económica obra del neoliberalismo salvaje, los dos puntales de la ultraderecha en el resto de Europa.

Tras haber asfixiado a ciudadanos y familias para reflotar a los bancos, la derecha sigue defendiendo este capitalismo. Asume propuestas xenófobas y el tono agresivo para competir con el fascismo, en realidad, cebándolo. Pero, ¿ofrece algo distinto la actual socialdemocracia? ¿Cree y transmite que otro programa es factible? Justo antes de perder el poder, la presidenta de Andalucía Susana Díaz, que ahora se reclama dique de contención de la ultraderecha, hizo campaña a favor de devolver a Marruecos a niños migrantes no acompañados. El presidente Pedro Sánchez, su antípoda en el partido, que en Navidad abrió el puerto de San Roque a los trescientos trece salvados del *Open Arms*, trabajaba, al tiempo, en repatriar a siete mil quinientos menores marroquíes. «Serán retornos concertados con sus familias. Siempre primando el interés superior del menor», declaró en prensa la Secretaria de Estado de Migraciones. Incluso leí en portada del 28 de diciembre, Día de los Inocentes, la broma, macabra pero cierta, de que el presidente Sánchez en visita navideña a la base militar en Koulikoro, Mali, frente al Sahara que es fosa de más migrantes que el mismísimo mar, anunció incentivar el retorno voluntario de malienses ¡con cuatrocientos euros! Cien menos que a Ferhad...

Este espanto no es casual ni excepcional. El gobierno también negó permisos para que las ONG Proactiva y SMH pudieran salvar en el Mediterráneo central. Incluso prometió reducir a la mitad las llegadas de migrantes por el Estrecho de Gibraltar en 2019 por el método de impedir a

Salvamento Marítimo que saliera a buscarles. ¿Basta todo esto como radiografía del panorama? ¿Para afrontar con honestidad el dilema que me planteó mi amiga herida y que se ha hecho carne de mi carne, como periodista, mujer y madre? ¿Creo en la esperanza? ¿Sigo creyendo? ¿Soy capaz todavía de aguantar la mirada a mis hijos y entregarles las *Palabras para Julia* de Goytisolo, que a mí me regalaron mis padres cantadas por Paco Ibáñez? Aun ahora que sé cuánta verdad hay en que la vida es «un aullido interminable».

(...)

Te sentirás acorralada
te sentirás perdida o sola
tal vez querrás no haber nacido.

Yo sé muy bien que te dirán
que la vida no tiene objeto
que es un asunto desgraciado.

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

La vida es bella, ya verás
como a pesar de los pesares
tendrás amigos, tendrás amor.

Un hombre solo, una mujer
así tomados, de uno en uno
son como polvo, no son nada.

Pero yo cuando te hablo a ti
cuando te escribo estas palabras
pienso también en otra gente.

Tu destino está en los demás

tu futuro es tu propia vida
tu dignidad es la de todos.

Otros esperan que resistas
que les ayude tu alegría
tu canción entre sus canciones.

Entonces siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti como ahora pienso.

Nunca te entregues ni te apartes
junto al camino, nunca digas
no puedo más y aquí me quedo.
(...)

¿O asumo, y entonces me lo digo, que la arena bajo los adoquines de mayo del 68 no era de playa, sino de la escombrera de todas las conciencias? ¿Debo sentirme estafada, enfadarme... contigo, padre, por llenarme de ideales? Tú, con tu inteligencia, ¿no viste cómo funciona la vida? Y, si lo viste, si lo hablasteis los dos, como seguro hicisteis, ¿por qué me inculcasteis principios? Tengo que contestarme, lo necesito, porque ahora en mi mano está el testigo, la responsabilidad de qué transmito a mis hijos.

He dudado y, por eso, dejado pasar tiempo.

Y he vuelto a Lesbos. Minuto 49.51 del documental. Donde veo a Ferhad.

«Todo el mundo aquí necesita futuro, una vida. ¿Sabes? Los humanos aman la vida. Las dos o tres horas en el mar, de Turquía a aquí, prueban nuestro gran amor a la vida.»

«Pero, será difícil, está cerrado.»

«Lo intentaré, necesito entrar.»

Él lo intentó. Su amar la vida no era ingenuo porque ya conocía barbaries que, para quienes no hemos sufrido la guerra, son inimaginables. Puede que pulsaran la tecla para rendir su resistencia. Aunque también pudo, en el último suspiro, correr, esconderse o escapar a un destino con menos peligro. Como

no podemos saberlo con plena certeza, tampoco voy a descartar ninguna posibilidad. Pero si está vivo, como a él le enseñó su padre y él me transmitió a mí recordándome al mío, mientras viva no está vencido, aún puede levantarse. Y nosotros igual. Se dan las circunstancias para preocuparse, temer. Pero estamos en pie. Yo, que abjuro por igual del exterminio nazi, los gulags soviéticos, los *campos de reeducación* chinos, consentidos por la comunidad internacional, antes y después de Tiannanmén, porque da igual que sean comunistas si el dinero prima sobre las vidas, apelo a los demócratas de todo signo. Soy una mujer de izquierda, crítica con el socialismo, sí, y con las opciones más progresistas que yo prefiero, porque no me resigno a su atomización por pugnas de matices y egos, que les alejan del respaldo masivo. Pero frente a la amenaza autoritaria, apelo incluso a demócratas de derecha. Apelo a la fraternidad, apelo a todo el que oiga, clamando en su conciencia, cada noche, al acostarse las voces de quienes sufren. Por un modo de organizarnos que no responde a la mayoría. Peor, que se basa en abusar de ella. Hombres y mujeres de tierras lejanas, y de sólo un poco más allá, las barriadas. Apelo a la ciudadanía que, por supuesto, es capaz de parar esta deriva fascista autodestructiva. Que, de hecho, es la única esperanza, para influir cada cual en su partido afín o promover nuevos movimientos. Implicarse. Ser sociedad civil activa.

Yo no sé lo que es sufrir y luchar como Ferhad y Shirin. Ni como Hanan, que mientras el gobierno de Alemania proclama que necesita un millón doscientos mil trabajadores migrantes por la baja natalidad, ¡un millón doscientos mil!, ha tenido que irse a Chipre para estar con Ayad, Mustafá, Mariam y Ali. Ignoro el esfuerzo de empezar de cero de la viuda de Liu Xiaobo, Liu Xia, ella sí acogida en Alemania, o de Adeel Ilias en Italia, Kobra Rezai con Sanaz que me ha escrito desde Atenas, los Noh, como tú, amiga, en Francia, Ismail, Jason y Salam, pintando en su estudio Brotherly Art. No concibo las dificultades, por más que me las describan mis entrevistados aquí, en España, los jóvenes Coulibaly Hinichaugonan, marfileño y Saliou Diop, senegalés intentando ser profesor y camionero, los cameruneses Modjo Yves Bertrand que hace Cocina y Restauración y Sani Ladan, él, con su carisma de líder, estudiando Relaciones Internacionales, tras tantas noches en el desierto, el Monte Gurugú, su cruce a nado por el Tarajal, CETI, CIE, invernaderos y finalmente durmiendo en cajeros. Hasta que la vida no me

golpee como a ellos, o al cineasta ucranio Oleg Sentsov que Rusia encarceló aquel verano de 2015 y lleva cuatro años de una condena de veinte, perdiéndose a Alina y Vladislav, en su gélida prisión ártica, mientras a mí, libre, me quede una brizna de fuerza yo no me doy permiso, no me siento con derecho a bajar los brazos. No puedo ofrecer defensa legal o asistencia sanitaria, como abogados, médicos y enfermeros. No soy socorrista, ni bombero, como sí lo es Miguel Roldán, otro rescatador acuático a quien la justicia italiana pide ahora veinte años de cárcel. «Bicho», me llama Onio Reina, «que parece que los Proem-Aid vamos a rescatar con los alemanes del Sea-Eye. El barco se llama *Alan Kurdi*, ayer conocimos Manolo y yo al padre y fue emocionante abrazar al hombre cuyo drama nos puso en marcha. A él no le devuelve nadie a su mujer e hijos, pero quiere que sigamos luchando para frenar la tragedia. Así que allá vamos». ¿Qué puedo hacer yo? ¿Qué está en mi mano? Tecleo. Dejo constancia de que si el egoísmo y la violencia, el abuso y la perversidad son consustanciales al ser humano, inevitables, también consustancial e inevitable, pero además necesaria, es la fraternidad.

Por eso, para hacer visible la cara oculta de la historia, que es mucho más que la mitad, para dar testimonio de la epopeya de héroes y heroínas de carne y hueso que buscan huir de la más siniestra oscuridad o se sumergen en ella para ayudar a los que intentan escapar porque no aceptan que esto sea la especie, que esto seamos, barro ansioso de placer, éxito, violencia y, sobre todo, dinero, sin ambición de belleza, alma, trascendencia, he reescrito y reordenado, borrado y vuelto a escribir, llorado de impotencia por el talento que quisiera tener para transmitir tal gesta y contagiar a quien lea el deseo de unirse a ella y me he secado la cara y retomado la tarea. He entendido al final, hermana mía del alma, que lo que he aprendido de todos vosotros es que la esperanza no se tiene, ni se conserva. Se ejerce. No es una fe. Sino un empeño. Un compromiso. De cuantos queramos comprometernos, nuestro. Para poder disfrutar juntos esta rara casualidad de respirar. Para que nuestros hijos, los de todos, también tengan su oportunidad. Que amen la vida, como Ferhad, y no sólo pasen por ella, con el cinismo irrigando sus venas. Que la amen tanto para considerar traer al mundo el mejor regalo.

Esto, amiga mía, es lo que te llevo, ahora que voy a tu encuentro. Has prometido que vendrás a la casa, en Cotentin, que nos ofrece Jean-Philippe. Aunque no te he avanzado detalles, sé que algo imaginas. Por lo que venimos

hablando. Será lento leer, traduciendo sobre la marcha. Quizá al final sigas convencida de que todo es para nada. Pero yo necesito compartir, al fin, esta historia de dolor y pasión colectiva. Este fruto de mi obstinación, mi rabia, mi amor. El puño-corazón-cofre donde guardo el tesoro de ese abrazo que deseo dar a Ferhad, que siempre me acompañará. El que de algún modo daré también a Shirin al abrazarte a ti. Tantos abrazos que vivifican de gente que dais sentido. Te entrego todo en lo que creo en este fruto de papel, blanco, rectangular, lleno de palabras, como de pepitas las rojas granadas.

EPÍLOGO

Quien teclee en un buscador «documental *Contramarea*» y lo vea comprobará que el joven que deja sin aliento al declararle su amor a la vida, tras arriesgarla en el Egeo, se llama Mohammed Jjo. Su mujer, Slava Nadir, casi adolescente, se mantuvo en la entrevista a mi espalda, fuera del tiro de cámara. Atenta a lo que él contestaba. Encontramos a esta pareja kurdo-siria de Alepo aquel marzo de 2016, en el campamento de Kara Tepe, en Lesbos. Luego seguí en contacto con él, como con entrevistados sirios, iraquíes, pakistaníes. En mis mensajes con Mohammed, apresurados, fragmentarios, lastrados por las circunstancias y el inglés barrera y puente, él me confió temores, anhelos y el último consejo de su padre, su faro en el viaje. Luego desapareció. Su Facebook se borró. Busqué voluntarios de EKO y me contaron que, decepcionados, minada su moral, se rindieron y decidieron regresar. No podía creerlo, así que seguí buscando. «Momo Solo», su nombre en Facebook, me llevó a un videoclip titulado *No more lines*, donde figura como «ayudante de producción». Pero al reproducirlo, volví a verlo, cantando, con ímpetu, un estribillo que clamaba la apertura de fronteras. Eso me hizo más difícil aceptar que se hubieran vuelto atrás.

Ignoraba infinidad de datos sobre la pareja. Lo que sí conocía, en cambio, su hondo anclaje a la vida les mantuvo presentes en mí. Como un interrogante que me ardía. Necesitaba entender. Entonces di con esa mujer, intencionadamente anónima, sin quien este libro no existiría. Que ha completado los huecos que yo no podía. Pero a quien, en última instancia, no puedo considerar fuente que esclarece de forma absoluta la historia.

Como periodista, contando sólo con esa versión, parcial, supe desde el

principio que el hombre y la mujer no se pueden llamar Mohammed y Slava. No son ellos. Pero también, incluso como periodista, sé, porque todos lo sabemos, que la verdad no es un cuerpo compuesto sólo de datos. Necesita aliento. Del vacío que dejaron Momo y Slava, en nosotras, han nacido Ferhad y Shirin. Que encarnan el drama colectivo de tantos que, tras sobrevivir a la guerra y el mar, siguen sufriendo en nuestro suelo europeo. Con el conocimiento y connivencia de las autoridades, o víctimas de su violencia institucional, ante una pasividad ciudadana que nos debería avergonzar. Tanto como para levantarnos y frenarlo. En vez de acusar a las víctimas de un deterioro de nuestra vida en Europa que no causan ellos, sino el mismo poder que les avasalla. Al punto extremo de devolverlos a los infiernos de los que vienen huyendo.

Quien en su día fuera un niño refugiado palestino en Aleppo, y yo he conocido como alepino refugiado en Sevilla -lejos de su familia, que está en Suecia-, Muhannad Dughem, ha tenido la infinita generosidad de acceder a largas entrevistas conmigo, pese a ser tan dolorosas para él. Tras mañanas tragándose el dolor para avanzar en su tesis de Ingeniería sobre la reconstrucción eléctrica de Aleppo -«para que no sea una investigación sin uso, sino útil a esa ciudad que amo»-, por la tarde me llevaba del bar en la sevillana avenida República Argentina a las calles, la vida cotidiana, de una familia trabajadora kurda, del Aleppo previo a la guerra, e inmerso en ella. Ayudándome así a comprender cómo vivirían nuestros Ferhad y Shirin. Para luego, de noche, con su voz y laúd, sobreponer belleza a melancolía tocando música de la más hermosa en grupos como *Mashrabiya*.

Gracias a Muhannad, a cuanto otros han escrito y yo he leído, al trabajo periodístico que he seguido haciendo, entrevistando a migrantes y refugiados, considero auténtica la recreación que mi hermana en la sombra y yo ofrecemos.

El árbol, como todo el resto, lo he visto y tocado. Es cierto. Lo fue hasta que lo arrancaron en 2017. El impacto emocional de su destrucción, el descubrimiento en 2018 de que, en Lesbos, Grecia, la granada es el fruto de buen augurio, se han ido encadenando. Hasta llegar a este punto. Días oscuros que no conviene afrontar ocultándonos cuánto y qué rápido avanzan el peligro, la amenaza. Pero en los que, en casa, nosotros con los niños hemos sembrado pepitas de granada, en las macetas de la terraza. Brotaron unas veinte plantas.

Algunas se han marchitado. Otras ya las hemos trasplantado y regalado a amigos. Con las demás seguimos. No es nada. Nada de nada. Lo sabemos. Pero nos alegra cuidarlas, regarlas. Símbolo de la esperanza que necesitamos. Tratando de que en nuestras manos no se apague la llama.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es, en sí, testimonio de gratitud a mujeres, niños y hombres cuyas identidades se consignan en él de forma expresa. Pero tras el punto final, otras personas han sido claves para que exista y llegue a los lectores, librerías y bibliotecas. Por eso es de justicia agradecer su trabajo a Joan Tarrida, Lidia Rey, Pere Trilla y Blanca Navarro. Así como a Palmira Márquez, que ha hecho que nos encontráramos. Gracias también a Miquel Barceló por la generosidad de unir su estremecedora obra a esta historia.